América Latina en imágenes La idea de una historia

atlántica

Casa tomada: pobreza. desempleo y asaltos populares en el sur de Chile

Reconsideraciones sobre el origen del culto a la Virgen de Luján

El ciudadano en armas: violencia política en **Buenos Aires, 1852-1880** 

> Historia y teoría: una historia inglesa

> > Escriben:

Prislei / Borri / Cattarulla / Granillo / Vázquez / Tuñón / Pincherle / Bailyn / Bohoslavsky / Fogelman / Sabato / Stedman Jones

# ENTREPASADOS (



23

La idea de una historia atlántica

Desempleo y conflicto en el sur de Chile

Violencia política en **Buenos Aires** 

Los orígenes del culto

Dossier: América Latina en imágenes

Entrevista: Gareth Stedman

23

Archivo Histórico de Revistas Argentira Sirpententa de la concar Una historia inglesa

# PENTREPASADOS ( REVISTA DE HISTORIA AÑO XII - NÚMERO 23 - FINES DE 2002

Consejo de dirección

Silvia Finocchio Mirta Zaida Lobato Lucas Luchilo Gustavo Paz Leticia Prislei Fernando Rocchi Juan Suriano **Director** Juan Suriano

ZAPINI A 3040

**ENTREPASADOS** es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina \$ 30 En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Cuenca 1949 (1417), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.

e-mail: entrepasados@websail.com.ar entrepasados@swarthmore.edu

**Distribución internacional:** Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493 e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Gráfica LAF S.R.L., Loyola 1654, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina



Foto de tapa: Tina Modotti, *Marcha de campesinos*, 1929.

Vital, cálida y luminosa: Dora Schwarzstein	
Philippe Joutard	5
Dossier: América Latina en imágenes	
Presentación	11
Fotografía y cine. La "lectura" de la imagen en perspectiva histórica Leticia Prislei	13
	13
En los umbrales de la fotografía: imágenes de Chile en dos relatos de viajeras (siglo XIX)	
Claudia Borri	23
Donde se construyen los estereotipos: la revolución mexicana en la prensa ilustrada italiana	
Camilla Cattarulla	31
Semana Santa mexicana: imágenes resignificadas de indios santos	3
Lilia Granillo Vázquez	41
Imágenes fílmicas de México en la España franquista la mirada de Ernesto Giménez Caballero	1:
Julia Tuñón	53
¿Los buenos vecinos? Los filmes "latinos" de Orson Welles y Walt Disney	
Maria Caterina Pincherle	61
Artículos	
La idea de una historia atlántica	
Bernard Bailyn	73
Casa tomada. Pobreza, desempleo y asaltos populares en el sur de Chile en los 30	
	101
Reconsideraciones sobre los orígenes del culto a la virgen de Luján	
2	123
El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)	
1:11 0 1	149

ISSN: 0337 649 X

### Historia v teoría. Una historia inglesa Gareth Stedman Jones

173

### Reseñas

Ricardo D. Salvatore, Carlos Aguirre v Gilbert M. Joseph (editores) Crime and Punishment in Latin America. Law and Society Since Late Colonial Times Osvaldo Barreneche

197

### Fernando Devoto Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia Carla S. d'Avila

200

### Antonia García Castro La mort lente des disparus au Chili sous la négociation civils-militaires (1973-2002). Cristina Godoy (compiladora) Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios Marina Franco

205

### Elizabeth Jelin Los trabajos de la memoria Elizabeth Jelin (compiladora) Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices". Claudia Feld Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina Florencia Paula Levín 210

215

### Diego Armus (editor) Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna Susana Belmartino

uando en noviembre me enteré de la desaparición de Dora, me sentí consternado, y la palabra es todavía pobre. Es por eso, con mucha emoción, que vo querría aportar mi testimonio sobre nuestra amiga.

Conocí a Dora Schwarzstein hace aproximadamente diez años, por intermedio de Mercedes Vilanova, la fundadora de Historia, Antropología v Fuentes Orales1 v primera presidenta de la IHOA (Asociación Internacional de Historia Oral). El Comité Internacional de Ciencias Históricas me había encargado preparar un informe sobre veinticinco años de historia oral para el Congreso Mundial de Montreal de 1995. Para ello debía reunir a mi alrededor a algunos colegas que pudieran proporcionarme preinformes geográficos para armar la síntesis a presentar en Montreal. Como yo ya conocía el dinamismo de ese continente en la materia. estaba muy interesado en encontrar una personalidad de América Latina, sin remontarme al precursor que era Oscar Lewis. Fue entonces que Mercedes Villanova me sugirió a Dora Schwarzstein.

No lo lamenté. Ella me envió un excelente artículo, documentado, fino, matizado, que de inmediato ponía el acento sobre una tensión mayor que atraviesa la historia oral, tensión que no es, además, propia de América Latina. De un lado, una historia militante que busca a través de las fuentes orales la

voz de los dominados y los excluidos, intentando constituirse en una historia alternativa donde todo examen crítico de estas fuentes aparece como una traición y un retorno a la historia de los poderosos. Del otro lado, una historia universitaria, académica, más distanciada, que no quiere abandonar las reglas de la crítica histórica, cualquiera sea su simpatía por esos testigos que nunca tuvieron el derecho a la palabra. Además de las numerosas informaciones que aportaba, su contribución me proporcionó una ayuda preciosa para ese balance.2 Sin criticar, ni menos aún condenar la primera tendencia. Dora Schwarzstein adhería visiblemente a la segunda.

Como si hubiera sido necesario, tuvimos la completa confirmación durante la X Conferencia Internacional de Historial Oral, realizada en Río de Janeiro en junio de 1988 -y que fuera tan importante por el futuro de este dominio, y no sólo en América Latina-. Allí, Dora actualizó un nuevo balance hablando del difícil diálogo entre historiadores académicos y militantes, y afirmando que era necesario superar las divergencias; pero precisaba que recoger la memoria es importante pero no suficiente. Y en otras numerosas intervenciones alertó contra el "memorialismo" y "la mera recolección anecdótica contraproductiva". 3 Ella convocaba a una reflexión teórica y metodológica y aportaba así una contribución preciosa al debate, hoy

<sup>\*</sup> Profesor de Historia Moderna (Université de Provence-EHESS, París).

muy fuerte, sobre las relaciones entre historia y memoria.

El año siguiente, cuando Dora me propuso reeditar mi libro en Buenos Aires y participar en el Cuarto Encuentro Nacional de Historia en 1999, yo tuve aun la ocasión de comprobar su lugar en el desarrollo de la historia oral en la Argentina. Aquello ha quedado para mí como un gran recuerdo en el que yo verifiqué nuestro completo acuerdo sobre la orientación a dar a la historia oral: no renunciar jamás a nuestra tarea de historiadores, perfectamente compatible con el respeto por la memoria de los testigos. Fue efectivamente en esos días que yo tuve la mejor medida del peso de nuestra amiga y su autoridad moral y científica.

Ella contribuyó mucho al desarrollo de la historia oral, no sólo en Argentina sino también en toda América Latina. Ya conocemos su rol en la creación de la Asociación Internacional en 1996 y en la realización de grandes conferencias internacionales cada dos años. Más allá de estos grandes eventos, frecuentemente ella era invitada a coloquios en el exterior porque era sabido todo lo que aportaba como reflexión teórica fuertemente articulada con una experiencia en el trabajo de campo. Agreguemos que sus temas de investigación estaban arraigados a su vez en la historia contemporánea argentina, pero sin encerrarse en eso sino, por el contrario, en plena resonancia con la historia mundial. Esto puede juzgarse por su último trabajo publicado: Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina (Barcelona, Crítica, 2001). Esta investigación, en la confluencia entre la historia política y la historia de las migraciones, se insertaba en un emprendimiento internacional colectivo sobre el conjunto de los exiliados republicanos. Nuestra colega no concebía un trabajo estrictamente individual y para ella el cruce de puntos de vista era un imperativo. Ese mismo imperativo fue el que ella aplicó a su último emprendimiento en torno al terrorismo de Estado, que dejó sin terminar, pero que seguramente sus colegas continuarán. Otro tema de profunda actualidad que se vincula con otras investigaciones sobre las violencias de los totalitarismos, en particular la solución final, la Shoah.

Citaré otros dos ejemplos significativos de su proyección: en 2001 los organizadores de la 35ª Conferencia Internacional de Archivos que se realizó en Reykjavik le solicitaron una presentación sobre la historia oral hov: v en mavo de 2002 l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París la invitó, en el marco de un seminario sobre archivos y ciencias sociales, a hablar sobre el pasaje del testimonio a los archivos orales. Felizmente, el último número de Historia, Antropología y Fuentes Orales ha publicado su intervención de Reykjavik con el título de "Fuentes orales en los archivos: desafíos v problemas".4 Ése fue uno de sus últimos artículos. Para quien quiera entender rápidamente el aporte de Dora Schwarzstein a la reflexión historiográfica (y no solamente a la historia oral), recomiendo muy especialmente su lectura: en unas pocas páginas de gran densidad está dicho todo sobre la necesidad de la historia oral en el siglo XX, sus tendencias y tensiones, y las cuestiones en debate: "La creación de las fuentes orales plantea preguntas sobre la formación y la parcialidad de todas las fuentes, sobre el papel del observador y sobre la contextualización social e histórica" (p. 171).

Como miembro del Consejo Científico de Historia, Antropología y Fuentes Orales ella contribuyó con varios artículos, gracias a los cuales estábamos informados del rápido avance de la historia oral en la Argentina y de sus principales temas de estudio. 5

Finalmente querría evocar un emprendimiento aparentemente más modesto pero que es igualmente importante: el vínculo que ella estableció entre la historia oral universitaria y la escuela. Especialmente en las escuelas de zonas más difíciles, se trataba de hacer comprender a los alumnos qué era la historia a través de la historia oral y sobre todo que no se trataba de un universo exterior, sino de una realidad en la cual ellos participaban. "Somos todos actores de la historia", era la conclusión que una iniciación a la historia oral permitía comprender a los alumnos. Dora arrastró en la aventura a sus estudiantes y jóvenes colegas y tuve el gran privilegio de ver la experiencia sobre el terreno y uno de sus productos: un video realizado por el grupo de trabajo. Ése fue uno de los momentos fuertes de mi estadía en la Argentina.6 Yo estaba aun más sensibilizado a esta experiencia dado que mi esposa Genéviève, durante largo tiempo profesora en un liceo de una ciudad meridional de Francia, había hecho practicar de la misma manera la historia oral a sus alumnos. Por haber seguido la operación durante varios años, puedo confirmar la eficacia de esta pedagogía, pero también puedo testimoniar sobre la calidad de ciertas entrevistas que los alumnos son capaces de obtener. Ésta es otra convicción que nos acercaba a Dora y a mí: la historia oral tiene una virtud pedagógica de la que se puede beneficiar todo el conjunto del sistema educativo pero, a cambio, éste puede aportar resultados sorprendentes.

A través de esta riqueza de actividades se expresaba plenamente el humanismo profundo de Dora Schwarzstein: ésa era la clave de su éxito en un dominio histórico que no requiere solamente de cualidades intelec-

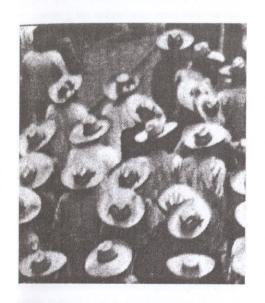
tuales. Por eso fuimos muchos los que sentimos muy duramente su desaparición, que no es solamente la desaparición de una gran investigadora, sino de una bella personalidad, vital, cálida, luminosa. Seis meses después, nuestra tristeza es aún inmensa ante la idea de que no la veremos más. Simplemente quisiera decir a Enrique y a todos nuestros colegas argentinos cuánto la extrañamos: no podemos olvidar a la historiadora, pero menos aún a la amiga. Las marcas que ella ha dejado son fuertes y no desaparecerán tan pronto, porque ella supo crear una dinámica cuya fuerza medimos hov. Yo sé que esa dinámica será continuada aquí y allá; ése es el homenaje más grande que podemos ofrecerle.

#### Notas

- Bajo su primer nombre Historia y Fuente Oral.
- <sup>2</sup> Bajo el título de "La historia en América Latina", pp. 39-50, esta contribución fue publicada en el número 14 de Historia y Fuente Oral en 1995. Mi informe de síntesis fue traducido e incluido en la segunda edición de Esas voces que nos llegan del pasado, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 311-335.
- <sup>3</sup> Cfr. Dora Schwarzstein, "Desafios da historia oral latino-americana", en Marieta de Moraes-Ferreira, Tania Maria Fernandes y Verena Alberti (orgs.), *Historia oral desafios para o seculo XXI*, Río de Janeiro, Fiocruz, 2000, pp. 99-103; ver también Federico Lorenz, "Informe sobre la X Conferencia de Historia Oral", *Voces Recobradas*, № 2, agosto de 1998.
  - <sup>4</sup> N° 27, 2002, pp. 167-177.
  - <sup>5</sup> El primero de ellos en 1994 en el Nº 11.
- <sup>6</sup> Uno de sus últimos libros hace el balance: Una introducción al uso de la historia oral en el aula, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

### Dossier

América Latina en imágenes: fotografía, cine, prensa cultural y política



Este dossier es una de las formas de registro que el trabajo compartido, las exploraciones y las reflexiones conjuntas provocan en la productiva relación intelectual que mantenemos desde hace algunos años. Esta vez, simposio mediante, el XIII congreso internacional organizado por AHILA en la Universidade Dos Açores entre el 3 y el 8 de septiembre de 2002 ofició de marco del encuentro.

El objetivo inicial del mismo fue recuperar el uso de la imagen visual como fuente histórica, inscribiendo esta temática en el debate sobre las formas de representación del pasado/presente en las sociedades actuales.

Latinoamérica y su interacción con Europa y América del Norte es productora de representaciones visuales en torno a las cuales se articulan discursos ideológicos que a su vez serán sustento de la producción y de la reproducción de los imaginarios colectivos.

En cuanto a la periodización, se decidió circunscribir a los siglos XIX y XX, puesto que los soportes seleccionados plantean nuevas exploraciones en el campo del saber histórico.

El debate sobre el valor historiográfico de las ilustraciones, la fotografía, el cine, las caricaturas, lleva a los historiadores a dialogar con estudiosos de otros campos disciplinares y a apropiarse de metodologías y enfoques distintos. Incursionar en el estudio de la imagen visual es una de las vías que desde diferentes perspectivas de análisis recorre el conjunto de las aproximaciones actuales a

la teoría del conocimiento. Precisamente estas preocupaciones fueron motivo de reflexiones e intercambio de experiencias en nuestro simposio. Las ponencias presentadas no agotaron el tema, ni éste era el propósito del encuentro; no obstante, contribuveron a esclarecer algunas cuestiones centrales confluyendo con ciertos interrogantes que estaban en nuestro punto de partida: ¿cómo analizar la ilusión realista "connatural" al creciente imperio de la imagen?, ¿qué modos de interacción se dan entre imagen/ texto, prensa, cine e imaginarios colectivos?, cómo se reelaboran las imágenes en función de la ideología política?, ¿cuáles son los rasgos culturales de los productores de imágenes que se ponen en relevancia cuando caracterizan a través de una selección las imágenes de los "otros"?

Nos queda agradecer la participación y el compromiso que asumieron Claudia Borri (Università degli Studi di Milano), Lilia Granillo Ocampo (Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México), Julia Tuñón Pablos (Universidad Nacional Autónoma de México) y Maria Caterina Pincherle (Universidad degli Studi Roma III) en la realización del simposio que coordinamos y en la edición del presente dossier.

LETICIA PRISLEI Universidad del Comahue Universidad de Buenos Aires

CAMILLA CATTARULLA Universidad degli Studi Roma III

# Fotografía y cine. La "lectura" de la imagen en perspectiva histórica

Leticia Prislei\*

a fotografía y el cine -en sociedades cada vez más atravesadas por los medios audiovisuales- van capturando, en un modo tan creciente como irregular, el interés de los historiadores. Estos productos culturales nacieron a la sombra de expresiones ya legitimadas en el campo intelectual, sea la pintura instalada en el territorio del arte, sea la escritura, ya que a inicios del siglo XX el guionista será reconocido como el autor de un filme. La imagen producida por medios mecanizados aparece relegada, por entonces, a los suburbios pobres de la cultura. Esta situación de apenas hace cien años atrás es el revés de la que vivimos actualmente. Representaciones visuales inundan nuestras vidas y como no podía ser de otra manera las imágenes emergidas de la fotografía y el cine no pueden escapar a la bulimia insaciable de la historiografía que debe compartir su estudio con disciplinas más nuevas, irreverentes y a veces alejadas de la biblioteca de los historiadores.

Yo también escuché el canto de sirena de la imagen visual. Se me coló primero casi ingenuamente a través de mis investigaciones sobre la prensa de fines del siglo XIX a las primeras décadas de XX y luego desplegó una seducción incontrolable a través de archivos fotográficos y filmes vinculados a la historia sociocultural de ese período.

En este trabajo propongo discutir algunas problemáticas y reflexiones del itinerario que ahora recorro.

1. La historia de la fotografía se practica desde diversas perspectivas. Aquellas centradas en los trabajos producidos por fotógrafos-autores reconocidos ha generado la legitimación historiográfica de genealogías. Por ende, existe un canon fotográfico que incluye la obra de Alfred Stieglitz, Paul Strand y Walker Evans, en Estados Unidos, la de August Sander en Alemania, la de Eugène Atget en Francia y la de Bill Brandt en Inglaterra. Precisamente a los efectos de nuestro interés, cabe destacar el trabajo American Photographs

(1938) de Walker Evans quien concibe su obra incluyéndola en una serie que conforma un álbum donde las fotos y los textos se combinan produciendo un doble efecto estético e histórico de excelencia. Evans, por otra parte, inscribe su trabajo desde una perspectiva crítica a la sociedad industrialista de los años 30: su tema era la sociedad haciéndose a sí misma a la luz de los ideales y de los modelos. Además se han realizado otros estudios historiográficos que parten de la ligazón de la fotografía, desde que empezara a practicarse alrededor de la década de 1840, con las idas y venidas del mercado y las fuerzas ideológicas. En ese sentido se



<sup>\*</sup> Universidad Nacional del Comahue, Universidad de Buenos Aires.

han ocupado de las noticias, la publicidad, la moda, y se han abordado desde ella aspectos no visuales como la creación de opinión y el control social.

La fotografía es simultáneamente una fuente histórica y un instrumento didáctico de primera magnitud para el estudio de la historia. Sus temas, sus argumentos, sus representaciones, nos ofrecen determinadas imágenes que narran y describen acontecimientos o biografías del pasado real o mítico de una sociedad.

Las posibilidades que ofrecen las imágenes de la vida cotidiana, los oficios, los sectores

sociales o los retratos, se encuentran en las primeras etapas dentro de nuestros campos de estudio, aunque constituyen una valiosa herramienta didáctica y pueden dar origen a interesantes investigaciones vinculadas a la historia de la cultura.

La foto, sea en sus versiones privadas familiares, <sup>2</sup> sea en sus versiones institucionales, comerciales, periodísticas, ideológico-políticas <sup>3</sup> están abierta a sucesivas interpretaciones en la medida en que se la reinscribe en un contexto histórico.

Pero, además, una serie que se arma vinculada a una problemática rearticula el significado de cada foto en relación con las otras que integran la secuencia. Un álbum donde una foto va detrás de otra conlleva un montaje, igual que en el cine. Por ende, las fotos incluidas en un álbum pueden convertirse en un relato. Secuencias de fotos organizadas en un álbum implicarían desde nuestra perspectiva considerar: a) la fotografía como documento de una época. v b) la fotografía como soporte para evitar el olvido.

Si bien ambos aspectos se imbrican, es pertinente precisar el doble efecto que se puede generar. Por un lado, la faceta documental converge en el análisis y la investigación historiográfica de la sociedad en una búsqueda donde se logre conjugar imagen y texto escrito. Esta dimensión analítica se completa con la posibilidad de producir, a su vez, un texto-álbum que actúe en el plano reflexivo pero también emotivo de la sociedad para reconocer/reconocerse en un pasado pasible de ser mirado y pensado al mismo tiempo de manera que se supere el plano de la memoria y se arribe al de la historia. Las celebraciones investidas de una carga simbólica significativa pueden llegar a ser disparadoras de obras historiográficas donde se conjugan un relato escrito que motiva el pensamiento crítico y un relato visual que replica con el anterior, tal es el caso de un libro que consideramos modélico: Año 1000, Año 2000 de George Duby.<sup>4</sup>

2. La lectura de la imagen es objeto de reflexión teórico-metodológica en la historia, la filosofía y la crítica literaria. Sin duda, los aportes de la semiología resultan de particular importancia. Respecto de la fotografía cabe destacar las búsquedas realizadas por Roland Barthes, en especial, en La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía. Si bien el corrimiento de Barthes hacia un subjetivismo radical en esta etapa del despliegue de su pensamiento lo lleva a acentuar las dificultades en la busca de una lectura de la imagen fotográfica, no es menos sugerente la reflexión metodológica donde escinde la aproximación a la evanescente interpretación de las fotos a partir de distinguir dos instancias de análisis:

1. El studium que: [...] supone dar fatalmente con las intenciones del fotógrafo, entrar en armonía con ellas, aprobarlas, desaprobarlas, pero siempre comprenderlas,

discutirlas en mí mismo, pues la cultura (de la que depende el studium) es un contrato firmado entre creadores y consumidores. El studium es una especie de educación (saber y cortesía) que me permite encontrar el Operator/fotógrafo, vivir las miras que fundamentan y animan sus prácticas, pero vivirlas en cierto modo al revés, según mi querer de Spectator.



Ocurre un poco como si tuviese que leer en la Fotografia los mitos del Fotógrafo, fraternizando con ellos, pero sin llegar a creerlos del todo. Estos mitos tienden evidentemente (el mito sirve para esto) a reconciliar la Fotografía y la sociedad (¿es necesario? Pues bien, sí: la foto es peligrosa), dotándola de funciones, que son para el Fotógrafo otras tantas coartadas. Esta funciones son: informar, representar, sorprender, hacer significar, dar ganas. En cuanto a mí, Spectator, las reconoz-

co con más o menos placer: dedico a ello mi studium (que nunca es mi goce o mi dolor) y

2. El punctum que: viene a dividir (o escandir) el studium. Esta vez no soy yo quien va a buscarlo (del mismo modo que invisto con mi conciencia soberana el campo del studium), es él quien sale de la escena como una flecha y viene a punzarme.

Son marcas-detalles, azarosas y problemáticas, que atraen la atención y que requieren un análisis ligado a la evocación de elementos del pasado (subjetivos) que adquieren una posterior significación.<sup>5</sup>

Si Barthes va a estar capturado especialmente por una reflexión teórico-metodológica ligada al *punctum*, desde la perspectiva del historiador se produce relativamente una inversión del interés: la atención en este caso está primordialmente capturada por el *studium*, por realizar una lectura crítica del *studium*. No obstante, la tensión entre los dos términos de la relación resulta sugerente porque el *punctum* puede llegar a constituirse en un indicio, incluso en un desplazamiento de sentido que oficie de punto de partida para colocarlo en primer plano y, al modo de las reflexiones de Ginzburg respecto de la microhistoria, transformar lo que para otro sería una nota al pie en problema histórico. 6

La información visual que proveen las fotografías se inscribe en las creencias, disposiciones, sentimientos e ideologías correspondientes a una situación social, económica o cultural determinada. Por ende la imagen transmite otra cosa aparte de sí misma, y esta otra cosa mantiene relaciones con la sociedad que la produce y la consume. La elaboración de inventarios de ideas y de temas derivados de series fotográficas datadas permite situar a la información visual en el marco de una sugerente historia del mundo presente. Lo que deviene objeto fotografiable traduce, según Pierre Bourdieu, las diferencias de capital cultural y de formación del gusto estético de distintos sectores de la sociedad. También proporciona huellas acerca de los valores que se reivindican o se rechazan a través del análisis de los condicionamientos que rigieron los criterios de dicha selección temática.<sup>7</sup>

Interrogar el pasado desde la fotografía implica plantearse problemas metodológicos y rutas de aprendizaje en la lectura de un material potencialmente prometedor no obstante estar sujeto, a semejanza de los textos escritos, a una desafiante opacidad. En ese sentido Susan Sontag señala:

Toda fotografía tiene múltiples significados; en verdad, ver algo en forma de fotografía es enfrentar un objeto de fascinación potencial. La sabiduría última de la imagen fotográfica es decirnos: "Ésa es la superficie. Ahora piensen –o mejor sientan, intuyan—qué hay más allá, cómo debe ser la realidad si ésta es su apariencia". Las fotografías, que por sí solas son incapaces de explicar nada, son inagotables invitaciones a la deducción, la especulación y la fantasía.8

La interpretación de las representaciones socioculturales a través de las imágenes remite al desciframiento de la construcción de significados por el análisis de "sus transformaciones, sus variantes, y su tradición en el triple sentido de su efectividad práctica, de su transmisión y de su comentario". 9

En el transcurso de una investigación se inscribe el material fotográfico que se releva en la situacionalidad de la dimensión histórico-cultural del período y la sociedad seleccionada. Es decir que se circunscribe a un área de investigación que remite a formas de la cultura y de la sociedad. De modo que la localización de distintos relatos fotográficos, así como el análisis de elementos distintivos, posibilitan el conocimiento de los rasgos sociales, culturales y políticos de diferentes generaciones, oficios, género y momentos históricos de las sociedades de los siglos XIX y XX.

3. El vínculo cine e historia remite también a diversas perspectivas. Resultan particularmente relevantes la producción de Marc Ferro en el campo historiográfico francés y la de

> Robert Rosenstone en el norteamericano. Ambos preocupados por la reflexión teórico-metodológica y ambos volviendo la mirada a los problemas inauguralmente planteados por Siegfried Kracauer.<sup>10</sup>

> En la década del 70 bajo el influjo annaliste la historiografía legitimada en sede francesa publicaba los tres tomos de *Hacer la historia* donde se exponía el balance de los nuevos problemas, los nuevos enfoques y los nuevos temas de los que se sentía con justicia segura de proclamar su primado. Entre tanta novedad, casi al final del tomo III,

Ferro escribe: "El cine ¿un contraanálisis de la sociedad?". <sup>11</sup> Una doble apuesta comienza a pergeñar el sustento de la hipótesis-interrogante que enuncia el título del artículo: pensar el cine como documento histórico y como agente de la historia.

a) El cine como documento forma parte de los "monumentos del pasado". Según las necesidades de su misión o de la época, el historiador se ha apoyado en unas determinadas fuentes y ha adoptado unos métodos u otros. El cine hace su eclosión en la Primera Guerra mundial, en plena apología de la nación. A principios del siglo XX se valoran sobre todo los documentos de los archivos estatales, luego comienzan a valorarse periódicos, las publicaciones en general, las narraciones de viajeros, etc., y, finalmente los filmes.

¿Qué es el cine a principios del siglo XX? Es un espectáculo de parias, rechazado por las clases dirigentes. En ese sentido y a efectos legales, el autor de un filme será el guionista, por el valor asignado a la escritura, por tanto la imagen no reúne los prerrequisitos presti-

giosos para ser reconocida como documento. Las imágenes no son fiables, son leídas como seudorrepresentaciones de la realidad, se ensamblan en un montaje que no se controla y que funciona como una ilusión.

Para Ferro aún ahora persisten viejos hábitos del oficio de historiador: la adopción de un punto de vista privilegiado y la certeza de ser el dueño de establecer el principio de la selectividad de las fuentes históricas. No obstante, se han producido cambios ya que el historiador como los demás cientistas sociales debe especificar qué es lo que busca, agrupar los materiales útiles para su investigación y clarificar sus hipótesis, resultados, pruebas, dudas. Aun así, el cine despierta sospechas al poder, a las Iglesias, a los docentes. En ese sentido Ferro asienta su hipótesis: el cine es corrosivo, revela aspectos invisibles de la sociedad en otro tipo de documentos. El filme, imagen o no de la realidad, documento o ficción, intriga o pura fantasía, es historia. De ahí deviene el postulado: aquello que ha sucedido y lo que no ha sucedido, las creencias, las intenciones, la imaginación, son historia. Por lo tanto no se trata de buscar en las imágenes que ilustren, confirmen o desmientan la sabiduría que nos viene de la tradición escrita, sino considerarlas en sí mismas recurriendo a disciplinas que nos permitan comprenderlas mejor.

El filme se observa no como obra de arte, sino como un producto, una imagen objeto cuya significación va más allá de lo puramente cinematográfico, no cuenta sólo por aquello que atestigua, sino por el acercamiento sociohistórico que permite.

Es necesario analizar tanto la intriga, el decorado, la planificación, como las relaciones con lo que no es el filme: la producción, el público, la crítica, el sistema político. Por tanto se trata de comprender: la obra y la realidad que representa. Pero por otra parte, esa realidad no se comunica directamente. Lo mismo ocurre con la escritura. El hombre con una cámara registra involuntariamente muchos aspectos de la realidad, del mismo modo

que por mayor control que se ejerza sobre la escritura ésta dice más de lo que, incluido el historiador, quiere decir y puede leer.



b) <u>El cine</u> también es pensado por Ferro como agente de la historia. Valorar los efectos producidos por las películas no es tarea fácil. La eficacia y operatividad de un filme están por encima de imposiciones extracinematográficas, como son las condiciones de producción, formas de comercializa-

ción, selección de géneros, referencia a determinados trasfondos culturales. El cine dispone de un cierto número de modos de expresión que no son una simple trasposición de los utilizados por escrito sino que tienen un valor específico. Esto es el lenguaje cinematográfico. La utilización y las prácticas y modos de escritura específicos se convierten de este modo en armas de combate, vinculadas a la sociedad que las produce y a la sociedad que las recibe. Esto se patentiza en la censura y autocensura. Cada sociedad, ya lo dijo Sergue Eisenstein, acoge las imágenes en función de su propia cultura. Analizar ese proceso implica para el historiador atender a los cambios de sentido y también a las analogías.

Por ende, la lectura cinematográfica de la historia plantea al historiador la lectura de su propio pasado. Gracias al estudio de la memoria popular y a la tradición oral el historiador puede ofrecer a la sociedad una historia de la que hasta ahora se veía privada por las instituciones, cuestión planteada por Michel Foucault en *Cahiers du Cinema*. El cine se sumaría a estas nuevas formas de abordaje del pasado.

4. La mayor novedad que plantea Rosenstone, inscripto en la corriente de los estudios culturales estadounidenses, es que el cine ya no sería una mera problemática ligada a la redefinición de las fuentes históricas o agente de intervención ineludible para analizar historiográficamente el pasado, sino un modo alternativo de reconstrucción de la historia. En ese sentido irrumpe con una tesis que recorre todos sus escritos: "La historia no debe ser reconstruida únicamente en papel. Puede existir otro modo de concebir el pasado, un modo que utilice elementos que no sean la palabra escrita: el sonido, la imagen, la emoción, el montaje". 12 Esta tesis pone en discusión la primacía del lenguaje escrito en tanto éste, en la historiografía más tradicional, se encuentra sujeto a privilegiar determinados factores: los hechos, el análisis y la linealidad. No obstante, estos códigos de representación también se encuentran en el cine que a través de planos montados en secuencias reforzadas por una banda sonora desarrollan una narración donde el tratamiento del pasado está limitado por las siguientes convenciones: relato cerrado, idea de progreso, énfasis en lo individual, una única interpretación, potenciación de las emociones y, finalmente, "reproducción del pasado".

De esta manera el debate que subyace remite al renovado ataque contra el paradigma realista, cuestión convocante tanto en el campo teórico cinematográfico cuanto en el campo historiográfico. Se trata de refutar, sea en los filmes, sea en la producción histórica, la ilusión de que la pantalla, en el primer caso, o la obra histórica, en el segundo, se consideren una ventana abierta al pasado, un intento de recreación sin más del pasado. Ese punto de partida marca el itinerario que recorre Rosenstone en busca –incluso como participante implicado en la realización de películas– de analizar y aun de contribuir a producir filmes históricos capaces de interactuar creativamente con los datos históricos y suscitar preguntas que –conociendo la más actualizada producción historiográfica proveniente del campo académico– pongan en discusión nuestras certezas, que agreguen un plus de saber sólo posible de lograr a través del uso de la imagen. En fin, tratar de encontrar nuevas vías que expresen la relación de los seres humanos con el pasado, que expongan una forma diferente de reflexionar sobre él.

El itinerario exploratorio de Rosenstone reconoce que las reglas de la historia visual aún no han sido formuladas, aunque esta "nueva historia en imágenes es, potencialmente, muchos más compleja que cualquier texto escrito, ya que en la pantalla pueden aparecer diversos elementos, incluso textos". <sup>13</sup> En el artefacto cultural producido por el cine confluyen explícitamente imágenes fotográficas que al sucederse rápidamente provocan la ilusión del movimiento, multiplicidad de sonidos (en el cine sonoro), escritura (presentación de títulos y de temas, traducciones subtituladas) e implícitamente el soporte de la escritura a través del guión.

En realidad, la historia visual y sus reglas aún no instituidas constituyen la práctica desde la cual Rosenstone vuelve a pensar la historia, a pensar los modos de releer el pasado.

En ese sentido, la historia visual es un modo más de llevar a cabo el combate contra la linealidad, sea temporal, sea causal, sea cultu-

ral. Se trata, en el mismo convencimiento ginzburgiano, de multiplicar los contextos y los puntos de vista.

El cine nos permite conocer la diversi-

dad cultural de las sociedades. Pero introduce nuevos problemas. ¿La imagen contiene más información que la descripción escrita de una misma escena? El problema clave no es si un filme puede contener suficiente información, sino si ésta puede ser asimilada mediante



fotogramas y si transmite un conocimiento válido de la historia. No todo filme supuestamente histórico respondería a los requerimientos de la historia visual. Por ende, los largometrajes que aportan conocimiento histórico son los que exploran nuevas formas de exponer cuestiones políticas, culturales, sociales. Es decir, presentan más de una posibilidad de interpretar los hechos, representan el mundo en todo su complejidad, indeterminación y multiplicidad.

Por otra parte, la historia visual no se concibe como espejo del pasado, sino como representaciones del mismo. Por consiguiente, la historia en imágenes debe tener normas verificables que estén en consonancia con las posibilidades del medio. El límite del uso de la ficción (por ejemplo, elaborando escenas o personajes de los que no se tiene documentación puntual, representado un reportaje oral con textos que sólo aparecieron en periódicos o un diálogo con actores que representan personajes aún vivos) consistiría en no falsear la veracidad de lo que se deriva de una exploración investigativa donde se ha recurrido a otras fuentes a partir de las cuales se puede sostener el relato histórico.

El historiador practicante de la historia visual debería actuar como mediador entre el mundo histórico de los directores de cine y el académico. En ese sentido forma parte del problema la identificación y la reflexión sobre el uso de mecanismos narrativos propios del cine: la condensación y la alteración de hechos y la metáfora. La condensación desplaza la literalidad a través de la selección de datos y de acontecimientos que representen la experiencia colectiva de miles o aun millones de personas que participaron o padecieron hechos documentados a efectos de lograr la veracidad del relato. El cine resume, generaliza y simboliza con imágenes, sugiere lo que ocurrió, no lo describe.

Pero también hay que estar atento a un problema que preocupa a la historiografía contemporánea: la búsqueda de explicación. La diferencia que existe entre memoria e historia. En ese sentido, el conocimiento histórico de las problemáticas que se tratan en un filme (debates, dudas, incertidumbres, certezas, etc.) es clave para entender no sólo la historia sino también los hechos que exponen los fotogramas. El desafío es conjugar las estrategias adecuadas para explicar en el tempo cinematográfico que proporcionan los veinticuatro fotogramas por segundo. Por ende la búsqueda se instala en mantener la tensión entre el logro de la complejidad y la necesidad de la acción. Como bien señala Rosenstone un filme no es un libro, pero puede ser un relato que cuestione las versiones establecidas del pasado, que convoque la interrogación abierta por el juego de múltiples puntos de vista y que también se interrogue a sí mismo, sea sobre la naturaleza de la búsqueda histórica, sea sobre el modo en que el pasado adquiere determinados significados.

Teniendo en cuenta que la mayoría de la población encuentra hoy su principal fuente de conocimiento histórico a través de los medios audiovisuales, los filmes son un inquietante símbolo de un mundo crecientemente posliterario donde buena parte de la gente puede leer pero no lo hace. La historia visual es un modo de responder al desafío que la cultura visual, dominante en nuestros días, le pone a la cultura escrita. Rosenstone no plantea el problema como una disyuntiva entre dos tipos de historia y aun de formas culturales, sino como vías

diversas en busca de lecturas del pasado. De modo que el medio audiovisual sería portador de aspectos de la verdad diferentes, no necesariamente antagónicos, a los de la verdad escrita.

Pero además, esta suerte de paralelismo entre "el giro lingüístico" y el "giro visual" <sup>14</sup> remite a las transformaciones en la historia de la percepción donde la cultura visual estaría organizada en torno al principio según el cual la visión constituye un modo de expresión cultural y de comunicación

tan importante como el lenguaje. Es decir, la visualidad sería, como el lenguaje, un medio a través del cual se conducen las ideas. En esa dirección se avanza en la práctica de una historia visual de la cultura política cuyas problemáticas centrales serían el estudio de: 1) la conformación de consensos políticos basados en la eficacia de las imágenes desplegadas a partir de determinadas estéti-

cas de la legitimación política; 2) la relación entre el imaginario colectivo y la percepción de la figura de los gobernantes, y 3) la iconología y la identificación de las estrategias y tradiciones visuales. La "teología política" del siglo XX, en el decir de Kantorowicz, 15 debe ser aún estudiada y las imágenes son un elemento central en la simbolización del poder, sea éste concebido en sede conservadora, sea en sede contestataria.

La fotografía y el cine o las imágenes desafían las "lecturas" de la historia.

### Notas

- <sup>1</sup> Ian Jeffrey, Photography. A Concise History, Londres, Thames and Hudson, 1981, pp. 156-177.
- <sup>2</sup> En relación a los álbumes de familia, Armando Silva dice que su libro: "...trata de un sujeto, la familia; de un objeto que hace posible mostrarla visualmente, la fotografía, y de un modo de archivar estas imágenes, el álbum de fotografías", Armando Silva, Álbum de familia. La imagen de nosotros mismos, Bogotá, Norma, 1998, p. 19. En cuanto a un trabajo desde la perspectiva de género véase Mariana Iturriza y Miriam Pelazas, Imágenes de una ausencia. La presencia de la mujer en la fotografía de la prensa argentina de 1920 a 1930, Buenos Aires, Prometeolibros, 2001 y Patricia Calefato (comp.), Cartografie dell'immaginario. Cinema, corpo, memoria, Roma, Luca Sossella, 2000.
- <sup>3</sup> Un ejemplo representativo de este género es Antonella Russo, Il fascismo in mostra, Roma, Editori Reuniti, 1999, que forma parte de la colección Storia fotografica della Società Italiana (1848-1998), dirigida por Giovanni De Luna y Diego Mormorio.
- <sup>4</sup> Georges Duby, Año 1000, Año 2000. La huella de nuestros miedos, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995.
- <sup>5</sup> Roland Barthes, La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 64-98.
- <sup>6</sup> Carlo Ginzburg, "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", *Entrepasados. Revista de Historia*, № 8, Buenos Aires, principios de 1995.
- <sup>7</sup> Pierre Bourdieu, La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Madrid, Taurus, 1999, pp. 33-38.

- 8 Susan Sontag, Sobre la fotografía, Barcelona, Edhasa, 1996, pp. 32-33.
- <sup>9</sup> Louis Marin, Estudios semiológicos. La lectura de la imagen, Madrid, Comunicación, 1978, pp. 25-61. Véase también Roland Barthes, La Torre Eiffel. Textos sobre la imagen, Barcelona, Paidós, 2001.
- 10 Sobre todo para repensar el tema del "realismo", véase Siegfried Kracauer, Teoría del cine. La redención de la realidad física, Barcelona, Paidós, 1996.
- <sup>11</sup> Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1980, t. III, pp. 241-260. Una reelaboración de dicho artículo se incluye en Marc Ferro, *Historia contemporánea y cine*, Barcelona, Ariel, 1995, pp. 31-93.
- 12 Robert A. Rosenstone, El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia, Barcelona, Ariel, 1997, p. 20.
- <sup>13</sup> Ídem, p. 22. En cuanto a la complejidad del mensaje cinematográfico analizado por Christian Metz y Emilio Garrón, véase Ciro F. Cardoso, "Análisis semiótico de películas: un método para historiadores", en AA.VV., Historia a debate, t. II, pp. 31-44.
- <sup>14</sup> Al respecto ver Joan-Lluís Palos, "El encuentro de los historiadores con las imágenes" en AA.VV., Historia a debate, t. III, pp. 201-208.
- <sup>15</sup> E.H. Kantorowicz, Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval, Madrid, 1985.

# En los umbrales de la fotografía: imágenes de Chile en dos relatos de viajeras (siglo XIX)

Claudia Borri\*

n los últimos decenios del siglo XIX, el viaje femenino, en consecuencia de la revolución de los transportes y del adelanto de la condición de la mujer, propende a adquirir las peculiaridades del viaje moderno, motivado por una elección personal. En este nuevo contexto, los elementos iconográficos que forman parte de los relatos de viaje reflejan características más articuladas respecto a la mera exigencia de ilustrar lo narrado en el texto. Entre ellas adquiere importancia la voluntad de establecer una comunicación más rápida e inmediata con un público amplio, y, por sobre todo, el propósito de no desviar totalmente la atención del observador de la propia protagonista del viaje. En esta perspectiva, analizaremos las ilustraciones contenidas en *Across Patagonia* (1880) de Florence Dixie² y los óleos de Marianne North referentes a Chile (1884).

Florence Dixie, una altiva aristocrática inglesa, zarpó de Burdeos en 1878 junto con su esposo, su hermano mellizo lord James Douglas y su hermano mayor, lord Queensberry, y

llegó a Punta Arenas un mes después en un transatlántico a vapor. Desde el puerto chileno se dirigió hacia la cordillera andina y llegó a uno de los lugares más bellos de la región, que actualmente forma parte del Parque Nacional Torres del Paine. En la Patagonia los ingleses encontraron un lugar apto para la diversión de un interminable safari y de unas largas cabalgatas, junto con la emoción de una vida aventurera y primitiva.

La causa primera de la elección del destino sudamericano fue el encuentro entre lady Dixie y Julius Beerbohm, un joven ingeniero inglés que había vivido escalofriantes aventuras en las tierras australes, narradas en *Wanderings in Patagonia*, quien la acompañó en su aventura patagónica e ilustró su reportaje con doce plates y dos vignettes.

De acuerdo con lo que se desprende de Across Patagonia, lady Dixie quiso representarse a sí misma como heroína de una epopeya protagonizada en su mayoría por hombres y de una actividad –como la caza– típicamente masculina.<sup>4</sup> En esta perspectiva, la presencia de Beerbohm durante el viaje garantiza que las imágenes proporcionadas al lector son auténticas, tomadas directamente del natural y en los lugares mismos en que se hizo el viaje.

Entre ellas, destacan las que se refieren a los animales, en



<sup>\*</sup> Università degli Studi di Milano.

detalle al guanaco (Guanacos, Fig.  $N^{\circ}$  1), al avestruz ( $The\ last\ double$ , Fig.  $N^{\circ}$  2) y al puma ( $The\ puma$ 's death-spring, Fig.  $N^{\circ}$  3). Todos los grabados reflejan no solamente la intención de presentar al lector los ejemplares más nobles de la fauna patagónica sino también el rol de sportsmen de los viajeros. En cada una de ellas, su presencia es visible. Los animales

Figura Nº 1

son tomados en movimiento, en el momento en que están sucumbiendo frente a las armas de sus cazadores y ocupan la parte central del grabado. Sin embargo, en las extremidades de las imágenes se asoman unas figuras humanas. En la primera y en la segunda se percibe entre los caballeros la presencia de una dama; en la tercera, en posición frontal, se vislumbra la fisonomía de un cazador, individualizada a través de un característico sombrero, que no deja lugar a duda sobre el origen europeo del hombre.

En fin, las ilustraciones se constituyen en un testimonio verídico de la presencia de los viajeros y de su acción.

Otro elemento imprescindible en la representación del universo patagónico es el indígena. En el imaginario europeo, el salvaje nómada y primitivo que vive cazando en las pampas representa uno de los aspectos más exóticos y folclóricos del universo americano. Durante su viaje, lady Dixie tiene la oportunidad de visitar una toldería de los tehuelches. Claramente fastidiada por su impetuosa curiosidad hacia las visitas europeas, molesta por la injerencia de niños y perros que la cercan bulliciosamente, descompuesta por el mal olor y la suciedad, la señora expresa todo su sentido de superioridad frente a los nativos. Sin embargo, en un toldo encuentra a un joven de nobles facciones, cuyos atuendos están limpios y adornados: un sujeto perfecto para una ilustración. Beerbohm traza con el lápiz el retrato del joven y

Figura Nº 2



fornido cacique y, al finalizarlo, se lo muestra a su modelo. El cacique, montado repentinamente en cólera al ver su propia imagen, hace trizas del papel. Un gesto que no sorprendería a los antropólogos, pero que desconcertó al retratista.

Al diseñador no le queda otra opción, entonces, que dar una visión panorámica de la toldería (*Indian Camp*, Fig. Nº 4) en un nuevo diseño. En primer plano, dos indígenas, al lado derecho del gra-

hado, dan las espaldas al observador. En la parte central, dos jinetes, un hombre y una mujer, protagonizan la escena; entre ellos v sus cabalgaduras, emerge la figura de un indígena parado y sonriente. En el trasfondo, entre algunos toldos, se entrevén figuras de nativos y otro jinete europeo. La atención del observador, sin embargo, es atraída por los dos europeos a caballo y, sobre todo, por la señora de espaldas. Ella no monta a la amazona, como se estilaba en la época entre las mujeres europeas, y lleva una divided skirt. una falda pantalón muy práctica y adecuada a las necesidades de una equitación casi permanente, mas cuyo uso a la sazón era considerado unconventional para una mujer.



Figura Nº 3

En fin, la toldería se constituye en un trasfondo que da resalte a los viajeros europeos y asimismo cumple con otra función, la de evidenciar el hecho de que los viajeros estuvieron de verdad en aquellos lugares, entre los indígenas y en sus toldos. La anécdota sobre la destrucción de su retrato por parte del cacique, narrado en el texto, afianza el rol de testigo veraz y ocular del diseñador.

En su texto lady Dixie había revelado que, al comparar la estatura de los indígenas con la de su esposo, se había dado cuenta de que su fama de gigantes era ficticia. El interés científico de la autora, expresado de esta escueta forma, se configura sólo como un debido obsequio a una tradición recogida por un sinnúmero de viajeros de los siglos anteriores. La ilustración de la toldería confirma que a la autora le importa sobre todo que resulte evidente que ella estuvo entre los tehuelches –sean gigantes o no– en un país desconocido para la gran mayoría de los europeos y que, en aquellas localidades, su esencia de mujer no le impidió demostrar su valentía y su inconformismo, incluso en la forma de vestir. Un desafío

contra las reglas que fue, a su retorno, uno de los temas feministas abordados en sus publicaciones a favor de la emancipación de la mujer.

Sólo algunos años después, en 1882, el capitán Roncagli, enviado de Punta Arenas a Santa Cruz por parte del explorador Giacomo Bove, al llegar a los mismos lugares dibujó a los indígenas con el intento de dejar evidencia científica de su estatura, sus facciones,

Figura Nº 4



sus atuendos y sus útiles.<sup>5</sup> De hecho, a consecuencia del progreso científico y de los estudios sobre la evolución humana, el indígena patagónico, junto con sus congéneres fueguinos y finapuches, había sido tempranamente utilizado como modelo para comprobar la existencia de una alteridad primitiva respecto al hombre civilizado, tanto en los grabados como en las fotografías. De todos modos, en esta época, los grabados continuaron siendo la forma de ilustración más común, debido a su fácil impresión y a la posibilidad de corregir en ellos eventuales defectos de las fotografías que a menudo los habían inspirado. A fines del siglo XIX las fotografías aumentaron como forma autónoma de representación gráfica, pero siguieron siendo utilizadas como base en el grabado.<sup>6</sup>

Los grabados de *Across Patagonia*, por lo tanto, no constituyen a la sazón una técnica obsoleta. Sin embargo, no reflejan el incipiente fervor científico, particularmente vivo hacia las etnias patagónicas, cuya extinción ya se preveía. De acuerdo con los rasgos turísticos del viaje patagónico de lady Dixie, en las ilustraciones de su relato predomina el gusto por lo exótico.

Por último, la representación del paisaje se presta a análogas consideraciones. En *Across Patagonia* no aparece ninguna representación de Punta Arenas, un lugar yermo y triste. Un par de años antes, Annie Brassey, otra viajera británica, había renunciado a representar Punta Arenas en las ilustraciones de su relato de viaje. Un a decisión extraña, puesto que la señora tenía incluso una cámara. En realidad el sujeto no presentaba algún atractivo para un turista europeo que aspiraba a sorprender a sus lectores con la peculiaridad de los lugares visitados.

En cambio los paisajes naturales cumplían con el intento de mostrar lo exótico. En la etapa de acercamiento a la cordillera, descripta en *Across Patagonia*, los viajeros ingleses embocan un camino desconocido incluso a sus guías. Valles angostos y hondas quebradas llevan al grupo a los faldeos de las cumbres más elevadas de la cordillera hasta un lugar encantado que la autora llama, posiblemente por su belleza, *The "Cleopatra needles"* (Fig. Nº 5). En el grabado correspondiente, tres cumbres rocosas se recortan en el cielo, entre cerros nevados y un poderoso macizo. Un par de jinetes, casi invisibles a una primera mirada, observa el escenario maravilloso. En este caso, los dibujos de Beerbohm desempeñan un rol ulterior, el de documentar la visión de un paisaje inexplorado en la forma más fiel posible. A comienzos del siglo XX, con el mismo intento, Alberto M. de Agostini fotografió

Figura Nº 5



por primera vez el mismo lugar –actualmente uno de los panoramas más conocidos de Chile– confirmando indirectamente la exactitud del grabado de Beerbohm.<sup>8</sup>

El 24 de marzo de 1879, mientras lady Dixie, terminada la aventura patagónica, navegaba hacia Inglaterra, su connacional Marianne North llegaba a Londres de vuelta de dos años pasados en la India. Feliz de hallarse de nuevo at home, decidió encontrar una

colocación definitiva para sus cuadros de sujetos botánicos, resultado de trece años de viajes en todos los continentes. La artista obtuvo de Joseph Hooker, director de los Royal Botanic Gardens de Kew, la autorización para construir un pabellón en el interior del parque, donde pudiera instalar una galería permanente de su obra pictórica. Marianne encargó al arquitecto James Fergusson proyectar y construir la galería asumiendo los gastos que se ocasionaran. Luego supervisó los trabajos en todas sus etapas y decoró los marcos, los frisos y las puertas del edificio. La galería fue inaugurada en 1882. De acuerdo con las indicaciones de la autora, en ella se exhibieron 823 óleos, agrupados en función de la distribución geográfica de las especies vegetales ilustradas.

Un año después de la consagración de su actividad en la galería, Marianne regresa de una estadía en las islas Seicheles agotada y enferma. No obstante, contraviniendo todas las indicaciones médicas, embarca a Chile, para su último viaje. De regreso de Sudamérica, empieza a redactar su largo diario de vida y de viaje, *Recollections of a happy life*. <sup>10</sup>

La propia Marianne explicó que había enfrentado el viaje para pintar de vista y en su hábitat un ejemplar de *Araucaria araucana*, ya que la imagen del imponente espécimen chileno aún faltaba a su colección.

Luego de una breve estadía en Valparaíso y en sus alrededores donde pudo pintar ejemplares de la palma autóctona,  $^{11}$  viajó al sur de Chile para encontrar la Araucaria. Después de dos días de tren, llegó a Angol, donde terminaba la línea ferroviaria, y de allí subió durante unas cuatro o cinco horas a caballo donde sus anfitriones, unos colonos irlandeses, la esperaban. Desde su habitación por primera vez pudo admirar de lejos los famosos árboles y, al día siguiente, se adentró en el bosque de coníferas para llevar a cabo su trabajo (Figs.  $N^{o}$  6 y  $N^{o}$  7).  $^{12}$ 

Figura Nº 6



Figura Nº 7



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tanto en las imágenes de la palma y de la araucaria, cuya búsqueda le había costado a la artista tantos trajines, como en otros óleos, junto con la descripción analítica del ejemplar se pueden apreciar unos detalles significativos que identifican su procedencia extraeuropea; una figura humana, un grupo de guanacos pastando tranquilamente, insectos y mariposas. Por otro lado, la representación de muchos ejemplares, diferentes por tamaño y especies,

refleja un afán documental que no atañe solamente a la botánica sino también a la geografía. A través de su diversidad, de hecho, la autora sugiere la heterogeneidad de un territorio que se extiende a lo largo de 4.000 kilómetros entre el mar y la cordillera.

Además de las plantas, una serie de paisajes documenta la fisonomía del territorio chileno, tanto urbano como costero y rural. Aun cuando minoritaria respecto a la producción global, la presencia de los paisajes funciona como ejemplificación del contexto geográfico. Puesto que el destino de los óleos era la galería de los Kew Gardens, se necesitaba un soporte di-

dáctico para un público supuestamente desinformado acerca del país originario de los especímenes representados. Por otro lado, los óleos se configuran como evidencias irrefutables del hecho de que la autora los había pintado del vivo, soportando los trajines de un largo viaje, y que los sujetos representados se podían encontrar sólo en Chile. El valor de los cuadros estriba justamente en el hecho de que, casi como para una toma fotográfica, requirió que la artista se trasladara a un "determinado" lugar para encontrar unos "determinados" sujetos.

Finalmente, la pintura a óleo otorga a Marianne North una extraordinaria ventaja con respecto a la fotografía de la época: el color, componente esencial sobre todo para la representación de las flores.

De todos modos, si bien el empleo del color permite a Marianne North una mayor aproximación a la reproducción exacta del sujeto, el realismo de sus cuadros florales es sólo supuesto.

En 1877, la destacada fotógrafa británica Julia Cameron había tomado una fotografía a la artista su connacional, durante su estadía en Ceilán. La propia Marianne North describe la sesión de pose de esta forma:

Ella me envolvió en unos fluyentes paños de cachemira, me soltó el pelo y me hizo sentar con algunas ramas de cocotero como trasfondo. Mientras los rayos del sol del mediodía filtraban a través de las hojas movidas por una leve brisa, me dijo que pareciera perfectamente natural (¡con una temperatura de alrededor 96 grados Farenheit!). Luego probó con un trasfondo de hojas y frutos del árbol del pan, fijándolos en una persiana, y "les" dijo que parecieran naturales. Sin embargo "todos" fallamos en este intento. Si bien gastó once placas y una enorme cantidad de tiempo, fue todo en vano. Ella pudo solamente obtener la imagen de una mujer insulsa y perfectamente común. 13

Al mostrar con mucha ironía su desconfianza hacia la técnica fotográfica –que, pese a los trucos, no logra embellecer la realidad– Marianne North ilustra un proceso artístico al cual, en realidad, ella misma se atiene. A la manera de los pintores flamencos, ella presenta

al ojo del observador sus ramos de flores en una composición artificial –consecuencia, a su vez, de una selección anterior, efectuada sobre la base del color y del tamaño– y dentro de un escenario reconstruido por sus propias manos, que comprende objetos diferentes, como un florero en cerámica, un jarro y un mate (Fig. Nº 8). <sup>14</sup> Tanto en la fotografía como en el óleo, el resultado final es fruto de una creación personal, que desarma cualquier posible hipótesis de realismo total, ya que, de todos modos, el sujeto está "arreglado" por la artista. Por lo tanto, las pinturas de Marianne North no pueden considerarse un inmenso herbal realizado con la única finalidad de ser utilizado por los estudiosos de botánica.

El destinatario privilegiado de su comunicación artística es un público de aficionados a la jardinería y a la botánica a quienes ella proporcionó una sinopsis casi universal de la flora terrestre, instalada en un parque visitado –aun en la actualidad– por centenares de perso-

nas. Para que se tomaran su tiempo en la empresa de admirarla en su conjunto, la autora sabiamente había establecido que tuvieran la posibilidad de servirse una buena taza de té o de café en la misma galería.

En realidad, tanto para Florence Dixie –aun cuando por interpósita persona– como para Marianne North, en una época en que la fotografía empezaba a dar sus primeros pasos, las ilustraciones de un libro de viaje (donde se narran sus propias hazañas personales) y los cuadros florales (cuya gestación es ampliamente narrada en un diario personal), representan una nueva manera de comunicación con el público, prodrómica respectivamente a la fotografía turística y a la fotografía documental de divulgación científica.

A fines del siglo XIX, cuando el viaje se configura, incluso para las mujeres, como el fruto de una libre elección que responde al deseo de entretenimiento o que busca una experiencia cognitiva, la iconografía representa un soporte significativo para la divulgación del correspon-



Figura Nº 8

diente relato entre un público más amplio y menos especializado. A este fin es importante para las viajeras demostrar que la representación no es imaginaria, sino que es el resultado de un viaje en tierras lejanas. Esta perspectiva ensalza el rol protagónico de la autora, en una época en que viajar representaba aún una empresa arriesgada y peligrosa. Es como si las ilustraciones hablaran en nombre de la autora, diciendo a los destinatarios: "Yo fui allí, yo he visto esas cosas, yo he enfrentado infinitas peripecias para verlas y para mostrárselas". Además, con estas aseveraciones implícitas, las viajeras destacaban también su importancia como individuos, puesto que lograban demostrar que sus capacidades eran equiparables a las de los hombres.

- <sup>1</sup> Para una interpretación semiológica e histórica de la imagen véanse O. Calabrese, *Il linguaggio dell'arte*, Milán, Bompiani, 2002, y P. Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001.
  - <sup>2</sup> F. Dixie, Across Patagonia, Londres, R. Bentley, 1880.
- <sup>3</sup> J. Beerbohm, Wanderings in Patagonia, or life among the ostrich-hunters, Londres, Chatto and Sons, 1879. El texto contiene dos grabados, cuatro vignettes y un mapa, obras del autor. El destacado viajero G.C. Musters, en cambio, había encargado la elaboración de sus bosquejos patagónicos (ocho ilustraciones y un mapa) al diseñador Zwecker (Preface en At home with the Patagonians. A year's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro, Londres, J. Murray, 1871).
- <sup>4</sup> Sobre las características del viaje de lady Dixie véase C. Borri, Lo specchio della lontananza. Tre viaggi di donne in Sudamerica (XIX secolo), Turín, Il Segnalibro, 2002.
- <sup>5</sup> G. Roncagli, "Da Punta Arenas a Santa Cruz", *Bollettino della Società Geografica Italiana*, Serie II, vol. IX, pp. 741-784.
- <sup>6</sup> Cfr. AA.VV., Introduction to Ethnical Photografy in Patagonia/Introducción a la Fotografía Etnica de la Patagonia, Punta Arenas, Patagonia Comunicaciones, 1997, y M. Alvaredo, R. Mege y C. Báez A. (eds.), Mapuche. Fotografías. Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario, Santiago de Chile, Pehuén, 2001.
- <sup>7</sup> A. Brassey, Voyage d'une famille autour du monde. A bord de son yacht "le Sunbeam", París, Maurice Dreyfous Éditeur, 1878, pp. 81-86.
- <sup>8</sup> AA.VV., Ai limiti del mondo. Alberto M. de Agostini in Patagonia e Terra del Fuoco, Turin, Museo Nazionale della Montagna "Duca degli Abruzzi", Club Alpino Italiano Sezione di Torino, 1999, p. 179.
- <sup>9</sup> M. North, A vision of Eden. The life and work of Marianne North, Londres, HMSO, 1980, y L. Ponsonby, Marianne North at Kew Gardens, Exeter, Webb and Bower, 1990.
- <sup>10</sup> M. North, Recollections of a happy life: being the autobiography of Marianne North (ed. her sister Mrs. John Addington Symonds), 2 vols., Londres, MacMillan and Co., 1892.
- <sup>11</sup> Cuadro 4, p. 56. De aquí en adelante, nos referimos a las reproducciones de los óleos chilenos de M. North publicadas en A. Echenique y M.V. Lagassa, *La flora chilena en la mirada de Marianne North 1884*, Santiago de Chile, Pehuén, 1999.
  - 12 Véase cuadro 24, p. 96.
- <sup>13</sup> M. North, Recollections...p. 315, cit. en A. Hopkins, Julia Margaret Cameron, Londres, Virago Press, 1986. La traducción es nuestra.
  - <sup>14</sup> Véanse cuadros 15 y 20, pp. 78 y 88.

### Donde se construyen los estereotipos: la revolución mexicana en la prensa ilustrada italiana

Camilla Cattarulla\*

I desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. [...]

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esen-

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida son iguales para todos, y que la

búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios."

En el discurso pronunciado en la Academia Sueca en diciembre de 1982 en ocasión de la entrega del premio Nobel de Literatura -del que ha sido extraído el fragmento que acabamos de citar-Gabriel García Márquez invitaba a Europa a no interpretar al continente latinoamericano sirviéndose de sus propios esquemas culturales. Es ésta una actitud que empezó a arraigarse en el mundo occidental a partir del Descubrimiento y que a lo largo de los siglos ha ido delineando una tendencia a atribuir connotaciones y significaciones a la realidad latinoamericana donde el cliché, el estereotipo, han condicionado el juicio sobre fenómenos culturales, sociales, políticos e incluso económicos. Según Walter Lippmann, a quien muchos reconocen el mérito de haber divulgado el término estereotipo, la peculiaridad del mismo estriba en que "éste se adelanta al uso de la razón: es una forma de percepción, que impone un rasgo especial a los datos de nuestros sentidos antes de que dichos datos lleguen a la inteligencia". Este sistema perceptivo da lugar a un conjunto de informaciones rígidas (y a menudo con un valor negativo) atribuidas a un grupo determinado o a una categoría social por otro grupo o por otra categoría social.

Es el caso de la imagen del mexicano, cuyo estereotipo nega-

<sup>\*</sup> Universidad de Roma Tre, Italia.

tivo de individuo indolente, rebelde, que desprecia el peligro, armado de fusil y cartuchera y vestido con poncho y sombrero, convertido en personaje familiar por las películas del oeste y por los comics, y que empezó a difundirse en Norteamérica a partir de la primera mitad del siglo XIX gracias a los apuntes de viaje de los visitantes angloamericanos en el actual suroeste de Estados Unidos, alcanza su plena confirmación y corroboración en la representación iconográfica de la Revolución mexicana.

Por lo que se refiere a la percepción italiana, que es el tema que nos ocupa, pero que se

puede considerar como paradigma de los mecanismos de difusión de los estereotipos mexicanos, la revolución ocupa un lugar central en la atención del público gracias a los artículos y sobre todo a las fotos y a las ilustraciones publicadas por los principales rotativos italianos de aquella época. Para este estudio se han examinado tres de ellos: La Domenica del Corriere, L'Illustrazione Italiana y La Tribuna illustrata.

Se trata de tres semanarios muy conocidos cuya línea editorial reflejaba perfectamente el nuevo clima cultural que surgió en Italia tras la conquista de la unidad del país. En la práctica, también como consecuencia de las ideas positivistas que se arraigaron en Italia, la nueva mentalidad social, que en aquel momento estaba encauzada hacia el progreso y la modernización, favoreció el nacimiento y el desarrollo de la industria cultural. En el marco de esta industria la prensa periódica ilustrada desempeñaba un rol de vital importancia, ya que respondía a las exigencias de información y de culturización del nuevo público que se estaba formando, compuesto por un pueblo de artesanos y obreros y por la pequeña burguesía comprometida en actividades del sector terciario en las grandes ciudades, dos capas sociales que en su conjunto constituían un mercado editorial de amplias proporciones e ignorado hasta entonces.

De hecho hay que tener en cuenta que si por un lado los distintos censos realizados una vez conseguida la unidad facilitaban información acerca del número de los analfabetos, por otro no proporcionaban información alguna acerca de los semianalfabetos, que seguramente eran muy numerosos. Por tanto si lo que se proponía un editor era conseguir un número suficiente de lectores para contar con un balance activo de sus publicaciones, tenía que dar con una fórmula que le permitiese abarcar un público cada vez más amplio. Y la revista ilustrada (recreada calcando los modelos franceses) podía resultar una solución a este problema. En ella, la historia, las ciencias, la política y la crónica se relataban en primer lugar a través de la ilustración, y luego, los que estaban capacitados para ello, también podían leer el texto. Y además de la crónica nacional e internacional, la revista ilustrada publicaba cuentos, poesías, crónicas de viajes, consejos útiles, noticias mundanas, adivinanzas, juegos, páginas musicales, es decir que ofrecía diversión y nociones al mismo tiempo, compaginando la utilidad con el entretenimiento. La fórmula resultó exitosa y dio fama duradera a revistas que empezaron a difundirse cada vez más, llegando a alcanzar tiradas de cierto peso para la época. Los que la idearon y divulgaron fueron sobre todo dos editores

milaneses muy atentos a los cambios sociales y culturales: Treves y Sonzogno. La comunicación visual de los contenidos que transmitían las fotos, muy a menudo carentes de artículo y explicadas con simples epígrafes, de manera que representaban ellas mismas la noticia por excelencia, es la mayor innovación introducida por el semanario ilustrado; además, para el siglo XIX, este hecho marcó uno de los hitos de la modernización: "Una sociedad se vuelve «moderna» cuando una de sus actividades principales consiste en producir y consumir imágenes", escribe Susan Sontag.

De las revistas de las que se han extraído fotos e ilustraciones relacionadas con la revolución mexicana, una de ellas, *L'Illustrazione italiana*, es precisamente de Treves. Nacida en 1873 como semanario para luego convertirse en revista mensual, su entradilla da fe de lo que comentábamos acerca de los contenidos, pues dice: "Semanario de los acontecimientos y personajes contemporáneos, sobre la historia del día, la vida pública y social, ciencias, bellas artes, geografía y viajes, teatros, música, modas, etc.". En cambio *La Tribuna illustrata* (1893) y *La Domenica del Corriere* (1899) ya representan una mayor evolución de la industria cultural italiana, especialmente de la prensa periódica, pues corresponden al modelo del suplemento ilustrado semanal del diario (es el caso de *La Tribuna* de Roma e *Il Corriere della Sera* de Milán).

Pero a pesar de la publicación de estas y de otras revistas que daban fe de la presencia en Italia de un clima cultural muy vital y de apertura hacia el extranjero, la visión de los hechos del exterior aún resultaba influida por los ecos del *Risorgimento* y por las vicisitudes políticas y sociales que asolaban al joven Estado italiano. De hecho no es casualidad que en los cortos epígrafes escritos por los corresponsales de estos tres semanarios, se sigue una línea interpretativa sobre la revolución mexicana que se ajusta a circunstancias y peculiaridades típicamente italianas.

Sin querer desarrollar un análisis exhaustivo de los artículos publicados entre 1910 y 1914 (la Primera Guerra Mundial alejó la atención italiana de las vicisitudes mexicanas), bastará con decir que las tres revistas coincidieron en considerar como determinante el rol de Estados Unidos arremetiendo contra su política imperialista, mientras la interpretación que se dio a las modalidades políticas y sociales características de la revolución en México fue bien distinta. En cuanto a la revolución, La Domenica del Corriere adoptó una postura conservadora y de condena de donde se desprenden al menos dos constantes: la primera es que la causa de los levantamientos es la ambición humana, es decir, el fruto de "pasiones humanas descomedidas" y no el resultado de una serie de problemas económicos y sociales; y la segunda es que la caída de Porfirio Díaz ha generado desorden y anarquía. Por estos motivos, más que de revolución, para los periodistas de La Domenica del Corriere se puede hablar de una auténtica querra civil

en México determinada por la ambición de poder por parte de algunos generales que se disputan el gobierno del país.

En cambio la postura de <u>L'Illustrazione</u>

<u>Italiana</u> fue f<u>avorable a los revolucionarios</u>
que luchaban para liberar a México del régimen dictatorial de Porfirio Díaz. En los artículos publicados por la revista se puede



apreciar una analogía entre la revolución mexicana y el Risorgimento italiano, gracias también a la presencia en México de un nieto de Garibaldi, Peppino, que militaba en el bando maderista. De los levantamientos del

Risorgimento italiano la revolución mexicana ha heredado la organización, adjudicada a personas cultas y dotadas de cierto espesor social, antes que nadie Francisco Madero, cuya figura es ensalzada como si se tratara de un "libertador de los oprimidos", hasta tal punto que con su muerte el levantamiento, que en un primer momento fue entendido como un levantamiento liberal, se convierte en guerra civil, circunstancia que puso fin a esa visión evocadora del Risorgimento. Por último, La Tribuna Illustrata se limitó a enfatizar la posibilidad de que, con la eventual entrada en guerra de Japón contra Estados Unidos, el levantamiento repercutiera a nivel político también en la esfera internacional.

Cabe recordar además que ésta no fue la primera vez que la prensa italiana (semanal y diaria) se ocupó de un conflicto latinoamericano. Ya en 1898, en ocasión de la guerra hispanoamericana librada entre Estados Unidos y España por la independencia de Cuba, dos de las revistas que nos ocupan (L'Illustrazione Italiana y La Tribuna Illustrata della domenica) dedicaron un amplio espacio a ese acontecimiento con artículos, fotos y sobre todo dibujos que representaban aquel momento de transición: de una utilización fundamentalmente estética de la ilustración a una utilización como canal de información y comunicación visual, en la que queda patente la exigencia de un trabajo documentativo mayor. Ahora, tras más de una década de la guerra hispanoamericana, la fotografía ha suplantado con creces al dibujo, índice del rápido desarrollo del medio fotográfico como fuente de información capaz de imponerse sobre el artículo. A pesar de ello el dibujo, a menudo obtenido a partir de una foto, permanecerá durante largo tiempo en el semanario ilustrado, sea por su capacidad de convocar al imaginario visual del público o porque, para algunos periódicos, se convertirá en un sello de distinción.

Las fotos de la revolución mexicana, aunque procedentes de fuentes distintas, a menudo llegan a constituir una colección recogida en las páginas de las revistas como un auténtico reportaje fotográfico de guerra. De hecho no hay que olvidar que la invención de la fotografía crea nuevas figuras profesionales relacionadas con el periodismo: el corresponsal de querra y sobre todo el "fotorreporter", aquel que capturando las imágenes de las que era espectador tenía que ser "testigo fiel". La primera guerra documentada con fotografías fue la de Crimea (1853-1855), pero habrá que esperar hasta la guerra civil americana para ver fotos que reproducen escenas de batalla y no sólo retratos de los combatientes y paisajes del lugar. Los reportajes sobre México publicados en las revistas italianas, al lado de fotos que ilustran episodios de la revolución, siguen proponiendo retratos de rebeldes (o grupos de rebeldes) y de personajes políticos mexicanos y estadounidenses comprometidos en el conflicto, dando fe de cómo el retrato fotográfico está muy lejos de caer en el olvido. Lo que más llama la atención de estos retratos es la solemnidad de los personajes que posan y que borra cualquier jerarquía, hasta tal punto que eminentes personalidades políticas, jefes revolucionarios o indios, son representados en un plano igualitario. En este proceso de anulación participan también las figuras femeninas de las soldaderas, que además aparecen desexualizadas (Fig. Nº 1). A este propósito Luigi Barzini, corresponsal de México para Il Corriere della Sera escribe: "La mujer, al igual que el hombre, tiene el instinto de la guerra.

este imperation que dicho ple pinturo?

Por costumbre, por tradición, por intuición, ella sabe perfectamente qué tiene que hacer cuando llega la guerra. La lucha es aceptada como una fatalidad, una costumbre". De ello da fe tambiéna uno de los principales caracteres de la técnica fotográfica, es decir que en ella se "pone en práctica el imperativo surrealista de adoptar una actitud inflexiblemente igualitaria frente a cualquier objeto".

Sin embargo la fotografía, incluso la de guerra, reconstruye el espíritu de una época y de un lugar. Reproduzco aquí los comentarios de Gabriele D'Autilia quien, adoptando la definición de "cultura" de Giuseppe Galasso, considera la fotografía como "fuente" para documentar



Figura № 1. Una mexicana en armas, Illustrazione Italiana, 3 de mayo de 1914.

...sea esa cultura que se expresa en la mentalidad, en los comportamientos, en los símbolos, en las representaciones, en las costumbres, en los rituales, es decir, en el patrimonio moral e intelectual de una comunidad y de sus formas de expresarlo; sea la cultura material, es decir, las manufacturas, la decoración, la forma de vestir, los medios de transporte y de comunicación, etcétera.

PliNEST. HISTORICA > 2 Sist. coult < built fotopolicals

Se trata de ir más allá de la fotografía como fuente para la investigación histórica, para considerarla más bien como indicador de dos sistemas culturales: el del fotógrafo y el del sujeto fotografíado. A partir de un acontecimiento de importancia fundamental para la historia de México, las fotografías de la revolución representan un "fragmento" (se podría decir una "mención") de una realidad sobre la que se va a constituir un proceso de macrosignificación o hiperconnotación. Debido a este proceso, las fotos contribuyen a la creación, en el imaginario colectivo, del mundo occidental de estereotipos que definen a la cultura y a la tipología misma del mexicano: poncho y sombrero, que se han convertido en una especie de uniforme, la indolencia y la rebelión, rasgos de carácter, y luego la siesta, el tequila y el colorido de sus fiestas. Pero al mismo tiempo, qué es lo que representan las fotos y por qué lo representan de esa manera pueden ser, por reflejo, el índice de peculiaridad propias de la historia y de la cultura italiana que complementan el intento documentativo. Ejemplo de ello son las fotografías de combates entre tropas regulares y rebeldes, que para el imaginario colectivo italiano evocan el tema del Risorgimento (Figs. Nº 2 y 3) o aquellas fotos que presentando a los revolucionarios muertos recuerdan las fotos de los

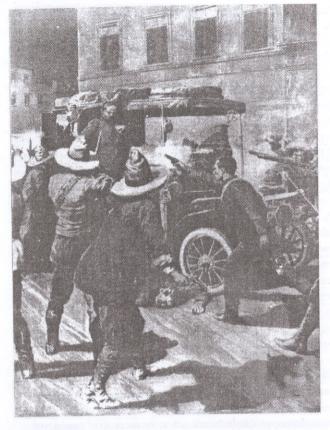


Figura Nº 2. Un trágico episodio de la revolución mexicana: el asesinato del presidente Madero y del general Suárez (dibujo de E. Abbo), *Tribuna Illustrata*, 9-16 de marzo de 1913.

salteadores de caminos del centro-sur italiano tomadas después de ser fusilados, o también la ilustración en la que al presidente Madero, nada más ser asesinado, se le ve de pie en la carroza, en una posición que rescata de la memoria italiana la muerte de Humberto I.

El proceso de creación de estereotipos a partir de fotografías puede ser llevado a la luz mediante un análisis semiológico de las mismas. En el ensayo La cámara lúcida,

Roland Barthes trata el estudio de la fotografía a partir de dos elementos que la componen: el studium y el punctum. En una fotografía, afirma Barthes, el studium es el interés cultural por lo que la foto representa, sea si lo que se quiere es percibirla como un objeto artístico, un cuadro histórico o un testimonio político o social. Es decir, el studium es la "zona de contacto", ese campo donde entran en juego distintos espacios culturales: el del fotógrafo, el del sujeto fotografiado y el del observador de la fotografía (el "Spectator", en el lenguaje de Barthes), que en él reconoce unos determinados elementos históricos, sociales y culturales a partir de su propio saber personal estableciendo así una sintonía con los intentos del fotógrafo. El punctum, en cambio, es lo que en una foto se queda clavado en la mirada de forma inconsciente. Esto no significa que el punctum no puede tener un valor cultural: lo que se clava en la mirada puede ser precisamente un detalle que ofrece un infrasaber, una unión entre punctum y studium, algo más que se vuelca en el imaginario individual (y cada vez más colectivo) de quien observa.

Volviendo al tema de la revolución mexicana, vamos a tomar el ejemplo de la foto en la que, como reza el epígrafe, "El general Carranza enardece a las tropas y a los habitantes en San Itillo". La noticia que ofrece el epígrafe de alguna manera es eclipsada por el enorme despliegue de sombreros, que constituyen el punctum y al mismo tiempo informan al Spec-

tator de que el sombrero es un elemento típico de las prendas mexicanas, un "enorme champiñón", como lo define el corresponsal Barzini en uno de sus artículos. Ese mismo sombrero que imanta la mirada en la foto y que muestra a los "jefes de la revolución mexicana muertos a manos de las tropas gubernamentales y llevados al cementerio para las ceremonias fúnebres por parte de los insurrectos". Y como el punctum tiene una fuerza de expansión que a menudo es metonímica, poco a poco la imagen repetida del sombrero en las fotos de la revolución permite detectar el referente: a partir del sombrero se deduce que la fotografía está ambientada en México, estableciéndose así la conexión entre punctum y studium.

Pero todo ello aún no es suficiente para la estereotipización negativa del mexicano: a ella contribuye el epígrafe que relaciona el punctum de la imagen con el acontecimiento representado: en el epígrafe de una foto publicada por La Domenica del Corriere en el número del 19-26 de julio de 1914, cuyo punctum es una vez más el sombrero, se lee lo siguiente: "Una pintoresca visión de los turbios mexicanos: el general Carranza enardeciendo a una muchedumbre de ciudadanos y de soldados" (Fig. Nº 4). Las palabras "pintoresca" y "turbios" resultan decisivas para orientar a la opinión pública hacia una negativización

estereotipada de los revolucionarios y de los mexicanos en general. Es decir, punctum y epígrafe juntos dan lugar a una visión cultural en la que la foto del revolucionario con el sombrero se convierte en un emblema de características negativas atribuidas a toda una comunidad nacional.

La contribución que las fotos ofrecen a la creación y difusión de estereotipos se introduce en el debate sobre la objetividad de la imagen fotográfica y sobre su utilización como documento histórico.



Figura Nº 3. Una feroz batalla entre rebeldes y tropas regulares en la frontera de México (dibujo de E. Abbo), Tribuna Illustrata, 11-26 de marzo de 1911.

3/1

puntum tiem g'ren com Archie Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com?ar

Figura Nº 4. Una visión pintoresca de mejicanos torvos: el general Carranza arenga a una multitud de ciudadanos y soldados, *Domenica del Corriere*, 19-26 de julio de 1914 (Foto Lamp).



En nuestro caso, la propia utilización de la fotografía como forma para facilitar información a personas refractarias a la lectura es indicativo de cómo a través de la foto se difunde sólo una interpretación de un dato de la realidad, en la que una función importante la desempeña el epígrafe porque, utilizando las palabras de Susan Sontag, "también un epígrafe perfectamente exacto es sólo una posible interpretación". En definitiva, más que un mapa de los acontecimientos, la publicación constante de fotos sobre la revolución, en los periódicos italianos, parece revelar un horizonte prejuicial ligado al hecho de que, según se lee en las breves crónicas que a veces acompañan a las fotos, en Hispanoamérica los levantamientos están al orden del día y ser "revoltoso" es casi una profesión.

A la representación de retratos de generales y revolucionarios repetida hasta la saciedad, falta después la colocación geográfica exacta así como la exacta datación de la imagen del contexto, dos elementos considerados como fundamentales para la correcta utilización de la foto como documento histórico. Y en caso de que exista, el contexto lleva a una interpretación engañosa del fenómeno revolucionario mexicano. Dicho en otras palabras, si quisiéramos localizar como pista para la investigación histórica el escenario del campo de batalla, las fotos facilitarían una información que si no llega a ser engañosa, es cuanto menos parcial. De hecho las representaciones de casas señoriales y monumentos de Ciudad de México destruidas por los rebeldes desplazan el eje del levantamiento hacia un frente urbano, señal de que la que fuera considerada como la primera revolución campesina (una definición que hay que tomar con las debidas reservas), para los periodistas italianos tiene

lugar preferentemente en la ciudad. También en este caso lo que se impone es un espíritu del *Risorgimento* o cuanto menos ligado a los mecanismos de las guerras de independencia, donde la conquista de la ciudad representa la toma del poder político. Todo es confirmación del hecho de que cualquier foto encierra una serie de informaciones redun-



dantes que el historiador deberá tener en cuenta, si es que desea utilizarlas como fuente, pues la foto –valga la reiteración– es un fragmento de la cultura de una determinada época. Entonces, despejado el campo del concepto de la foto como mera representación de la realidad, también la imagen fotográfica debe saber dialogar con todas las fuentes al servicio del historiador: sólo a través de la confrontación sus muchas significaciones pueden sacar a la luz nuevas lecturas de un determinado acontecimiento y ofrecer más pistas de análisis a la investigación histórica.

### Semana Santa mexicana: imágenes resignificadas de indios santos

Lilia Granillo Vázauez\*

iempre me ha asombrado el poder de convocatoria de las cosas de la Iglesia en México. Me refiero a lo que eclesiásticamente llaman "piedad": el interés por las cosas de Dios. Por asociación me remito a la icónica Piedad de Miguel Ángel, Y para explicarme esa otra imagen de la piedad, el calvario mexicano que tanto me cautiva. comienzo por rememorar visiones europeas de la Cruz.

El asombro crece cuando comparo ese poder con la convocatoria católica fuera de México. Me refiero, por ejemplo, a que el 31 de julio de 2002.

cinco millones de personas hayan permanecido de pie durante unas seis horas para saludar al Papa, para acompañarlo en un recorrido de 35 kilómetros, por la ciudad de México, rumbo al Santuario de la Virgen de Guadalupe, hacia la canonización del indio Juan Diego, un indio de historicidad dudosa para algunos europeos.1

Mientras que en Europa, en la Basílica de San Pedro se congregan 20 mil personas cuando la audiencia semanal llega a su plenitud, en la Villa de Guadalupe, en el cerro del Tepeyac, varias veces al año, con o sin Papa, se reúnen uno o dos millones de personas de acuerdo con un calendario propio.

Yo creo que el Vaticano se dio cuenta de ese poder. También creo, y es lo que deseo mostrar hoy, que la Iglesia que viene de Roma no es la misma que se vive en México. Cuando menos, es diversa la convocatoria ante el imaginario europeo que ante el

mexicano, a pesar de que ambas parecen derivar de imágenes que se cree son de origen europeo.

Ello me lleva a pensar en el desafío que constituye la diversidad para el imaginario católico, uno de los más extensos en el mundo. Estas evidencias ponen en duda tal catolicidad, en el sentido de universalidad. Vale la pena pensar en el significado de tal diversidad: más aún, reflexionar acerca de los procesos comunitarios de construcción de significados, y de las representaciones de esas comunidades que constituyen las llamadas "señas de identidad". ¿Será cierto que la globalización está derrumbando las fronteras nacionales? Por cierto que parece imprescindible recordar las tesis de Carlos R. Margain con respecto a la identidad de los pueblos mesoamericanos. ¿Sorprende recordar su persistencia?:

<sup>\*</sup> Profesora e investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana de Azcapotzalco, Ciudad de

Los mesoamericanos hará por lo menos unos tres mil años, al hacerse esta aún válida pregunta ("¿Habrá Dios, dioses?"), llegaron a la conclusión de que frente a esas vastedades ("¿cómo se formó el espacio, cómo el antiespacio?... ¿el ayer, el hoy, el mañana?"), el hombre como individuo y con su ciclo de cincuenta y dos años era en verdad algo insignificante.

Así se comprende entonces cómo fue que el indígena prehispánico desarrollara con la más intima sinceridad y convicción varios aspectos que lo caracterizan: a) un espíritu comunal: el hombre como individuo cuenta poco, en comunidad sí puede llegar a hacer y a ser algo importante, y b) un hondo sentido religioso: los dioses lo pueden todo; según las circunstancias, ellos propiciarán lo benéfico así como lo contrario.<sup>2</sup>

Presento aquí una serie de imágenes en torno al símbolo de la Cruz cristiana y al Calvario, su correlativo de experiencia comunitaria.<sup>3</sup>

**Uno.** La Cruz de Durero, motivos de un socialista portugués metido a Evangelista.<sup>4</sup>

He aguí (Fig. Nº 1) una representación europea de las cosas de Dios, una configuración de "El Calvario". Se trata de una composición surgida en los límites de lo medieval. Elaborada con la significación anterior a la alteridad, al encuentro de los dos mundos. Dicen algunos estudiosos de la identidad europea que Europa es capaz de concebirse a partir del Descubrimiento de América, más bien dicho, de la "destrucción de las Indias", concepto del padre Las Casas.<sup>5</sup> El calvario europeo ha sido actualizado, resignificado por un europeo que ha recibido el premio Nobel, un reconocimiento literario universal. Saramago ha resignificado también la historia más contada de la civilización occidental y muy pronto, de seguir esta mundialización -internacionalización o globalización-, de la oriental también.



Figura Nº 1

**Dos**. Imágenes de otra crucifixión, el Viernes Santo mexicano.

Antes mostré una imagen europea de Cristo. Ahora podríamos, con fines hermenéuticos, intentar una comparación como primer paso hacia la identificación. He aquí (Fig. № 2) una imagen del Calvario, el Gólgota mexicano, divulgada en marzo de 1900. Se trata de una representación insólita que irrumpe en el espacio público mexicano en plena época porfiriana. Hablar de la época porfiriana es pensar, en términos historiográficos, en la creación del Estado mexicano –laico, democrático, federal y republicano– y en la figura de un "hombre fuerte" en términos positivistas: un dictador que ascendió al poder dentro de la ideología liberal. Don Porfirio, de joven, había defendido con Benito Juárez el saludable anticlericalismo que quedó consagrado en una "reforma religiosa a la mexicana", las leyes

de Reforma y la Constitución de 1857. A la muerte de los liberales que habían desafiado las aspiraciones europeas de una monarquía versallesca, "el buen tirano", como lo llamaba el congresista Francisco Bulnes, pudo perpetuarse por tres décadas merced a sus artimañas electorales y gracias a políticas encubiertas que beneficiaban a los conservadores y a la seudoaristocracia, la protoburguesía. Tales políticas fueron glosadas popularmente en expresiones como la Pax porfiriana, la "paz con palos". O bien "Poca política y mucha administración", principio que se aplicaba en el espacio público que estudio, el de la prensa decimonónica que se desplaza por el Atlántico norte.

Aquellas leyes que impusieron la libertad de imprenta, conocían la consigna colonial de "Hágase, pero no se cumpla" con que se recibían las disposiciones de la Corona española en tiempos del Consejo e Indias y de la Casa de la Con-



Figura Nº 2

tratación de Sevilla. En vísperas del siglo XX, la expresión impresa se encontraba sumida en ese limbo que crearon las subvenciones de don Porfirio y de sus gobernadores y jefes políticos, la censura primero, el cohecho institucionalizado también, habían amordazado al periodismo político. Durante el régimen de Porfirio Díaz la prensa de combate se transformó en prensa perseguida. Los periodistas y editores de la oposición dejaron de estar sujetos a los delitos de imprenta, para convertirse en delincuentes comunes que iban a dar a la siniestra cárcel de Belén o, peor aún, podían morir en plena calle, víctimas de altercados y balaceras.<sup>6</sup>

Esta imagen, de forma y contenido lejanos a la concepción europea, procede de uno de los trescientos periódicos electoreros que surgieron en 1899, año de la cuarta elección del tirano. La virulencia de la sátira y el desafío editorial ocasionaron que, al tercer número, los periodistas fueran a dar a la cárcel. Ahí se imprimió de manera clandestina hasta que acabara la farsa electoral, nueve meses después. En México se conservan unos cuantos ejemplares, suficientes para valorar la calidad editorial de su discurso, la representación de un grupo de empresarios y alta burguesía. Además de ser único en los lenguajes verbal e iconográfico, El Alacrán, el semanario de sátira política que estudio, destaca por qué la Hemeroteca Municipal de Madrid conserva íntegra la serie editorial: esta prensa, perseguida hasta la destrucción en la memoria mexicana, logra permanecer intacta en la memoria española, señas de recepción ultramarina y de transvase trasatlántico entre Europa y América.

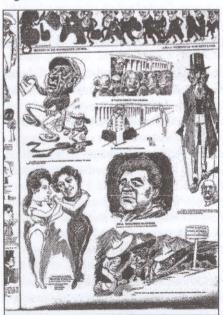
La singularidad de este Calvario reside en un Cristo que es el pueblo sacrificado, un buen ladrón crucificado por la libertad de imprenta y el segundo, por el sufragio libre, el sol de la libertad, Tonatiuh muere tras los montes, representación inequívoca en el imaginario mexicano de las primeras estrofas del popular vals mexicano, del siglo XIX, "Dios nunca muere", parodia del semidiós que ocupaba el Palacio Nacional cuya resonancia ha sido estudiada por

Carlos Monsiváis, señas del presidencialismo mexicano. Debajo, los comerciantes, impávidos, son la casi encarnación de otro lema porfiriano: "Orden, paz y progreso".

**Tres.** Obras de Misericordia, palimpsestos y sobreescritos.

Durante la Cuaresma, *El Alacrán* había publicado ya las devociones nacionales que había que practicar (Fig. Nº 3). Trece caricaturas muestran la filiación europeizante de la representación: bombines, *jacques*, americanas, batas con puños y ribetes de seda, no faltan ni don Porfirio ni el *Tío Sam*. Destacan, para mi argumento, la misericordia que habría que tener contra Bernardo Reyes, consolar al general entristecido, cuya osadía lo llevó al apresuramiento de aspirar a suceder a don Porfirio. Díaz lo mandó asesinar, como a todos sus rivales acorde con la frase anticélebre de "Mátalos en caliente". Y, en el extremo inferior derecho, iconográficamente el sitio pri-





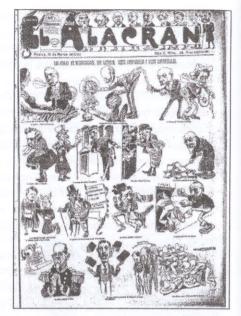


Figura Nº 3

vilegiado del lector –según la teoría de la recepción–, otra imagen pueblerina. Los pantalones de raya y atuendos militares no van con este pueblo que, vestido con sombreros campesinos y pantalón y camisa de manta de los indígenas, retrocede ante un fusil: representan la agonía de Chiapas y Guerrero, la huida de México, Michoacán y otros más.

**Cuatro.** Preliminares de Semana Santa y narrativas revolucionarias.

Meses antes, *El Alacrán* había publicado una escena que explica la misericordia de "Rogar a Dios por vivos y muertos", los levantamientos de campesinos y rancheros en el Estado de Guerrero, una escena que prefigura la imaginería de la Revolución de 1910 (Fig. № 4). La contemplación de este dibujo, fechado en noviembre de 1899, precipita una premonición, como un atisbo. Plasma prematuramente, iconográficamente, la imaginería verbal de

la narrativa de la Revolución Mexicana. Miro el dibujo y la historia progresiva me transporta al emblemático "Cañon de Juchipila", también en Guerrero, región montañosa evocada por la orografía del dibujo y por los personajes que con el icónico sombrero zapatista, de revolucionario mexicano, rifle dispuesto, aluden a los acontecimientos que diegéticamente se sitúan tres lustros después, cifradas casi medio siglo más tarde por la narrativa de la Revolución Mexicana, canon literario de la nación: pervivencia de la imagen exhibida en El Alacrán por cerca de dos generaciones posteriores. Y hasta el zapatismo, el cardenismo y el neozapatismo...

**Cinco.** Camino al calvario de la Revolución y la *Piedad* de Miguel Ángel: ausencias de Jueves Santo.

En el imaginario mexicano, "la piedad" no se concibe en torno al Desprendimiento; en otras palabras, la Crucifixión ocupa más espacio en ese imaginario que el duelo de la Virgen. La *Piedad* a lo Buonarotti, la tragedia madre-hijo, no ocupa tanto espacio en el arte religioso nacional como la Cruz. Cristo crucificado, sacrificado por el pueblo, en bien del pueblo, se presenta en todo el imaginario espiritual. En la primera plana de *El Alacrán* dedicado a la Semana Santa de 1900, inicia el Calvario con este juego mestizo de trasladar prácticas europeas a significados mexicanos.



La secularización del espacio público, la laicicidad de la vida social, quedó marcada cuando el 11 de agosto de 1859 cambió el calendario mexicano. En esa fecha se realizan los cambios marcados por la Constitución de 1857, y el artículo primero prohíbe la asistencia oficial a los actos de la Iglesia, y decreta además que

...dejen de ser días festivos para el efecto de que se cierren los tribunales, oficinas y comercios, todos los que no queden comprendidos en la especificación siguiente: los domingos, el día de año nuevo, el jueves y viernes de la Semana Mayor, el jueves de Corpus, el 16 de septiembre, el 1 y el 2 de noviembre, y los días 12 y 24 de diciembre.

Siglo y medio más tarde, el calendario de días festivos no ha aumentado ninguna fecha religiosa, al contrario, ha eliminado el *jueves de Corpus*. Pienso en la trascendencia antropológica, en la organización sociocultural –y en la creación de imaginarios– detrás de la regulación de este calendario. Dejar fuera tanto santoral y concentrar la piedad católica en jueves y viernes santo, en el día de los muertos, fecha para ocuparse de las cosas del inframundo, tan sagradas para los antiguos mesoamericanos, y en las dos grandes fiestas rituales de fin de año. En el calendario cívico, además del 16 de septiembre, Día de la Independencia que simboliza la libertad de la dominación española, la liturgia republicana ha sacralizado el 20 de noviembre, aniversario de la Revolución Mexicana, y el 5 de febrero, día de la constitución posrevolucionaria. Por otra parte, el 12 de diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe, representa la unión de ambos calendarios, el cívico y el republicano. La coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe fue un acto público, porfirista –aunque don Porfirio, atento al cumplimiento en público de lo que en privado se viola–, celebrado el

12 de octubre de 1895. El Día de la Raza, del Descubrimiento de América –nomenclatura anterior al debate de 1992– se corona a quien quiera que haya sido que se le apareció al indio Juan Diego –quien quiera que haya sido este personaje–, en el antiguo cu, el adoratorio de Tonantzin, la deidad mesoamericana, cuya existencia consta a cualquiera que viaje por México.

**Seis.** Guadalupes, transmisiones de deidades mesoamericanas a Europa y pasarelas en Nueva York.

Por otro lado, muestro ahora figuraciones mexicanas de aquella imagen femenina que acompaña a Cristo en la concepción europea. Primero, la reproducción oficial de la Virgen de Guadalupe, la mexicana, que comparte sólo el nombre –bautizo de india— con la extremeña, nada más (Figs.  $N^{\circ}$  5 y 6).

Si Saramago resignifica la historia más contada en Occidente, la piedad mexicana actualiza Guadalupe en una alegoría de la patria, con los colores de la bandera y las flores de la tierra; composición que actualiza los emblemáticos cuadros de las castas de la época novohispana.<sup>8</sup>

Y hela aquí como deidad mestiza, más de quinientos años después y ya en el tercer milenio. Esta resignificación de La Guadalupana convierte en moda femenina lo icónico, con una vestimenta que se antoja impensable para las pasarelas de París, de Nueva York o de la Via Venetto o el pasaje de la Moda en Madrid. Sin embargo,



Figura Nº 6



Figura Nº 5

en este último se presentaron estos diseños. Mixtura muy exitosa en el sur de Estados Unidos.<sup>9</sup>

Esta diversidad merece más que contrastes y comparaciones. Precisa ya de un análisis del discurso iconográfico pues lo referencial rebasa la iconografía tradicional de emblemas, signos y símbolos. Creo que tenemos que recurrir a trazar el itinerario de emisión y de recepción de estos signos reconvertidos y retrazados. Estas imágenes americanas, tan lejanas a la oficialidad europea, y tan cercanas, a la vez, a la imaginería occidental, constituyen parodias, desde el punto de vista del dialogismo. Son repercusiones, ecos, intertextualidad pura, reconstrucciones de imágenes que resignifican y afianzan relaciones sociales en los procesos de identidad. Lo que más me atrae es que estas resignificaciones, estas narrativas emanadas del pueblo mexicano, convoquen multitudes y circunnaveguen el globo terráqueo.

Basta recordar las primeras planas de la prensa europea en el 1992, cuando a Rigoberta Menchú se le dio el premio Nobel, o bien la movilización del imaginario europeo –y la de la ciudadanía– en 1994, cuando el "conflicto de Chiapas".

En México, los procesos de mestizaje comienzan por incorporar la visión europea al acervo de una civilización de cuño propio que cambió de rumbo con la invasión de 1492. Siguen por entremezclarla con elementos autóctonos y producen un significado nuevo que puede compartir los dos mundos. Lo preexistente así se somete a renovaciones y reconfiguraciones que dan nuevos significados a las estructuras transatlánticas. Miguel Ángel Garibay, lascasiano, indigenista y eclesiástico, escribía en 1958: "Si alguna vez América dice su mensaje al mundo, será ciertamente por lo indio". 10

Siete. El Cristo oficial, doctrinario, y la patrística.

En los tiempos del otro Cristo el pueblo, el Cristo oficial, se identificaba con la unicidad entre Dios y Jesús. Esta unidad de todos los aspectos de Cristo se representaba unívocamente, como en este manual catequista. La doxa católica, aunque editada en Barcelona en 1906, circulaba en México, específicamente en Morelia, Michoacán, y disponía así la imagen de Cristo Crucificado. El jesuita Ramón Ruiz Amado, preocupado por la enseñanza popular de la religión, argumenta la Doctrina Apostolorum, la tradición de la patrística para difundir el culto a la Cruz. Y señala la fundación de la praxis misional de tiempos de la Conquista de México, en los albores del encuentro con los otros:

La primera *Junta apostólica* reunida en la recién conquistada (1524) bajo la presidencia de Fr. Martin de Valencia, franciscano, y a que asistían treinta personas doctas, acordaba que "Como el conocimiento de la fe católica sea necesario a todo cristiano para su salvación y como su ignorancia sea muy peligrosa y nociva... todos los rectores de una iglesia parroquial tengan escritos en lengua vulgar, los artículos de la fe, los preceptos del Decálogo, los sacramentos...". Tocante a la enseñanza de la doctrina cristiana, lo mismo para adultos que para niños, se mandó a todos los gobernadores de Indias, que los días festivos llamasen por la mañana muy temprano a los vecinos de sus pueblos y los llevasen a la Iglesia en procesión, con una cruz delante...<sup>11</sup>

En efecto, es tradición nacional llevar la cruz por delante, sea en peregrinación religiosa o en marcha política.

Ocho. Cristo Pueblo y su cruz por delante.

Pero esa tradición no data de la invasión europea, ni de la llamada evangelización, la "Conquista con la cruz y con la espada". Mucho antes de la llegada de los emisarios de sus Católicas Majestades, la piedad que ahora llamamos mesoamericana ya mostraba su devoción por la Cruz. Esta imagen corresponde a una fotografía que apareció en la cuarta página –sección de información nacional relevante– del periódico Reforma, el sábado 17 de agosto de 2002. Muestra una manifestación de protesta de "indígenas católicos" que pertenecen a la diócesis de San Cristóbal Las Casas, en Chiapas. Este Cristo Pueblo protesta por el desarrollo del Plan Puebla Panamá, una reorganización territorial y cultural dispuesta por el actual gobierno.

En su Historia de los indios de la Nueva España, Motolinía ya reconocía:

Está tan ensalzada en esta tierra la señal de la Cruz, por todos los pueblos y caminos, que se dice que en ninguna parte de la cristiandad está más ensalzada, ni adonde tantas ni tales ni tan altas cruces haya, en especial las de los patios de las iglesias son muy solemnes, las cuales cada domingo y cada fiesta adornan con muchas rosas, y flores y espadañas y ramos. En las iglesias y en los altares las tienen de oro y de plata y de pluma, etcétera. 12

Lo notan otros cronistas, como Jerónimo Mendieta, en su *Historia eclesiástica india-* na, o fray Junípero Serra y fray Antonio Margil de Jesús. El fervor de los indios era también

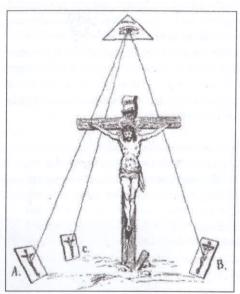


Figura Nº 7

proverbial. Incluso un delegado apostólico de la Santa Sede, Mons Samper, que en 1907 visitaba los seminarios diocesanos, señalaba escandalizado la vida indecorosa de los seminaristas —en particular denunciaba la falta de piedad y recogimiento, y mencionaba como ejemplo los baños donde se lavaban en grupos y permanecían desnudos—y acerca de la piedad aclaraba: "No hay que preocuparse de las cosas de Dios, que los indios siempre han sido de suyo religiosos, lo que preocupa son las cosas de la Iglesia". <sup>13</sup>

Viajeras como la esposa del primer embajador español que México recibió, madame Calderón de la Barca, advierten:

A cada paso vemos una cruz blanca resplandecer entre los árboles de una vereda solitaria, o bien arriba de una escueta y áspera roca, el símbolo de la fe se manifiesta aun en los lugares más desiertos. 14

Cuando leía las descripciones de esta inglesa que, casada con un español, paseaba por México, me preguntaba si la fe que ella veía detrás de la Cruz era la misma fe por la cual había sido plantada, ¿cuál es la semántica de la Cruz? Alberto Aranda se preguntaba por los orígenes de esta devoción, de tan singular piedad, y los encuentra en el pasado prehispánico, en aquella civilización de propio cuño que –según la historiografía nacional– fue desviada de su curso por la invasión europea. Además del valor utilitario de la catequesis plástica, este misionero del Espíritu Santo encuentra un entrecruzamiento cultural, una inserción resignificada, más que una aculturación:

En realidad, para los indígenas, el signo de la cruz recibió con la evangelización un significado totalmente nuevo porque la figura como tal ya la conocían. Para ellos, era el



Figura Nº 8

árbol de la vida y las cinco direcciones... Símbolo de la vida y de la muerte, abrió sus brazos al pueblo indígena. En el Palenque de los mayas fue el árbol de la vida, en la Tula de los toltecas la llevó pintada en su ropa Topiltzin-Quetzalcoátl; más tarde, el pueblo mexica, volviéndola aspa o cruz de San Andrés, la adoró como señal de movimiento y del quinto mundo en que vivía... Es el eje de unión de un árbol mítico que lanza sus raíces debajo de la tierra y levanta sus ramas —que florecerán y fructificarán— hacia la bóveda celeste. 15

Dicho así, la cruz de Cristo se resignifica por la fe que cree en el in tloque in nahuaque, en el dueño de lo que está fuera y de lo que está en el anillo, en el circuito: el adentro y afuera, el arriba y abajo, Aquel por quien se vive, el ipal nemohuani. Y que reverencia el árbol de la vida y la acción sustentadora de Ometeotl, del moyocayani o el teoyocayani. Una fe cuya cosmogonía yace en el monoteísmo del Ometeotl y del ometecutli, el omecihuatl y el intonan in toto.

Para que haya Vida Nueva se han de conjugar el hombre y la mujer, para que exista la correspondiente forma en la lógica del universo se han de unir, igualmente, la tierra con el cielo, la amplia superficie que es morada del hombre, con la dimensión sin fin del inframundo y del cielo indígenas.<sup>16</sup>

Por cierto que fue necesario que en el Vaticano se revisaran estos conceptos toltecas de la unión de los opuestos, del como motor de la vida, como nudo dialéctico, germen revolucionario, en el sentido de Alberoni. El Vaticano, y el Papa con él, ha tenido que aceptar que "el pensador del ser de sí mismo y de todos los demás" es el clásico *Ens-A Se* de la filosofía escolástica, o el "yo soy el que soy" del pensamiento bíblico.

Gracias al reconocimiento, a la identificación de este pensamiento mesoamericano, pudieron realizar las operaciones necesarias a fin de poder elevar a los altares –y reconocer así el fervor religioso indígena– a Juan Diego. Un indito tezcucano perteneciente a la nobleza indígena, de aquellos que durante años fueron considerados practicantes del canibalismo, antropófagos. También implicó la resignificación, el reconocimiento, de los sacrificios humanos. Por fin, aquellos rituales de derramamiento de sangre que antes eran salvajes han venido a ser elevados a la calidad de rituales de comunión, ritual identificado con la comunión católica.

En 1992, la Iglesia reconocía que el fervor mesoamericano, que la teología de los indígenas del otro mundo, podía ser considerada como resultado de los prolegómenos divinos a la venida de Cristo. ¿Cómo, si no, podía la Iglesia que tanto los exterminó, santificar a un nieto de Netzahualcóyotl, hijo de Netzahualpilli, pariente de antropófagos, pagano él mismo? Esa historia la cuenta José Luis Guerrero Rosado en Los dos mundos de un indio santo, cuestionario preliminar de la beatificación de Juan Diego. 17

**Nueve.** El indio Juan Diego, nacido en Cuautitlán, disfrazado de peregrino por Santiago.

Muestro ahora esta imagen oficial de Juan Diego, que la religiosidad popular debate ahora mismo. Algunos piensan que es un Juan Diego caminante, otros más enterados argumentan que es una idealización de estilo quijotesco, y dicen, burlones, que no fue a monseñor Escrivá de Balaguer al que se le apareció la Virgen de Guadalupe. Esa imagen

está en discusión. Como también está en discusión si los mártires de Cajono que el Papa fue a canonizar a Oaxaca fueron santos o traidores a su pueblo. Gracias a Dios que esas cuestiones se discuten ahora; durante años, siglos, esa diferencia fue perseguida y condenada a la extinción.

Comencé esta relación de imágenes comentando el asombro que me produce el poder de convocatoria de las cosas de la Iglesia en mi país. Me cuesta trabajo no percibir la diferencia entre una Iglesia que los fieles abandonan alarmados ante la pederastia de algunos sacerdotes, y otra donde los fieles participan acaloradamente por instaurar sus señas de identidad.

Me gustaría cerrar afirmando que tal vez debido a que desde su primera visita, en 1978, el Papa experimentó ese poder, el mismo Papa que pidió perdón a los indígenas de América, en Santo Domingo, en 1992, es el que fue a México, en 2000, a

Figura Nº 9



declarar, con su documento *Ecclesia in America*, que nosotros y nosotras, católicos y católicas de América, no éramos católicos a la europea, sino que en América, específicamente en América Latina y particularmente en México, no éramos católicos sino que lo nuestro era ser "cristianos". Tengo esperanzas de que algún día se reconozcan los prolegómenos –o lo que haga falta– de la teología de la liberación y la piedad necesaria para la unicidad de Cristo, el nuevo Reino de la Cruz, en lo que tiene de evangélica, no de eclesiástica, en la Tierra. Me gustaría algún día estudiar las imágenes resignificadas de los sacerdotes que viven una sana sexualidad amando a las mujeres que deseen, en santo Ometeotl, y de las mujeres que puedan decir misa y menstruar sin sentimientos de impureza. Mejor aún, sin ser perseguidas.

### Notas

- <sup>1</sup> Victoria Brocca, "Fiel amigo de México", en Somos, Juan Pablo II, Peregrino de la paz y de la esperanza, edición especial, México, 15 de julio de 2002, año XIII, especial 5.
- <sup>2</sup> Carlos R. Margain, Sistemas calendáricos y filosofía de la vida en el México antiguo, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, p. 16.
- <sup>3</sup> Andrés Moreno Mengibar, "La destrucción de las Indias y la formación de la conciencia europea" en Bartolomé de las Casas, *Brevissima relación de las destruyción de las Indias*, Colección Er, Revista de Filosofía, Textos clásicos y del Instituto Italiano per gli Studi Filosofici, Italia, 1998, pp. xv y ss.
  - <sup>4</sup> José Saramago, El Evangelio según Jesucristo, Madrid, Alfaguara, 1999, pp. 10-11.
  - <sup>5</sup> M. Moreno Mengibar, ob. cit.
- <sup>6</sup> John Kenneth Turner, México bárbaro, México, Fondo de Cultura Económica, 1998 (1ª ed. 1907).
- $^7$  Mariano Cuevas, Historia de la Iglesia en México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, t. v, pp. 413 y ss.
- <sup>8</sup> En particular este cuadro se conserva en el Museo de América, en Madrid. Por cierto que la Virgen de Guadalupe, la Tonantzin, es la representación extranjera de la madre de Cristo que más lugares ocupa en Europa. Hay imágenes de esta Virgen de Guadalupe en numerosas iglesias europeas. Un ícono surgido del culto a una deidad mesoamericana representa, paradójicamente, la fe iberoamericana. Por ejemplo, en Notre Dame, la única virgen extranjera está en la Capilla de la Guadalupe mexicana (distingo entre advocaciones universales, La Asunción, una Madonna, y entre las nacionales, la cubana Virgen de la Caridad del cobre, la española del Pilar, etcétera).
- <sup>9</sup> Parte de la colección "Tendencias guadalupanas, Moda-arte-objeto". Propuesta visual por Valerio Gámez, México, 2000. Se exhibió en Madrid en octubre de 2001.
  - 10 Miguel Ángel Garibay, La ideología guaraní, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.
- <sup>11</sup> Ramón Ruiz Amado, S.J., *La enseñanza popular de la religión*, Barcelona, Gustavo Gili, 1906 (*nihil obstat* Tortosa, 1905), pp. 175 y 257 y ss. Circulaba en México pues formaba parte de la biblioteca particular de la familia De la Piedra, y lleva *ex libris* michoacano de 1911. N.B. Basada en el contraargumento de la veracidad de las Cartas de Relación, dudo de que en 1524, con el sitio a la Gran Tenochtitlán tan reciente, hubiera "treinta doctos".

- <sup>12</sup> Fray Toribio Motolinía. Historia de los indios de la Nueva España, trat. II, cap. 9, n. 262. México, Porrúa, 1979, p. 107.
- <sup>13</sup> Monseñor Samper, cit. por Carlos F. Vera, "Historia de las persecuciones religiosas en México", tesis incompleta e inédita, Universidad Gregoriana, 2001.
- <sup>14</sup> Madame Calderón de la Barca, La vida en México, México, Porrúa, 1986, p. 266. Cf. fray Gerónimo Mendieta, Historia eclesiástica indiana, México, Porrúa, 1980, y Francisco Palou, Vida de fray Junípero Serra, México, Porrúa, 1982.
  - 15 Alberto Aranda, ob. cit., pp. 27 y ss.
  - 16 William R. Holland, cit. por Alberto Aranda, ob. cit., p. 27.
- <sup>17</sup> José Luis Guerrero Rosado, Los dos mundos de un indio santo, cuestionario de la beatificación de Juan Diego, México, Cimiento, 1992.

## Imágenes fílmicas de México en la España franquista: la mirada de Ernesto Giménez Caballero

Julia Tuñón\*

rnesto Giménez Caballero publicó en 1948, en Madrid, un libro titulado Amor a Méjico (A través de su cine). En él expone las razones de su gusto por la filmografía mexicana, con argumentos cargados de hispanismo, la ideología en boga en esos años duros del franquismo, ya que su autor era un connotado falangista que considera que las películas deben ser constructoras de valores para sus espectadores. Él encuentra en los filmes mexicanos la expresión del catolicismo, la virilidad y la honra tradicionales en la península. Sus percepciones surgen de las cintas que se exhibían en aquellos años: melodramas, comedias de Cantinflas y comedias rancheras.

Giménez Caballero formó parte de la llamada "generación del 27" en el estimulante ambiente de la Residencia de Estudiantes en Madrid, con Salvador Dalí, Federico García Lorca y Luis Buñuel. En este ambiente editó *La Gaceta Literaria* y organizó el primer cineclub de España, en 1928.<sup>2</sup> A mediados de los años 20 se hizo fascista y escribió durante toda su vida obras abundantes y variadas, siempre de tema polémico.

### El contexto del texto

Al terminar la guerra civil española (1936-1939), con el triunfo de los "nacionales", se buscó la unidad política, social, económica e ideológica de la península con el concepto de que "España es una, sola y grande". El hispanismo conformó un sustento ideológico para la unidad de España, incluidas las ex colonias y la lengua castellana, la tradición y la religión católica se convirtieron en baluartes de una similitud cultural en la que "los pueblos colonizados deben reconocer a España como la "cultura madre", la "madre patria", la creadora de su propio ser".<sup>3</sup>

Con las películas españolas de la época se trató de legitimar al gobierno y consolar a los públicos castigados por la guerra y la posguerra. Era necesario crear "un imaginario cohesivo, que facilitase la supervivencia del régimen (completando por medios persuasivos las tareas de los aparatos coercitivos del Estado) y que favoreciese la supervivencia de los atribulados ciudadanos". En esta labor la Falange tuvo mucha importancia. Las películas cumplían un papel de adoctrinamiento ideológico, pues de acuerdo con las posturas de Benito Mussolini, el cine se veía como un instrumento ideológico



\* DEH-INAH.

para el Estado.<sup>5</sup> por lo que la industria filmica quedó protegida a través de subvenciones y de otras medidas favorables. En las películas se identificaban nación y cultura con catolicismo y tradición y se ejerció una censura muy estricta. Este cine se consideraba amenazado por las películas estadounidenses que "ejerce[n], a través de su cinematógrafo, el más poderoso imperio mental que haya tenido el mundo" y su influencia se incrementaba día con día, de manera que en 1946 sus películas acaparaban el 80 por ciento de la exhibición.<sup>7</sup>

Por su parte, la industria fílmica mexicana vivió su llamada "edad de oro" de mediados de los años 30 a mediados de los 50.8 Lo fue por la amplitud de su producción, los beneficios económicos que obtuvo, la resonancia nacional e internacional, los modelos culturales que éstos proponían y su arraigo en el gusto popular. En los tempranos años 40, México era el principal productor mundial de películas en habla hispana y distribuía en España, el sur de Estados Unidos de América y toda América Latina.



En 1948 no existían relaciones diplomáticas entre ambos países, pues México reconocía al gobierno de la República Española en el exilio, y sin embargo durante 1948 se desarrolló en Madrid el Primer Certamen Cinematográfico Hispanoamericano. Estrellas mexicanas de la talla de María Félix y Jorge Negrete actuaron en la península, Enamorada (Emilio Fernández, 1946) se consideró película de "interés nacional" y se inició la primera coproducción entre los dos países: Jalisco canta en Sevilla (De Fuentes, 1948). Se consideraba que el intercambio filmico fortalecía

el afecto y la comprensión entre las dos naciones.

En España "el cine mexicano ha tenido [...] una favorable acogida por parte de nuestro público, que lo comprende y asimila como suyo", <sup>11</sup> y grosso modo era así, a pesar de las formas diferentes de tratar algunos temas, como el nacionalismo, pues el mexicano presentaba un modelo laico, mientras que el hispanismo tenía en la religión uno de sus puntales básicos. En España se censuraban a menudo escenas de las películas mexicanas, por lo general más libres en temas de la vida amorosa y sexual, y se vetaban otras por completo, como las de rumberas. <sup>12</sup> La popularidad del cine mexicano era enorme y sus películas ocupaban un segundo lugar después de las estadounidenses, <sup>13</sup> por lo que eran apreciadas por los grupos más conservadores. En este ambiente Ernesto Giménez Caballero daba mucha importancia al cine. En 1946 escribió:

El día que España logre resolver sus medios de producción en cine, tiene, quizá, una de las más altas y profundas tareas morales de Europa. País católico, esencialmente romano, de genio universal, quizá le esté reservada a España la labor de crear un cine de ecumenidad moral. Un cine que supere al tipo individualístico, capitalista y occidental y, al mismo tiempo, que supere también al cine soviético, de masas absolutas, de subversión social. Tal vez sea ésta –debía ser ésa– la labor de una Italia fascista en el cine. Pero si Italia no lo realizase, a pesar de todos los esfuerzo nobles y loables, Dios sabe si ello será la gloria de un futuro cine español, creado con genio de España, es decir con genio universal y catolicista. 14

### Nuestro texto

Este genio de España, de carácter universal y católico ("catolicista"), lo encuentra nuestro autor en el cine mexicano y para demostrarlo escribe, entre 1939 y 1948, el libro que nos ocupa. En su "Epílogo" reconoce: "He escrito este *Amor a Méjico* sin conocer otro Méjico que el ideal –y, por tanto, fidedigno– del cine". <sup>15</sup> Se trata de un texto de crítica sesgado por una ideología que condiciona su mirada.



La crítica es uno de los elementos extrafilmicos que conforma el hecho cinematográfico. Puede influir mucho para preparar al espectador en un determinado sentido, e implica una construcción sobre el filme que muestra los temas sensibles de una sociedad, lo

que puede ser dicho y/o visto, pero también lo que se quiere que sea observado. Sus ideas son siempre filtradas y reinterpretadas por sus lectores particulares, pues los textos no son nunca entes autónomos, sino que cobran su significación al entrar en contacto con los receptores. En Amor a Méjico (A través de su cine), la mirada de Giménez Caballero es la de un intelectual orgánico del primer franquismo y sus argumentos son un pretexto para abundar en el hispanismo. Pregunta por las razones del éxito del cine mexicano en España, y si bien recoge un serie de lugares comunes en esos años, no se queda en el recuento de los síntomas y trata de llegar al fondo. Se trata de un libro delirante, de ideas enardecidas que se ligan con entusiasmo unas a las otras para construir un texto sin resquicio alguno, donde no caben la duda o el cuestionamiento. Es una reiteración sucesiva y sin respiro de argumentos exaltados que da por válidos de entrada, sin demostración suficiente. No es un libro de reflexión, aunque lo parezca, sino de propaganda, y como tal su entusiasmo es explícito.

Giménez Caballero construye un juego de espejos de estructura circular, porque plantea la predominancia del mensaje de España, pero lo observa en el cine mexicano. Los dos países se confunden y se convierten en dos momentos de la misma situación, pues cree en una esencia nacional fijada por la tradición y el catolicismo que identifica a las dos naciones. Dirige su libro a los españoles, aunque finja creer que se difundió abundantemente en México<sup>16</sup> y, aunque declara que "este cuaderno es el manojo de mis requiebros al alma mejicana", <sup>17</sup> una lectura cuidadosa nos muestra al enamorado que busca en el rostro de la amada su propia y reconocible figura.

El Prólogo ("Mensaje del cine mejicano") fue escrito en 1939, en la embriaguez de la victoria. En 1948 retoma el texto y escribe la segunda parte de su libro, que estructura en tres capítulos: 1) "El genio de México" formado por "El «manito» San Francisco" y "María Candelaria, mártir", en el que analiza aspectos religiosos a través de San Francisco de Asís, película producida por Guillermo Calderón y filmada en España, y María Candelaria (Fernández, 1943). 2) "El genio caballeresco de Méjico" con "Las películas de Jorge Negrete" y "Romance de la «Enamorada»" (Fernández, 1946) y, 3) "El genio popular de Méjico. Las películas de Cantinflas", en el que trata de discernir las razones del éxito del cómico mexicano en España. Cierra el libro un "Epílogo. A la memoria de un mejicano que murió en la España nuestra". La coherencia del texto es notable, aun cuando se haya escrito en épocas diferentes. Es claro que expresa muchas de sus obsesiones.



Figura Nº 1

Ernesto Giménez Caballero quiere conocer México, pero no en sí ni para sí, sino en relación a España y para el hispanismo y homologa ambas naciones. Su información es abundante, básicamente de costumbres folclóricas y de textos literarios, amén de los fílmicos. Destaca tres medios de entender a México: la arqueología, la literatura y el cine, pero cree que con sus películas México ha logrado expresar lo que tiene en común con otros pueblos "hispanidas". El interés por realizar la empresa se lo despier-

ta "un hecho –cada día más asombroso–, el de que las películas mejicanas colmen los cinematógrafos españoles por semanas y hasta por meses: y que nuestro público acuda a ellas con un ansia tal que va más allá del simple espectáculo". <sup>18</sup> Para averiguarlo analiza algunos filmes y parte del supuesto de la identidad, pero:

...no es bastante eso para explicar esta pasión –¡esta conmoción! que nosotros, españoles, sentimos al contemplar la vida, el destino de aquella Nueva España [...] y es que en la pantalla vemos no la *nueva* sino la *mejor* imagen de la España antigua: la España imperial y raceadora que creíamos para siempre perdida.<sup>19</sup>

Así pues, se corrige: no es sólo la homología lo que explica la situación, sino que ésta actúa de manera selectiva; escoge con acierto a la mejor España. El cine mexicano muestra no su realidad sino la española:

Parece como si no fuese Méjico lo que viéramos en esos filmes. Lo que nos parece –y ahí está el misterio– es recobrar aquella España olvidada: verla de pronto reaparecer: cercana, tangible, impulsivamente; echándonos al cuello sus brazos, a los ojos sus miradas, al oído sus guitarra y cantares, al corazón sus pesares y agonías. Y sobre todo al corazón: echándonos su grito de hijo pródigo que vuelve cuando ya casi no lo esperábamos, y nos hace enloquecer de júbilo, de cariño y de fiesta. Sentado en el viejo hogar, junto a nosotros.<sup>20</sup>

Deduce Giménez Caballero que los espectadores españoles, añorantes de un pasado perdido o amenazado, se reconocen en estas películas por las siguientes razones:

- 1) El lenguaje: "...dialectal, añejo y de casta" que entienden andaluces, extremeños, madrileños, asturianos, gallegos y vascos. Sorprende que no nombre a los catalanes, para quien la defensa de su idioma era un baluarte de resistencia y nacionalismo.
- 2) "La moral de la honra", que considera similar en las películas que analiza a la que mostró el teatro español de la edad de oro:

En las películas mejicanas, España ve hoy su drama genuino, viril, imperecedero de la "honra" que [...] fue a refugiarse entre los "charros" de Guanajuato, de Jalisco, [...] para reaparecer ahora, ante nosotros, clamorosamente.<sup>22</sup>

- 3) Las costumbres locales: bailes, atuendos, cantos, tipos y paisajes. Son filmes que muestran el gusto por el caballo, la música y la fuerza de las costumbres locales: "Méjico: tierra de la gasolina yanqui, se venga del petróleo maldito con el culto noble al caballo".<sup>23</sup>
- 4) La religión: "México enarboló su Cruz y su guitarra, y su moral de la honra, y su tradición blanca y señorial [...] tradición aria de los fundadores".<sup>24</sup>

Establecidos los síntomas, pasa a buscar al "Méjico indeleble" <sup>25</sup> para analizar los indicadores mencionados, y los encuentra en algunas películas. Cuenta con una ayuda preciosa: sabe de antemano lo que quiere encontrar y demostrar.

En "El «manito» San Francisco" parte del supuesto de que México está impregnado del espíritu franciscano que se caracteriza por la humildad y la fraternidad. Lo observa en la decisión del actor José Mogica, que dejó los éxitos cinematográficos para convertirse en fraile franciscano, y en dos películas: San Francisco de Asís y María Candelaria.

Es pertinente apuntar que la primera es una de las escasísimas películas mexicanas de tema religioso y que se filmó excepcionalmente en España. *María Candelaria* muestra la historia de una pareja de indígenas agobiados por la fatalidad, la que el cura puede evitar, aunque para nuestro autor éste sea una figura protagónica (Figs. Nº 2 y 3). Él encuentra en esta película "¡A España misma! ¡Al mismo genio de España! Eso fue España, eso es. Eso seguirá siendo" <sup>26</sup> y agrega aun:

¡Méjico! ¡Méjico! ¡España nuestra! NUEVA ESPAÑA te llamó tu fundador entonces. Pero hoy déjanos a nosotros, tus hermanos de acá –un poco descastados por tanto europeísmo cursi–, que te llamemos VIEJA ESPAÑA. Auténtica España. España eterna.<sup>27</sup>

Camino de ida y de vuelta, ¿dónde inicia España y dónde México? Ernesto Giménez Caballero homologa los dos países y borra de un plumazo las diferencias y los siglos de

historia. Homologa también la fe católica con lo español, y desde ahí México es su reino, pues: "...queda aún una tierra todavía católica y, por católica, española y romana siempre: la genial tierra de Méjico". <sup>28</sup> Así, desde su interpretación, las películas se convierten en una prueba palpable de la legitimidad del Imperio.

En "El genio caballeresco de Méjico" (Fig. Nº 1) analiza la figura de Jorge Negrete desde una imagen común en sus cintas: la del hombre solitario a caballo, en un campo de magüeyes y nopales, con pistola al cinto y cantando con su guitarra que, al escuchar el grito de una mujer, acude presuroso en su ayuda. En esta escena no ve la influencia del *western* sino la tradición medieval y considera al charro Negrete la encarnación del caballero andante, entre el amor y el combate y en eterna lucha por la justicia:





Figura Nº 2

Jorge Negrete es el descendiente –alucinante– de Cruzados españoles de la conquista. Su alma es cortesiana. Y si vamos a ver los españoles hoy a Jorge Negrete es para reivindicar. en el fondo, la gloria de Cortés [...] su cortesía, su hidalga progenie aria y cristiana, su genio caballeresco.<sup>29</sup>

Considera que la película Enamorada muestra ese espíritu caballeresco en forma aun más profunda, pues la trama muestra el conflicto amoroso entre un revolucionario que encarna "el espíritu machista oriental" y, por amor, se asimila a las ideas de caballerosidad españolas, de cuidado y respeto a la dama. Este filme no está protagonizado por Negrete sino por Pedro Armendáriz.

En su tercer capítulo, "El genio popular de Cantinflas" (Fig. Nº 4), se refiere al viaje del cómico mexicano a España, que se vio como una forma de integración entre las dos naciones. Es cla-

ro que la ausencia de relaciones diplomáticas le escuece. Asemeja a Cantinflas con el torero Manolete, uno en el campo de la risa y el otro de lo trágico, ya que ambos vinculan a la madre con la díscola hija. Se pregunta en que radica su éxito y concluye que en su lenguaje, con el que habla sin decir nada, en su atuendo, en el que ve reminiscencias de la ropa indígena, y porque con esos rasgos reinterpreta la tradición del Siglo de Oro español:

Si Jorge Negrete representa el símbolo del genio caballeresco [...] Cantinflas es, en Méjico, el heredero de la casta de "pícaros" o escuderos que el contacto con España despertó en la pereza metafísica del indio aborigen.<sup>30</sup>

### Para concluir

Es loable el hecho de que nuestro autor se pregunte por las razones profundas del gusto popular, de su forzar las cintas para analizarlas más allá de lo que dicen manifiestamente, lo que implica concebirlas como una manifestación de su cultura, lo que es notable en tiempos en que la crítica solía conformarse con una repetición mecánica de las tramas y de los valores estéticos.



Figura Nº 3

También hay que destacar el peso que otorga a la recepción, al papel de las audiencias, pues éste es el centro de su análisis, sin embargo, en su interpretación de algunas películas mexicanas de los años 40, Giménez Caballero encuentra sólo lo que quiere ver: los valores y las características que le sirven para cumplir oficientemente su papel de intelectual orgánico del régimen político dominante en su país. Construye un círculo en el que se confunden México y España, y no se sabe dónde se inicia una y acaba el otro. Coloca un espejo frente a la realidad que analiza tan sólo para encontrar su propia imagen. Ernesto Giménez Caballero es un crítico parcial y su interpretación es sesgada, pero a través de ella da cuenta de la cultura de una época, de los filtros de la mirada que organizan el objeto analizado de acuerdo con unos intereses precisos: los del Imperio que aspira a recobrar a sus rebeldes hijas.



Figura Nº 4

#### Notas

- <sup>1</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Amor a Méjico (A través de su cine)*, Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1948 (Cuadernos de Monografías, 5).
- <sup>2</sup> Román Gubern, Proyector de luna. La generación del 27 y el cine, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 84.
- <sup>3</sup> Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 15.
- $^4$  Roman Gubern, "Los imaginaros del cine del franquismo", en *Un siglo de cine español*, Madrid, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, Cuadernos de la Academia,  $N^{\circ}$  1, 2000, p. 164.
- $^5$  José Enrique Monterde, "Hacia un cine franquista: la línea editorial de *Primer Plano* entre 1940 y 1945", en *La herida de las sombras. El cine español en los años 40*, Madrid, AACCE-AHEC, 2001 (Cuadernos de la Academia, Nº 9), p. 64.
- <sup>6</sup> Augusto García Viñolas, *Primer Plano*, 20 de octubre de 1940, cit. por Carmen Martín Gaite, *Usos amorosos de la posguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 30.
- <sup>7</sup> Seth Fein, "La diplomacia del celuloide. Hollywood y la edad de oro del cine mexicano", en Historia y grafía, México, UIA, 1995.
- <sup>8</sup> Para una visión general del período véase Julia Tuñón, "Por su brillo se reconocerá. La edad dorada del cine mexicano", en *Somos Uno. 10º Aniversario*, № 194, México, abril de 2000.

O'Véase Julia Tuñón, "Relaciones de celuloide. El Primer Certamen Cinematográfico Hispanoamericano. Madrid. 1948", en Clara Lida (comp.), México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas, El Colegio de México, 2001.

<sup>10</sup> Marina Díaz López, "Las vías de la hispanidad en una coproducción hispanomexicana de 1948: *Jalisco canta en Sevilla*", en *Cuadernos de la Academia*, Nº 5, Madrid, mayo de 1999.

11 "Cine hispano-argentino", en Cine Experimental, VIII-IX, № 11, Madrid, 1946, p. 195.

<sup>12</sup> Alberto Elena, "Avatares del cine latinoamericano en España", en Archivos de la Filmoteca, Valencia, 31 de febrero de 1999.

13 S. Fein, ob. cit., p. 153.

<sup>14</sup> Cit. por Diego Galán, "El cine español de los años 40", en "Un siglo de cine español", en Cuadernos de la Academia, Nº 1, Madrid, AACCE, 2000, p. 121.

15 E. Giménez Caballero, ob. cit., p. 95.

16 Ídem, p. 6.

17 Ibidem.

18 Ídem, p. 13.

19 Ídem, p. 14.

20 Ídem, p. 15.

21 Ibidem

<sup>22</sup> Ídem, pp. 16-17.

<sup>23</sup> Ihidem

24 Ídem, p. 20.

25 Ídem, p. 13.

26 Idem. p. 44.

27 Ídem, p. 45.

28 Ídem, p. 26.

29 Ídem, p. 54.

30 Ídem, p. 89.

### ¿Los buenos vecinos? Los filmes "latinos" de Orson Welles y Walt Disney

Maria Caterina Pincherle\*

os protagonistas de Hollywood, muy diferentes entre sí, tuvieron una misma misión en los años de la política de la "buena vecindad" promovida por el presidente Franklin Delano Roosevelt: Walt Disney y Orson Welles. Ambos ya mundialmente célebres, debían realizar películas que testimoniasen el vínculo de amistad entre las dos Américas, en el delicado período de la Segunda Guerra Mundial, y que corrigiesen los "errores" cometidos por la vasta producción que en aquella época apuntaba a conquistar al público latinoamericano. Dada la obvia disminución del público europeo, en esos filmes aparecían estrellas norteamericanas en escenarios exóticos de América Central y del Sur, a veces acompañados por estrellas locales. La institución que dirigía las operaciones era la Sección de la Motion Pictures dirigida por Nelson Rockefeller del llamado Office of the Coordinator of Inter-American Affairs, creado en octubre de 1940 con fines políticos y culturales: alejar a las naciones sudamericanas de las influencias del Eje. La misión era, por lo tanto, unívoca, pero las posiciones tomadas por los dos cineastas al interpretarla no pudieron ser más distantes.

Welles nunca pudo llevar a término su proyecto de 1941-1942, un filme documental para la RKO titulado *It's all true* y ambientado en su mayor parte en Brasil, pues el financiamiento fue bruscamente interrumpido.

El filme, que nunca tuvo guión, debía constituirse en tres partes. La idea original de la comisión de Welles, sugerida por el Departamento de Prensa y Propaganda (DIP) brasileño, era una película basada en el carnaval de Río de Janeiro, cuya alegría contagiosa debía atraer al país al público norteamericano. Otro episodio surgió en la mente del cineasta, ya interesado en los asuntos brasileños, al ver una noticia en *The Times* del 8 de diciembre de 1941: la famosa epopeya de cuatro pescadores de Ceará que navegan en una *jangada* desde Fortaleza hasta Río de Janeiro para pedirle al presidente Getulio Vargas mejores condiciones de trabajo y de vida. El tercer episodio, "My Friend Bonito", era un simple reaprovechamiento de un filme parcialmente rodado por el equipo de Welles antes del proyecto panamericano, basado en un cuento del documentalista Robert Flaherty y ambientado en México.

Los motivos del fracaso, que condicionó toda la vida artística posterior de Welles, todavía están en discusión. Dentro de las causas contin-



<sup>\*</sup> Universidad degli Studi Roma III.



gentes, ilustradas por innumerables biógrafos del cineasta. se encuentran su carácter intemperante, su vida disoluta en el ambiente brasileño y el descontrol económico. 4 Sin embargo, parece haber sido decisivo el ahogamiento accidental de Jacaré, líder de los jangadeiros, durante la filmación reconstruida de la llegada a Río, desgracia por la cual parte de la prensa local responsabilizó al director. 5 Más allá de esos acontecimientos, la interpretación más interesante que se viene afirmando para explicar la interrupción forzada de la filmación es la que subrava su carácter censor. El historiador brasileño Sidney Ferreira Leite atribuyó el fracaso de la obra a la osadía del creador de Citizen Kane en querer filmar escenas incómodas para el gobierno de Vargas, como favelas, macumbas o la propia protesta de los pescadores. 6 Y los críticos estadounidenses Robert Stam v Catherine Benamou señalaron otro motivo de disgusto, esta vez en la parte norteamericana, debido a la centralidad

dada por el filme a la población negra o mestiza, especialmente en el episodio del carnaval cuyo protagonista era el actor negro Grande Otelo.<sup>7</sup>

Lo que sobró de la obra, parcialmente destruida, fue montado por un grupo de cineastas e investigadores (Richard Wilson, Bill Krohn, Myron Meisel y Catherine Benamou) que acompañaron el material original de entrevistas concedidas por el propio director y por los protagonistas. Es a partir de esta reconstrucción, que aparece en 1993 con el mismo título escogido por Welles, que se puede buscar en la mirada de este buen vecino del norte las huellas de una estética sofisticada que se sobreponía a la simplemente comercial deseada tanto por su gobierno como por el que lo tenía como huésped.

De hecho, las partes del filme que fueron recuperadas muestran la atención prestada por Welles a las peculiaridades sociales del país, los lugares ciertamente menos "turísticos". Según declaraciones del propio director en varias entrevistas, no tenía el menor interés por el carnaval, y recién se sintió atraído por el tema cuando descubrió que el samba tenía en Brasil el mismo valor que el jazz en Estados Unidos; siendo ambas músicas populares surgidas en los ambientes afroamericanos que llegaron por fuerza propia a contagiar a la población blanca. Por ello las escenas en las favelas, lugar de origen del samba, como explica la voz en off del propio Welles en el documental. Con su mirada cercana a lo cotidiano, ellas ofrecen un fuerte contrapunto -escenográfico y musical- a la alegría del carnaval en las avenidas. Así, mientras una canción de Herivelto Martins y Grande Otelo es dedicada a la histórica Plaza Once, centro de encuentro popular del carnaval cuya destrucción debía dejar espacio a la muy nueva avenida Presidente, otra canción tematiza el paisaje y la vida en el morro. Es fascinante la sincronía entre el texto y la imagen filmada, testimoniando la gran atención del cineasta por los contenidos textuales de la música, al mismo tiempo que por las melodías y los ritmos. Por ejemplo, los versos "não existe felicidade de arranha-céu / pois quem vive lá no morro / já vive pertinho do céu" tienen correspondencias puntuales: el verso "não existe felicidade de arranha-céu" tienen como imagen una escalera que sube al morro, "pois quem vive lá no morro", el suelo de la favela con sus casas, y "já vive pertinho

do céu" también las casas pero esta vez encuadradas desde abajo hacia arriba, incluyendo así la vista de una amplia porción del cielo.

Sin embargo, un aspecto difícil de este proceso de correlación entre la letra y las imágenes reside en el grado de comprensión del texto cantado para un público no lusófono, puesto que en las intenciones del director el filme debería haber sido entendido de la misma manera sin el uso de los subtítulos por todos los habitantes del continente americano. 10

En mayo de 1942 se explicó a la prensa que el filme iba a ser "comprehensible to the eye and not necessarily the ear of the audience. It will not be necessary to be able to read to understand. This means a venture into the revival of silent filme techniques". <sup>11</sup> El gesto hacia la fuerza simbólica del filme mudo es claro en el caso del episodio dedicado a los jangadeiros, en el que elocuentes imágenes en blanco y negro ilustran, sin necesidad de comentario alguno, la dura vida de los pescadores y de sus familias, con escenas que alternan la belleza del paisaje con los planos aproximados en los que resaltan, iluminadas en la sombra, las manos de los hombres que trabajan en la construcción de las jangadas y las de las mujeres ocupadas en sus oficios. En términos contemporáneos tendríamos una ejemplificación de la división internacional del trabajo, en el que el trabajo manual –en su acepción más literal– refiere a los habitantes locales, en tanto que al extranjero le queda la tarea del "decubrimiento" y el aprovechamiento de la hermosa naturaleza.

Otra parte relacionada con el episodio de los pescadores, que debía ser hablado, fue destruida. Estaba compuesta por imágenes de Jacaré sentado en el suelo, describiendo para la cámara los orígenes de los *jangadeiros* y de las batallas contra el tráfico de esclavos. 12 También aquí, no sabemos con qué técnica se habría hecho comprensible este relato en primera persona a un público no lusófono. Lo cierto es que la palabra le es dada a los propios protagonistas: "Whole track is not my telling story but they telling story", anotó Welles en un *treatment* fechado el 11 de marzo. 13 El papel asumido por el director es el de registrar la realidad que más le interesa, la vida de sus "buenos vecinos", particularmente la de la gran mayoría de la población, el llamado "pueblo" tanto de la capital como del interior.

El hijo de uno de los *jangadeiros* entrevistado por el equipo que realizó el documental en 1993 habla de la fama de *comunista* que el padre se hizo a partir de la amistad trabada con el *comunista* Orson Welles.

El director "comunista" parece haber interpretado su tarea "política" como una búsqueda humana: penetrar lo más posible en la intimidad de la vida de los vecinos, a través de una profunda aproximación, para conseguir despertar en sus conacionales un interés basado antes en la empatía que en la curiosidad por lo ajeno. Evidentemente la misión por la cual fue enviado al sur no era exactamente esa.

El cometido exitoso de Walt Disney se basa en presupuestos totalmente diferentes.

Como afirma un crítico, Richard Shale, "like any Good Neighbor, Walt, who was a guest of these countries as well as an ambassador of his own, was careful nor to embarrass himself or his hosts by pointing his camera at their slums or by questioning the economic or political structure which kept so many South American peasants in lifelong poverty". <sup>14</sup>





Como sugiere el término "embajador" usado por el ensayista, la operación se aproxima mucho más a la esfera diplomática de lo que Welles entendía...

Disney realizó dos dibujos animados a partir del viaje realizado con un grupo de quince personas a América Latina en 1941. Saludos Amigos, lanzado en 1943, y Three Caballeros lanzado dos años después. Ambos contienen partes filmadas en vivo y dibujos animados, pero mientras que en el primer filme se trata simplemente de yuxtaposiciones, en el segundo encontra-

mos, por primera vez en colores, la interacción entre personajes de fantasía, actores y contextos reales. En el célebre ensayo de Ariel Dorfman y Armand Mattelart Para leer al Pato  $Donald^{15}$  es evidente la mirada colonialista e imperialista implícita en la obra disneyana. ¿Cómo se representa el propio mundo para el cual debía ser exportado el "American Way of Life"?

En la escena inicial de Saludos Amigos se visualiza un avión y sus pasajeros, entre los cuales se encuentra el propio Disney, mientras que la voz del narrador presenta esta "expedición inusual: artistas, músicos y escritores partiendo hacia América Latina en busca de nuevos personajes, música y danzas para sus dibujos animados".

El viaje es, por lo tanto, un viaje de exploración en el doble sentido de la palabra: búsqueda, descubrimiento y aprovechamiento de la materia prima local. 16

Tenemos tres niveles de narración: el de los propios dibujos animados, cuatro episodios cortos que contienen partes diferentes y sin relación entre sí. Secuencias filmadas de los lugares visitados, el lago Titicaca y un mercado en Chile, Buenos Aires, la pampa argentina, Río de Janeiro, etc., y un nivel intermedio que liga los dos momentos, el documental y la ficción, con escenas en el interior del avión. En éstas los dibujantes trazan esbozos de paisajes y crean, a partir de los recuerdos de los viajes, los personajes y las historias, ejemplificados en dibujos y partes dactilografiadas.

Curiosamente, como fue señalado, "it is the cartoons that seem like interruptions to the live-action footage, instead of the other way around". A esto se le podría agregar que la parte más fascinante, la que más llama la atención, es la combinación de lo metanarrativo con lo narrativo, es decir, la ilustración del vínculo entre lo real y la fantasía en el surgimiento del propio acto creativo a partir del hecho experimentado.

En las partes didácticas, como en los dibujos animados, la tendencia general es minimizar la diversidad a través de comparaciones certeras con las costumbres de América del Norte: el gaucho con el cowboy, el asado con la barbacoa, las danzas populares de la pampa argentina como las "old time square dances of North America", el carnaval brasileño como una fusión del "Mardi Gras and New Year's Eve". 18 Lo que aparecen como diferencias irremediables son catalogadas rápidamente bajo la voz de "color local", ofreciendo una rica fuente para ser aprovechada por la creatividad disneyana, así como los trajes populares andinos ("colorful dresses and old-fashioned hats") son exactamente los "materials the artists were after", la música andina es "strange and exotic". Esto da de pronto origen a un gag con el Pato Donald intentando tocar la flauta para una llama. En suma, todo lo que escapa a lo conocido pasa luego a ser parte del dominio de la fantasía, sin dejar espacio para otros géneros de análisis, como el histórico. Aunque en el comienzo el narra-

dor había señalado la antigüedad de la civilización incaica ("to find the descendents of ancient Inca civilizations"), no se hace más alusión a las raíces históricas de los lugares visitados. La única otra mención a las tradiciones locales o a las poblaciones indígenas será encontrada en el segundo filme, en la explicación sobre la figura popular del papagayo en Brasil y en la parte sobre la fundación azteca de la Ciudad de México –el más vecino entre los vecinos– así como también en la ilustración de la Navidad mexicana, con los niños cantando las posadas y recibiendo la piñata. Aquí el estilo naïf del dibujo parece alejar aun más la materia narrada, dándole un carácter legendario o infantil.

Lo que tal vez mejor ejemplifique el punto de vista de los visitantes, su filosofía de viaje y su fin implícito –ofrecer una simpática guía para futuros turistas, uniendo la didáctica al entretenimiento– es el episodio del Pato Donald en el lago Titicaca. En él, el célebre personaje es retratado justamente como un típico turista, con su inexperiencia, su deseo de ser fotografiado en trajes locales, su manía de sacar fotos de todo y de acumular objetos locales como recuerdo. Por una vez en esta parte autoirónica el estereotipo no se aplica al país visitado sino al propio visitante. 19 Pero si la autoironía desenmascara la mirada de los viajantes, su humor no basta para anularla...

Normalmente los efectos cómicos de las historietas son desencadenados por el choque entre los dos mundos o, mejor dicho, por la tentativa muchas veces frustrada del norteamericano en asimilar las costumbres de sus vecinos o de hacerse entender por ellos. El cowboy Goofy no consigue atrapar al avestruz con las boleadoras; Donald no consigue ejecutar con la flauta un motivo popular para la llama y acaba tocando un jazz muy rápido que confunde al pobre animal. Nuevamente, las posibles dificultades de adaptación son más materia para la fantasía, el reino de la infancia, que motivo para la reflexión.

El último episodio, el de Río de Janeiro, es sustancialmente diferente –tanto en lo que refiere a la dinámica del dibujo, a su subtexto, como por el hecho de introducir un nuevo personaje, el papagayo José Carioca–.<sup>20</sup> Éste es de hecho presentado como un filme aparte, con el título de "Aquarela do Brasil".

Aquí en una fantasmagoría de imágenes que se autoengendran, la naturaleza parece dominar el acto creativo del artista, representado por una mano y un pincel que retratan paisajes al ritmo del samba. Las imágenes estáticas se transforman y se

animan: palmeras se trasforman en aves del paraíso, bananas en tucanes y la propia tintá sale de sus contornos para converger en nuevas figuras, adquiriendo valor por su textura, su consistencia física además que por el efecto decorativo. El rosa intenso de las flores chorrea hacia la página de abajo para formar flamencos que luego comienzan a sambar; el azul es al mismo tiempo el color del agua de un charco y la tinta azul que mancha el pato dibujado por el pincel.

Es justamente la fisicalidad el tema subliminal de esta parte cuyo único desenlace es el Pato Donald aprendiendo a sambar. El célebre personaje comienza a seguir a su nuevo compañero por la ciudad pero sólo consigue imitar el ritmo de éste cuando se deja llevar por el instinto, por movimientos involuntarios: una vez, cuando sus caderas comienzan a mecerse solas, otra, cuando él es tomado por el hipo después de haber tomado cachaça. Aquí también son las caderas las que prevalecen, ha-





ciendo saltar a Donald rítmicamente en la silla. En este punto el papagayo exclama: "Now you have the instinct of the samba!". El pincel se
embebe de cachaça y pinta escenas rojizas y violáceas, el color de la
pasión por excelencia, tono sobre tono. Las manos tocan los instrumentos del samba, cada uno acompañado por su sonido específico, como en
la demostración filmada en vivo en el comienzo, hasta que una intensa
mancha amarilla en el medio del lienzo se transforma en una bailarina. Es
allí donde se entrevé a Donald bailando con ella en una boîte, en una
escena de tres colores vivos, los tres primarios (¿los elementales?) azul,
rojo y amarillo. La imagen se amplía, en una geografía imaginaria de Río,
con flores coloridas en primer plano, y por fin se transforma en un lienzo
en un caballete. Estamos de vuelta en donde todo había comenzado, en los

dibujos del equipo. The end.

La temática del instinto, de las pasiones y de la fisicalidad vuelve con mayor fuerza en el segundo filme sudamericano de Disney, *Three caballeros*, en el que los deseos se tornan mucho más concretos en el contacto del Pato Donald con el mundo real. Aquí también estamos frente a una estructura narrativa en sucesión, en el que los regalos de cumpleaños dados a Donald por los amigos de la "otra" América proveen pretextos para su viaje. Dentro de esta secuencia se destacan cuatro episodios, de los cuales tres ponen en escena las aspiraciones bien materializadas, en un clímax que va desde la simple búsqueda de un ambiente agradable hasta el deseo sexuado del, hasta aquí, asexuado Pato Donald. El episodio restante contiene una moral típicamente norteamericana del empeño y la determinación: un pequeño avión postal consigue llevar el correo sobrevolando los peligrosísimos Andes.

Quería llamar la atención sobre algunas partes de este filme en las cuales sobresale este aspecto, el del deseo, absolutamente inesperado en un género que normalmente tiene como destinatario el público infantil. Se trata de escenas que en este contexto definiré como "perturbadoras", refiriéndome al célebre análisis del término alemán *Unheimlich* hecho por Freud.

Comienza por una historia aparentemente inocua de doble exotismo: un pingüino del Polo Sur sufre el frío y sueña con islas tropicales. Deja su tierra natal y viaja al norte, encontrando lugares conocidos, entre los cuales está la isla de Robinson Crusoe aún habitada por él, hasta que llega a las deseadas islas Galápagos. Se instala allí adoptando luego un estilo de vida que es una mezcla de estereotipos del colonialista y del colonizado: gozo, pereza, esclavismo, y... nostalgia por su tierra.

Otro episodio es una visita de Donald a Bahía, acompañado por Zé Carioca que lo miniaturiza y lo lleva dentro de un libro sobre Brasil. Allí el pato encontrará a laiá, una vendedora de quindins de carne y hueso, por la que pierde la cabeza. De más está decir que, a pesar de su nombre, esta típica bahiana es blanquísima, como todas sus compañeras en el filme, interpretada por Aurora Miranda, hermana de la famosa Carmen. Cuando finalmente consigue un beso, del que sólo oímos el ruido, cae en un trance a partir del cual las escenas verdaderas se mezclan con las soñadas, y toda la ciudad se anima y se contonea al ritmo de Iaiá. El libro se cierra y los dos amigos salen. Donald está achatado y mareado cantando compulsivamente la canción de Aurora. Cuando recobra los sentidos, lo que re-

cuerda de la ciudad es "romance", "moonlight", besos –no con palabras pero sí con mímicas– y sobre todo "beauuutiful girls", y sus rasgos se amoldan a los de una patita sensual, a lo que Zé Carioca comenta: "você é um grande pirata, or as you say, you are a wolf!".

La parte siguiente subraya que al llegar a Brasil el pato entra, literalmente, en otra dimensión: Donald sufre innumerables metamorfosis al intentar recobrar su grandeza natural; humorísticamente José Piedra habla de una "crisis de imagen". <sup>21</sup> A partir de este momento, será un pato con apetitos nada inocentes. José Piedra notó que

...Disney made efforts to generalize the Brazilian stereotypes to the rest of Latin America. This generalization also expands on and crosses over the dialectics of gender and sexual categories.<sup>22</sup>



Las cosas se alteran aun más en el episodio siguiente sobre México. Aquí finalmente surge el tercero de los *caballeros*, el gallo rojo Panchito, macho provisto de revólveres tal como Zé Carioca estaba provisto de un cigarro y un paraguas, mientras que Donald no tiene nada, y cada vez que le ofrezcan un "instrumento", un martillo o un palo, se mostrará totalmente torpe...<sup>23</sup> El pato visita varios lugares sentado con sus amigos en una alfombra mágica, pero la verdadera aventura comienza sobrevolando Acapulco, "the Riviera of Mexico", filmada en vivo con sus bellezas femeninas en la playa. Al divisar a dos mujeres echadas al sol, Donald experimenta una verdadera excitación, con su largavista extendiéndose al máximo. Comienza una siniestra, especialmente en aquellos años, imitación de un ataque aéreo contra las mujeres que huyen asustadas. Cuando todo se calma, el pato decide descender en aquel paraíso pero en presencia de las humanas se transforma progresivamente y, a través del juego del gallito ciego, de cazador se transforma progresivamente en un objeto de escarnio.

La confusión de papeles continúa y se multiplica, en una alternancia entre un simbolismo viril y su contrario. Cuando Donald aún vendado en el juego con las mujeres besa a Zé Carioca, lo oye exclamar "oh, no, Donald, don't do THAT!", su expresión es la de un verdadero horror homofóbico.

En la sucesión, el pato se apasiona románticamente por la cantante mexicana Dora Luz que interpreta una melosísima "You belong to my heart". En uno de sus devaneos de amor, tenemos una curiosa escena de *travestis*, con los tres caballeros vestidos con plumas rosas y montados sobre piernas de mujeres reales cantando su canción de amistad masculina con una voz acelerada, que se va afeminando, dotando un sentido grotesco al verso "we're birds of a feather", literalmente "somos pájaros de la misma pluma", o sea, del mismo género. Entretanto, el clímax llega con la "mujer fálica", según Julianne Burton-Carvajal, <sup>24</sup> la *charra* interpretada por Carmen Molina que salida de una forma de cactus baila rodeada de cactus animados que impiden a Donald tomarla, hasta que vuelve ella misma a transformarse en un cactus y desaparece. En una inversión simbólica total, tenemos una secuencia en la que la bailarina aparece penetrando un pasillo de cactus que se cierran en torno a ella. Sigue la larga escena de una corrida de los tres amigos que termina con un Donald-toro arrojado hacia el aire como un cohete en un simbolismo nuevamente ortodoxo. <sup>25</sup>

Sin embargo, hacia el final del filme, Donald, rodeado por sus inequívocamente amigos machos, se muestra en un nuevo traje femenino, ganado a lo largo del viaje: la alfombravestido, que lo cubre de la cabeza a los pies cual una doncella.<sup>26</sup>

Como he señalado, las escenas que se definen como perturbadoras, especialmente si consideramos el público habitual de los dibujos animados, pueden ser consideradas tales hasta en el sentido específico que Freud dio al término *Unheimlich*, es decir, el elemento "familiar" que resurge de las profundidades reprimidas de la conciencia para asustarnos con su presencia inesperada.

En el intento de ilustrar la unidad panamericana, Disney se topó con el elemento oculto de sus narrativas, el deseo. Este factor emerge al contacto con una realidad considerada como "otra" –América del Sur– según el estereotipo bien conocido y disfrutado: la mujer "mirandizada", el "gallo" latino. Pero de hecho, si logró en su tentativa la operación de fusión del continente, el elemento extraño debe ser ahora considerado como "propio", americano. La interacción entre la patria de la democracia y la de la desinhibición de las costumbres creó un híbrido, un territorio de la "democracia de las costumbres", en el que los roles de género están, de cualquier forma, desnormalizados.

(Traducción: Leandro D. Benmergui)

### Notas

<sup>1</sup> Veánse, entre otros, Gaizka S. de Usabel, *The High Noon of American Filmes in Latin American*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1982, pp. 157 y ss.; Ana M. López, "Are All Latins from Manhattan? Hollywood, Ethnography, and Cultural Colonialism", en Lester A. Friesman (ed.), *Unspeakable Images. Ethnicity and the American Cinema*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 1991, pp. 404-424.

<sup>2</sup> Sobre el proceso de "americanización" promovido por la política de la buena vecindad, en Brasil en particular, véase Pedro Tota, O Imperio Sedutor. A Americanização do Brasil na Época da Segunda Guerra, São Paulo, Companhia das Letras, 2000.

<sup>3</sup> Según un esbozo de Welles del 11 de marzo de 1942, los episodios brasileños debían ser ligados, de manera un poco artificial, además, como dos episodios de ficción: véase Frank Brady, Citizen Welles, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1989, pp. 339-340.

<sup>4</sup> Una defensa del propio director a los ataques lanzados contra él está contenida en un parágrafo central del volumen *This is Orson Welles*, una serie de entrevistas concedidas a Peter Bogdanovich (Nueva York, Da Capo Press, 1992), donde él esclarece algunos episodios que originaron el "desastre clave de [su] historia". Ejemplos puntuales de la divergencia de lectura de los acontecimientos incriminadores pueden ser encontrados en los artículos de Charles Higham ("It's all True", anticipación de un capítulo de su *The Filmes of Orson Welles*, University of California Press, 1971) y en el de Richard Wilson en respuesta a éste ("It's Not *Quite* All True") publicados en la revista *Sight and Sound* respectivamente en la primavera y el otoño de 1970.

<sup>5</sup> Sobre este episodio también se originaron leyendas fantasiosas: ver Charles Higham, ob. cit., p. 95 y la más reciente obra de Otto Friedrich, *The City of Nets: A Portrait of Hollywood in the 1940s* (University of California Press, 1997). Cualquiera sea la versión de la historia, sin embargo, ella fue señalada como una etapa inexorable en la declinación del proyecto de Welles (cf. O. Friedrich, ob. cit.,

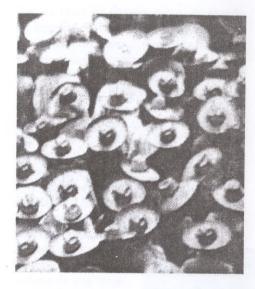
y Robert Stam, Tropical Multiculturalism. A Comparative History of Race in Brazilian Cinema and Culture, Durham-Londres, Duke University Press, 1997, p. 108).

- <sup>6</sup> Sidney Ferreira Leite, "Orson Welles e a Política da Boa Vizinhança: Nem Tudo Foi Verdade", en Anuário da Faculdade Cásper Líbero, 1999.
- <sup>7</sup> Catherine Benamou, "Orson Welles' Transcultural Cineam: An Historical/Textual Reconstruction of the Suspended Filme, It's All True, 1941-1993" (tesis de doctorado dirigida por Robert Stam, New York University, 1997); R. Stam, ob. cit., pp. 107-132. El propio Welles habla de los comentarios racistas al visualizar las primeras imágenes del carnaval, todavía no montadas ni acompañadas por la música (cf. entrevista de Bogdanovitch, cit., y Leslie Megahey [1982], en Marc W. Etsin [ed.], Orson Welles. Interviews, Jackson, University Press of Mississippi, 2002, p. 188). El propio gerente de la producción incluía en sus relatos frases como "Welles shot nothing but niggers again today..." (R. Wilson, ob. cit., p. 191). Un memorándum del Comité Rockefeller del Coordinator of Inter-American Affairs a RKO recomendaba que el filme "avoid any reference to miscegenation" y que el studio "omit sequences of the filme in which mulattos or matzos appear conspicuously" (cit. por S. Sequoia, "Tudor é verdure", Folia de São Paulo, 2 de diciembre de 1984. Véase Ella Shoat y Robert Stam en Unthinking Euro-centrism. Multiculturalism and the media, Londres-Nueva York, Routledge, 1994, p. 234).
- 8 Charles Hingham, ob. cit., p. 97. El cineasta brasileño Rogelio Sganzerla dedicó tres documentales a la aventura brasileña de Welles, mostrando diferentes aspectos de su paso por Brasil.
- <sup>9</sup> Peter Bogdanovich, ob. cit.; Leslie Megahey, ob. cit., p. 188. Antes aún del proyecto brasileño Welles planeaba filmar una historia del jazz y llegó a contactar a Duke Ellington, Billie Holiday, Louis Armstrong y Hazel Scott.
- <sup>10</sup> Antes de dejar Hollywood Welles declaraba: "My definite plan is to attempt a movie for all the people of all the Americas. It will be a polyglot movie, by which I mean we are designing it to be completely understandable, no matter what the language of the audience" (Ch. Higham, ob. cit., p. 93).
  - 11 Ch. Higham, ob. cit., p. 94.
  - 12 Ídem, p. 95.
  - 13 F. Brady, ob. cit., p. 339.
- <sup>14</sup> Richard Shale, Donald Duck Joins Up. The Disney Studio During World War II, Ann Arbor, UMI Research Press, 1982 (1976), p. 49.
  - 15 Para leer al Pato Donald, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971.
- <sup>16</sup> Exploração tiene una doble acepción en portugués. Por un lado significa búsqueda y descubrimiento; y, por el otro, explotación (N. del T.)
  - <sup>17</sup> Leonard Malin, The Disney Filmes, Nueva York, Crown, 1984 (1973), p. 59.
- <sup>18</sup> R. Shale, ob. cit., p. 49: "For Disney and the federal government, the most germane approach to hemispheric unity was to suggest, through filme, that the two Americas were really not very different after all".
- <sup>19</sup> La misma autoironía está presente en South of the Border Disney, documental de 1941 sobre el viaje sudamericano. Ver Julianne Burton-Carvajal, "Surprise Package: Looking Southwards with Disney", en Eric Smoodin (ed.), Disney Discours. Producing the Magic Kingdom, Londres-Nueva York, Routledge, 1994, pp. 135-136.
- <sup>20</sup> De hecho, la presentación entre Zé Carioca y Donald está totalmente desprovista de reciprocidad: el norteamericano ni consigue pronunciar el contenido de la tarjeta de visita de Zé "José Cario-

ca/Río de Janeiro/Brasil" – mientras que éste inmediatamente reconoce la identidad de "Donald Duck/Hollywood" y se exhibe una divertidísima imitación de los humores del pato. El poder de los medios por un lado, y su ignorancia por el otro: es tan elocuente el nombre de una aldea en torno a Los Ángeles como ilegible el de la capital de Brasil...

- <sup>21</sup> José Piedra, "Pato Donald's Gender Ducking", en E. Smoodin, ob. cit., p. 165.
- <sup>22</sup> Ídem, p. 156.
- <sup>23</sup> J. Burton-Carvajal, ob. cit., p. 143.
- 24 Ibidem.
- <sup>25</sup> Pero aquí también fueron encontradas ambigüedades, véase J. Piedra, ob. cit., p. 166.
- <sup>26</sup> J. Burton-Carvajal, "Donald's decisive pursuit of heterosexual couplings has been (rather punitively) restrained, and in the filme's concluding instants he is made to "mimic" the gender he sought to conquer" (ob. cit., p. 144); análogamente, J. Piedra habla de los "transgendering effects of mixing [...] Latinos/as and Americanos/as, in a Christian communion of commercial proportions..." (ob. cit., p. 167).

# **Artículos**



### La idea de una historia atlántica

Bernard Bailyn\*

ace algunos años fui invitado a escribir una ponencia acerca de la historiografía reciente sobre "El Atlántico en el Ancien Régime". Yo no sabía lo que esa frase significaba con exactitud, pero como por algún tiempo había estado involucrado en el estudio de las colonias de América del Norte en la Era Moderna, y por lo tanto en la historia transatlántica o al menos del Atlántico británico, v como me interesaba también la historia de América Latina colonial, se esperaba de mí que pudiera escribir una ponencia de calidad razonable. Pero cuanto más consultaba lo que había sido escrito sobre un tema tan vago, tanto más interesante, y para mi sorpresa, más misterioso se volvía. A medida que revisaba toda la bibliografía que podía sobre el asunto encontré que cuanto más reciente era la literatura más frecuentemente aparecía una expresión nueva e inesperada, "historia atlántica". Al principio lo hacía de manera accidental, sin definición y sin un sentido de que se refería a algo nuevo; luego descubrí que en algún momento se había intentado explorar su posible significado en un artículo entonces controvertido pero luego olvidado.

Descubrí que la expresión "historia atlántica" había aparecido con creciente frecuencia después de la Segunda Guerra Mun-

dial, no tanto en síntesis generales cuanto en trabajos de investigación más técnicos—en historia económica, geografía histórica, historia cultural y política— y parecía provenir de varias direcciones y de varios niveles al mismo tiempo. El término estaba presente en el discurso inaugural de la cátedra Rhodes de Historia de Estados Unidos en la Universidad de Oxford titulado "La historia de Estados Unidos en un contexto Atlántico" (American History in an Atlantic Context, 1993). Al mismo tiempo este término apareció en una tesis doctoral en Estados Unidos que proponía el concepto de "atlan-

tización" en la Edad Moderna y la necesidad de formular la historia de una "nueva comunidad atlántica" (1992).<sup>1</sup>

Todo esto me convenció de que había algo más interesante que reportar que lo que los historiadores habían escrito sobre los varios aspectos del mundo atlántico en la edad moderna. Parecía ha-



<sup>\*</sup> Adams University Professor, Emeritus Harvard University.

ber emergido un cierto marco conceptual para los estudios históricos del tema cuyos



orígenes debían identificarse y sus significados explorarse. ¿De dónde provenía la noción de "historia atlántica", por qué había aparecido cuando lo había hecho, cómo había evolucionado, y de qué

manera era útil, si en realidad lo era? Y, más allá de estas preguntas, parecía haber algo más asociado a esto, algo más general y metodológico: un ejemplo del proceso por el cual emergen ideas abarcadoras, nociones que enmarcan el estudio de la historia, un modelo, o al menos una ilustración de las fuerzas que lo mueven y le dan forma, y del comienzo del ciclo de vida de esas ideas.

I

¿Cómo se desarrolló la idea de una historia atlántica? Primero permítanme referirme a la manera en que *no* se desarrolló.

El concepto de una historia atlántica no se originó como una imitación del concepto braudeliano de historia mediterránea a pesar de que los "atlanticistas" franceses como Pierre Chaunu, que publicaban en los Annalés bajo los auspicios de Lucien Febvre y la Sexta Sección de la École Practique des Hautes Études, han invocado ritualmente el nombre de Braudel y la inspiración de su famoso libro. Pero El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II es desagregativo, separa y no une los elementos de un mundo. Es conceptualmente metahistórico y no histórico y se basa en una formulación esencialmente epistemoló-

gica y no histórica. Y lo que lo impulsa, como Braudel mismo ha afirmado, no es tanto intelectual como "poético", una reflexión de su amor por el mundo mediterráneo, del que se podría decir que son varios mundos y no uno solo. Nadie que yo sepa ha sido arrebatado poéticamente por el mundo atlántico.

El origen del concepto que nos ocupa no es simplemente la expansión de la venerable tradición de historia "imperial", sea británica, española, portuguesa u holandesa, una tradición muy innovadora en su momento que fue, y es, por definición. transatlántica. Los más importantes académicos norteamericanos en esta tradición. Charles M. Andrews de la Universidad de Yale y Clarence Haring de la de Harvard. escribieron trabajos de gran envergadura que detallaban la estructura y el control de los dos mayores imperios atlánticos del Ancien Régime, y ambos eran investigadores de archivo y muy ingeniosos. Andrews descubrió los archivos anglo-americanos del Imperio Británico en el Public Record Office de Londres y los catalogó, confeccionó indices y los puso en uso, tarea que pasó a los más talentosos de sus estudiantes. De manera similar Haring usó por primera vez materiales de los archivos de Madrid y Sevilla. Pero ninguno de ellos consideró que estaba estudiando historia atlántica y ninguno usó este término. Ambos describieron las estructuras formales de los gobiernos imperiales; estudiaban las instituciones y no la gente que vivía dentro de esos regímenes o sus actividades, y se concentraron en los asuntos de una sola nación.

La "historia atlántica" tampoco emerge de la gran plétora de escritos sobre descubrimiento y exploración como los de S.E. Morison, David Quinn, William Hovgaard, Fridtjof Nansen, Henry Harisse, C.R. Boxer, Bailey Diffie, Edgar Prestage. J.P Oliveira Martins, Henry Vignaud, Antonio Pigafetta, H.P. Biggar, a los que siguieron una biblioteca entera de trabajos sobre los primeros asentamientos que resultaron de las exploraciones que ellos estudian. Ellos recuentan acciones individuales por medio de las cuales el mundo era gradualmente descubierto y no la forma que tomó ese mundo emergente.

Hacia la Segunda Guerra Mundial tanto la historia imperial como la del descubrimiento y las exploraciones habían madurado y consolidado como campos de estudio y pa-

recían invitar sólo contribuciones que incrementaban lo que va se sabía en sus rasgos principales pero no la formulación de nuevos interrogantes. Había instituciones, leves, estructuras legales, revoluciones e historias de aventureros heroicos, pero no gente, sociedades, organizaciones sociales, y sobre todo no había preguntas interesantes y abarcadoras sin responder. No existía ninguna integración de los temas ni ningún concepto que proveyera de cierta significación general a los detalles. Parecía haber sólo relatos discretos y esporádicos de ciertos elementos en una historia mas

grande que permanecían aislados entre sí. Luego, durante e inmediatamente des-

pués de la Segunda Guerra Mundial, la situación comenzó a cambiar.

El origen de este cambio es importante y sugiere ciertas características generales del movimiento historiográfico. Los impulsos iniciales no son obra de historiadores sino que se encuentran fuera de ellos, en el mundo público que forma parte del contexto general. La fuente más remota de este cambio puede trazarse hasta 1917 con los escritos de un joven de veintisiete años. Walter Lip-

mann, entonces ávido intervencionista y ya periodista influyente. En la edición de febrero de 1917 de *The New Republic* – "en uno de los editoriales más importantes que escribió" – Lipmann declaraba que los intereses de Estados Unidos en la guerra europea estaban con los aliados y que el país debía intervenir en el conflicto no sólo para proteger "la conexión atlántica" sino para preservar la

...profunda red de intereses que unen



al mundo occidental. Gran Bretaña, Francia, Italia, v aun España, Bélgica, Holanda, las naciones escandinavas v Pan-America son en lo principal una comunidad en sus necesidades y fines más profundos... No podemos traicionar a la comunidad atlántica sometiéndonos... Por lo que debemos luchar es por el interés común del mundo occidental, por la integridad de los poderes atlánticos. Debemos reconocer que somos en verdad una gran comunidad v actuar como miembros de ella.

Dos meses después su postura fue vindicada cuando Estados Unidos entró en guerra.<sup>2</sup>

Pero las esperanzas de Lipmann sobre la construcción formal y duradera de una comunidad atlántica se diluyeron con el aislacionismo posterior a la guerra y desaparecieron en el torbellino interno de la Gran Depresión. Sin embargo, sus opiniones de 1917 no fueron olvidadas y durante la Segunda Guerra Mundial fueron recobradas primero por Forrest Davis y luego por el mismo Lipmann.

Davis, un colega periodista, publicó en 1941 The Atlantic System ("El sistema atlántico"), un comentario en forma de libro a la "Carta del Atlántico" de Roosevelt v Churchill, en el que revisaba la historia de las relaciones anglo-americanas y citaba a Lipmann profusamente al abogar por la intervención en el conflicto. El libro era un ferviente tratado político que denunciaba los "principios del eje para establecer un Nuevo Orden Mundial [que sería] como una prisión estéril habitada por héroes robotizados v razas sometidas sin caras" y argüía que "el sistema atlántico es viejo, racional y pragmático. Habiéndose desarrollado en realidades políticas y estratégicas en un clima de libertad afín, sus raíces ahondan profundamente en la tradición americana". 3 Dos años después Lipmann resumió sus argumentos de 1917 adaptándolos inteligentemente a los problemas del orden mundial que surgiría al fin de la guerra. En su U.S War Aims ("Objetivos de guerra de Estados Unidos"), escrito en 1943 pero cuya publicación se demoró hasta un mes después del "día D" cuando el resultado de la guerra parecía asegurado, Lipmann afirmaba que el nuevo orden mundial de posguerra sería, y debería ser, dominado por "grandes constelaciones regionales de Estados que eran las patrias no de sólo una nación sino de comunidades históricas civilizadas". La primera de entre ellas,

escribió Lipmann, sería o debía ser la comunidad atlántica, que era en sus palabras un "sistema oceánico" cuyas principales potencias militares eran islas entre sí. Por supuesto había diferencias nacionales dentro de la región atlántica pero

ellas eran "variaciones dentro de la misma tradición cultural" que era "la extensión de la cristiandad latina u occidental desde el Mediterráneo occidental a toda la cuenca del océano Atlántico".<sup>4</sup>

Aunque Lipmann se inspiraba en un sentido general de la historia, su libro como el de Davis era un ensayo político, un programa de Realpolitik que abandonaba el idealismo y universalismo wilsonianos en favor de la protección de los intereses nacionales Su visión sobre el mundo de posguerra como un manojo de centros de poder regional dominado por los Estados atlánticos fue incorporada por otros ensayistas y políticos. Y también fue incorporada por los historiadores que estaban particularmente atraídos por las referencias a la protección de la cristiandad occidental o latina, especialmente por aquellos que eran más sensibles a la amenaza de la expansión comunista en esos años inmediatamente previos a la Guerra Fría. Estos historiadores -entre ellos sobre todo los católicos- captaron la importancia histórica de los supuestos e implicaciones subvacentes al mensaje de Lipmann.

En marzo de 1945 Ross Hoffman, de la Universidad Fordham, publicó un amplio ensayo titulado "Europe and the Atlantic Community" ("Europa y la comunidad atlántica"). En este trabajo afirmaba (citando al español de Madariaga y al portugués Salazar así como a Lipmann) que el océano Atlántico era "un mar interno de la civilización occidental" y que la "comunidad atlántica" ("la poderosa realidad geográfica, histórica y política que nos rodea por todos lados") era la progenie de la "cristiandad occidental".5 Este tema fue completamente desarrollado más tarde ese mismo año en un discurso pronunciado por el presidente de la American Historical Association Carlton J. Hayes, de la Universidad de Columbia

Haves, un académico eminente, renombrado e influyente y, al igual que Hoffman. un converso al catolicismo y ferviente anticomunista desde el momento en que la alianza con Rusia se quebró, profundizó la idea de que había una tradición "europea" u "occidental" distintiva que se hallaba profundamente enraizada en la herencia común greco-romana y judeo-cristiana. Recientemente vuelto de una controvertida embajada en España, en su discurso presidencial "The American Frontier, Frontier of What?" ("La frontera americana, ¿frontera de qué?") Haues atacó el parroquialismo de los historiadores norteamericanos y su exagerado sentido de un excepcionalismo norteamericano, y los urgió a pensar en términos de la histórica filiación de Estados Unidos con Furopa amenazada por las doctrinas extrañas provenientes del este.

El área de esta cultura occidental se centra en el Atlántico y se extiende hacia el este bien dentro de Europa y a lo largo de las costas de África, desde Noruega y Finlandia a Ciudad del Cabo, y hacia el oeste a lo ancho de toda América, desde Canadá hasta la Patagonia.

Al desacreditar la tradición cultural norteamericana y su aislacionismo político, y al advertir sobre los peligros equivalentes de un miopía panamericana artificial y un "universalismo brillante", Hayes denunciaba el descuido de esta "comunidad de legado y de visión e intereses en Europa y toda su frontera americana". De la "comunidad atlántica y de la civilización europea en su base, nosotros los norteamericanos", decía, "somos coherederos e impulsores y probablemente en el futuro los líderes". Después de la Primera Guerra Mundial Estados Unidos falló en impedir la desintegración de tal co-

munidad y el mundo pagó un precio terrible. Ahora Estados Unidos debe reconocer que la "comunidad atlántica ha sido un hecho sobresaliente y un factor primordial en la historia contemporánea" y que debe tomar el "lugar que le corresponde en una comunidad internacional regional de la cual el Atlántico es su mar interno".6



11

El discurso de Hayes, una declaración importante a la vez política v académica hecha por un estudioso y diplomático líder. constituyó un puente entre los ensayos de política pública y los estudios históricos. Puede ser leído hoy, como escribe Patrick Allit en su estudio sobre la vida intelectual de los católicos en Estados Unidos y Gran Bretaña. "como un manifiesto históricamente informado a favor de la creación de la OTAN y de la continuada presencia de Estados Unidos en Europa".7 En la década siquiente -que experimentó la creación del Plan Marshall, la Doctrina Truman y la Organización del Tratado del Atlántico Norte. todo lo que dio poder y sustancia a un concepto general- el lenguaje de las discusiones entre historiadores profesionales comenzó a cambiar. El termino "atlántico" comenzó a aparecer de manera esporádica en áreas poco relacionadas entre sí, especialmente en la historia del período preindustrial.

Estas incursiones tomaron toda clase de formas, provinieron de varios lugares y fueron inspiradas por toda clase de motivacio-





nes personales que no reflejaban de ninguna manera un objetivo común o un concepto general. Pero todas ellas expresaban, al menos en su terminología, un sentido creciente, derivado de los cambios de las circunstancias externas, de que el mundo atlántico era una unidad, una entidad

a la vez histórica y política. Reconocer y señalar este hecho parecía elevar de alguna manera el entendimiento histórico. La palabra "atlántico" comenzó a llevar consigo un aura de amplio conocimiento, de sofisticación que daba un significado más elevado a materiales históricos considerados prosaicos. El término adquirió estatura intelectual.

De esta manera, en 1946, un historiador inglés, H. Halle Bellot, en un discurso titulado "Historia atlántica" urgía a los profesores de historia británicos a incluir la historia de Estados Unidos en su currículo no como

...una historia nacional separada que pueda ser desplegada arbitrariamente a un costado de la historia británica, sino como una parte integral y vital de la historia de esas áreas, europeas y americanas, que limitan con el Atlántico norte, sin cuya comprensión la historia de Europa occidental en los siglos XIX y XX es incomprensible.

Porque los grandes desarrollos históricos de Estados Unidos –económicos, políticos y demográficos– "no son fenómenos americanos sino atlánticos. La frontera entre el área que fue colonizada y la que envió los colonos y los capitales no es el Atlántico, la frontera política de Estados Unidos, sino los

Apalaches, la divisoria de la cuenca del Atlántico".8

Al año siguiente, 1947, Jacques Gode, chot, profesor de historia de la Universidad de Toulouse e historiador famoso de la Revolución Francesa, hizo su primera incursión en un tema que le ocuparía el resto de su vida. En su Histoire de l'Atlantique, escrita cuando estaba enseñando en la Academia Naval de Francia, trazó en una iluminadora Introducción una visión del Atlántico como una "inmensa planicie sin marcas visibles, una gigantesca «tierra de nadie», un desierto sin tiempo", pero un área con historia, "una larga y densa historia" marcada por grandes flujos de riqueza en tiempos de paz y de batallas y piratería en tiempos de guerra. Y no menos que las áreas territoriales, el Atlántico había sido transformado por la tecnología. "Escribir la historia del Atlántico no es, por lo tanto, un absurdo" va que esa historia ilumina la de todo lo ubicado al este, y particularmente la historia de la Francia moderna. Godechot retoma sus comentarios introductorios al final del libro en un párrafo titulado "Hacia una civilización atlántica", pero sustancialmente el libro era un pequeño racconto de la historia marítima, sobre todo francesa, desde el año 600 a 1946. Como las bases monográficas de tan inmensa síntesis no existían, C.N. Parkinson escribió en una de las escasas reseñas sobre el libro que el esfuerzo fue "prematuro", Godechot ignoraba muchos de los trabajos existentes sobre el tema y que "sus conclusiones son a menudo erróneas".9

A pesar de que los esfuerzos de Godechot pueden haber estado mal aplicados, él había identificado y abrazado, aunque de manera sucinta, un tema que muchos otros estaban empezando a explorar independientemente de formas diversas, en varios lugares, por diversas razones y desde diferentes puntos de vista. Las coincidencias son a

menudo asombrosas. En 1948 el belga Jacques Pirenne publicó en Neuchâtel (Suiza) el tercer volumen de su Grands Courants de l'Histoire Universelle que contenía una sección titulada "El océano Atlántico forma un mar interior alrededor del cual se desarrolla la civilización occidental". Unos pocos meses después la misma idea era elaborada en un libro escrito por Michael Krauss, de la populista City University of New York, titulado Atlantic Civilization. Eighteenth Century Origins ("La civilización atlántica. Los origenes en el siglo XVIII"), en el cual describía el impacto que tuvo América del Norte en la Europa del siglo XVIII. Sostenía, en base a testimonios literarios, que América del Norte aceleró el crecimiento de la economía europea, contribuyó a una dinámica de clases más fluida y estimuló la imaginación de los poetas, filósofos, artistas y científicos europeos. La construcción resultante de una civilización atlántica -una empresa conjunta del Nuevo y del Viejo Mundo-, concluía Krauss, "es uno de los desarrollos más notables de la historia mundial".

El año 1950 vio un torrente de estudios que sugerían otras dimensiones. De Portugal provino el trabajo de V.M. Godinho que anticipaba sus trabajos generales posteriores sobre la economía del imperio portugués, bajo el título de "Problemas en la economía atlántica", aunque de hecho era sólo una exploración del comercio del azúcar entre Portugal y Brasil. Simultáneamente Max Silberschmidt de la Universidad de Zurich presentó una ponencia al Congreso Internacional de Ciencias Históricas subtitulado "Die Atlantische Gemeinschaft" ("La historia atlántica") en la que urgía a los historiadores a que reconocieran el hecho de que la dominación de naciones europeas por separado. cada una persiguiendo sus propios objetivos, había cedido paso tras dos guerras mundiales al poder incontrastable de Estados Unidos que había llevado a Europa a integrarse en una comunidad panatlántica. Tres años después, en 1953, Pierre y Huguette Chaunu publicaron en su ensavo "Economie atlantique, economie mondiale" el prospecto de su vasto estudio estadístico Seville et l'Atlantique que aparecería en once volúmenes entre 1955 y 1959. Para ellos "atlantique" era sólo un término conveniente para describir un fenómeno que no difería en su naturaleza de lo que Haring había descripto en su Trade and Navigation between Spain and the Indies ("Comercio v navegación entre España y las Indias") de 1918 o Earl J. Hamilton en su American Treasure and the Price Revolution in Spain ("El tesoro americano y la revolución de los precios en España") de 1934. Pero el lenquaje se estaba volviendo más sofisticado. más elevado, sugerente de un nuevo plano de pensamiento. Lucien Febvre, en un típicamente denso Prefacio al primer volumen de la obra de los Chaunu, declaró al tema como "l'espace atlantique", una frase que Pierre Chaunu, trabajando dentro del paradigma de los Annales, expandiría a la fórmula característica de los annalistas "les estructures et conjuntures de l'espace atlantique".10

Para ese momento, a medida que crecía esta conciencia atlántica, otros historiado-

res que reconocían diferentes orígenes intelectuales comenzaron a hacer sus primeros aportes a este concepto general. Casi simultáneamente desde Gante en Bélgica, Toulouse en Francia y Princeton en Estados Unidos provinieron trabajos que abordaban el asunto. La primera formulación provino de un ensayo del



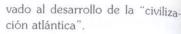
historiador económico medievalista Charles Verlinden publicado en el primer volumen de la revista trilingüe *Journal of World History* (1953). Por mucho tiempo estudioso de la esclavitud en la Europa medieval y del comercio transoceánico, Verlinden declaraba en su artículo titulado "Les originas a elegicales de la Civilinata".

gines coloniales de la Civilization Atlantique" que

...es cierto que hoy día existe una civilización atlántica y que las naciones de Europa occidental así como las de ambas Américas y África del Sur se vuelven día a día más completamente integradas dentro de ella. Una civilización nutrida por, y basada en, ideas, instituciones y formas de organización y trabajo que tienen orígenes comunes se ha desarrollado gradualmente en ambas costas del nuevo Mediterráneo de nuestro tiempo: el océano Atlántico.

Para el especialista en historia intelectual los origenes de esta civilización común se encuentran en el siglo XVIII. Pero el desarrollo de relaciones culturales en un sentido amplio habrían sido imposibles en el mundo atlántico sin la existencia de bases y precedentes institucionales, económicos, sociales y administrativos creados en Europa occidental durante los siglos anteriores, es decir, en la Edad Media, Más aun, existe una continuidad entre ciertos desarrollos coloniales en el mundo mediterráneo de la Baja Edad Media y las grandes empresas colonizadoras en la región atlántica en los siglos XVI u XVII.

A renglón seguido Verlinden se dedica a trazar las líneas de continuidad que han lle-



"Les origines coloniales" de Verlinden era un verdadero "ensayo" –una prueba, un test, un punto de vista conjetural y una nueva perspectiva– que, creía él, introducía toda una gama de posibilidades tanto para los estudios

históricos como para la política, toda una serie de nuevas y desafiantes preguntas. No era acaso la "civilización atlántica" única en su integración de estructuras económicas v sociales y una vida cultural comunes en contraposición con los mundos islámico y budista que parecían estar unificados sólo mediante una religión común sobreimpuesta a infraestructuras socioeconómicas muy diferentes? ¿No era la civilización atlántica distintiva en su formación alrededor de un océano interior? ¿La colonización por vía marítima, contrapuesta a las comunicaciones por tierra, no habían hecho posible un mundo político original? Éstas eran preguntas, afirmaba Verlinden, que podrían discutirse en un simposio internacional auspiciado por la Unesco cuyos resultados podrían colaborar a que los hombres de Estado evitaran desatinos.

Una consecuencia más inmediata y práctica fue la puesta en marcha de otro proyecto. Con el apoyo inicial de la Fundación Rockefeller Verlinden había comenzado a organizar la colaboración de profesores universitarios y archivistas de Italia, España, Portugal, Francia y América del Norte para trabajar con la Comision Panamericaine d'Histoire a fin de publicar dos volúmenes de documentos a ser llamados Patterns of Colonial Organization and Operation from the Middle Ages to the Eighteenth Century: Mediterranean and Atlantic Areas ("Modelos de organización y operación coloniales desde la Edad Media al siglo XVIII:

áreas mediterránea y atlántica"). Esta publicación, que se centraba en cuestiones de organización comercial de las empresas colonizadoras, concesiones territoriales, formas de tenencia y organización administrativa tanto de las colonias como de las metrópolis, proveería "la primera base verdaderamente científica para un estudio comparativo de las instituciones que conformaron los orígenes de la civilización atlántica". 11

Los volúmenes proyectados parecen no haber sido publicados, y el ensayo de Verlinden tampoco condujo a análisis históricos exhaustivos del tema a pesar de que él continuó escribiendo obras generales sobre los orígenes del mundo atlántico y sus continuidades con el pasado. 12 Un intento de conceptualización abarcadora de la idea de historia atlántica apareció dos años después de la publicación del artículo de Verlinden. Fue un notable esfuerzo de colaboración de dos historiadores para quienes esa idea era movilizadora.

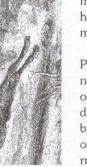
En 1954-1955 Jacques Godechot fue investigador visitante en la Universidad de Princeton. Durante esos meses colaboró con su anfitrión, Robert Palmer, quien recordaba la Histoire de l'Atlantique de Godechot y acababa de publicar dos artículos sobre los movimientos revolucionarios de fines del siglo XVIII a los que catalogaba como feno-

menos "más o menos comunes a una civilización atlántica". Objetivos y simpatías revolucionarias, escribió Palmer, "existían por toda Europa y América... Ellos no surgieron como imitación de los franceses". Una agitación revolucionaria general se había producido a lo largo de todo el mundo occidental "con raíces en causas locales, genuinas y específicas". Teniendo en cuenta estas ideas y las anteriores de la Histoire de

l'Atlantique de Godechot prepararon una ponencia conjunta titulada "Le problème de l'Atlantique" para su presentación al X Congreso Internacional de Historia en Roma. 13

Luego de reconocer debidamente los aportes de la política de la Carta del Atlántico, del trabajo de los periodistas Davis y Lipmann y de los historiadores que se habían aproximado al tema, los autores cubrían ampliamente, en sesenta y dos páginas, todas las cuestiones que se les ocurrieron relacionadas con el concepto de civilización atlántica. Era una inquisición difusa, erudita, que volvía sobre sí misma para plantear repetidamente preguntas desafiantes. ¿El océano Atlántico no constituía, como el Mediterráneo de Braudel, "una cuenca alrededor de la cual una nueva civilización se formaba lentamente, una civilización atlántica?... Si separa o une, ése es el problema del Atlántico". ¿No había habido una civilización atlántica en el pasado, y si todavía existía se había separado en varias? ¿No tenía razón A.P. Whitaker en pensar que las Américas Latina e inglesa formaban dos lados de un "triángulo atlántico" del cual Europa formaba el tercero, y que sólo durante la Ilustración había habido "una cierta uniformidad de ideas y valores"? Y más aún, desde que todo ello había sido creado por la influencia europea en América, el debilita-

> miento de Europa después de dos guerras mundiales, ¿no marcaba el fin del "primer gran período de la historia de América" que había comenzado en 1492?



Las respuestas de Godechot y Palmer a estos interrogantes, de final abierto, estaban organizadas en ocho secciones que seguían a una discusión de la inspiradora noción braudeliana de que la historia de un océano abarca la historia de los territorios que lo circundan. Los au-

tores prosiguen con una discusión de la "permeabilidad" de las rutas y comunicaciones transoceánicas, la dominación inglesa del Atlántico, el triángulo nordatlántico de Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos, y la historia del comercio atlántico. Luego ellos vuelven a la pregunta de la existencia de una o varias civilizaciones atlánticas. Una sola, por supuesto, afirmaban basados en la comparación del este y el oeste. Porque era evidente que la civilización del mundo atlántico, más allá de sus diferencias internas, que había logrado preservar en sus bases las "idées maitresses" judeo-cristianas, la ley romana y la razón griega,

...ha sido capaz de crear una sociedad más liberal y más dinámica que la del este del viejo continente. Con alcances cada vez más amplios ha dado el más alto valor a la libertad y la perfectibilidad del individuo, a la idea de la ley como expresión de la justicia, a la concepción de un poder legítimo definido y limitado por la ley. Está cada vez menos dispuesto a seguir la costumbre pasivamente y a someterse al uso de la fuerza.

Sin embargo los autores consideraban que la civilización atlántica nunca ha sido

estática ni monolítica y procedieron a resumir toda la historiografía reciente que había avanzado, de una manera u otra, la multitud de problemas y de variaciones dentro de la historia atlántica tal como se desarrollaron desde el siglo XVIII. Luego de un desvío en el que criticaban la va-

guedad del concepto "civilización" tal como lo definían los antropólogos y específicamente A.L. Kroeber, los autores concluyen que América y Europa habían estado estrechamente unidas en la era de las revoluciones del siglo XVIII, pero que desde entonces, y a pesar de una cultura común, se habían separado.

Si la asimetría entre Estados Unidos y Europa en la esfera de la economía pudiera ser reducida, si la pobreza de América Latina pudiera disminuirse, si Europa continuara fortaleciéndose, si la Unión Soviética continuara viviendo separada, si las grandes civilizaciones asiáticas desarrollaran sus nacionalismos y su disposición hostil para con Occidente, entonces habría una renovación en el futuro no sólo de una alianza diplomática atlántica sino de una civilización occidental o atlántica.<sup>14</sup>

El ensayo de Godechot y Palmer, en parte todavía tributario de una didáctica política pero a la vez basado en una vasta bibliografía académica e imbuido de un aire de descubrimiento, encontró lo que Palmer más tarde llamó "una recepción sorprendentemente fría" en el Congreso Internacional de Historia.

Un famoso diplomático británico dijo que no existía tal tema. Un entonces joven pero más tarde famoso historiador marxista británico afirmó que él esperaba que ningún tema de esa naturaleza fuera presentado a futuros congresos. Fuimos acusados, entonces y más adelante, de ser apologistas de la OTAN y de la nueva idea de una comunidad atlántica.

Y la recepción continuó siendo fría, Pal-

mer escribió posteriormente, cuando aparecieron las obras de envergadura de ambos autores de las cuales el ensayo de 1955 era un prólogo. Los dos volúmenes de Godechot La Grande Nation fueron publicados en 1956; en ellos el autor trazaba la expansión de la Revolución Francesa y sus ideas en Europa y en América, un tema que Godechot ampliaría en su siguiente libro, France and the Atlantic Revolution of the Eighteenth Century de 1965 ("Francia y la revolución atlántica del siglo XVIII"). La obra más ambiciosa de Palmer The Age of the Democratic Revolution ("La era de la revolución democrática"), aparecida en dos volúmenes de 1959 y 1964, incluyó a la Revolución Americana directamente en la escena general y le atribuyó un papel creativo en ese fenómeno de dimensiones atlánticas. "Estas obras eran imaginativas, notables y de largo alcance", recuerda Palmer, "pero la recepción fue negativa".

No sólo el marxismo sino también cierta autoimagen nacional de Francia se sintió ofendido. Se consideraba que habíamos degradado la importancia y el carácter único de la Revolución Francesa al diluirla en un vago disturbio internacional. Godechot y yo fuimos sindicados como dos proponentes, de hecho los únicos, de algo llamado las "revoluciones atlánticas", una frase que él usaba con más frecuencia que yo. 15

Dos décadas después Palmer seguía respondiendo a los críticos de la tesis de la Revolución Atlántica. Pero, a pesar de que su interpretación de la Revolución Francesa ha sido superada o absorbida por las de Albert Soboul y otros historiadores de la revolución, su esquema tentativo y el de Godechot de un mundo atlántico que constituía una comunidad en sí misma, especialmente a fines

del siglo XVIII, adquirió gradualmente sustancia y certidumbre. Su interpretación se había desarrollado no en abstracto o deductivamente sino empíricamente como una extrapolación de su propia agenda de investigación documental. Junto con la aparición en 1955 del primero de los estudios pioneros de Philip Curtin acerca del comercio de esclavos y de la diáspora africana, 16 sus publicaciones marcaron



el punto en el cual las orientaciones externas, públicas, del pensamiento de los historiadores convergieron con los impulsos internos de la actividad académica, la lógica interna de la investigación histórica.

#### Ш

Los estudios académicos tienen su propia dinámica interna. La elaboración inductiva de conocimientos en temas específicos que no tienen otro fin que sus propios logros -de ninguna manera un epifenómeno que refleja algo más determinante que sí mismo- es una fuerza creativa independiente. En esos años los impulsos interiores de las disciplinas académicas hicieron que convergieran con las perspectivas políticas de posguerra que habían dado inicialmente a la idea del "Atlántico" un aura de sofisticación. Esto fue parte de un desarrollo más general. De muchas y diferentes maneras el constante enriquecimiento de la investigación histórica, los impulsos de las líneas de interrogación, durante años de inmensa expansión del mundo académico y una cantidad sin precedente de comunicación e interacción entre académicos, llevaron a un escalón más



alto las perspectivas de investigación en la cual la unidad de discusión era más abarcadora de lo que había sido con anterioridad. Por la sola fuerza de la actividad académica lo que en otra oportunidad llamé órbitas espaciales de gran escala que se desarrollaban en el tiempo se volvieron más visibles que antes, y con ellas los modelos de filiación y derivación. <sup>17</sup> El espacio más privilegiado por esta tendencia tan fructífera fue el de la historia atlántica.

Antes del fin de la década de 1950 Pierre Chaunu, embarcado en su interpretación de los siete volúmenes de datos que había publicado con Huguette Chaunu en Seville et l'Atlantique, se dedicó a contemplar no sólo el comercio atlántico centrado en Sevilla en todos sus aspectos sino "la historia de un océano". El análisis de sus montañas de estadísticas y documentos lo llevó a afirmar que el Atlántico fue el primer océano –en contraposición al mar interior de Braudel—"en ser cruzado, el primero en encontrarse en el centro de una economía, de una civilización diversa, compleja, múltiple... pero en esencia una". Sometiéndose a la aparente-

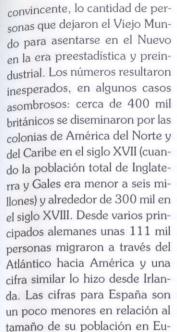
mente irreprochable perfección de Mediterranée de Braudel, v al mismo tiempo intentando alejarse de él, Chaunu se zambulló con increíble energía en su interpretación de la civilización iberoamericana que alcanzó las 4.012 páginas, una secuela de las 3.380 páginas de datos reunidos previamente. Organizó sus cuatro volúmenes en términos de la escuela de los Annales de "structures et conjuncture" analizando en sus primeros dos volúmenes los elementos constituyentes y en los restantes el movimiento de las cosas: las modificaciones, varia-

bles, gradientes y velocidad. En estos volúmenes, escribió Chaunu, "el espacio fue sacrificado al tiempo". El resultado fue un prodigioso panorama del mundo iberoamericano, cuyas líneas fundamentales se perdían frecuentemente en los detalles: no sólo estudiaba los dos continentes en interacción sino también la inclusión de sus "archipiélagos" (islas lejanas al este y oeste). Ni completamente "aplastante", como se refería a ella uno de sus críticos (aunque es monstruosamente verborrágica, repetitiva e indolente consigo misma), ni una "de las obras maestras de la historiografía de nuestro tiempo", la obra de Chaunu, "una historia del Atlántico como un área comercial durante la hegemonía de España", concentraba su atención en el Atlántico "de manera tal que hacía posible una mirada nueva e inmensamente valiosa a la realidad" 18

Mientras que Chaunu completaba su titánica ouvre se desarrollaban independientemente otras líneas de investigación histórica que agregaron detalles sustanciales al concepto de un Atlántico integrado y cohesivo. Los avances en la demografía histórica

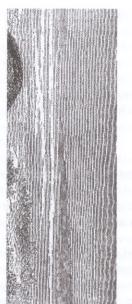
generados en Francia en la década de 1950 y diseminados de allí a Inglaterra y Estados Unidos se volcaron naturalmente a los estudios migratorios que agregaron una nueva dimensión a los estudios del Atlántico.

Ayudados por las computadoras –en realidad, liberados por ellas– y por las técnicas estadísticas de los economistas, los historiadores lanzaron una nueva oleada de investigaciones sobre los movimientos transatlánticos de población que arrojaron resultados sorprendentes. Por primera vez podían contar, o al menos estimar de una manera



ropa, aproximadamente 437 mil personas entre 1500 y 1600, y los franceses, la nación mas poblada, parecen haber enviado más de 67 mil a Quebec de los que 70 por ciento regresaron a Francia. 19 El haber establecido estas cifras de migrantes es en sí mismo importante, pero esto fue sólo el comienzo de una línea de investigación y no su parte más interesante. Lógica y naturalmente a las cifras ya consolidadas siguieron las preguntas. ¿Por qué emigraba tanta gente? ¿De dónde venían? ¿Qué los expulsaba o atraía a migrar? ¿Qué clase de gente eran los migrantes? ¿Qué bagaje, cultural y material, traían consigo? No hay respuestas obvias y los intentos de encontrarlas condujeron, por una dinámica de expansión interna, a preguntas más profundas e interesantes que abarcaban y unificaban el mundo atlántico.

El hecho de que medio millón de alemanes (sobre todo protestantes) huyera del Palatinado (gobernado por príncipes reaccio-



narios a fines del siglo XVII). como asimismo de otras áreas del sudoeste de Alemania, del norte de Suiza y del sudeste de Francia, buscando refugio en comunidades más tolerantes. no constituye ningún misterio. Ni tampoco lo eran las decisiones que tomó la mayoría de esos migrantes. Ellos hicieron lo correcto al migrar unas centenas de millas al nordeste, a la Prusia protestante que estaba tratando de consolidar su frontera, o cruzaron el Danubio hacia tierras de los Habsburgo, donde se les prometía cierto grado de seguridad. Lo que constituye un misterio es por qué unos 100 mil tomaron la decisión irracional de em-

prender un viaje a lo largo del Rin pasando cuarenta peajes y barreras aduaneras para terminar empobrecidos en Rotterdam donde debían esperar en condiciones difíciles hasta que consiguieran pasar a Southampton o Cowes en Inglaterra. Una vez en estos puntos de tránsito nuevamente aguardaban aun en peores condiciones el momento en que arriesgaban sus vidas en el cruce de las tres mil millas del océano en pequeñas embarcaciones. ¿Por qué continuaban haciéndolo, especialmente cuando las durezas de este viaje eran notoriamente conocidas en las poblaciones del Palatinado?<sup>20</sup>

De manera similar, ¿cómo debe interpretarse el hecho de que decenas de miles de trabajadores ingleses –campesinos y artesanos– que trasladándose vía Londres y Bristol aceptaron contratos de trabajo denigrantes en las calurosas plantaciones de tabaco de las colonias del Chesapeake en condiciones que eran al menos difíciles, generalmente miserables y en ocasiones fatales? ¿Y por



qué las cifras de emigración de Irlanda a comienzos del siglo XVIII se incrementan en decenas? ¿Qué pasó en esos intervalos decenales que intensificó la emigración?<sup>21</sup>

Estas cuestiones eran inquietantes, habiéndose derivado de preguntas y respues-

tas anteriores que tenían su propio interés intrínseco. Las respuestas podían no servir sino para satisfacer la curiosidad individual y resolver ciertas anomalías, pero una vez contestadas condujeron a un entendimiento más amplio del mundo atlántico como una comunidad humana integrada. Porque, desde estas investigaciones y moviéndose por sus propios impulsos, se hizo evidente que se podían comprender las magnitudes y el carácter de la migración transatlántica al examinar al mismo tiempo la movilidad de la población en Europa y las condiciones de esa población en América. Todo constituía una gran unidad.

Así, en mi investigación para Voyagers to the West ("Viajeros hacia el oeste") encontré que el flujo migratorio desde Inglaterra a fines del siglo XVIII no era un fenómeno singular sino una migración dual formada por las condiciones en dos áreas de Gran Bretaña que diferían radicalmente en una docena de variables que eran claramente distinguibles por la computadora. Combinarlas no sólo distorsionaba la comprensión del proceso migratorio en sí mismo sino que también impedía entender las diversas fortunas de los migrantes una vez que llegaban a América.<sup>22</sup> De manera similar Leslie Choquette ha avanzado recientemente el análisis de las migraciones francesas a través del

Atlántico al examinar con gran detalle no las migraciones en sí mismas sino las condiciones sociales y demográficas que prevalecían en ciertas regiones y poblados de Francia, algunas de ellas zonas costeras que atraían a gente desarraigada, otras comunidades remotas, tradicionales y altamente cohesionadas ubicadas lejos de la principales rutas. Su exhaustivo estudio, derivado de forma lógica de un análisis cuantitativo inicial, comprueba que la emigración francesa parece haber sido "en esencia un movimiento moderno", en el que dos tercios de los migrantes provenían de villas y ciudades en un país cuya población rural alcanzaba 85 por ciento. Y aquellos migrantes de origen rural provenían de "regiones que estaban bien integradas a las economías de mercado y cuya agricultura era incipientemente capitalista". Las implicaciones son asombrosas, En Peasants into Frenchmen ("De campesinos a franceses") Eugen Weber había demostrado la creciente modernidad del francés común. Pero Choquette demuestra exactamente lo contrario en su Frenchmen into Peasants ("De franceses a campesinos"): la migración en el Atlántico francés fue un proceso por el cual franceses de origen urbano se convierten en campesinos al asentarse en Canadá; esto trae aparejada una nueva comprensión de la historia canadiense y de la historia demográfica francesa. Y lo que sabemos de los migrantes a la América española -mucho más de lo que se sabía hasta hace poco, pero no lo suficiente- ha sido explicado en términos de análisis detallado de las mayores regiones de España y de las diferencias lingüísticas entre regiones. 23

A medida que estas investigaciones progresaban independientemente de la política y de otras presiones externas, el carácter unitario del Atlántico se hacía cada vez más claro. Uno de los trabajos recientes sobre la migración interna alemana muestra en de-

talle la existencia de oscuros asentamientos alemanes en una remota zona del estado de Georgia (Estados Unidos) a comienzos del siglo XVIII como una consecuencia de las decisiones del reaccionario arzobispo de Salzburgo de expulsar a los evangélicos de esa región minera tan profundamente provinciana. De esta manera el famoso Arzobispado de Salzburgo, poco después escenario de las tribulaciones y éxitos de Mozart, y el oscuro, primitivo y fronterizo poblado evangélico de Ebenezer en Georgia son parte de la misma historia.<sup>24</sup>

Pero hay una dimensión más profunda en el entendimiento de que las migraciones domésticas y transatlánticas son parte de un todo. Ahora es evidente, por medio de la intensificación de la investigación, que todo el mundo atlántico en el período preindustrial formaba un único y vasto mercado de trabajo. Era un mercado de trabajo ineficiente e inelástico en su funcionamiento, estaba segmentado y regionalizado en bloques mercantilistas y tropezaba con períodos de abundancia y escasez que no podían ser controlados. Pero ahora sabemos que en muchos aspectos importantes era una unidad funcional.

Por lo tanto las fases de la emigración transatlántica de población semiservil (indentured servants) se correlacionan estadísticamente con las alzas y bajas del precio del tabaco producido en las colonias del Chesapeake y las fluctuaciones del salario real en Inglaterra. Cuando en el siglo XVII el precio del tabaco aumentó en los mercados inglés y continental la producción se expandió en las plantaciones situadas a tres mil millas de distancia, se abrieron nuevas áreas de cultivo y se necesitaron más trabajadores. El libro más reciente sobre el tema se llama justamente Unfree Labor in the Development of the Atlantic World ("Trabajo forzado en el desarrollo del mundo atlántico"). Se ocupa del trabajo en la frontera del Caribe y el noroeste de México, de la vagancia en Inglaterra y la colonia del Cabo y de las migraciones de trabajadores y las rebeliones en Brasil, pero su énfasis es en la esclavitud. Porque es el sistema esclavista, en todas sus vastas ramificaciones, el que dominó el mercado de trabajo en América en el siglo XVIII.<sup>25</sup>

La discusión técnica actual sobre la esclavitud atlántica ha alcanzado un grado de sofisticación apropiado a una historia tan trágica y de consecuencias infinitas. Y se ha expandido en el último cuarto de siglo con cada libro que aportaba más y más detalles y que ha acercado mundos dispersos en una sola entidad atlántica. Un grupo de historiadores y antropólogos extremadamente ingeniosos -entre ellos Philip Curtin, Paul Lovejoy, Joseph Miller, Patrick Manning, Martin Klein v Peter Emmer, algunos de los cuales resumieron sus trabajos en dos importantes colecciones de ensayos, The Uncommon Market ("El mercado no-común") y Slavery and the Atlantic System ("La esclavitud y el sistema atlántico")- han explorado las fuentes africanas de la esclavitud en América (sus raíces demográficas, culturales y económicas en ese continente) que ellos, al igual que otros autores como Stuart Schwartz, han relacionado con las condiciones en América. Ahora se entiende de qué manera poblaciones en el interior del África

ecuatorial se relacionaron con plantaciones en partes remotas de Brasil, de las islas del Caribe y de las tierras altas de Carolina del Sur. No es simplemente que estudios que se concentran en una sola nación, como el magistral libro de Joseph



Miller sobre el comercio de esclavos portugués, han seguido cada eslabón en la cadena que une África con América. Más que eso: la esclavitud en la cuenca del Atlántico—ese enorme óvalo panoceánico que une amplias partes de dos continentes— ha sido considerado como un único "sistema", fundamento de todo el comercio atlántico. De acuerdo con la introducción de Barbara Solow a Slavery and the Atlantic System, fue la esclavitud

...la que transformó las tierras vacías de toda América en valiosas productoras de mercancías y en valiosos mercados para Europa y América del Norte: lo que se trasladó en el Atlántico en esos siglo fue sobre todo esclavos, el output de los esclavos, el input de las sociedades esclavistas y los bienes y servicios comprados con las ganancias generadas por los productos de los esclavos... Por lo tanto la esclavitud afectó no sólo a los países originarios y destinatarios de los eslavos sino igualmente a aquellos que invirtieron, vendieron o consumieron los productos de las economías esclavistas.

Y más recientemente el tema ha sido elevado a un nuevo plano de comprensión y detalle con la publicación en forma electrónica de una enorme base de datos sobre la esclavitud, una compilación realizada por un equipo internacional de académicos de unos 27 mil viajes atlánticos de trata de esclavos (dos tercios del total estimado) con información sobre el origen y destino de los esclavos, características agregadas de los esclavos que transportaban y detalles de las condiciones y avatares de los viajes.<sup>26</sup>

La esclavitud y el mercado de trabajo fueron sólo una parte, y muy importante, de un sistema comercial atlántico cuya interdependencia se ha hecho más clara desde la década de 1950. Porque el comercio atlántico en el Ancien Régime, a pesar de las distancias involucradas, no era un mecanismo impersonal cuyos administradores manipulaban números y otros símbolos abstractos sino que puede considerárselo como una comunidad humana que vivía próxima a la producción y distribución de los bienes que administraba.

Muy temprano en esta fase de la historiografía se hizo evidente, por ejemplo, que las ganancias de los comerciantes de Nueva Inglaterra en el siglo XVII dependían no de un comercio triangular estable sino de una geometría comercial multilateral, inestable y flexible que cambiaba de manera imprevisible dependiendo de la codicia y escasez locales y que el éxito requería de agentes de mercado de extrema confianza y habilidad. Como consecuencia de esto la temprana red comercial atlántica de Nueva Inglaterra se transformó en una red de parentesco a medida que las familias de comerciantes enviaban a gente en quien podían confiar -hijos y parientes políticos leales- a conducir los negocios en Inglaterra, Irlanda, las Wine Islands, el Caribe y las colonias del sur. Y lo que resolvieron los lazos de parentesco para las familias de Nueva Inglaterra lo hizo la filiación religiosa para los comerciantes cuáqueros de Pensilvania. En todas partes (Inglaterra, España, Francia, Holanda) las familias de comerciantes enviaban a sus hijos jóvenes alrededor del Atlántico para que aprendieran el oficio, para que se familiarizaran con la gente con la que iban a negociar a lo largo de sus vidas y para que se empaparan de las nuevas técnicas del comercio 27

El énfasis puesto en los aspectos humanos, individuales y empresariales del comercio ha iluminado el viejo problema de las vinculaciones dentro del sistema atlántico.

Al examinar no la estructura de la organización a la vez comercial y política de la Compañía de las Indias Occidentales holandesa sino las personas que diseñaron y controlaron esa institución. Oliver Rink encontró que el fracaso de la compañía, que extendía sus tentáculos por el Caribe y alcanzaba a América del Norte y del Sur, no trajo aparejado el consiguiente fracaso de sus líderes. Ellos sabían cómo explotar a la compañía, cómo eludir sus problemas v cómo continuar generando ganancias individuales. Los que habían liderado la compañía durante su gestión incompetente y posterior bancarrota en

Nueva Holanda no sólo continuaron prosperando como comerciantes individuales en el territorio que antes monopolizaba la compañía sino que acordaron con los ingleses cuando Nueva Holanda se convirtió en Nueva York y siguieron comerciando allí con éxito durante los años posteriores.<sup>28</sup>

Con el paso de los años y a medida que el comercio se hacía más complejo en el siglo XVIII, abarcando más y más mercancias y alcanzando con creciente profundidad una miríada de mercados públicos y privados en lo que Ralph Davis ha llamado The Rise of the Atlantic Economies ("El ascenso de las economías atlánticas"), la complejidad de las redes comerciales se incrementó hasta alcanzar un punto de refinamiento que ha sido descripto y analizado por David Hancock. En su Citizens of the World: London Merchants and the Integration of the British Atlantic Community ("Ciudadanos del mundo: los comerciantes de Londres y la integración de la comunidad del Atlántico británico") Hancock examina con detenimiento



las vidas sociales y empresariales de un grupo de veintitrés comerciantes anglo-escoceses que ascienden de la oscuridad a la riqueza a mediados del siglo XVIII. Negociaban en esclavos, en plantaciones en Florida, en azúcar, tabaco, madera y provisiones, proveían a la armada británica en Alemania durante la Guerra de los Siete Años y finalmente se convirtieron en banqueros, terratenientes en Gran Bretaña y coleccionistas de arte. La clave para esta variedad de actividades era su integración. Las deudas en que incurrían en la apertura de plantaciones en Florida las liquidaban con las ganancias ob-

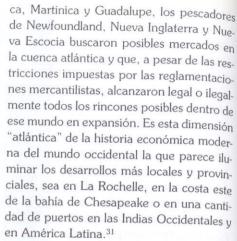
tenidas en los mercados esclavistas de África; las grandes ganancias provenientes de contratos de provisión de pan eran invertidas en tierras en Carolina del Sur y el Caribe, los fondos provenientes de la producción y venta de azúcar proveían capitales para préstamos comerciales.

Los veintitrés "patrones" ("principals") de Hancock, localizados principalmente en Londres, tenían asociados en Escocia, la isla Bance (en las costas de África), Madeira, Azores, las Indias Occidentales, Florida, Alemania y los Países Bajos. Al calcular ganancias y pérdidas, oportunidades y problemas, su mirada se elevaba a lo largo y ancho del mundo atlántico viendo, como hacían sus predecesores del siglo anterior, los dominios británicos como un único gran arco que se extendía al norte, oeste y sur -desde Gran Bretaña a Irlanda, Newfoundland, Nueva Escocia, Nueva Inglaterra y las costas del Atlántico hasta Florida, Jamaica y las pequeñas Antillas y nuevamente al este vía las Azores hasta su estación esclavista africana en la isla Bance. 29

Las distancias -las ramificaciones geográficas- del sistema comercial atlántico eran enormes. En uno de sus primeros y excelentes trabajos sobre el comercio atlántico del tabaco, que unía América del Norte con Gran Bretaña, Francia y Europa central a través de intermediarios holandeses, el profesor Jacob Price estudia las negociaciones emprendidas a fines del siglo XVII para vender tabaco de Virginia en los territorios gobernados por Pedro el Grande. La llamada "aventura del tabaco para Rusia", lanzada por un consorcio de comerciantes y diplomáticos ingleses y rusos, fracasó a último momento por su incompetencia y codicia. pero no se puede evitar especular cuáles podrían haber sido las consecuencias de haber sido un éxito. Si la producción de tabaco en las colonias inglesas hubiera crecido lo suficiente como para satisfacer la demanda directa del potencial mercado ruso, habría habido una impresionante expansión de los cultivos, gran presión en la oferta de trabajo que hubiera intensificado movimientos de población y crecientes ganancias para los plantadores americanos y los intermediarios ingleses. La suerte de comerciantes, granjeros, sirvientes y esclavos en las tierras productoras de tabaco de América hubieran estado íntimamente ligadas a los hábitos de los fumadores en las ciudades, pueblos y fin-

cas rurales de Rusia.30

Pero aun sin el contrato del tabaco con Rusia, el este y el oeste se comunicaron por vía de este comercio y de otros. Se ha demostrado que tanto los productores y comerciantes de arroz de Carolina del Sur como los productores de azúcar de Barbados, Jamai-



Las fuerzas centrípetas en acción en el mundo atlántico del siglo XVIII no estaban limitadas a la demografía, los mercados de trabajo y el comercio. Uno de los mayores aportes de la pasada generación a la historiografía del mundo atlántico del Ancien Régime -impulsada por las fuerzas internas de la actividad académica, por la curiosidad despertada por la recolección de nueva información y la aparición de nuevas respuestas a viejas preguntas- fue una comprensión más profunda de los mecanismos de la politica atlántica.

Política y no gobierno. Como mencioné anteriormente las estructuras institucionales formales de gobierno de los imperios español, portugués y británico de la época son conocidas desde hace bastante tiempo. Estudios como el de Magali Sarfati Spanish Bureaucratic Patrimonialism in America ("El patrimonialismo burocrático español en América") de 1966 trascendió las limitaciones descriptivas de la generación de Haring y Andrews al considerar las características sociológicas del gobierno hispanoamericano. Pero por razones que recaen en el pensamiento histórico de la década de 1960 se sintió la necesidad de trascender las instituciones y acceder al conocimiento de la gen-

ta que controlaba dichas estructuras, que las explotaba y que las hacía funcionar; en otras palabras, trascender las estructuras del poder para conocer los usos del poder y la competencia entre individuos y grupos para beneficiarse de él. Y a medida que este tema, la política, emergía con su propia estructura se reveló la existencia de un masa de conexiones intrincadas por todo el mundo atlántico que no se habían detectado anteriormente.32

La España imperial gobernó sus posesiones americanas enviando gobernadores, iueces, altas jerarquías eclesiásticas y otros funcionarios, ordenando su regreso con regularidad a España y, en los primeros años, limitando el acceso de los españoles americanos (criollos) a los cargos más altos. La competencia por cargos en América era una parte importantes de la política española; siempre había un significativo número de funcionarios españoles cuyas carreras estaban intimamente relacionadas con América, Pero la política competitiva sistemática y legítima nunca superó un estadio rudimentario en las colonias españolas. Porque el poder, centrado en España y desde allí irradiado hacia las colonias americanas, permaneció en manos de los cuadros cerrados de funcionarios españoles o de las elites criollas que o compraban el acceso a la burocracia imperial o se les concedía poder local antes de las reformas bórbonicas. Estos líderes locales americanos, pocos en número en relación a la masa políticamente inerte de indígenas y castas sobre la que gobernaban, inseguros de su identidad, buscaron asociarse con los burócratas peninsulares y asegurar su predominio local por medio de la sanción de leves e instituciones. Como resultado, después de que la independencia barrió las estructuras imbricadas de la autoridad española, no existía ninguna clase de políticos criollos con experiencia en la política competitiva abierta y en el funcionamiento del gobierno representativo, y tampoco era claro quién era el "pueblo" que constituía las bases de esas naciones emergentes. La política poscolonial, sin instituciones definidas y respetadas, plagada de conflictos regionales, raciales, de clase e ideológicos, y dominada por caudillos locales, oscilaba peligrosamente entre la anarquía y la autocracia. 33

En el caso británico, la metrópolis y las colonias no estaban menos interrelacionadas, aunque los resultados fueron muy diferentes. El sistema británico-norteamericano

del Ancien Régime estaba basado en una sociedad de colonos ("settler society") dominada por criollos como Washington, Adams v Jefferson. Sus predecesores habían desplazado completamente a la población indígena y producido varias generacio-



nes de sofisticados políticos locales versados en la política competitiva y aliados al sistema político británico aunque en competencia con él. El ejercicio de cargos públicos en la América inglesa, como ha sido demostrado, formaba parte del sistema de patronazgo que era central a la política británica del siglo XVIII. Los cargos coloniales, desde los más lucrativos como las gobernaciones mayores hasta los menos importantes como tidewaiters (inspectores de mareas) en puertos pequeños, eran parte de los favores de los patrones en Inglaterra que los distribuían dentro de las presiones del sistema que conducían. A mediados del siglo XVIII el duque de Newcastle disponía de 85 cargos colo-



niales que eran bienes invalorables en la lucha política; para 1770 el número de plazas de que disponían sus sucesores era de 226, quienes disponían de ellas no de acuerdo con los intereses de la colonia sino de los de las facciones en Inglaterra a las que servían estos intermediarios.<sup>34</sup>

Pero la influencia de la Corona británica era mínima y la burocracia imperial superficial ya que el sistema político anglo-ameri-



cano era en esencia una gran red de "conexiones informales... grupos de interés mercantiles, eclesiásticos v étnicos tenían «sucursales» correspondientes en Londres y en las diversas colonias".35 Y los líderes criollos angloamericanos eran verdaderos políticos que competían abiertamente por los favores del gobierno, apoyan-

do a la autoridad real sólo cuando les convenía, desafiándola cuando les era útil hacerlo y trabajando dentro de las instituciones representativas cuya legitimidad era por lo general respetada. Cuando la liviana superestructura del gobierno real fue eliminada un grupo de hábiles políticos, herederos de más de un siglo de experiencia política, se hizo cargo con un mínimo de revuelo y rápidamente crearon gobiernos estables.

Las posibles implicaciones de los sistemas políticos panatlánticos parecen ser infinitas. Una serie de brillantes investigaciones sobre los años tempranos del primer Imperio británico sostiene que inicialmente todo el sistema de gobierno colonial y la misma definición del primer imperio en términos políticos puede ser entendida como una ex-

tensión de las guarniciones de avanzada inglesas, puestos militares gobernados por oficiales del ejército. "Nueve décimos de los gobernadores reales de provincias" designados entre 1660 y 1727 eran oficiales recompensados por servicios prestados. Nueve de los oficiales a las órdenes del duque de Marlborough en una sola batalla, la gran victoria de Blenheim en Bavaria en 1704, recibieron como recompensa gobernaciones en América del Norte.<sup>36</sup>

Tanto para los patrones británicos como para los políticos anglo-americanos existía un complejo sistema político panatlántico que se extendía desde el Consejo Privado del rey a las asambleas provinciales de América. Lo que pasaba en el corazón del gobierno británico era de importancia para los políticos provinciales de América. Se hacían fortunas y se ganaba o perdía poder por los giros de la política facciosa en Gran Bretaña, aun por los cambios de las rivalidades políticas en Europa occidental. Hasta 1768 el jefe de los asuntos coloniales era el secretario de Estado del Departamento Meridional, y este departamento atendía los asuntos de toda Europa occidental. El secretario tomaba decisiones sobre América en función de los intereses británicos en París, Madrid y Viena. No hay un aspecto más revelador de la forma en que Gran Bretaña conducía su política atlántica que el de seguir las carreras de aspirantes a políticos americanos que buscaban fortuna en las redes intrincadas de la política metropolitana. Las dificultades que debían enfrentar para negociar posiciones en el centro del sistema y la aparente arbitrariedad de las designaciones de funcionarios coloniales señalan un límite en el mundo político anglo-americano que abrirá una fisura bajo la presión de las protestas revolucionarias.37

La unidad de discusión se ha ampliado en tantos aspectos –historia demográfica,

económica y política- que incluye ahora la entera cuenca del Atlántico. Y lo mismo nuede decirse de la historia intelectual, esnecialmente de fines del siglo XVIII, cuando las ideas y aspiraciones de la Ilustración europea fluían libremente entre la inteligentsia del mundo atlántico desde París a Perú y desde Italia a Carolina del Norte. Había, por supuesto, grandes diferencias entre los mundos culturales de Europa occidental y de las colonias protestantes británicas y las católicas francesas, españolas y portuguesas. Pero trabajos recientes han clarificado el hecho de que por toda América las familias criollas, que habían prosperado por tres o cuatro generaciones y eran educadas y crecientemente sofisticadas, eran conscientes de la urgencia de encarar reformas que se discutían en círculos avanzados de las metrópolis, impulsos que transformarían el mundo político en tantos lugares de Europa occidental. Para el mundo criollo éste fue un momento de descubrimiento, de autodescubrimiento. Insertos en una cultura "que no conocía ninguna frontera atlántica",38 ellos vieron reflejada su imagen en el espejo de la Ilustración europea y comprendieron las ricas posibilidades que podía brindarles una vida independiente de controles europeos, libre para abrazar las reformas promovidas alegremente por sus Ancien Régimes.

La lucha por la reforma política dominaría las vidas políticas de ambos continentes
por dos generaciones, y traería conflictos,
desorden y muerte. Pero si finalmente los
americanos del norte y del sur se separaron
de sus respectivos Estados metropolitanos,
no hubo disociación cultural. Como escribieron Palmer y Godechot, nunca hubo una
época en la que Europa occidental y América formaron íntimamente parte de una misma cultura que a la larga era de la Ilustración y de las guerras por la independencia.
Si Jefferson levó a Condillac, Buffon,

D'Alambert, Helvetius, Mably y Voltaire lo mismo hizo Simón Bolívar. Locke fue importante en la revolución de independencia venezolana, y Quesnay y Condillac en la de la Argentina. El *Sobre crimen y castigo* de Cesare Beccaria tenia tanta (o más) fuerza en la reforma de las leyes criminales y en el examen de lo que Franco Venturi llamó "el centro de la sociedad humana" en América del Norte, Francia y España como en su Milán nativo.<sup>39</sup>

#### II.

Los historiadores no sólo ampliaron la perspectiva de sus investigaciones más allá de las esferas locales y nacionales sino que además elevaron el nivel conceptual. En el primero de sus tres trabajos sobre lo que llamó "un nuevo tema", la "historia británica", J.G.A. Pocock sostenía que la unidad de significado para su comprensión histórica no eran las islas británicas sino "el archipiélago atlántico". Éste era, explica Pocock,

...un sistema único, una diversidad de culturas angloceltas agrupadas alrededor del Atlántico norte –inglés, escocés, irlandés y un cierto número de americanos– dominado crecientemente por el idioma inglés y por la veneración, aunque interpretada de modos di-

versos, de las normas e instituciones políticas británicas; y esto fue interrumpido por la gran guerra civil de la Revolución Americana.

Más tarde Pocock expandió el alcance de su "proyecto" de "histo-



ria británica" para incluir Australasia, pero su centro era el fenómeno de una cultura panatlántica en el siglo XVIII que incluía América del Norte, las islas británicas y el Caribe inglés, un concepto que él y otros exploraron en detalle en un seminario en la Biblioteca Folger titulado "Pensamiento político en el Atlántico anglohablante, 1760-1860". "Hay muchas historias", Pocock concluía, "que deben escribirse sobre el

archipiélago atlántico y sus extensiones en el Pacífico". $^{40}$ 

Estas historias tan ampliamente concebidas se están escribiendo con cada vez mayor frecuencia, especialmente con respecto al mundo anglohablante, sin referencia alguna a las opiniones de Pocock. El estudio de Ian K. Steele sobre la naturaleza de las comunicaciones en el primer Imperio Británico titulado The English Atlantic (1675-1740) ("El Atlántico inglés, 1675-1740") demuestra ser una "exploración de la integración del Atlántico inglés", de "las experiencias compartidas dentro del imperio". El trabajo trasciende las "innumerables redes transatlánticas de negocios, política, religión y familia durante el período colonial" que han sido reveladas por las recientes investigaciones para evaluar el "ritmo, patrón y cambio" en un mundo unido y no alejado por un océano. Muy contextualizado, el libro evita caer en la distorsionante teleología de la revolución que se aproxima para concentrarse en los elementos amalgamados de "un comunidad atlántica inglesa en sus aspectos económico, político y social", algunas de cuyas entidades eventualmente se separarán. Más recientemente el libro de James Horn sobre la migración a Virginia en el siglo XVII -que al hacerse eco de los



ya familiares argumentos de que el poblamiento de la América inglesa fue una extensión y una expansión de la movilidad doméstica en los lugares de origen de los migrantes y de que el flujo transatlántico debe ser entendido en el contexto de los patrones de esta movilidad doméstica— describe los asentamientos coloniales resultantes como uno de los varios "híbridos anglo-americanos, parte integral del mundo atlántico en

el siglo XVII... estrechamente unidos a la sociedad metropolitana por lazos políticos, comerciales, de parentesco y de cultura común". La zona costera de Virginia, insiste Horn, era "sin duda inglesa no sólo en el nombre sino también en carácter", parte de un mundo panatlántico que tenía múltiples expresiones. Y aun más recientemente el breve ensayo de Nicholas Canny muestra que el mundo del Atlántico británico fue "una entidad geográfica autodefinida".41

Pero tales ideas no están restringidas a las posesiones británicas. Una de las conceptualizaciones más abarcadoras de la historia atlántica fue escrita hace poco por un experto en geografia histórica, D.W. Meinig. El primero de sus tres volúmenes bajo el título general de The Shaping of America (1492-1800) ("La conformación de América, 1492-1800") es un libro muy sugerente que comienza con una larga sección titulada "La creación de un mundo atlántico". El mundo de Meinig es muy grande. Dentro de un mismo marco conceptual y diseñado de manera muy imaginativa, discute el descubrimiento y conquista de América como una continuación de la guerra española al islam, la creación de Nueva España, el África portuguesa, la empresa hugonote y las expansiones holandesa e inglesa. Segun Meinig, descubrimiento, exploración y conquista constiyeron un proceso profundamente interactivo. El "mundo atlántico", escribe en un pasaje iluminador,

... fue el escenario de una vasta interacción más que del traslado de los europeos a las costas americanas. En lugar de hablar de un descubrimiento europeo del nuevo mundo, deberíamos mejor considerarlo como un repentino v brusco encuentro entre dos mundos que transformó a ambos y los integró en un solo Nuevo Mundo. Nuestra atención se focaliza en la creación de nuevas geografías humanas resultantes de esta interacción, y esto significa no sólo de aquellas que se desarrollaron al oeste en América sino también al este en Europa, v en el interior v márgenes de África. Porque es cierto que las geografías de cada una de ellas fueron modificadas: radicalmente en el caso americano... más sutilmente en el europeo por nuevos movimientos de personas, bienes, capitales e información que fluían a través de un sistema espacial establecido y alteraban lentamente

sus proporciones y direcciones; lenta y desequilibradamente en el caso africano, estableciendo conexiones con sistemas comerciales existentes pero eventualmente alterando de manera grotesca la escala y el significado de viejas instituciones.<sup>42</sup>

Lo que Meinig encuentra en el nivel "macro" Ida Altman lo halla en su estudio micro de la emigración a América desde dos comunidades interiores en la Extremadura española: "Desde

el siglo XVI el Atlántico no separó al Viejo Mundo del Nuevo sino que por el contrario los unió: las corrientes de influencia e impacto fluyeron en ambas direcciones... para la gente en lugares como Cáceres y Trujillo las Indias rápidamente llegaron a representar no un destino exótico y lejano que atraja sólo a los más aventureros sino una esfera en la cual ellos, sus parientes y conocidos, estaban directa e indirectamente involucrados". Y las conexiones interactivas de las leves alemanas han sido recientemente examinadas por A.G. Roeber en el caso de los luteranos alemanes. Su Palatines, Liberty. and Property ("Palatinos, libertad y propiedad") es un estudio detallado de la absorción del complejo sistema cuatridimensional de leves de propiedad del sudoeste alemán y el norte de Suiza por el mundo judicial inglés de Pensilvania.43

V

¿Por qué se publican estos libros? ¿Por qué Pocock toma la noción de un archipiélago cultural atlántico para explicar grandes dimensiones de la historia moderna? ¿Por

qué Steele se concentra en los elementos integradores y no separadores del mundo atlántico? ¿Por qué Horn encuentra tan clarificadora la noción obvia de que las colonias inglesas de América del Norte en el siglo XVII eran híbridos ingleses? ¿Por qué Meinig engloba a un cuarto del planeta en un solo esquema conceptual? ¿Por qué Roeber se interna en los oscuros archivos de 36 poblados en Wurtemberg, Kraichgau, el Palatinado y Hesse para entender los

conceptos de libertad que más tarde se desarrollaron en la Revolución Americana?

Pienso que, en parte, esto se debe a que el contexto público de nuestras vidas se ha expandido desde la Segunda Guerra Mundial, parcialmente debido a los impulsos internos de la actividad académica y a que vivimos en una época en que el mundo académico es mucho más cosmopolita de lo que era antes. Pocock es un neocelandés educado en Inglaterra, que ha enseñado durante toda su carrera en Estados Unidos: Steele es un canadiense, también educado en Inglaterra, que enseña historia de Estados Unidos (en Ontario); Canny es un irlandés que obtuvo su doctorado en la Universidad de Pensilvania: Meinig hizo sus estudios de grado en la Escuela del Servicio Exterior de la Universidad de Georgetown y ha enseñado y vivido en Escocia y Australia; Horn es un inglés cuya investigación en Estados Unidos fue posible gracias a becas de la Fundación Fulbright, el American Council of Learned Societies, la Universidad Johns Hopkins, la American Philosophical Society, la American Historical Association, el Virginia Center for the Humanities y el Warren Center for Studies in American History de la Universidad de Harvard. La riqueza de Occidente nos ha permitido recorrer el mundo como académicos; de esta manera las perspectivas se amplian y con ellas las ambiciones intelectuales.

Pero más allá de eso, llega un momento cuando los historiadores dondequiera que vivan y cualesquiera sean sus historias personales, parpadean y de pronto ven entre la masa de información desparramada una nueva configuración que tiene un significado nunca antes intuido, un patrón emergente que tiene una suerte de poder explicativo ampliado. Esto ocurrió en algún momento de las últimas tres décadas y trajo al ruedo la idea de una historia atlántica. Estos momen-

tos brillantes de iluminación, difundiendo en diferentes momentos y de diferentes maneras la forma en que muchos historiadores trabajan en numerosos problemas, es donde yace la real excitación.

(Traducción de Gustavo L. Paz)

#### Notas

<sup>1</sup> Daniel W. Howe, American History in an Atlantic Context, Oxford, 1993; Alison F. Games, "Venturers, Vagrants and Vessels of Glory: Migration from England to the Colonies under Charles I" (Ph.D Diss., University of Pennsylvania, 1992); "Migration and the Evolution of the British World under Charles I", ponencia presentada a la American Historical Association, 1995, 10-11. La tesis de Games ha sido publicada con el significativo título de Migration and the Origins of the English Atlantic World, Cambridge (Mass.), 1999.

<sup>2</sup> The New Republic, 17 de febrero de 1917, p. 60; Ronald Steel, Walter Lipmann and the American Century, Boston, 1980, p. 111; Thomas J. Knock, To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order, Princeton, 1992, pp. 119-120, 127, 201.

<sup>3</sup> Forrest Davis, The Atlantic System, Nueva York, 1941, p. XI.

<sup>4</sup> Walter Lipmann, *U.S. War Aims*, Boston, 1944, pp. 78, 87; R. Steel, *Lipmann*, pp. 339, 380, 404 y ss.

<sup>5</sup> Ross Hoffman, "Europe and the Atlantic Community", *Thought* 20, 1945, 25, 34. Para su aproximación a la formulación de 1945, véase su *The Great Republic*, Nueva York, 1942, cap. 6. Sobre Hoffman véase Patrick Allit, *Catholic Intellectuals and Conservative Politics in America* (1950-1985), Ithaca, 1993, pp. 49-58. Quisiera agradecer al profesor John McGreevy por sus sugerencias acerca del papel de los intelectuales católicos en los debates sobre política pública de esa época y al profesor Allit por permitirme consultar el manuscrito de su próximo libro *The Convert Era in Catholic Intellectual* 

History: Britain and America (1825-1962), que incluye valiosa información sobre Hayes.

<sup>6</sup> Carlton J. H. Hayes, "The American Frontier. Frontier of What?", *American Historical Review* 51 (2), 1946, pp. 206, 208, 210, 213.

7 P. Allit, Convert Era, ms., cap. 8, 36.

<sup>8</sup> H. Hale Bellot, "Atlantic History", History 31, 1946, pp. 61-62.

9 Robert R. Palmer, "American Historians Remember Jacques Godechot", French Historical Studies, 61, 1990, p. 882; J. Godechot, Histoire de l'Atlantique, Paris, 1947, pp. 1-2, 332-333; C.N. Parkinson, History, 34, 1949, p. 260. Cinco años más tarde Godechot todavía pensaba al Atlántico en términos restringidos, como una fuente de problemas para las ciudades costeras francesas que llevaban a quejas y apelaciones para conseguir la ayuda del gobierno nacional en vísperas de la Revolución. Godechot, "La France et les problemes de l'Atlantique a la veille de la Revolution", Revue du Nord 39 (142), 1954, pp. 231-244.

10 Jacques Pirenne, Grands Courants de l'Histoire Universelle, III, Neuchâtel, 1948: Michale Krauss, The Atlantic Civilization: Eighteenth-Century Origins, 1949 (reimpresa en 1966), pp. viii, 308-14; Victorino Magalhaes Godinho, "Problems d'economie atlantique: le Portugal, les flottes du sucre et les flottes de l'or (1660-1770)", Annales ESC 5 (2), 1950, pp. 184-197; Max Silberschmidtd, "Wirtschafshistorische Aspekte der Neuren Geschichte: Die Atlantische Gemeinschaft", Historische Zeitschrift 171, 1951, pp. 245-261; Huguette v Pierre Chaunu, "Economie Atlantique. Economie mondiale (1504-1650): problemes de fait et de methode", Journal of World History 1, 1953, pp. 91-104; Huguette v Pierre Chaunu, Seville et l'Atlantique (1504-1650), I, París, 1955, p. ix.

<sup>11</sup> Charles Verlinden, "Les origines coloniales de la civilisation atlantique", *Journal of World History*, 1, 1953, pp. 378, 398, 383.

<sup>12</sup> La obra de Verlinden, Les origines coloniales de la civilisation atlantique, de la renaissance a l'âge del lumières fue publicada en París en 1966. Mientras que los volúmenes de documentos parecen no haber sido publicados, lo que apareció como resultado de la Comisión Pana-

mericana de Historia fue algo bastante diferente y de una manera peculiar relevante al interés emergente en la historia atlántica. Bajo el auspicio de la comisión, una falange internacional de historiadores liderada por el mexicano Silvio Zavala acometió, con el apoyo financiero de la Fundación Rockefeller, una serie de estudios históricos sobre América. Inspirados en parte por el famoso argumento de Herbert Bolton de que las Américas tenían una historia común ("The Epic of Greater America", American Historical Review 38 [3] 1933, pp. 448-474) v respondiendo a intereses políticos panamericanos, el Programa de Historia de América de la comisión apoyó la preparación y publicación de numerosas monografías v tres resúmenes en 1961-1962: el del período precolonial a cargo de Pedro Armillas, el del período colonial por Silvio Zavala (ambos mexicanos) y el del período nacional a cargo de Charles Griffin (norteamericano). El provecto fue reconocido como un esfuerzo histórico heroico u de gran escala (vease por ejemplo Roy F. Nichols, "A United States Historian's Appraisal of the History of America Project". Revista de Historia de América, 43, 1957, pp. 144-158). Pero, a medida que la serie se iba ampliando, el concepto que la subtendía enfrentaba cada vez mayores criticas, entre otras las de Verlinden que era consultor y colaborador del proyecto, quien sostenía que aislar la historia de América de la de Europa implicaba serios problemas. "La interacción entre América y Europa", escribió John Parry, "fue más continua y más significativa que la interacción entre los países americanos... Muchas colonias -tal vez la mayoría- vivieron sus propias vidas v sus propias historias sin verse demasiado afectadas por la fortuna de sus vecinas". Revista de Historia de América, 39, 1955, p. 187. La opinión de Verlinden se encuentra en S. Zavala, "A General View of the Colonial History of the New World", American Historical Review 66 (4), 1961, p. 918. Hacia 1964 se creía que la idea de Bolton, e implícitamente el concepto detrás del proyecto de la comisión, carecía de poder explicativo. Lewis Hanke (ed.). Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory, Nueva York, 1964; cfr. también el simposio "Have the Americas a Common History?", Canadian Historical Review 23, 1942, pp. 125-156.

13 R. Palmer, "American Historians Remem-

ber Jacques Godechot", 882; "The World Revolution of the West, 1763-1801", Political Science Quarterly, 69, 1954, p. 4; "Reflections on the French Revolution", Political Science Quarterly, 57, 1952, p. 66.

- <sup>14</sup> Jacques Godechot y Robert R. Palmer, "Le problème de l'Atlantique du XVIIIeme. au XXeme. siècles", *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Florencia, 1955, V (Storia Contemporanea), pp. 175-77, 180, 202, 204, 207, 208, 216-219, 238.
- <sup>15</sup> R. Palmer, "American Historians Remember Jacques Godechot", pp. 882-883.
- Después de notar que "cada generación encuentra sus preguntas históricas delimitadas, hasta cierto punto, por los problemas que le son contemporáneos" y que "puede traerse una nueva perspectiva a la historia de las Indias Occidentales en el siglo XIX al incorporar la experiencia africana del siglo XX", Curtin introduce su tesis doctoral sobre Jamaica explicando cómo el "sistema del Atlántico sur" había operado durante dos siglos y lo que significó su ruptura. En sustancia el libro es un modelo de trabajo monográfico libre de ninguna relevancia tendenciosa", Philip Curtin, Two Jamaicas: The Role of Ideas in a Tropical Colony (1830-1865), Cambridge, 1955, pp. viii, 4-6.
- <sup>17</sup> B. Baylin, "The Challenge of Modern Historiography", *American Historical Review*, 87 (1), 1982, pp. 11-18.
- <sup>18</sup> P. Chaunu, Seville et l'Atlantique, VIII, 1, París, 1959, pp. xiii, 5, 7-8, 12-16; reseña de Manoel Cardozo, American Historical Review, 68 (2), 1963, pp. 437-38; reseña de Roland Hussey, American Historical Review, 63 (3), 1963, p. 731.
- <sup>19</sup> B. Bailyn, Voyagers to the West, Nueva York, 1986, pp. 24-26; Marianne S. Wokeck, Trade in Strangers: The Beginnings of Mass Migration to North America, University Park, 1999, p. 46; Magnus Morner, Adventurers and Proletarians: The Story of Migrants in Latin America, Pittsburgh, 1985, 9; Leslie Choquette, "Frenchmen into Peasants: Modernity and Tradition in the Peopling of French North America", Proceedings of the American Antiquarian Society, 104 (1), 1994, p. 30.

- <sup>20</sup> B. Baylin, The Peopling of British North America, Nueva York, 1986, cap. 1 ("Worlds in Motion").
- <sup>21</sup> Russel R. Menard, "British Migration to the Chesapeake Colonies in the Seventeenth Century", Lois G. Carr et al. (eds.), Colonial Chesapeake Society, Chapel Hill, 1988, pp. 99-132, David Galenson, White Servitude in Colonial America, Cambridge, 1981, esp. apendices H, I.
  - <sup>22</sup> B. Bailyn, Voyagers, esp. cap 5.
- <sup>23</sup> L. Choquette, Frenchmen into Peasants: Modernity and Tradition in the Peopling of French Canada, Cambridge, 1997; resumido en Choquette, trabajo citado en la nota 19. Peter Boyd-Bowman, "Spanish Emigrants to the Indies, 1595-1598: A Profile" y Magnus Morner, "Spanish Migration to the New World prior to 1810: A Report on the State of the Research", en Fredi Chiapelli (ed.), First Images of America: The Impact of the New World on the Old, Berkeley, 1976, vol. II, pp. 723-82; P. Boyd-Bowman, Patterns of Spanish Migration to the New World (1493-1580), Buffalo, 1973.
- <sup>24</sup> Mack Walker, The Salzburg Transaction: Expulsion and Redemption in Eighteenth-Century Germany, Ithaca, 1992; George F. Jones, The Salzburger Story, Athens, 1984.
- <sup>25</sup> R. Menard, "British Migration", p. 116 y cuadro 5; John J. McCusker y Russell R. Menard, The Economy of British America (1607-1789), Chapel Hill, 1985, pp. 119-128, 135; Paul Lovejoy y Nicholas Rogers (eds.), Unfree Labor in the Development of the Atlantica World, Illford, Essex, 1994.
- <sup>26</sup> Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn (eds.), The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade, Nueva York, 1979; Barbara Solow (ed.), Slavery and the Rise of the Atlantic System, Cambridge, 1991, p. 1; David Eltis (Canadá), Stephen Berendt (Estados Unidos y Nueva Zelanda), David Richardson (Inglaterra) y Herbert Klein (Estados Unidos) (comps.), The Trans-Atlantic Slave Trade: A Database on CD-ROM, Cambridge, 1999.
- <sup>27</sup> B. Bailyn, The New England Merchants in the Seventeenth Century, Cambridge, Mass.,

1955, pp. 87-91; Frederick B. Tolles, Meeting House and Counting House: The Quaker Merchants of Colonial Philadelphia (1682-1763), Nueva York [1943], 1963, pp. 89-95; Thomas M. Doerlfinger, A Vigorous Spirit of Enterprise: Merchants and Economic Development in Revolutionary Philadelphia, Chapel Hill, 1986, p. 61.

- <sup>28</sup> Oliver A. Rink, Holland on the Hudson: An Economic and Social History of Dutch New York, Ithaca, 1986, cap. 7.
- <sup>29</sup> R. Davis, Rise of the Atlantic Economies, Londres, 1973; Hancock, Citizens of the World, Cambridge, 1995.
- 30 Jacob M. Price, The Tobacco Adventure to Russia: Enterprise, Politics, and Diplomacy in the Quest for a Northern Market for English Colonial Tobacco, 1676-1722. Transactions of the American Philosophical Society, 51, parte 1, 1961. Dieciséis trabajos de Price sobre el sistema del comercio atlántico han sido republicados en Tobacco in the Atlantic Trade, Aldershot, 1995, y The Atlantic Frontier of the Thirteen Colonies and States, Brookfield, 1996.
- <sup>31</sup> John G. Clarck, La Rochelle and the Atlantic Economy during the Eighteenth Century, Baltimore, MD, 1981; Paul G. Clemens, The Atlantic Economy and Colonial Maryland's Eastern Shore: From Tobacco to Grain, Nueva York, Ithaca, 1980; David H. Sacks, The Widening Gate: Bristol and the Atlantic Economy, 1450-1700, Berkeley, California, 1991; Kenneth Morgan, Bristol and the Atlantic Trade in the Eighteenth Century, Cambridge, 1993; Franklin Knight y Peggy K. Liss (eds.), Atlantic Port Cities: Economy, Culture, and Society in the Atlantic World, 1650-1850, Knoxville, TN, 1991.
- <sup>32</sup> Magali Sarfati, Spanish Bureaucratic Patrimonialism in America, Berkeley, California, 1966; R. Bailyn, Origins of American Politics, Nueva York, 1968, esp. vii-ix.
- <sup>33</sup> Clarence H. Haring, The Spanish Empire in America, Nueva York, 1947, caps. 4-8, pp. 345-357; James Lockhart y Stuart B. Schwartz, Early Latin America: A History of Colonial Spanish America and Brazil, Cambridge, 1983, pp. 102-106, 125-132, 315-327; Mark A. Burkholder y Lyman L. Johnson, Colonial Latin Ameri-

- ca, New York, 1990, pp. 71-83, 301-306, 325-326, 329-331; Anthony McFarlane, "Identity, Enlightenment, and Political Dissent in Late Colonial Spanish America", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6a. serie, VIII, 1998, pp. 309-335.
- <sup>34</sup> James A. Henretta, "Salutary Neglect": Colonial Administration under the Duke of Newcastle, Nueva Jersey, Princeton, 1972, pp. 220-221.
- <sup>35</sup> Alison G. Olson, Making the Empire Work: London and the American Interest Groups, 1690-1790, Cambridge, Mass., 1991, xiii.
- <sup>36</sup> Stephen S. Webb, The Governors-General: The English Army and the Definition of the Empire, 1569-1681, Chapel Hill, NC, 1979, xviii. Cf. Webb, Lord Churchill's Coup: The Anglo-American Empire and the Glorious Revolution Reconsidered, Nueva York, 1995.
- 37 Para un vívido ejemplo de la influencia de las relaciones exteriores europeas sobre los asuntos americanos véase Patrice Louis-Renee Higonnet. "The Origins of the Seven Years' War", Journal of Modern History 40, 1968, pp. 57-90. Para la pérdida de influencia americana en vísperas de la revolución véase Michael Kammen A Rope of Sand: The Colonial Agents, British Politics, and the American Revolution, Nueva York, Ithaca, 1968, caps. 10-15. Para un temprano ejemplo de ambiciones frustradas véase Kenneth A. Lockridge, The Diary and Life of William Byrd II of Virginia, 1674-1744. Chapel Hill, NC, 1987; para ejemplos más tardíos ver John A. Schutz, "Succession Politics in Massachusetts, 1730-1741" William and Mary Quarterly, 3, 15, 1958, pp. 508-520, y Schutz, William Shirley, Chapel Hill, NC, 1961, esp. 168 y ss.
- <sup>38</sup> J.H. Elliot en Leslie Bethell (ed.), Cambridge History of Latin America, Cambridge, 1984-85, I, p. 337.
- <sup>39</sup> Franco Venturi, *Utopia and Reform in the Enlightenment*, Cambridge, 1971, p. 106.
- <sup>40</sup> J.G.A. Pocock, "British History: A Plea for a New Subject", *Journal of Modern History* 47, 1975, p. 606; "The Limits and Divisions of British History: In Search of an Unknown Subject", *American Historical Review* 87 (2), 1982, p. 336; Gordon J. Schochet (ed.), *Empire and Re-*

volutions: Papers Presented at the Folger Seminar "Political Thought in the English-Speaking Atlantic, 1760-1860", dirigido por J.G.A. Pocock, Washington, 1993.

<sup>41</sup> Ian K. Steele, The English Atlantic (1675-1740), Nueva York, 1986, pp. 273, viii-ix, 278; James Horn, Adapting to the New World: English Society in the Seventeenth-Century Chesapeake, Chapel Hill, 1994, pp. viii, 16. Un ejemplo más temprano del tema de Horn aplicado a Massachusetts se encuentra en David G. Allen, In English Ways: The Movement of Societies and the Transferal of English Local Law and Custom to Massachusetts Bay in the Seventeenth Century, Chapel Hill, NC, 1981. Nicholas Canny, "Writing Atlantic History; or Reconstituting the History of Colonial British America",

Journal of American History, 86 (3), 1999, p. 1113.

<sup>42</sup> D.W. Meinig, The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History, I (Atlantic America, 1492-1800), New Haven, 1986, pp. 4, 65.

<sup>43</sup> Ida Altman, Emigrants and Society: Extremadura and America in the Sixteenth Century, Berkeley, 1989, p. 276. Cf. el estudio más reciente de Altman, que es a la vez un paralelo y contraste del primero: Transatlantic Ties in the Spanish Empire: Brihuega, Spain, and Puebla, Mexico (1560-1620), Stanford, 2000; A.G. Roeber, Palatines, Liberty, and Property: German Lutherans in Colonial British America, Baltimore, 1993, pp. 46 y ss.

# Casa tomada. Pobreza, desempleo y asaltos populares en el sur de Chile en los 30\*

Ernesto Bohoslavsky\*\*

n mayordomo de hacienda, involuntario testigo de la "revuelta de Ranquil" de 1934, fue entrevistado pocas horas después de escapar al asalto de los inquilinos desalojados. Declaró que "con el único que se hizo crueldad fue con el señor Vergara, administrador de Ranquil, a quien odiaban los colonos por estimarlo culpable de los lanzamientos hechos hace pocos meses en ese fundo. El señor Vergara fue víctima de martirio durante dos días. habiéndole cortado la nariz como manifestación de su rencor de parte de los rebeldes". 1 El carácter ritual de las torturas indica claramente la existencia de motivaciones muv claras entre los asaltantes: la necesidad de marcar en la piel del sujeto odiado los rastros de la venganza (¿de clase?), de señalar para siempre la vendetta y de dejar expuesta una suerte de estigma en el lugar más visible del cuerpo. Resulta complicado considerar estos actos como parte de la ejecución de un programa político revolucionario. A pesar de eso, por lo general la bibliografía al respecto no hace referencia alguna a elementos ajenos a las tradiciones políticas de izquierda política o sindical como

motores de las resistencias de los trabajadores chilenos en los 30. Por lo general, las huelgas y sublevaciones son entendidas como parte del proceso de crecimiento de los partidos comunista y socialista, así como de la reorganización sindical ante la crisis económica. Estas formas de resistencia sindical son consideradas como expresiones de una importante agudización de conflictos ideológicos y de clase. El reforzamiento de los sindicatos y de los partidos de izquierda, así como la expansión del socialismo dentro de las Fuerzas Armadas, son pensados como parte de una batalla contra los sectores conservadores y el modelo latifundista y agroexportador.

Es justo reconocer el fuerte peso que consigue en la década del 30 el partido comunista en distintos países de América Latina. Durante la década anterior, bajo la aureola inevitablemente atractiva de la revolu-

ción rusa y la constitución del Comintern, se fueron creando en el continente varios partidos comunistas, a la par que algunos de los anti-



<sup>\*</sup> Agradezco a Francisco Camino, Daniel Lvovich, Gabriel Rafart y Juan Suriano por sus comentarios a versiones previas de este trabajo. El segundo punto de este artículo retoma parte de mi "De miedos y esperanzas. La revuelta de Ranquil (Chile, 1934)", en Enrique Masés (comp.), *Historia social (1990-2000)*, General Roca, Publifadecs, 2000.

\*\* GEHiSo (Facultad de Humanidades-UNCo).

guos partidos socialistas viraron hacia la III Internacional.<sup>2</sup> Chile no fue la excepción, destacándose especialmente el crecimiento del Partido Comunista, esforzado por convertirse en representante de los "obreros agrícolas". Su influencia se hizo notoria en la entreguerras, de la misma manera que lo hizo el recientemente creado Partido Socialista. El PCCh tenía relaciones con el Bureau Sudamericano del comunismo y la III Internacional.<sup>3</sup>

Para estos años, destacados pensadores v militantes marxistas se fueron empapando de la cuestión agraria -y, paralela o superpuestamente, de la "cuestión indígena"-, de manera tal de conseguir un accionar verdaderamente partidario masivo. Más allá del alcance de estas preocupaciones y acciones. desde las discusiones de José Carlos Mariátegui sobre la peruanidad y los indígenas, la columna Prestes, la presencia de Farabundo Martí o la agitación en Bolivia, lo cierto es que el fantasma recorría el continente, introduciéndose en los campos. Dado el carácter predominantemente rural del continente, los comunistas intentaron introducir algunas cuestiones agrarias entre sus reclamos. Fue por eso que trataron de ponerse a la cabeza de revueltas campesinas y predicar una alianza social, pero siempre bajo "su estrecha óptica de la lucha de clases encabezada por el proletariado industrial donde el campesinado sólo tendría una posición subordinada",4 permaneciendo siempre el obrerismo dentro del corazón de las propuestas comunistas.

Sin embargo, en este trabajo sostendremos algunas interpretaciones divergentes con respecto a estas posturas que le adjudican a sectores de trabajadores radicalizados la responsabilidad de los actos de resistencia. Más bien, nos inclinamos a pensar que las acciones (sagueos, revueltas, etc.) que encontramos en el sur de Chile, más exactamente en la Araucanía durante la década de 1930, no pueden ser clasificados en forma exclusiva dentro de este panorama de lucha antioligárquica o revolucionaria. Por el contrario, aquí consideramos que las expresiones de resistencia que hemos encontrado parecen afincarse más en una búsqueda de supervivencia física en un contexto de severas restricciones económicas antes que en una lucha ideológico-partidaria. Y si bien en el caso de la revuelta de Ranquil pueden encontrarse rastros de militantes partidarios. por lo general se trata de acciones que remedan más un acto desesperado y generado por el hambre que un cálculo planificado y racional de acción partidaria y sindical. La presencia de militantes comunistas no basta para explicar los asaltos a los fundos y pulperías, o para enmarcarlos como parte de un accionar subversivo más amplio: creer eso equivaldría a realizar una lectura demasiado crédula tanto de la prensa comunista como de la conservadora.

Como segundo punto, deseamos dejar expuesto que no todo puede reducirse a un mero espontaneísmo famélico: los comportamientos insurreccionales se sustentan necesariamente en alguna tradición, intelectualizada o no. Es justo reconocer que si bien varias de las acciones y reclamos que se dieron en la época venían enfundados de la discursividad y las prácticas políticas modernas, no menos cierto es que muchos de estos actos retomaban elementos de la cultura popular rural y mapuche. Entre estos aspectos contamos la violencia, el uso de armas tradicionales y la inversión de roles sociales en un sentido carnavalesco. Además, estos actos se posicionan dentro de la fuerte tradición mapuche de resistencia al desalojo,

potenciada a partir de la constitución de las primeras asociaciones étnicas en las primeras décadas del siglo XX. A su vez, también entendemos que la fuerte presencia de bandoleros durante el siglo XIX y principios del XX también pudo haber jugado un papel importante, en tanto "naturalizador" de la expresión violenta y el asalto.

Pero si estas tradiciones actuaban como "depósitos mentales", como recursos culturales y políticos a los cuales recurrir, todavía falta señalar la oportunidad y el contexto en el que se usan. La Araucanía fue testigo de la llegada de grandes contingentes de desempleados a partir de fines de 1930 y por espacio de varios años. En esta región, colindante con la provincia de Neuguén, conseguían trabajos de temporada en los lavaderos de oro o la actividad triguera pero. terminada la cosecha, volvían a la capital provincial, Temuco, generando fuertes tensiones sociales. Allí los desempleados y sus familias llegaron a sumar hasta 9 mil personas, que debían ser alimentadas y sostenidas en una ciudad de 35 mil habitantes. Los problemas derivados de la alimentación, cuidado sanitario, educación y búsqueda de empleo para una masa tan importante de trabajadores puso en serios aprietos a la convivencia social en medio de una acentuada crisis económica. Y junto con ellos, explosiones sociales, asaltos, sagueos a bodegas y fundos también fueron protagonizados por los desempleados, tanto en Temuco como en las zonas rurales cercanas. Pero ésos no fueron los únicos problemas que surgieron con la llegada de los desempleados: aumento de los robos y de la mendicidad, prostitución y alcoholismo fueron parte del nuevo mapa social que se fue conformando. Las áreas en las que desarrollaban su existencia, siempre en los márgenes, recibieron prontamente las calificaciones despectivas por parte de la decencia local.

Por último, sostenemos que la desocupación generada a partir de la crisis económica potenció los comportamientos populares que desafiaban la legalidad y la deferencia. La transgresión social y los delitos se articulaban como parte de un conjunto amplio de estrategias de supervivencia diaria en las ciudades. Precisamente, en este trabajo daremos cuenta de algunas de esas tensiones generadas por una abrupta disrupción de las formas sociales y económicas de la vida urbana y rural a causa del desempleo. La convivencia con los "intrusos" se tornó una tan indeseable como permanente realidad para el Estado y los sectores privilegiados de la Araucanía, enfrentados al problema de alimentar, albergar, vestir y controlar a contingentes importantes.

#### Trabajadores, desempleo y crisis del 30 en la Araucanía

Un informe producido por la Sociedad de las Naciones en 1932 indicaba que Chile era el país más afectado en el mundo por la depresión.5 A nivel social, la consecuencia más visible v brutal de la crisis fue el incremento del desempleo. La desocupación comenzó a hacerse notar primeramente en la minería norteña, tradicional imán para los trabajadores chilenos: entre 1929 y 1931 la producción salitrera cayó prácticamente a la mitad y el número de trabajadores del cobre y el salitre bajó



de 104 mil a 42 mil en igual período. Las estrategias del gobierno nacional, como la entrega de alimentos y la oferta de alojamiento gratuito, poco pudieron hacer para contrarrestar la dramática situación social. Los desocupados comenzaron a deambular por todo Chile, utilizando la red ferroviaria en búsqueda de trabajo.

Al gobierno nacional y a su hacienda no les iba mucho mejor. Déficit público, caos

financiero y movilización política sacudieron al gobierno de Ibáñez y provocaron su caída en 1931, en lo que se constituyó como el rasgo político más evidente de la presencia de la crisis económica.7 De cualquier manera, los gobiernos posteriores tampoco pudieron enfrentar exitosamente la debacle económica, más allá de algunos intentos originales, como la república socialista de Marmaduke Grove de junio de 1932. Desde ese año se fueron desarrollando instituciones estatales encargadas de controlar la fijación de precios a los alimentos: para en-

tonces, el ya citado informe de la Sociedad de las Naciones indicaba que 75 por ciento de los chilenos se alimentaba de manera deficiente o tenía problemas de desnutrición. Este intento de control de los precios de alimentos llevó a sacrificar los intereses de los trabajadores rurales en favor de los urbanos.

Al igual que buena parte de los países latinoamericanos, los ingresos del Tesoro público dependían de un comercio exterior que se mostraba cada vez más lánguido. La crisis de financiación del Estado llevó en 1931 a declarar la moratoria de la deuda externa y a aplicar una política de control cambiario. La obra pública quedó prácticamente congelada y las reservas en oro disminuyeron abruptamente. Gabriel Palma ha señalado que en 1932 los valores de las ex-

portaciones y de las importaciones bajaron a un sexto de los que había en 1929. Pero a su vez, en el mismo período, el precio de la exportaciones se redujo a la mitad.

La caída en los precios de los productos primarios afectó gravemente las exportaciones de Chile. A los problemas derivados del agotamiento de la frontera agrícola y la baja productividad en el campo, se le sumaron los avances en la química alemana, que ter-

> minaron prácticamente por reemplazar al salitre. Aunque la crisis del salitre se venía arrastrando desde mediados de los 20, estos años no hicieron sino profundizar los problemas, arrojando a los mineros desempleados a los centros urbanos del país. En 1931 se agravó la situación de los mineros ya que cerraron muchas de las empresas dedicadas al cobre, salitre y carbón. Similar suerte corrieron muchos peones temporarios y otros miles de trabajadores poco calificados que desarrollaban sus tareas en el agro. Los precios agrícolas se re-

dujeron 27 por ciento entre 1927 y 1934: esta tendencia decreciente se mantuvo por quince años, convirtiéndose en una de las causas del estancamiento del sector. El campo se enfrentó a una demanda interna contraída como efecto del desempleo. Buena parte de los costos de esta caída relativa de la rentabilidad agraria fue remitida a los trabajadores rurales, que vieron deteriorados aun más sus niveles de ingreso y sus condiciones de vida.

Como dijimos, los desocupados comenzaron a deambular o a volver a sus lugares nativos. Ese retorno era parte de una consuetudinaria tendencia de los trabajadores de origen rural: en cuanto los tiempos de vacas flacas aparecían, la vuelta al terruño era una de las opciones más elegidas, en la esperanza de asegurar la subsistencia. El empleo público no aparecía como una posibilidad cierta: sólo a fines de los 30 y sobre todo después de los 40, las grandes agencias de desarrollo (como la CORFO) y los emprendimientos estatales ayudaron a combatir la desocupación.

Una de las respuestas ensayadas por el Estado frente a la crisis laboral fue el traslado de trabajadores a regiones que ofrecieran mejores posibilidades, como parecía ser el caso de la Araucanía.9 Vemos desarrollarse desde el Estado una serie de mecanismos que tendían a la organización y regulación de un mercado de trabajo ferozmente afectado por la crisis económica incluso en pequeños ámbitos urbanos y rurales. En la ciudad de Traiguén, por ejemplo, durante varios meses se publicaron avisos en El Colono, de la siguiente tónica: "A los Sres. Agricultores o dueños de casa que deseen ocupar obreros o empleados domésticos pueden solicitarlos en la Inspección de Cesantía de esta ciudad". 10 Ese mismo año el Austral de Temuco informaba acerca de las actividades desarrolladas por un agente estatal dedicado a la leva de desocupados, para emplearlos en la tarea de los lavaderos auríferos. 11 Esta estrategia permitió reducir en parte el desempleo en la Araucanía. 12 Agentes públicos tenían a su cargo el reclutamiento del personal, que luego era enviado a distintos establecimientos privados. Es por eso que esta región, y sobre todo su capital. Temuco, se vieron invadidas por hombres ávidos de trabajo. Algunos lo hicieron para trabajar la tierra y otros se acercaron alentados por las fuentes laborales abiertas por los lavaderos de oro y la construcción del Túnel de las Raíces, a pocos kilómetros de Temuco. Este túnel forma parte del trazado férreo que llega hasta el límite con la Argentina.

Muchos de esos mismos trabajadores, algunos meses después, hastiados de las du-

rísimas faenas del oro, participaron de la revuelta de Ranquil. Tanto la búsqueda de oro como el trabajo de construcción del túnel ofrecían labores inhumanas y bajas remuneraciones. La distancia entre las agencias estatales compradoras de oro y los lavaderos obligaba a los trabajadores a vender el polvo a precios más bajos a los pulperos del lugar. A cambio no recibían dinero en efectivo sino mercadería sobrevaluada. Muchos de los desempleados que allí eran enviados a trabajar, terminaban volviendo a Temuco porque consideraban las condiciones de vida intolerablemente malas. 13 La ausencia de dispensarios médicos y la larga serie de accidentes laborales tornaban aun menos tentadora la tarea en el túnel. A su vez, la reducción de la faena producía constantes despidos, por lo que se produjeron algunas huelgas.

Dado que el panorama para aquellos trabajadores embarcados en este tipo de tareas no era muy alentador, muchos alimentaban la posibilidad de acceder a una parcela de tierra que les permitiera vivir con cierta seguridad y estabilidad. Así, se conformaron diversas instituciones destinadas a obtener tierras para sus miembros: fue el caso del Sindicato de Aspirantes a Colonos de Cautín y el Sindicato Agrícola de Lonquimay (SAL).14 Estos sindicatos establecieron como interlocutor privilegiado al Estado, más exactamente al Ministerio de Tierras o de Colonización. Además de gestionar nuevas tierras, los sindicatos defendían la posición de aquellos que habían colonizado de facto la región. Estos pequeños productores, inquilinos o medieros en su mayoría, se encontraban peleando por el reconocimiento de su antigüedad en el lugar. Comenzaron a gestionar ante el gobierno central, siempre dentro del marco legal y utilizando los aparatos políticos existentes para vehiculizar las demandas, principalmente a través de los partidos socialista y demócrata. Los sindicatos preferían las soluciones pacíficas y negociadas antes que las decisiones violentas e imprevistas. Optaron por un carácter no violento en su accionar sindical y rechazaron las metodologías de acción directa, como la toma de tierras, aunque en ciertas ocasiones defendieron la posición de los desalojados.

En ningún momento el SAL procuró conseguir sus propósitos por una vía extralegal sino que siempre se mantuvo dentro de los carriles formalmente asignados. Un diputado que acompañó a delegados del



SAL cuando visitaron Santiago, unos años antes de la revuelta de Ranquil, afirmó que ellos reconocían que no eran dueños de la tierra. <sup>15</sup> Pero también alegaban

que hacía catorce años que vivían allí, que habían labrado la tierra y levantado casas y que incluso se ofrecían a pagar la tierra con la intervención de la Caja de Colonización Agrícola.

La vinculación de los sindicatos con el Frente Popular y los partidos que lo componían, así como el hecho de que esa fuerza política estaba en ese entonces a cargo del gobierno nacional, forzaba a los mismos dirigentes sindicales a morigerar la fuerza de sus reclamos y a reducir la radicalidad de sus apreciaciones. En lo que constituyó un verdadero hito en la historia del campesinado de la Araucanía, en agosto de 1939 se realizó una movilización de colonos y aspirantes a colonos, delegaciones de mapuches y pequeños agricultores, solicitando tierras. Esta "marcha de la tierra" fue organizada por el Sindicato de Aspirantes a Colonos y

fue liderada por el mismísimo ministro de Colonización. Es más, la marcha se realizó "en homenaje a S.E. el Ministro". 16

Pero si comunismo v socialismo se hacían sentir con fuerza en Santiago, ¿qué pasaba en la Araucanía y en Lonquimay? FI espacio urbano en esta región iba creciendo, afincado en actividades de apoyo a la economía netamente agraria de la regiónjunto con ese crecimiento fueron apareciendo fuentes de conflicto, generadas a partir de los reclamos de los trabajadores y la militancia embarcada en ideas socialistas. 17 La Araucanía tempranamente comenzó a mostrar señales de organización de los trabajadores urbanos, agrupados en gremios y sobre todo en mutuales y sociedades de socorros mutuos. Ciertas prácticas políticas y simbólicas de raigambre obrera y socialista como la celebración del 1 de mayo encontraban su escenario físico en el reticulado urbano temuquino.18 Este tipo de expresiones generaban en los sectores dirigentes un gran temor y fuertes resquemores frente al ascenso del "peligro rojo" y llevaban a que se realizasen periódicas batidas policiales para reprimir cualquier manifestación de simpatía por la Unión Soviética. 19

### Ranquil 1934. Las tierras que crujen

Los valles de la franja oriental de la Araucanía, trepados a la Cordillera, eran una de las zonas más marginales de Chile. En esos valles, entre los que se encuentra el de Lonquimay, nace el caudaloso Bío Bío, el histórico límite entre las tierras de mapuches y la sociedad blanco-mestiza durante la colonia. A los 39º de latitud sur, el valle de Lonquimay se enfrenta al norte de la provincia de Neuquén. Clima muy frío y terrenos escabrosos se combinaron para que no fueran

tierras demasiado atractivas para el asentamiento espontáneo. Pero la escasez demográfica no impidió que se dieran problemas con la posesión de los títulos. Parece haber habido gran cantidad de problemas con la transmisión generacional y la obtención de la propiedad legal de los predios, hasta bien entrado el siglo XX.<sup>20</sup> El Estado no pudo impedir que superficies considerables se privatizaran sin levantar planos, por lo que las demarcaciones fueron muy imprecisas.

Los problemas de legitimidad de los títulos y la confusión de los deslindes inhibían la actividad crediticia y desalentaban las inversiones privadas, además de suscitar periódicamente conflictos hasta el primer tercio del siglo XX. La Ley de Propiedad Austral (1929) fue aprobada con el propósito expreso de solucionar estas cuestiones de forma definitiva, ofreciendo los aspectos legales que impedían la profundización de las inversiones en el área. Con esta ley se logró reordenar y regularizar centenares de propiedades dudosas, pero también es cierto que permitió a los hacendados ya establecidos ampliar sus latifundios: les bastaba con correr los deslindes hacia los terrenos que los colonos habían tornado productivos e incorporarlos a sus títulos. De allí en adelante el trámite seguido era muy sencillo: una vez obtenido el título definitivo, la fuerza pública procedía al desalojo.

En 1930, el sindicato agrícola de Lonquimay consiguió que se le asignaran algunas parcelas para distribuir entre sus afiliados. Este sindicato se había formado el año anterior y contaba en su dirigencia con varios afiliados al Partido Comunista, destacándose entre ellos Juan Segundo Leiva Tapia. Un militante mapuche del Partido Comunista recuerda ese evento: "Los campesinos, al saber la amenaza que se les venía en su contra, se reunieron en una organización de colonos, para defender sus tierras

ante el peligro de lanzamiento. Sus mejores dirigentes eran los compañeros Adán Sagredo, Simón Sagredo, Ana Sagredo, Ernesto Carter, José Lagos, el profesor Juan Leiva Tapia, todos militantes del Partido Comunista". 21 De cualquier manera, otros sectores sociales y políticos estaban representados: había allí indígenas, inquilinos, colonos, pequeños propietarios. obreros del túnel, lavadores y pulperos. Los pulperos veían en la colonización la posibilidad de ampliar su cartera de clientes a partir de un acrecentamiento demográfico. El éxito logrado por el sindicato en sus gestiones y la desesperante situación social que se desarrollaba a su alrededor se combinaron, dando por resultado un aumento notable de las afiliaciones. La heterogeneidad social no impedía que se adoptaran objetivos comunes, como gestionar el acceso a tierras fiscales o exigir la entrega de terrenos correspondientes a aquellos que habían colonizado antes de 1891, como indicaba la Ley de Propiedad Austral. Mientras se respetaron las formas más institucionalizadas de reclamar a las autoridades, las relaciones al interior del sindicato se mantuvieron en un nivel menor de tensiones: de cualquier manera. existían divisiones entre los que seguían a Leiva Tapia y los que profesaban posturas más moderadas.<sup>22</sup>

El sindicato realizó varias diligencias, siendo incluso recibido por el presidente Ibáñez, pero no obtuvo más tierras, por lo que las parcelas destinadas a los asociados fueron pequeñas. El envío de diversas comisiones técnicas del gobierno no permitió avanzar en la entrega de tierras y en 1930 ya se

congeló la radicación de colonos. Las presiones realizadas en Santiago por parte de los propietarios culminaban por lo general en decretos de desalojo. El avance de esas presiones terratenientes en Longuimay sobre las propiedades de pequeños colonos e indígenas fue parte del acelerado proceso de especulación con la tierra que desató la prolongada crisis del agro en Chile en este período. Tras la caída de Ibáñez en 1931. buena parte de los títulos precarios que se habían entregado a los ocupantes fueron denunciados ante las autoridades judiciales. Una causa impuesta por los beneficiarios de una sucesión pretendía desalojar a los inquilinos y tomar posesión de su fundo "Ranquil" (a 40 kilómetros del poblado de Lonquimay). Toda esa zona del valle había quedado del lado chileno de la cordillera tras de las negociaciones con la Argentina en 1881. Fue poblado en esos años por chilenos repatriados desde Neuguén, a quienes se les

entregaron unas cuantas hectáreas. Pero, cuarenta años después de su asentamiento, y a raíz de un decreto firmado tras la caída de Ibáñez, los colonos y sus descendientes se enteraron de que ocupaban unos terrenos que habían sido otorgados en propiedad a los herederos de una sucesión. 23 Las autoridades avalaron esta postura, contraria a la situación de los colonos. Las esperanzas de recibir el título de las tierras que se ocupaban se desvanecían y se insinuaba un desalojo en 1934. Las visitas a Santiago y los memoriales a los diputados no tuvieron efecto v periódicamente se realizaron desalojos de ocupantes de tierras. Los lanzamientos se tornaban la herramienta más útil para ampliar las superficies bajo control de los latifundistas: "Así fue como las expulsiones de los colonos, por largos años radicados en esas tierras, comienzan a ser hechos frecuentes, que incluso son denunciados en el Parlamento". <sup>24</sup> Y aquí encontramos la raíz principal de la revuelta, protagonizada mayoritariamente por los desalojados de estos años.

Por eso, decreto en mano, se procedió en abril de 1934 al desalojo masivo y definitivo de decenas de familias, colonos, inquilinos e indios que aun seguían en sus reducciones, a la vez que se quemaban sus viviendas y pocas pertenencias. A los desalojados del fundo Guayalí no se les permitió levantar sus cosechas, por lo cual estaba en juego la supervivencia en el invierno. La misma prensa informaba:

Fueron desalojados por carabineros del fundo Ranquil alrededor de sesenta familias que se habían instalado ahí en calidad de colonos. Una parte de esta gente fue ubicada por el gobierno en terrenos fiscales colindantes a principios del mes en curso, y otra se dedicó a faenas de los lavaderos. Tanto por lo riguroso del invierno como por lo estéril de los nuevos terrenos en que fueron ubicados los colonos, su situación se hizo angustiosa, careciendo de toda clase de recursos <sup>25</sup>

El desalojo produjo una dispersión de los colonos en el valle: algunos quedaron en Ranquil, otros se fueron a Santa Bárbara y algunos aceptaron pequeñas parcelas de 30 o 40 hectáreas en los riscos de Llanquén, pero sin tener casas ni víveres para pasar el invierno. Meses después, en momentos en que la nieve alcanzaba una intimidatoria al-

tura, muchos de los desalojados, junto con indígenas y algunos trabajadores del oro, tomaron la decisión de desatar una serie de ataques a pulperías y administraciones de los fundos Ranquil, Nitrito y Rahue. Las penurias materiales generaron un estado de desesperación, estimulado por el accionar de algunos militantes comunistas, entre los que se destacaba Leiva Tapia.

Para esos años, varias de las asociaciones étnicas mapuches propiciaban la defensa de la propiedad comunal frente al avance terrateniente y de los proyectos de división de las reducciones. Especialmente fuertes en su prédica y actividad de lucha contra el despojo en los 30 fueron el Frente Único Araucano (1938-1942) y la Federación Araucana (1916-1939). José Bengoa entiende que va hacia 1910 estaba constituido un nuevo discurso entre los mapuches, caracterizado porque "surge, en el centro de la reivindicación, la tierra usurpada, la violencia ejercida, la discriminación, la marginalidad; esto es, la nueva condición que ha adquirido el mapuche".26 De hecho, algunas de las versiones acerca del detonante de la revuelta y los ataques a fundos y pulperías señalan al corrimiento de los lindes de una reducción por parte de uno de los hacendados de Lonquimay.

Estos asaltos a pulperías, prontamente conocidos como "revuelta", tuvieron por participantes a los colonos pobres, lavadores e indígenas de Ralco. Según Palacios, fueron sólo las sesenta familias desalojadas las que se lanzaron a estos ataques; pero la prensa insistía con que se trataba de varios cientos de "revoltosos". <sup>27</sup> El número final podemos cifrarlo en cerca de trescientos o cuatrocientos protagonistas. El 26 de junio de 1934, tras saquear las pulperías, se apoderaron de las balsas que cruzaban el Bío Bío y Lonquín, para impedir la pronta llegada de los carabineros. Las tradicionales tram-

pas mapuches para caballos



fueron levantadas, al efecto de retrasar el avance de las fuerzas de represión. Durante algunos días, se produjeron algunas muertes de pulperos y administradores de los fundos con los cuales estaban en litigio. Los asaltos pronto dieron lugar al sensacionalismo en la prensa, que desde sus inicios tildó el movimiento de "comunista".

Es por eso que El Malleco se quejaba por el sensacionalismo de algunos medios para referirse a la revuelta. "Que Leiva murió horrorosamente asesinado por uno de los suvos: que otro señor fue partido en dos por una máquina aserradora, que a un tercero le hicieron beber dos litros de plomo derretido [...] y así tanta cosa que hace estremecer".28 Efectivamente, todo tipo de actos truculentos y macabros se describieron en esos días, asignándoseles el carácter de verdaderos, sin tener prueba alguna al respecto. El amarillismo dio lugar a que un senador denunciara en el Parlamento que la prensa "se empeñó en tender sobre estos acontecimientos una verdadera cortina de humo para ocultar la verdad y exagerando notablemente algunos hechos. Todos los días aparecían en la prensa noticias de crímenes salvaies cometidos contra determinadas personas, y al día siguiente se sabía que esas personas estaban vivas y gozando de buena salud".29

Lo cierto es que las denuncias de actos vandálicos y brutales estuvieron a la orden del día: más allá del sensacionalismo con el que la prensa trató la información, de muchas de las entrevistas y relatos autobiográficos se desprenden datos que confirman la existencia de metodologías reñidas con lo que podría esperarse de un "levantamiento comunista". Así, dos carabineros asaltados

dos "fueron muertos, uno a puñaladas y el otro pasado por una sierra, mientras las hijas de Carmelo Sagredo cantaban una tonada revolucionaria acompañada de guitarra". 30 Asesinatos en banda, ensañamiento y ferocidad constituían elementos de la revuelta: "En Contraco asaltaron la administración v tomaron prisioneros a los dos hermanos Gaizan [...] descuartizando vivo a uno de ellos v tirando sus miembros al Biobio [...] En Ránquil tomaron prisioneras a más de cuarenta personas; la mayoría fue trasladada a Contraco y mantenida en prisión en las bodegas del fundo, de donde noche tras noche eran sacados grupos de a cuatro, los cuales eran muertos a palos y cuchilladas y posteriormente tirados al Biobio". 31 En algunos casos, la violencia se expresaba como una política carnavalesca, de inversión de roles sociales. Y era carnavalesca porque se promovía la suspensión temporal de lo "normal". 32 Fue el caso del asalto al fundo Lolco, donde fueron tomados "presos don Juan Olhagaray y su señora, a quienes les quitaron las ropas y los vistieron con las suyas, haciéndolos servir, argumentando que mucho habían mandado y que ahora les tocaba a ellos su turno".33 Luego de algunos tiroteos y desmanes, "no se conformaron con hacer cocinar a la Sra. Olhagaray, sino que delante del indefenso y acobardado marido la vejaron repetidamente". No se trataba de imponer una nueva sociedad sino de dar vuelta la tortilla... Como en toda actividad carnavalesca, prima la intención de deshacer, al menos temporalmente, las divisiones sociales tradicionales, a la vez que profanar a mansalva las instituciones y las veneraciones. El análisis que Peter Burke hace del carnaval encaja perfectamente en la descrip-

y secuestra-

ción del evento desarrollado en el fundo Lolco: sostiene que la

...reinversión de roles no se limitaba únicamente a la simulación paródica que implica el disfraz, sino que también iba acompañada por la imitación gestual de comportamientos [...] Se trataba de un tiempo de éxtasis cuyos temas importantes eran tres: la comida, el sexo y la violencia.<sup>34</sup>

Una semana después, los focos rebeldes habían sido suprimidos por cerca de ochocientos carabineros. Según Palacios, la posterior llegada de tropas sólo obedeció al deseo de "cazar" a los sobrevivientes. La poderosa combinación de las fuerzas de represión dio rápidos frutos en la lucha contra los campesinos, legos absolutos en el manejo de la estrategia militar o la resistencia armada. La cacería generó en total unos quinientos detenidos y al menos cien muertos entre trabajadores rurales y lavadores, según los diarios del momento. 35 De éstos, varios fueron asesinados "en fuga", otros lograron evadirse o fueron liberados por la justicia o autoridades militares. Durante la persecución se desarrollaron todo tipo de atrocidades. como en un intento de aplicar la "lev del talión". Si la ferocidad y la brutalidad, aun con contenido simbólico, fueron componentes clave del accionar revoltoso, también aparecieron similares elementos en la represión. Se destacaba especialmente la mutilación como estrategia de venganza, "el ejercicio de una violencia extrema sobre la misma materialidad de los individuos".36 Un testigo contó que "después vinieron una persecución, una cacería que no terminaban nunca. Murieron ocho hombres de mi familia. A José Rosario, mi hermano mayor, le cortaron las orejas, la nariz... lo castraron. Y a cientos de nosotros nos llevaron amarrados

hasta Temuco, a pie por la nieve. Éramos una larga y fantasmal procesión, oscura y cruel".37 La Federación Obrera Chilena (FOCh) presentó una denuncia contra Carabineros por asesinato de ancianos y niños. lesiones a una embarazada, robos de bienes a colonos y cuatrerismo en una reducción. Varios de los sublevados fueron asesinados una vez detenidos. Centenares de muieres v niños quedaron desamparados como resultado de la pérdida del jefe del hogar y de sus tierras. Al cacique Maripé, de Ralco, se lo torturó: se le sacaron los ojos y le fueron quitadas lengua y orejas hasta dejarlo morir. Clementina Sagredo, otra de las sobrevivientes a la represión de los carabineros ("pacos"), declaró:

A muchos los sacaban de la columna de presos y partían con los pacos. Se despedían de nosotros con una mirada triste. A la hora, los pacos volvían solos. Después de asesinarlos fríamente, los echaban al Bío Bío.<sup>38</sup>

Se agilizaron las gestiones ante las autoridades de la Argentina para evitar el ingreso de los fugados a ese país.39 A partir de la situación en Ranquil, se extendió la represión a todo el valle: se persiguió a todos los colonos y al Sindicato Agrícola. Pero el efecto punitivo se expandió contra todo el movimiento sindical nacional y sus organizaciones: hubo allanamientos y detenciones de delegados sindicales y estudiantiles en todo el país. Incluso se irrumpió en el edificio donde funcionaba la FOCh, en Santiago, arrestándose a trescientos sindicalistas. Los jefes del conato, Leiva Tapia y los hermanos Sagredo, nunca fueron encontrados, sospechándose que sus cadáveres fueron lanzados a algún río de la zona.

Pero así como aparecieron "reconocimientos públicos a la abnegada valor de los carabineros", también podemos hallar acciones v actitudes de solidaridad para con los revoltosos, durante y después de los incidentes. En Victoria v Cura Cautín circularon dos días después del inicio de la revuelta una serie de proclamas comunistas, apoyando a los insurrectos. Podemos encontrar ciertos elementos que nos hablarían del carácter premeditado del accionar revoltoso. Así, por ejemplo, sabemos que Martín Segundo Painemal, quien "fue quizá el primer mapuche comunista",40 fue enviado meses después de la revuelta por el Partido Comunista chileno a Longuimay a proteger a los militantes que habían escapado de la matanza. En ese mismo viaje fue acompañado por un diputado comunista y dirigentes de la FOCh. Allí registraron los daños producidos y tomaron nota de los "desaparecidos". 41 También el Socorro Rojo Internacional desarrolló una amplia tarea de solidaridad con las víctimas y sus familias, que fueron llevadas a Santiago. Muchos de los huérfanos fueron entregados en adopción a miembros de los sindicatos capitalinos. Pero todas estas actividades son posteriores a la revuelta y no parecen señalar un carácter planificado del alzamiento.

#### Intrusos en la ciudad. La Araucanía y Temuco en los 30

Los ámbitos urbanos no aparecían tampoco como ambientes aptos para campear el desempleo. Agotada la temporada de trabajo rural, Temuco se transformaba durante meses en una olla a presión, ofreciendo enormes dificultades para la "armonía social". La abrumadora presencia de los desocupados



concentraba las preocupacio-

nes de las autoridades locales. Además, las bruscas variaciones en la cantidad de desempleados complicaba cualquier posibilidad de planificar el apoyo a los necesitados. Si en junio de 1932 había unos seiscientos desempleados registrados, un mes después ya había cuatro mil. 42 Las nueve mil personas que llegaron a comer de la caridad pública, eclesiástica y estatal eran una muestra de la magnitud de los conflictos a enfrentar. Junto con este problema de la alimentación, el abastecimiento de mercaderías, la vivienda y trabajo para los desempleados eran los elementos que generaban las más urticantes respuestas y conflictos urbanos.

Ya señalamos que la crisis económica redujo sensiblemente las posibilidades laborales de los peones itinerantes, sobre todo por la crisis de las áreas mineras norteñas. En septiembre de 1930, la autoridades de la ciudad empezaron a ser preocupantes testigos de la "invasión rota". Éste fue el momento de desplegar nuevamente las imágenes más negativas de los rotos, siempre relacionadas con la vagancia, el malentretenimiento, la falta de disciplina laboral y el apego al cuchillo. 43 Con respecto a los peones, uno de los periódicos señalaba que la preocupación radicaba en la mala fama que tenían en las labores agrícolas:

Esta mala fama se debía a que en 1923, cuando se produjo cesantía en las salitreras se trasladó un grupo importante de obreros hacia el sur del país. Algunos de éstos llegaron a la provincia de Cautín, donde se caracterizaron por provocar problemas a los latifundistas y a los habitantes de la ciudad. No eran obreros agrícolas y mu-

chos optaron por dedicarse a hacer otras cosas o sencillamente marcharse, dejando los campos abandonados. Algunos más necesitados optaron sencillamente por robar.<sup>44</sup>

Parte del conjunto de los desocupados recién llegados fueron ubicados en ciertas faenas, principalmente obras viales, por la Secretaría de Bienestar Social. Pero al año siguiente, en el otoño de 1931, la situación se tornó mucho más difícil porque no se trataba solamente de conseguir trabajo para doscientas personas sino para algunos miles. En poco tiempo, la posibilidad de lograr la incorporación definitiva a un fundo de los alrededores se fue reduciendo, por lo que en unos años el costo de la mano de obra se depreció en cerca de 25 por ciento<sup>45</sup> y la mendicidad se convirtió en un rasgo indeleble del escenario urbano:

Carabineros de esta ciudad se ha dedicado a dar una batida a los que profesionalmente se dedican a implorar la caridad pública sin tener la autorización municipal correspondiente [...] la única manera de extirpar este mal sería que el propio público se negara a dar caridad a toda persona que no exhiba su permiso. 46

En los años siguientes, actividades estatales (construcción de caminos, puentes y túneles) y privadas (como la cosecha y trilla de trigo o los lavaderos de oro) fueron los trabajos asignados. Las condiciones de vida de las familias desocupadas, tanto las recién llegadas como las que fueron perdiendo sus trabajos, se agravaron notoriamente durante el primer lustro de los 30. Los datos sobre desnutrición infantil, la expansión del tifus exantemático, la mortalidad infantil y el hacinamiento son imágenes claras acerca de

las consecuencia de la crisis entre los trabajadores de la región. Ausentismo escolar, vagabundeo y robos menores también fueron el resultado del desempleo. La presencia urbana de los mendigos parece haber sido una marca distintiva de la crisis. Una actividad como esa requería ser organizada, incluso en los ámbitos más pequeños. En 1931 co leja en el Austral que "a la plaga de mendigos que tiene poco menos que invadida la ciudad y que parece tomar mayor incremento cada día, se ha venido a agregar un nuevo mal, siendo éste el de la vagancia infantil, que está adquiriendo en Temuco caracteres verdaderamente alarmantes. Diariamente pueden verse vagando libremente por los diversos barrios, tanto de las afueras como del centro, a grupos de muchachos menores de edad. Todo esto ocurre precisamente en las horas en que esos muchachos debían estar en la escuela". 47 Y si no mendigaban o vagaban improductivamente, se dedicaban a robar, según la prensa.

¿Cómo sostener con vida a estos grandes contingentes humanos? Periódicamente se desarrollaban campañas de recolección de dinero, ropa y comida para mantener los comedores y albergues de los desocupados. Comités de beneficencia, Ejército, autoridades municipales, boy scouts e Iglesia se involucraron en la tarea de sostener a la amplia masa de desempleados. Una de las estrategias asumidas fue montar ollas populares, una de ellas en el convento de la Providencia en Temuco y otras en los albergues de desempleados. La Federación Araucana, de tradición izquierdista, también organizó su olla, con la salvedad de que los propios desempleados eran quienes tenían a su cargo la preparación de alimentos. El Mercado Central de Traiguén también anunció que instaló en su patio "La Olla del Pobre", para alimentar a los desocupados. Con la actividad colaboró la Sociedad Protectora de la

Infancia, la Inspección del Trabajo, Carabineros y la Alcaldía, realizando un baile para



conseguir fondos que sostuvieran la olla. 48 A esa olla concurrían setenta de los doscientos desocupados que había en Traiguén.

Los albergues para desempleados de Temuco se mantuvieron hasta 1933. Luego fueron suprimidos porque se pensaba que de esa manera se estimulaba la holgazanería. 49 Hasta ese entonces se usaban edificios en construcción, cárceles viejas, iglesias v escuelas para acantonar a los desempleados. Incluso se difundió el alojamiento en casas de familia. No todos los albergues contaban con la condiciones mínimas para sostener a tantos desocupados con sus familias. En el albergue de calle Urrutia en Temuco, según el Austral, "falta el techo en varias partes y las ventanas están descubiertas. Con motivo de la últimas lluvias se anegaron varias partes del edificio".50 Cientos de familias quedaban fuera de los listados oficiales de beneficiarios de ración diaria de comida o de alojamiento ya que los presupuestos no alcanzaban para sustentar a un número mavor de beneficiarios.

En buena parte de la Araucanía el acceso a algunos productos alimentarios se producía en los pequeños ámbitos urbanos, usualmente con problemas de abastecimiento u ocultamiento de mercaderías. De hecho, los diarios se veían obligados a informar qué comercios habían recibido productos; y los carabineros debían controlar que se vendieran libremente y siguiendo un esquema de precios máximos hasta bien entrados los 40.51 Eran permanentes las quejas por especular o esconder mercaderías de consumo básico:

Desde hace varias semanas se ha notado en nuestra ciudad una enorme escasez de varios artículos de primera necesidad, que afectan especialmente la alimentación de nuestro pueblo por su gran consumo en los hogares humildes. [...] En esta última semana la escasez de azúcar ha sido tal que el que ha conseguido unos tres panes para el desayuno se siente rey de la creación.<sup>52</sup>

De hecho, se organizó más de una concentración para expresar la queja de los trabajadores, principalmente urbanos, por la suba de los precios o la especulación con alimentos. <sup>53</sup> La leche fue uno de los alimentos que más rápidamente entró en el primer lustro de los 30 en una espiral inflacionaria, estimulada en muy buena medida por la especulación y el agio de los intermediarios. Además, los precios de los artículos de primera necesidad sobrepasaban los que se podían encontrar en el centro de Chile, a pesar de ser producidos en la propia Araucanía:

Por eso para las personas que viniendo del centro y del norte del país, se encuentran con que en Temuco las papas, la leña, el carbón, la carne, la madera, los arriendos, etc., valen tanto o más que en Valparaíso [...] resulta una revelación imponerse del alto costo de vida en nuestra privilegiada provincia productora.<sup>54</sup>

Hubo casos en que no se esperaba hasta el momento de la llegada de la ayuda estatal y a ver los resultados de la gestión institucional, y se resolvió el problema del hambre con expedientes más rápidos, aunque definitivamente reñidos con la legalidad. Para esos años, según Eduardo Pino Zapata, los asaltos desesperados se tornaron una cons-

tante espada de Damocles para los propietarios en la ciudad. El hurto famélico era una posibilidad cierta. Bandas de cesantes salían de recorrida por los fundos cercanos a Temuco, efectuando "requisas populares" destinadas a darle mayor sustento a la dieta diaria, en jaque por la creciente cantidad de desempleados que se albergaban con sus familias en los



ámbitos especialmente destinados a su alimentación. La opción por la requisa popular no fue tan descabellada, si tenemos en cuenta que la zona de Temuco era una de las grandes productoras trigueras y ganaderas de Chile. Es así que podemos encontrar noticias acerca de "expropiaciones populares" en las ricas haciendas de alrededor de la capital. "Algunos agricultores se presentaron ayer a las autoridades a denunciar que habían sido víctimas de algunos actos delictuosos al pedir limosna en sus fundos". En ese momento, los desempleados que fueron a solicitar su ayuda,

...envalentonados por la buena atención que se les dispensaba, manifestaron que 2 ovejas era muy poco y que se les entregara una vaquilla y sin más trámite se apoderaron de ellas, y en presencia del propietario procedieron a darle muerte y a carnearla. Desde allí se dirigieron a otro fundo, en donde se apoderaron de un buey, al cual también dieron muerte, mientras intimidaban con su presencia al propietario. 55

En otra ocasión, no fue necesario salirse del reticulado de Temuco para conseguir alimentos. Una partida de doscientos hombres



asaltó y sustrajo de una bodega algunos cuantos sacos de frijoles destinados al consumo inmediato. Los autores del robo resultaron ser desempleados que estaban alojados en uno de los albergues temporales organizados por la municipalidad.<sup>56</sup>

Pero más allá de estos actos, que bien podrían haber sido descriptos en Bandidos o Rebeldes primitivos, hubo otros casos en que no se robaba alimentos, pero sí otras mercaderías que eran fácilmente reducibles en la

estación de ferrocarril o la Plaza Pinto de Temuco. Similar suerte corrían las lámparas del alumbrado público y el cuero de ganado malhabido. Precisamente, la estación del ferrocarril se convirtió en esos años en un área estigmatizada por la "decencia" temuquina. La concentración humana generada por el arribo de sujetos provenientes de todos los ámbitos rurales de la Araucanía, principalmente trabajadores rurales y mapuches, el fuerte mercado negro y la difusión del tifus exantemático en esos años convirtieron la estación en un "lugar maldito". A la noche, la concentración de la oferta de servicios sexuales no hacía sino complementar el estigma que significaban los juegos de azar y la endiablada venta de alcohol. Según la empresa ferroviaria, era necesario que la policía hiciera "una estricta vigilancia en las cercanías de la estación, a fin de evitar que se acerquen allí los rufianes y maleantes que con tanto descaro se vienen entregando a sus funestas actividades".57 Estos "lugares malditos", como la estación de tren, la avenida Pinto y el barrio Padre Las Casas, eran caracterizados como antros de perdición, en los que anidaban y se alimentaban todas las lacras existentes: delincuencia, mendicidad, vagancia infantil, prostitución, comercio ilegal y alcoholismo, todos estos fenómenos hijos directos del desempleo.

### Desempleo y política (conclusiones, conjeturas)

En estas notas hemos intentado entrar a algunos de los problemas situados en el vértice entre desempleo, violencia y hambre en la Araucanía en los años 30. Como vimos, el retorno de miles de trabajadores a sus tierras de origen fue una postal muy común por entonces. A la presión generada por el regreso de estos desocupados originarios de la Araucanía se le sumaba la presencia de muchos trabajadores enviados por el gobierno, con la esperanza de "ubicarlos" en tareas, al menos, temporarias. Estos sujetos eran en su mayoría trabajadores poco calificados, de deambular permanente y con una vasta y diversificada experiencia laboral, e incluso sindical.

El gobierno provincial intentó ir solucionando el problema de los recién llegados con bolsas de trabajo, albergues y comedores. Pero la amplitud y gravedad de la desocupación, con el correr de los años, fue generando fuertes inconvenientes en la vida urbana y desbordando los "primeros auxilios sociales". Los iniciales destinos laborales -obras públicas y lavaderos de oro- mostraron limitaciones, sólo subsanadas por el trabajo temporal durante el verano en las cosechas. Las dificultades para conseguir trabajo y las durísimas condiciones de vida generadas por la principal fuente laboral -los lavaderos auríferos y la construcción en el Túnel de Las Raíces- potenciaron un fuerte descontento entre los desempleados.

Las dificultades cotidianas para asegurar la alimentación de la familia, la ausencia de

posibilidades laborales y los estragos causados por la inflación profundizaban el malestar. Las condiciones de vida para los cesantes v sus familias eran verdaderamente dificiles, destacándose como problemas más graves las pésimas condiciones habitacionales v la desnutrición. El sustento diario de los trabajadores y sus familias dependía de la asistencia pública o eclesiástica, debiendo desarrollar muchas de sus actividades diarias en la periferia de la ciudad, va sea el mercado negro, el pequeño delito y la prostitución. Estas imprevistas "intrusión" e "invasión" a Temuco se expresaban en la creación de ámbitos específicos en los que interactuaban los desocupados recién llegados junto con el resto de los pobres que va residían en la ciudad. La sociabilidad popular se desarrollaba en algunos reductos "de triste fama" allí ubicados. Estas barriadas populares prontamente fueron rotuladas como antros por parte de la elite temuquina. La alquimia social generada en la estación de tren o en el barrio Pinto aglutinaba demasiados elementos "malditos" como para pasar inadvertida a la decencia local: alcohol, hurto, vagabundeo, prostitución, juegos de azar y menores fuera de la escuela.

En áreas rurales y urbanas el desempleo se enseñoreó a lo largo de muchos años. Esta situación era paliada en parte por la posibilidad de acceder a una parcela que ofreciera cierta seguridad y disponibilidad de alimentos. Es por eso que en la Araucanía muchos de los desocupados se agruparon en sindicatos de aspirantes a colonos, como forma de aunar esfuerzos en su lucha por la obtención de tierras. A ellos se les unieron los que deseaban evitar su desalojo. Estos



sindicatos desdeñaron las formas extralegales para obtener tierras, tales como las ocupaciones de fundos. Germán Palacios Ríos ha hecho similares observaciones acerca de la metodología y objetivos de lucha del Sindicato Agrícola de Lonquimay. Sostiene que "no condujo hacia una revuelta o sublevación de los colonos y campesinos, por el contrario [...], condujo en la búsqueda de una solución que se acercaba más a la lucha reivindicativa que al enfrentamiento". 58 Se realizaban peticiones ante las autoridades nacionales para que se les brindaran tierras y se detuvieran los desalojos.

Los sindicatos apostaron a la colaboración con las autoridades antes que a su enfrentamiento, pero el agravamiento de las condiciones de vida y la extensión temporal de la situación de desempleo, con la inestabilidad económica y psicológica que generaron, empujaron a muchos desocupados a embarcarse en formas de comportamiento social reñidas con la legalidad y el orden público. Estos hombres rompieron con el control que sus propias organizaciones (sindicatos, partidos) podían ejercer sobre ellos. El resultado fue el despliegue de una bateria de metodologías que apuntaban, nada más y nada menos, que a asegurar el alimento diario: asaltos a pulperías y galpones, requisas en los fundos, mendicidad y multiplicación de los hurtos fueron parte de las reacciones populares ante el desempleo. Todos estos actos quizá deberían ser entendidos como recursos de un repertorio de supervivencia de un amplio grupo social, desligado casi permanentemente del mercado de trabajo v en buena medida librado a su suerte.

¿Qué había detrás de estas reacciones populares, individuales o grupales? Muchas de las acciones desarrolladas por los desocupados estaban atizadas lisa y llanamente por el hambre en el más lato sentido del término. Eran actos prácticamente espontáneos, o al menos con un escaso nivel de organización. Ningún grupo estable podía adjudicarse la coordinación, representación o dirección de quienes ejercieron los asaltos, las requisas o la revuelta de Ranquil. Este espontaneismo se reforzaba por la opción que ce tomó por las "acciones directas" junto con las otras formas más tradicionales de gestión ante la autoridad política y usando los vehículos institucionales de uso más común (nartidos, asociaciones, sindicatos, prensa, etc.). En el caso del Sindicato Agrícola de Longuimay, no participó institucionalmente de la revuelta de Ranquil y a lo largo de sus pocos años de vida dio sobradas muestras de respeto a la legalidad y a las formas establecidas de peticionar, incluyendo protocolares visitas a las autoridades y envío de pe-

Pero en los asaltos de "hambre v tierra" quedó inscripta la reacción y no el cálculo: si se hubiese planificado un mes ideal para la revuelta en Araucanía, nadie la habría hecho en julio, donde 20° bajo cero son comunes y la nieve es compañera segura en esa zona de la Cordillera. Antes que resultado de una programación política, los asaltos parecen ser resultado de manotazos grupales para salvar el hambre de unos días. Antes que moverse por lo indicado en algún listado de principios ideológicos o planificación estratégica, los desempleados y los desalojados actuaban en base a la urgencia de satisfacer necesidades imperantes y perentorias, desdeñando las disciplinas partidarias v sindicales.

Además de no contar con la estructura de ningún grupo político o gremial organizado, por lo general se trataba de actos sin consignas reivindicatorias ni propuestas más abarcativas. Eran de escasa amplitud en lo que se refiere a la cantidad de sujetos involucrados y el beneficio obtenido. ¿Estas acciones directas fueron vividas por sus participantes como una actividad con connota-

ciones políticas? ¿Veían en sus actos un gesto de reivindicación sociopolítica o se asumían como protagonistas de un robo



forzado por las circunstancias?

Si bien es posible encontrar que algunos de estos actos contaron con el posterior apoyo de organizaciones políticas de izquierda, como el caso del partido comunista en Ranquil, muchos eran el resultado del espontaneísmo famélico. Y a la hora de desarrollar estas prácticas, se lo hacía recurriendo a elementos de la cultura rural popular, con raíces mapuches, tal como la violencia, el uso de armas tradicionales, lo carnavalesco y el asalto en banda. A su vez, estos actos quizá pueden ser entendidos como continuidad de la fuerte tradición mapuche de resistencia al desalojo y al despojo, una permanente reedición de la lucha contra el huinca. el blanco o ladrón, caracterizada por ser una lucha a muerte. En los hechos analizados, la violencia se descarga de manera ritual, siguiendo criterios grupalmente válidos y con destinatarios específicos. Dueños y administradores de fundos y carabineros fueron los objetos predilectos de la ferocidad popular. en una serie de imágenes que nos recuerdan la definición thompsoniana de "economía moral de la multitud". 59

Por otra parte, es importante recordar la fuerte presencia de bandoleros en la Araucanía durante el siglo XIX y principios del XX. Según Jorge Pinto, toda la región se habría caracterizado por el carácter endémico del bandolerismo a partir de "la casi absoluta incapacidad del Estado para poner orden en una zona donde sus representantes poco o nada podían hacer frente a los delincuentes". 60 Jaime Valenzuela Márquez considera el "bandidaje rural como una conducta social armónica, parte constitutiva de una mentalidad propia de los secto-

res sociales partícipes de aquella actividad delictual. Esta mentalidad, conformada a través de experiencias vitales colectivas u con una duración temporal superior a hechos circunstanciales y a covunturas de cambio económico, político y social, se traducirá en determinadas pautas de conducta".61 Es decir, el comportamiento violento de los bandoleros puede también quizá ser integrado dentro de las tradiciones populares de resistencia, pero también de supervivencia. Eduardo Pino Zapata sostiene que durante los años 30 se agudizó la inseguridad social debido a la imprevista resurrección del accionar de los bandoleros. 62 En una tierra que durante mucho tiempo fue de "frontera", la ley de la jungla y el "matar o morir" fueron la tendencias dominantes. Pero se ha sostenido que hacia 1920 va habían desaparecido los rastros de las gavillas de bandoleros. Pero la finalización del bandolerismo no necesariamente significó que la violencia se eliminó de la sociedad: quizá sea más plausible creer que la violencia de las relaciones sociales de la Araucanía encontró otras vías de expresión o se condensó en situaciones específicas.

Los incidentes comenzados en 1913 con la "marcación Painemal" (¿qué fue?) y las diversas asociaciones creadas, con distinciones ideológicas, potenciaban la resistencia al desalojo.

#### Notas

<sup>1</sup> El Malleco, Angol, 24 de julio de 1934, p. 1. "Corrieron después las versiones más espeluznantes, como la del destino de don Víctor Vergara, administrador del Guayalí, a quien le sacaron los ojos, le cortaron la nariz y la lengua, y finalmente lo castraron antes de matarlo", Harry Fahrenkrog, La verdad sobre la revuelta de Ránquil, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1985, p. 53.

<sup>2</sup> M. Isabel Allende, La Internacional Socialista y América Latina: pasado y presente de una relación difícil, Santiago de Chile, ILET, 1983, pp. 93 y ss. Para una visión general de todo el proceso referido al Comintern en el mundo occidental, Edward Carr, El ocaso de la Comintern (1930-1935), Madrid, Alianza, 1986.

<sup>3</sup> "Una secretaría sudamericana del Comintern fue creada en Buenos Aires en 1930 y su tarea fue la de reforzar la influencia soviética y supervisar la circulación de agentes en la zona sur del continente", J. Theberge, Presencia soviética en América Latina, Santiago de Chile Editorial Gabriela Mistral, 1974, p. 9. Desde 1928 funcionaba en Montevideo un secretario sindical latinoamericano, vinculado a la Internacional Sindical Roja, que dio lugar luego a la Confederación Sindical Latinoamericana; Lucía Sala de Touron y J. Landinelli, "Cincuenta años de movimiento obrero uruguayo", en Pablo González Casanova, Historia política de los campesinos latinoamericanos, México, Siglo Veintiuno-UNAM, 1985, t. IV, p. 261.

<sup>4</sup> M.I. Allende, ob. cit., pp. 95-96.

<sup>5</sup> Cit. en Gabriel Palma, Chile (1914-1935): de economía exportadora a sustitutiva de importaciones, Santiago de Chile, CIEPLAN-Alfabeta, 1984.

<sup>6</sup> Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile (1808-1994)*, Madrid, Cambridge University Press, 1998, pp. 197-198. Cf. Corina Gallegos y Rodrigo Lara, "La crisis de 1929 y sus efectos en el desarrollo regional. El caso de Temuco (1929-1933)", tesis, Temuco, UFRO, 1986, p. 13. Según otros, entre 1929 y 1932 la cesantía en la minería del salitre alcanzó a 85 por ciento del personal. María Antonieta Huerta, *Otro agro para Chile. La historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político*, Santiago de Chile, CISEC-CESOC, 1989.

7 "Ningún país de América Latina escapó a la depresión de los años 30, pero para algunos países el impacto fue peor que para otros. La combinación más desastrosa consistía en un alto nivel de apertura, un gran descenso del precio de las exportaciones y una disminución abrupta del nivel de las mismas. No es sorprendente, entonces, que las naciones más seriamente afectadas fueran Chile y Cuba. [...] El descenso del PIB real en

Chile entre 1929 y 1932 se estima en el 35,7 por 100", Victor Bulmer Thomas, "Las economías latinoamericanas (1929-1939)", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica-CUP, 1991, t. XI, p. 16.

8 M.A. Huerta, ob. cit. Para una postura contraria en el tema precios, Arnold Bauer, La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1994.

<sup>9</sup> A principios de 1932 se informaba que el gobierno decidió enviar al sur la mayor cantidad posible de familias de cesantes y distribuirlas en los puntos donde se les pudieran suministrar los medios para trabajar, Austral, Temuco, 1 de enero de 1932, p. 10.

<sup>10</sup> El Colono, Traiguén, 3 de enero de 1934, p. 4.

11 "Ha estado en nuestra ciudad un funcionario de la Dirección de Lavaderos contratando obreros para poner trabajo en algunos lavaderos, que habían estado sin explotar precisamente por falta de brazos", Austral, Temuco, 12 de abril de 1934, p. 1.

12 "La mayor cuota de absorción de la cesantía le corresponde a los lavaderos de oro, donde actualmente debe haber ocupados alrededor de cincuenta mil obreros con sus familias", Austral, Temuco, 12 de abril de 1934, p. 1. La cifra nos parece bastante exagerada, ya que toda la Araucanía tenía menos de 400 mil habitantes en 1930: 50 mil lavadores de oro con sus familias implicaría 50 por ciento de aumento demográfico en pocos meses.

<sup>13</sup> Entre los factores que generaban el abandono de las tareas auríferas o de construcción del túnel se contaban "la comida escasa, las habitaciones mal construidas, [y] las inclemencias climáticas", C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 85.

<sup>14</sup> La búsqueda de tierras para desarrollar actividades productivas se hacía presente incluso en ámbitos urbanos. En 1931, los cesantes de Temuco pretendieron formar "una sociedad de colonización, con el fin de solicitar al Supremo Gobierno se le concedan parcelas para sus asociados, acogiéndose a las leyes vigentes sobre esta materia", Austral, Temuco, 10 de octubre de 1931, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 54.

<sup>15</sup> Germán Palacios Ríos, *Ranquil. La violencia en la expansión de la propiedad agrícola*, Santiago de Chile, ICAL, 1992, cap. V y VI.

<sup>16</sup> Austral, Temuco, 13 de agosto de 1939, p. 18.

<sup>17</sup> Enrique Masés et al., "Vida material, sociabilidad y cultura de los sectores populares en el sur de Chile y Argentina (1885-1950)" (informe), Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 1998.

<sup>18</sup> Enriqueta Quiroz Muñoz, "La plaza como expresión cultural de Temuco (1881-1920)", tesis, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1989.

19 "Entre los que recibieron la visita de carabineros, estuvo el hojalatero José Arroyo, que había tenido la debilidad de expresar sus inclinaciones marxistas bautizando a su negocio con el nombre de «El soviet». Se le comunicó que «debía suprimir el letrerito» y le dieron aviso de que en Moscú lo necesitaban de modo «que fuera preparando sus maletitas»", E. Pino Zapata, Historia de Temuco. Biografía de la capital de La Frontera, Temuco, Escuelas Universitarias de la Frontera, 1969, p. 69.

<sup>20</sup> Incluso bastante más tarde, hacia los años 50 un analista del agro de la Araucanía sostenía que "el porcentaje de propietarios que han logrado perpetuar el dominio a través de sus generaciones, es muy pequeño ya que la propiedad agrícola ha sido motivo de un cambio permanente, de división y arrendamiento", Luis Picasso, "La propiedad agrícola y su extensión", en AA.VV., Seminario de investigación sobre el desarrollo de la provincia de Cautín, Temuco, Universidad de Chile, 1956, p. 111.

<sup>21</sup> Rolf Foerster, *Martin Painemal Huen*chual. Vida de un dirigente mapuche, Santiago de Chile, GIA, 1982, p. 51.

<sup>22</sup> La biografía de Juan Segundo Leiva Tapia parece merecer un papel especial. Nacido en Chos Malal (Neuquén) en 1887, era de filiación comunista (incluso uno de sus hijos llevaba por nombre Juan Lenin). Sus padres ingresaron a Chile por Lonquimay en 1905. Era profesor de castellano y había completado el tercer año de abogacía en la Universidad de Córdoba. Participó activamente de reuniones de la Federa-

ción Obrera Chilena (FOCh) y de la Confederación Sindical Latinoamericana. Por sus actividades sindicales y políticas fue deportado de Argentina v Uruguay. Por esta misma razón se encontraba detenido en Victoria en 1929, cuando fue liberado por orden del presidente Ibáñez. Entonces fue nombrado subdelegado en Longuimay, también por decisión del primer mandatario. A los cinco meses debió renunciar a su puesto "ante el repudio generalizado de los habitantes de la región", sostenía el Austral (Temuco, 29 v 30 de junio de 1934). Fue candidato a diputado por el Partido Comunista en la región de Bío Bío. "Es un individuo hábil, de fácil palabra, u una cultura amplia", se informaba en La Tribuna del Sur, Temuco, 30 de junio de 1934, p. 2. Para una caracterización novelada de Leiva Tapia, cf. la pequeña novela Actas del Alto Bío Bío de Patricio Manns, Madrid, Michay, 1985. Harry Fahrenkrog ofrece una biografía que difiere en muchos puntos de la que aquí presentamos. Cf. La verdad...

- <sup>23</sup> G. Palacios, ob. cit., cap. V. Para el tema de la repatriación de chilenos a Lonquimay, Jaime Flores Rojas, "Chilenos repatriados de Neuquén: la constitución de la colonia de Lonquimay", ponencia presentada en las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, 1999.
- <sup>24</sup> José Bengoa et al., Historia del movimiento campesino, Santiago de Chile, GIA, 1983, p. 33.
- $^{25}\,La$  Tribuna del Sur, Temuco, 30 de junio de 1934, p. 2.
- <sup>26</sup> José Bengoa, *Historia del pueblo mapu*che, Santiago de Chile, Sur, 1989, p. 381.
- 27 "Sin sus casas, el frío y el hambre, impulsó a la actitud casi irracional de asaltar las pulperías. Este asalto no es realizado por grandes masas de campesinos, sino que por grupos de familias", G. Palacios, ob. cit., p. 76. Según Susana Bruna, participaron unos 1.500 campesinos. "Chile: las luchas campesinas en el siglo XX", en Pablo González Casanova, ob. cit., t. IV. Para La Tribuna del Sur, fueron cerca de 400 campesinos (Temuco, 30 de junio de 1934). La diferencia en la estimación quizá provenga del hecho de que Palacios pudo entrevistar a protagonistas de la revuelta. La población total del valle de Lonquimay en

la época alcanzaba las 6 mil personas.

- <sup>28</sup> El Malleco, Angol, 24 de julio de 1934, p. 3.
- <sup>29</sup> La Opinión, 23 de agosto de 1934, cit. en G. Palacios, ob. cit.
  - 30 Harry Fahrenkrog, ob. cit., p. 52.
  - 31 Ídem, p. 53.
- <sup>32</sup> Siguiendo a Mijaíl Bajtín, Ricardo Falcón ha escrito recientemente que "el carnaval no se contempla ni tampoco se actúa [...] sino que se vive en él. Pero esta vida tiene leyes y dura mientras ellas estén vigentes, es decir, mientras no se extinga la vida carnavalesca. Esa vida no es la normal, sino que es una anormalidad, una vida desviada, una vida al revés", "Rituales, fiesta y poder (una aproximación historiográfica a un debate sobre su pasado y presente)", en Estudios Sociales, año X, № 18, Santa Fe, 1º semestre de 2000, p. 91.
  - 33 Harry Fahrenkrog, ob. cit., p. 52.
- <sup>34</sup> R. Falcón, ob. cit., p. 93. Basado en el libro de Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991.
- $^{35}$  El Malleco, Angol, 7 de julio de 1934, p. 2.
- <sup>36</sup> Luciano Alonso, "La mutilación corporal como institución de control social", en *Estudios Sociales*, N° 9, Santa Fe, 1995, p. 81. La mutilación es "una variante exacerbada de la tortura, antesala del aniquilamiento físico, modo habitual de los suplicios".
- $^{37}$  "Ranquil, entre la sangre y la esperanza", en *Ramona*,  $N^2$  23, Santiago de Chile, 4 de abril de 1972, cit. en G. Palacios, ob. cit., p. 82.
  - 38 Cit. en G. Palacios, ob. cit., p. 83.
- <sup>39</sup> Este operativo no pudo impedir que algunos de los sublevados cruzaran la frontera y llegaran a la provincia de Neuquén. Lorenzo Alarcón afirma que varios de ellos trabajaron con su padre en un aserradero en Loncopué (entrevista realizada en Zapala, noviembre de 2000).
- <sup>40</sup> José Bengoa, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago de Chile, Planeta, 1999, p. 134. Painemal militó en Santiago entre los panaderos, en su mayoría

de origen mapuche. Según Bengoa, se habría dedicado a esconder a los insurgentes de Ranquil una vez enviado a la región.

- 41 R. Foerster, ob. cit., pp. 51-54. El mismo Painemal sostiene que "los campesinos del Alto Bío Bío carecieron de apoyo de los partidos populares, solamente el Partido Comunista movilizó todas sus fuerzas, como también la Federación Obrera de Chile, que mandó una delegación de dirigentes de seis compañeros y el diputado comunista José Vega Díaz". La delegación llegó al lugar de los hechos cuatro meses después de sucedidos.
  - 42 C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 72.
- <sup>43</sup> Dos buenos abordajes del problema de la identidad peonal se encuentran en José Bengoa, Historia social de la agricultura chilena, t. I: El poder y la subordinación, Santiago, Sur, 1988, y Alberto Parra Salinas, "Tradición y cambio en la identidad campesina. Chada (1900-1995)", en Proposiciones, N° 27, Santiago de Chile, Sur, 1996. Para el siglo XIX, es inevitable la lectura del libro recientemente reeditado de Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX, Santiago de Chile, Lom, 2000.
- <sup>44</sup> C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 24. Esta descripción está hecha siguiendo al *Austral*, Temuco, 4 de octubre de 1930, p. 11.
  - 45 C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 30.
- <sup>46</sup> Los Tiempos, Victoria, 11 de noviembre de 1938, p. 4.
- <sup>47</sup> Austral, Temuco, 14 de octubre de 1931, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit, p. 47.
- <sup>48</sup> El Traiguén, Traiguén, 14 de julio de 1931, p. 3.
- <sup>49</sup> "A diario se repiten los casos de cesantes que prefieren la vida de los albergues a aceptar el trabajo que se les ofrece", *Austral*, Temuco, 2 de febrero de 1933, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 84.
- <sup>50</sup> Austral, Temuco, 7 de julio de 1932, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 72.
- 51 Así, por ejemplo, en cuanto al azúcar, la autoridad de Collipulli informaba a la opinión pública qué comerciantes tenían y a qué precio

debían ofrecerla. "Toda persona que necesite cualquier cantidad de azúcar puede llegar hasta la Gobernación a solicitar el respectivo vale de venta", El Tiempo, 14 de febrero de 1942, Collipulli, p. 1.

- <sup>52</sup> El Horizonte, Angol, 4 de octubre de 1941, p. 5. En 1930, aunque el precio del trigo había bajado notablemente, el precio del pan siguió subiendo, C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 20.
- <sup>53</sup> De acuerdo con las fuentes que hemos revisado, esta situación se mantuvo durante toda la década del 30 y una parte de los 40. Cf. una nota periodística sobre una "concentración antifascista y contra el alza de subsistencias" que organizó el Consejo Provincial de la Confederación de Trabajadores de Chile en Angol. El Horizonte, Angol, 1 de octubre de 1941, p. 1.
- <sup>54</sup> Austral, Temuco, 22 de mayo de 1931, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 39. Especialmente claro era el problema con el harina y el pan, ya que un alto porcentaje del trigo de la Araucanía se enviaba a la zona central de Chile. Cf. Andrés Bello Maldonado, "Formas y lugares de diversión popular en Temuco (1930-1950). Un acercamiento histórico a través de testimonios orales" (tesis), Temuco, UFRO, 1990, p. 17.
- <sup>55</sup> Austral, Temuco, 27 de octubre de 1931, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 56.
- <sup>56</sup> C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 78. Eduardo Pino Zapata también menciona el mismo episodio: "En 1933, y sin alejarse mucho del centro de la ciudad, 200 desesperados asaltaron la bodega de don José Miguel Cerda en la calle Pinto apoderándose de varios sacos de porotos, que a pesar de la diligencia con que actuó la policía nunca se recuperaron, aunque su destino no era difícil de suponer", Eduardo Pino Zapata, ob. cit., p. 68.
- $^{57}$  Austral, Temuco, 12 de septiembre de 1931, cit. en C. Gallegos y R. Lara, ob. cit., p. 55.
  - 58 G. Palacios, ob. cit., p. 62.
- <sup>59</sup> Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 30-33.
- 60 Jorge Pinto "El bandolerismo en la frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema", en

Sergio Villalobos y Jorge Pinto (comps.), Araucanía. Temas de historia fronteriza, Temuco, UFRO, 1989, p. 115.

61 Jaime Valenzuela Márquez, Bandidaje ru-

ral en Chile Central. Curicó (1850-1900), Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1991, p. 15.

62 E. Pino Zapata, ob. cit.

### Reconsideraciones sobre los orígenes del culto a la Virgen de Luján

Patricia A. Fogelman\*

n la actual localidad de Luján (provincia de Buenos Aires) existe una basílica nacional que alberga una imagen de la Inmaculada Concepción de la Virgen. María, en su advocación lujanense, concentra la devoción de gran parte de la población de la Argentina e, incluso, de católicos de otros países. La Virgen de Luján ha sido declarada patrona de la Argentina, Uruguay y Paraguay. Los actos y rituales que se celebran durante las conmemoraciones que corresponden al almanague mariano atraen enormes peregrinaciones y también limosnas para el santuario. Esta fuerte devoción popular tiene origenes en los milagros atribuidos a la imagen desde tiempos coloniales y que han sido transmitidos hasta nuestros días a través de la tradición.

En el presente trabajo se pretende revisar algunas de las fuentes más conocidas sobre los orígenes del culto a la Virgen de Luján pero desde una perspectiva diferente de la producción historiográfica tradicional realizada, en general, por sacerdotes. Esos trabajos se encuentran fuertemente marcados por la vocación de resaltar que fue "la Virgen de Luján, la primera fundadora de esta Villa" (como reza el adorno con poten-

cias que lleva la imagen desde fines del siglo XIX), y también que se trata de un poblado de antiguas raíces católicas y, en consecuencia, de un legítimo foco difusor de la fe. Por consiguiente esa producción escrita ensalza los orígenes milagrosos del culto y el poblado, acentuando los aspectos pretendidamente excepcionales de la tradición lujanense y desatendiendo, como contrapartida, una perspectiva comparativa que inscriba este fenómeno en el conjunto de las manifestaciones relacionadas con el culto mariano en diferentes regiones.

Por cierto, el extenso abanico temporal

sugerido por las mismas fuentes nos sitúa en un terreno inestable desde el punto de vista historiográfico, causado por la escasez de estudios sobre la campaña bonaerense en el siglo XVII y primera mitad del siglo XVIII, sobre todo para los temas vinculados a la Iglesia y a las formas de religiosidad. Precisa-



<sup>\*</sup> CONICET - PROHAL, Instituto de Historia Argentina y Americana "Doctor Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Agradecemos las lecturas y los comentarios de Jean-Claude Schmitt, Henrique Urbano, Marta Madero y Clara García.

mente por ello, una aproximación a la cuestión del culto mariano, comenzando por sus orígenes coloniales, contribuirá a disminuir esa carencia.

En este artículo analizamos básicamente las dos versiones escritas más antiguas de la historia de la Virgen de Luján. Se trata de dos fuentes que consideramos centrales en la transmisión del discurso tradicional. Hemos aplicado un enfoque comparativo respecto del modelo narrativo de otras tradiciones marianas de raíz española (incluso de origen medieval), analizando los elementos constitutivos, la existencia o no de patrones comunes, la configuración de una red espacial y una trama social alrededor de la imagen y su santuario.

#### Las versiones del milagro

Las primeras crónicas del milagro de la Virgen de Luján consisten en recopilaciones realizadas por sacerdotes de testimonios transmitidos oralmente de generación en generación. La más antigua de ellas fue escrita en 1737 realizada por el R. P. Fr. Pedro Nolasco de Santa María, de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes como declaración ante el juez comisionado Fr. Nicolás Gutiérrez, provincial de la Orden de Predicadores. La segunda de ellas fue escrita por el franciscano Antonio Olivier entre 1760 y 1770 y editada² sin demasiadas alteraciones en 1812 por el capellán Felipe José Maqueda. Antonio Maqueda.

### 1737: la primera versión

Fray Santa María cuenta que, gracias al fluido comercio entre Buenos Aires y Brasil, un portu-



qués vecino de Córdoba, hacendado en Su. mampa, pidió a un paisano de Brasil que la trajera una imagen de la Virgen para la capilla de su hacienda. Le remitieron dos encajonadas por separado, por barco y luego por tierra en un carretón. El conductor se detuvo a orillas del río Luján en propiedad de otro portugués llamado Rosendo. A la mañana siguiente, cuando quisieron partir los bueyes quedaron inmóviles. Al descargar la carreta los bueyes la movieron con facilidad. Volvieron a cargarla con ambos cajones y nuevamente quedaron detenidos Las personas de la estancia, que habían ido a despedir a los de la caravana, preguntaron qué cosa llevaban esos bultos y el conductor respondió que se trataba de lo mismo que traía desde hacía varios días: dos imágenes de la Virgen. Entonces procedieron a probar quitando del carretón una de las cajas. El carretón seguía sin moverse. Trocaron los cajones y la carreta se movió. Los presentes interpretaron que una de las imágenes quería quedarse en ese pago, de manera que la caravana siguió su camino hacia Sumampa, tras haber dejado a orillas del río de Luján una imagen de la Concepción que permaneció muchos años en la estancia de Rosendo en "un oratorio muy corto y muy venerado en todo el pago".4

Aquel estanciero destinó a un negro llamado Manuel al cuidado de la imagen, a la que alumbraba permanentemente. Tras la muerte del dueño, la estancia quedó despoblada. Muchos devotos y romeros acudían al oratorio movidos por los milagros de la imagen. Como la estancia no tenía dónde

albergarlos, Ana de Matos pidió la imagen de la Virgen para llevarla a su hacienda en las orillas del mismo río de Luján. Con el tiempo se produjo un breve litigio entre los herederos de Rosendo y Ana de Matos por la propiedad de

Manuel; éste fue a la ciudad a alegar que su amo anterior le había dicho varias veces que él solamente era esclavo de la Virgen y consiguió que se resolviera el litigio a su favor. De esta manera, el negro Manuel se quedó en la capilla de Ana de Matos acompañando a la imagen como su sacristán.

Fray Santa María declara haber conocido a Manuel personalmente, cuando ya éste era muy anciano. Según su relato, Manuel trataba con mucha familiaridad a la imagen que representaba a la Virgen. El esclavo reprendía a la imagen cuando algunas mañanas ésta aparecía llena de rocío y con abrojos en el vestuario "por salirse sin necesidad de su nicho, pudiendo obrar maravillas desde allí".

Don Pedro de Montalbo, un clérigo preshítero de Buenos Aires, acudió a una novena dedicada a la Virgen. Muy cerca del templo cayó víctima de un ataque de la enfermedad que lo afectaba, quedando aparentemente sin vida. El negro Manuel le ungió el pecho con el aceite de la lámpara de la Virgen, y el clérigo sanó. Entonces el esclavo le anunció que la Virgen le había dicho que deseaba que Montalbo fuera su capellán. Éste se desempeñó fervorosamente en el cargo, haciendo que la fama de la Virgen de Luján llegara del pago a la ciudad y hasta provincias remotas, "pues de todas partes acudían enfermos a buscar su medicina".5 Instituyó la fiesta a la Virgen nombrando por mayordomo a Manuel Casco de Mendoza<sup>6</sup> v se dio inicio a la fábrica de la capilla en unas tierras que donara Ana de Matos.

Fray Santa María dejó registrados una serie de milagros atribuidos a la Virgen de Luján: sanaciones de distintos tipos de enfermedades, recuperación de prendas robadas, niños salvados de tempestades por mano de la Virgen. Los ex voto manifestaban públicamente el agradecimiento de los fieles ante la mediación de María y, también,

representaban los motivos y las circunstancias de la intervención de la Virgen en favor de los suplicantes. De tal modo que piernas y brazos de plata o cera, pintu-



ras acerca de personas salvadas durante graves accidentes, grilletes de cautivos liberados, entre otros objetos, tapizaban las paredes del santuario.

#### 1812: la segunda versión

La segunda crónica escrita sobre el milagro y la historia de la Virgen coincide en gran parte con la anterior, pero trae el agregado de otras noticias posteriores realizado por el franciscano Olivier, entre 1760 y 1770; esta segunda versión fue publicada luego, en 1812, por el capellán de la Virgen de Luján, don Felipe José Maqueda, sin demasiadas alteraciones. La nueva versión contiene información que no figura en la que acabamos de resumir y da cuenta no sólo del tiempo transcurrido sino de la transformación de algunos elementos que conformaron la primera versión del fraile Santa María.

Entre la nueva información consignada figura, además, otro argumento esgrimido por Matos para solicitar el cambio de lugar de la imagen: su estancia estaba más cerca de la ciudad de Buenos Aires que la de Rosendo; también se señala que la porción de tierra donada por Ana de Matos para la capilla distaba "cuatro o cinco cuadras" de su estancia. Rosendo, el anterior propietario de la imagen, accedió con facilidad a su venta convencido de que los romeros le robaban parte de sus ganados, y a cambio de la imagen recibió de Matos "no menos de 200 pesos", dato que no consta en la versión anterior.



La segunda versión publicada por Maqueda señala una serie de hechos milagrosos vinculados al traslado de la representación de la Virgen: Ana de Matos la colocó en "un cuarto decente" hasta que se levantara un

oratorio más prolijo, pero la imagen desapareció tres veces, encontrándola siempre en su antigua "capilla de Oramás", 9 como si aquella hubiere regresado "sin recurso alguno humano". 10 Matos, desconsolada y temerosa de que la Virgen castigase su porfía, no se atrevió a traerla por tercera vez y dio parte a los cabildos eclesiástico y secular de Buenos Aires. Para entonces la imagen ya era famosa en la ciudad de Buenos Aires, por los repetidos milagros sucedidos ante quienes la invocaban, razón por lo cual

... fue fácilmente creída dicha doña Ana. cuando vino a dar parte del suceso a los superiores eclesiástico y secular. Confirieron entre si el caso el Ilmo. Sr. Obispo, don Fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, y el Gobernador de esta Provincia, el señor don Andrés de Robles, y resolvieron sería conveniente que ambos fueran a cerciorarse mejor de este portento, y a trasladar la Santa Imagen a la hacienda de la dicha doña Ana Matos, en donde los vecinos de Buenos Aires pudiesen hacer con menos incomodidad sus romerías. A los señores Obispo y Gobernador siguieron varios personajes de ambos Cabildos, con un sinnúmero de la gente vulgar, dirigiendo todos su camino a la

estancia de Oramás. Bien informados sobre la verdad del suceso, levantaron en andas la milagrosa imagen, y formando una devota procesión en que todos iban a pie y muchos enteramente descalzos se encaminaron a la casa de dicha doña Ana.<sup>11</sup>

A este traslado se sumaron los soldados de la Guardia cercana. Al llegar a la casa de Ana, instalaron la imagen en un altar levantado en una sala. El obispo autorizó que allí se celebrase misa. Las ceremonias y las misas solemnes duraron tres días festivos: a partir de entonces la imagen no volvió a irse de allí. Entre las posibles razones para la permanencia de la estatuilla de la Virgen en casa de Matos, estaría la decencia con que esta vez se realizó el traslado, o bien porque en esta oportunidad acompañó a la imagen su esclavo Manuel. 12 El narrador se inclina a favor de este último argumento y, según lo que se aporta en esta versión, Manuel era un negrito angoleño de ocho años, que habría venido con el mismo conductor de la carreta que trajo los bultos desde Brasil. Respecto del posterior litigio sobre la propiedad de Manuel, se habría resuelto cuando Ana de Matos le pagó al heredero de Rosendo unos cien pesos por el esclavo.

En esta versión se menciona la semejanza entre el vínculo de la Virgen de Luján con el negrito, y el de Nuestra Señora de Guadalupe con el indio Juan Diego. El narrador destaca que, en ambos casos, las imágenes representan a la Concepción y que ambas se valieron de estos seres "simples":

...Nuestra Señora de Guadalupe, que también es de la Concepción, y se venera en su cerrito distante una legua de la ciudad de México, así también quiso valerse de este cándido negro para propagar los cultos de la Imagen de Nuestra Señora de Luján, distante doce leguas de la ciudad de Buenos Aires. <sup>13</sup>

Maqueda hizo hincapié en la extremada familiaridad del esclavo en el trato con la imagen de la Virgen, e intentó explicar, recurriendo a comparaciones, las "salidas" de la imagen:

No extrañe el crítico estas salidas de la Imagen, ni menos que en su vestuario se encontraran cadillos, abrojos, polvo o barro. No es ésta la primera imagen de la Virgen Santísima de quien se leen semejantes portentos; y dejando por ahora varias, hablaré sólo de una de quien hace memoria el Reverendo Padre Fr. Agustín de Sta. María en su Santuario Mariano. Dice este autor que en la Catedral de Lisboa se venera una imagen o Simulacro de la Virgen con el título de Nuestra Señora la Grande, la cual imagen por sentencia del Juez Eclesiástico, estuvo antes colocada en la Iglesia parroquial de San Pablo, y que un día a otro, se pasó a la Catedral por sí misma o sin que impulso humano tuviese concurso alguno a este tránsito, y lo mas admirable, al parecer, por sus propios pies, porque en la fimbria de la túnica talar que viste, se hallaron no pocas manchas de barro de las calles, con algunos de aquellos insectos que suelen criar los lodazales. ¿Quién duda que, tanto la Imagen de Nuestra Señora la Grande, como la Imagen de Nuestra Señora de Luján, serían llevadas de un lugar a otro por manos de los Santos Ángeles? [...] lo cierto es que el negro Manuel, con los cadillos, y abrojos, barro y polvo, que sacudía del vestido de la Virgen obraba maravillas. 14

A la muerte del esclavo Manuel se le hallaron en depósito 14 mil pesos de limosnas que devotos y peregrinos habían ofrecido para el culto. Con ese dinero se fundaron las haciendas de ganados que poseería el santuario.

Matos estableció en su donación de tierras una cláusula acerca de que la imagen no debía salirse de los términos de la cuadra que había otorgado para levantarle una capilla y le donó un cuarto de legua de su propia estancia río abajo para albergar las limosnas en ganado que los devotos ofrecían a la Virgen. La construcción de la capilla comenzó en 1677 y se concluyó en 1685. Don Pedro Montalbo fundó hacia el final de su vida una capellanía en favor de la Virgen por 1.400 pesos de principal, los que impuso sobre la casa de don José Bolaños para que rindiesen setenta pesos anuales a quien fuere capellán. Montalbo había difundido el culto celebrando anualmente, y con toda solemnidad, la fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre. Vecinos de Buenos Aires y también de provincias muy remotas iban al santuario en romería, a buscar remedio a sus males. Con esto empezó a poblarse aquel pago. 15

Con el correr de los años muchos devotos pasaron por el templo. Quien más se destaca en la historia de Luján durante el

siglo XVIII es don Juan de Lezica y Torrezuri, un importante comerciante vizcaíno que venía desde Perú, donde residía. Agradecido a la Virgen por la sanación de su enfermedad, le prometió al capellán Vejarano auxiliarlo económicamente en la



mejora del templo. Aunque pensaba irse de vuelta a España, Lezica se estableció en la ciudad de Buenos Aires y, tal como lo había hecho antes en Yungas, se hizo cargo de la obra de Luján en 1754.

En ese año fray Francisco Plaza, de la orden de Predicadores y prior provincial, colocó la piedra fundamental del santuario. El sucesor del obispo Arregui, el obispo Cayetano Marcellano y Agramont, nombró a Lezica como Síndico Procurador Ecónomo de la Fábrica. Colocaron la imagen de la Virgen en su camarín el 8 de diciembre de 1763. Este traslado se hizo con asistencia de mucha gente del clero, comunidades religiosas y gran concurso del pueblo de Buenos Aires, "...que en devota procesión, llevaron por toda la plaza el Santísimo Sacramento bajo de Palio a la sagrada Imagen Santísima en hombros de los sacerdotes...".

Uno de los que fomentó con su actividad la fábrica de este templo fue el capellán Dr. don Carlos José Vejarano, auxiliado por el síndico Lezica, en cuyo poder los fieles depositaban las continuas y copiosas limosnas que ofrecían, y con conocimiento de entrambos se expedían a favor de la piadosa fábrica, como lo manifiestan los libros de cuentas, en los cuales hay constancia que de las limosnas gratuitas y productos de la estancia de la Santísima Virgen se gastaron en su Templo 57.398 pesos y cuatro reales. 16

Lezica aumentó la estancia comprando más terrenos y llegó a herrar en ella hasta 5.000 cabezas de ganado. También mejoró las viviendas de los capellanes del santuario e hizo algunos cuartos de alquiler de la pieza que servía de capilla interina, cuando destruyó la vieja. También realizó un puente sobre el río con licencia del rey, a beneficio de aquella fábrica. El producto del pontazgo quedó a beneficio del

santuario por doce años. Luego pasó al Cabildo de la villa de Luján, organismo creado a instancias del título de villa que Lezica obtuvo para el poblado que se había reunido en torno al santuario de la Virgen.

#### El culto mariano

Desde la Edad Media la Iglesia había jugado el papel de mediadora entre los hombres y la divinidad, recurriendo para ello al clero y al dogma, en un proceso en el que construía su propia legitimidad. <sup>17</sup> De esta manera ejerció un control institucional de lo sagrado y, en cierto modo, de lo profano. Así "lugares, tiempos, personas consagrados se veían protegidos del sacrilegio por el derecho canónico". <sup>18</sup>

Durante el siglo XVII la Iglesia Católica identificándose con la imagen de la Madre-Virgen de Cristo, promovió fervientemente el culto mariano en un marco de rivalidades entre católicos y protestantes. En este sentido se advierte que "...la defensa de las prerrogativas de la Virgen coincide con la defensa de las prerrogativas de la Iglesia y los sacerdotes". 19 En ese siglo razones de oportunidad política indujeron a la Iglesia a acentuar la metáfora de "Iglesia como Madre-Virgen" acercando los méritos de la Madre a los del Hijo, y a enunciar a María como corredentora. Esta situación favorecería al grupo de sacerdotes católicos que se constituirían, a diferencia de los pastores protestantes, en un grupo "moralmente superior" a los laicos, mediando, como la Madre María, entre los hombres y Dios. De hecho, para los católicos el

dor casto, como la Virgen.<sup>20</sup>
En relación al culto mariano,
la Iglesia se preocupó por fomentarlo de manera oficial y

sacerdote sigue siendo un media-

censurando todo tipo de discusión acerca de la veracidad del misterio. Sabemos que el papa San Pío V prohibió enseñar o predicar públicamente contra el misterio de la Concepción, y que el papa Gregorio XV fue aun más allá, extendiendo esta prohibición incluso a las conversaciones privadas.21 Como no había sido suficiente con todas estas directivas, el rey Felipe IV y casi todos los obispos españoles y sus cabildos instaron al papa Alejandro VII a aplicar el 8 de diciembre de 1661 la bula Sollicitudo omnium ecclesiarum sobre el misterio de la Inmaculada Concepción, fomentando su culto de manera oficial y censurando todo tipo de discusión pública o privada acerca del culto y de la veracidad del misterio "...de cualquier modo que fuere, directa o indirectamente, bajo ningún pretexto, aun el de examinar si tal misterio es definible", bajo pena de privación e inhabilidad perpetua para predicar, enseñar e interpretar las divinas Escrituras, y tener voz activa o pasiva en las elecciones;22 éste fue otro intento de remediar las malas interpretaciones del culto a la Virgen María.23

En 1662 el mismo rey que solicitara la bula, Felipe IV, dictó una real cédula aplaudiendo la medida papal y ordenando una función solemne de acción de gracias en la capilla real, al igual que para los consejos y prelados de la Corte, así como los arzobispos, obispos y cabildos eclesiásticos y seculares de todos los reinos de España, para que hiciesen demostraciones especiales en honor de la Virgen en el misterio de la Inmaculada Concepción. Esta real cédula llegó también a la ciudad de Buenos Aires, ordenando que se llevaran a cabo, en toda su jurisdicción, demostraciones de culto a María con la mayor solemnidad posible. En julio de 1664, veremos que en el Río de la Plata, el obispo, la Real Audiencia y el Cabildo secular actuaron juntos en función de

avivar oficialmente el culto a la Inmaculada Concepción a través de homenajes, fiestas, juegos, además de todo el ceremonial específico de la Iglesia. En 1693 el papa Inocencio XII, a instancias de Carlos II de España, extendió, mediante un breve de Santa María la Mayor, el oficio, misa y octava de la Inmaculada Concepción a todo el orbe católico. El siglo XVII fue un período en que la devoción mariana gozó en los países católicos de una expansión acentuada y manifiesta.

#### La imagen y la Virgen

El culto mariano de Luján emergió en pleno siglo XVII y se desenvolvió alrededor de una pequeña estatua, o simulacro, que representa a María en su advocación de la Inmaculada Concepción. Se trata de una pieza realizada en barro; es de escaso valor artístico y proveniente, como muchas otras en esa época, de Brasil. Su cabello es largo, moreno y suelto, tiene las manos unidas sobre el pecho en gesto de oración y su vesti-

do es blanco, rojo y azul con estrellas. A sus pies están la clásica media luna y los querubines.

Esta imagen-objeto, como diría J. Baschet, fue descubierta según la tradición en una situación de milagro, por gracia de su propia voluntad. En ese sentido, pese a que su creación fue



realizada por manos humanas (no se trata, al igual que todas las imágenes de culto en Buenos Aires, de una imagen acheiropoiética),<sup>25</sup> se logra dotarla de cierto carácter sagrado en función de esa alteración del orden natural. El reconocimiento formal de su

relación con la divinidad vendrá recién cuarenta años después del hallazgo, cuando el obispo de Buenos Aires la consagre ritualmente. Por cierto, las mismas tradiciones dan información acerca de la función para la que había sido diseñada: la devoción privada en la capilla de un hacendado en el interior. Luego se constituyó en objeto de culto antes de ser consagrada; se fue destacando su poder vinculado al milagro, y su función pasó



de ser imagen-objeto de devoción privada a constituirse en una representación cargada de eficacia simbólica, destinada al culto público.

En cuanto al proceso general de consolidación del culto mariano, la Virgen fue tomando un lugar cada vez más preponderante respecto del que ocupaba en las Escrituras. Las discusiones sobre su propio nacimiento en relación a la herencia del pecado original así como los debates y herejías acerca de la virginidad antes, durante y después del parto, han hecho de este personaje un sujeto cuyo perfil ha sido oficialmente delineado por la Iglesia: María fue escogida por la voluntad divina desde su nacimiento, eximida de culpa, y dentro de su cuerpo se daría la Encarnación del Mesías.

El cuerpo de María ha sido visto como un continente, un lugar consagrado en virtud de su incorruptibilidad ("la cerradura de la puerta del templo de Dios nunca fue corrompida"), <sup>26</sup> y por lo tanto la representación alude a esa excepcionalidad como espacio sagrado donde se produjo el milagro fundante del cristianismo. La imagen de la Virgen en su advocación lujanense constituida en objeto de culto concentra, según los relatos analizados y la posterior tradición, la cualidad de representar una Virgen lim-

pia de culpas, poderosa y elegida como primer vehículo corporal de la encarnación de la palabra divina. Esta relación de representación se vuelve inteligible a la luz de las ideas que circulaban en la sociedades católicas del Antiguo Régimen donde se articulaban, al menos, tres elementos insoslayables: la *imago*<sup>27</sup> (especialmente en este caso, una imagen religiosa), el artista que la produce y la dota desde el principio de una carga de sentido, y los grupos sociales que se lo apropian, y que se relacionan con la imagen de manera diversa, según las jerarquías sociales y determinadas prácticas.

La complejidad del estudio de los tres vértices de un triángulo que relaciona la *imago*, la sociedad y el sujeto que ha producido esa imagen, <sup>28</sup> abre un campo que no podemos recorrer enteramente en los términos del presente trabajo, especialmente por las dificultades de establecer información sobre el artista que produjo la estatua en cuestión. No obstante podremos detenernos a analizar las funciones de la imagen en relación a los actores sociales que aparecen en los relatos que hemos presentado, y profundizar en dos de esos tres vértices.<sup>29</sup>

En términos teóricos se puede afirmar que la imagen ha sido creada para aludir a una idea de mujer elegida y sin mácula. Una mujer pura y digna de ser esposa celestial, de aspecto aniñado, ajena al contacto carnal, dotada de inocencia y candidez. Es la representación del prototipo de ideal femenino y, al mismo tiempo, es la portadora de la prueba del poder de Dios en relación a que su encarnación entre los hombres se haría en el seno de esta mujer. Por cierto, la representación de la media luna alude a la imagen de una "Mujer del Apocalipsis" que se advierte en la Biblia v en la que se ha querido leer un vaticinio de la persona de María, y que ha sido retomada abundantemente por la iconografía.

En este objeto material, en esta imagen, también se encuentran los dos sentidos del concepto de representación tal como se entiende para las sociedades de Antiguo Régimen: 30 es, por un lado, la representación que muestra una ausencia (la efigie, bajo la forma de un simulacro, muestra una Virgen ausente), y por otra parte es la exhibición metafórica de una presencia ante la vista de los fieles, que tiene un sentido simbólico y amerita la veneración correspondiente. 31

En cuanto a la Virgen como una personalidad ideal, podemos afirmar que permite multiplicidad de representaciones; cada título refiere a un estadio especial de su vida en relación a la vida de su Hijo, y cada presencia suya a través del tiempo y en diferentes lugares ha dado origen a innumerables advocaciones de la misma personalidad que han generado diversas prácticas de cultos locales intimamente relacionadas con la sociedad en la que se desarrollaron. En este sentido, la Virgen es la construcción de una personalidad ideal mucho más versátil v adaptativa que otras figuras del cristianismo. Ha pasado de ocupar un ínfimo espacio en el texto del Nuevo Testamento a ser una entidad multifacética, plena de simbolismo religioso, de un alcance prácticamente universal y, en algunas versiones, protagonista de la corredención.

Dentro del vastísimo conjunto de las presentaciones marianas la imagen de la "Pura y Limpia Concepción" de Luján habría "manifestado su voluntad" de quedarse en los

campos de un portugués (Rosendo) y éste le habría dedicado la primera ermita, junto al Camino Viejo al norte, en reconocimiento a sus milagros y para darle culto.

> Una imagen que sigue a la ruta oficial

El Camino Real o Viejo comunicaba la ciudad de Buenos Aires con el norte y con Cuyo. Había sido descubierto por Rodrigo Ortiz de Zárate en 1586 y fue clausurado en 1663. 32 La estancia de Rosendo estaba asentada a la altura de la actual localidad de Pilar, sobre el Camino Real que iba al norte y a Cuyo; actualmente pasa sobre él la ruta nacional 8. Esa posición había favorecido el culto de la Virgen. Pero una vez oficializada la nueva ruta, el Camino Real o Nuevo, las estancias asentandas sobre el Camino Viejo perdieron importancia, entre ellas la de Rosendo.

Como ya se ha mencionado, una vecina de Buenos Aires, hacendada en Luján (sobre el Camino Nuevo) llamada doña Ana de Matos y Encinas, decidió comprar la imagen de la Virgen. Esta mujer era oriunda de Córdoba y descendiente de una de las familias fundadoras de aquella ciudad.33 Era viuda del sargento mayor Marcos de Segueira,34 quien en su testamento había prescripto que los bienes de su propiedad irían a manos de su madre, de quien se desconocía el paradero en Andalucía, y si su madre hubiere fallecido corresponderían a su esposa Ana,35 o en su defecto dichos bienes pasarían automáticamente a la Compañía de Jesús. 36

En su viudez Ana de Matos fue, por muchos años, amante de don Tomás de Rojas y Acevedo, un importante comerciante porteño exiliado por contrabandista, que tuvo contactos con españoles notables y con la corona de Portugal. A este sujeto se le atribuye la paternidad de los tres hijos naturales de Matos.<sup>37</sup>

De hecho, según posteriores testamentos y acciones legales, vemos que los hijos de Ana y Tomás, aunque llevaban el apellido materno, eran públicamente reconocidos como hijos de Tomás de Rojas. Por tal mo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.comar

tivo, Ana de Matos tenía una dudosa fama entre sus contemporáneos, razón adicional para proteger en su casa a una imagen de la

Inmaculada Concepción. Incluso, en la actualidad, el sacerdote Presas, al narrar la historia del milagro de Luján, inscribe a doña Ana en una nómina de personas que habrían sido redimidas de sus pecados por gracia de la Virgen. Entre ellos figura el contrabandista y capitán de navío (Andrea Juan) que trajo la imagen de Brasil, el comerciante negrero y contrabandista don Bernabé González Filiano (uno de los dueños de la estancia donde sucedió el primer milagro, en

Pilar), y la "licenciosa" doña Ana de Matos. Todos fueron personajes centrales de los primeros años del culto de María en Luján. Recordemos cómo, según la tradición popular, el negro Manuel reprendía a la Virgen por salirse de su nicho por las noches en busca de los pecadores que bien podría redimir desde su altar.

En 1670, doña Ana de Matos habría decidido rescatar la imagen de su estado de descuido y preservarla de posibles ataques de los indios, levantándole una capilla con mavores comodidades, para la imagen y para los peregrinos que acudían a rendirle culto, va que en la estancia de Rosendo no contaban con cuartos ni hospedajes. Entre las razones aducidas para su traspaso por el administrador de esta estancia, cura de la catedral de Buenos Aires, se menciona el hecho de que los novenantes y romeros asaltaban al ganado de la hacienda. 38 Tras breves negociaciones, Ana de Matos compró la imagen en no menos de 200 pesos.39 El detalle de esta compra y su valor no aparece mencionado en la primera versión de 1737, y sí en la que fue publicada en 1812. Ana de

Matos se llevó la imagen a su casa, en su estancia en Luján, y la Virgen desapareció tres veces de la improvisada ermita. En dos

oportunidades fue a buscarla a la estancia de Rosendo y regresó con ella. La tercera vez, Ana no se atrevió a hacerlo por miedo a que "la Virgen castigase su porfía" y dio parte al Cabildo secular y al eclesiástico de Buenos Aires.

Según la información obtenida de la documentación, la representación de la Virgen ya era conocida en la ciudad. Por otra parte, y como hemos ido señalando, Matos era una importante vecina porteña,

viuda de un ex cabildante (un hombre de importante patrimonio); mantenía contactos con los miembros de la familia de su amante (desterrado por contrabandista) que era hijo de don Pedro de Rojas y Acevedo y nieto de uno de los más acaudalados comerciantes porteños y procurador de la ciudad, el portugués don Diego de Vega. 40 En otras palabras, entre sus conocidos había varios miembros capitulares. Es probable que la presencia de Ana de Matos en la vida social porteña junto con sus actividades comerciales influyeran en el éxito de su gestión respecto de ambos cabildos.

Dentro del grupo de individuos vinculados a los primeros tiempos del culto a la Virgen advertimos la presencia de más de un contrabandista relacionado con don Juan de Vergara, dueño virtual del Cabildo porteño durante la primera mitad del siglo XVII. 41 Ellos también se desempeñaron como cabildantes dentro de la misma institución, algunos en cargos obtenidos por Vergara en 1617, en Potosí. Dichos cargos fueron comprados por un precio bastante bajo, lo que nos habla de las favorables influencias de las que gozaba este líder político, quien también era un conocido contrabandista y cuyo origen portugués no le impidió, ni a él ni a su grupo, acceder al control del Cabildo. Tanto Vergara como Rosendo, Trigueros, Barragán y Melo (hacendados en Luján), eran de origen portugués y habían desplazado, en cierta medida, al grupo tradicional de los descendientes de los primeros fundadores de la ciudad. No tardaron en estrechar lazos con el próspero don Diego de Vega, sospechoso "en las cosas de la fe".42

## Ana de Matos y el traslado oficial de la imagen

Hacia 1671, con la presencia de autoridades oficiales civiles y religiosas, entre las que se contaron la del gobernador del Río de la Plata, don José Martínez de Salazar, y la del obispo Cristóbal de la Mancha y Velasco, más la presencia de numerosos vecinos porteños y locales, se realizó el traslado formal de la imagen hasta la casa de Ana de

Matos, y fue depositada allí con honras, hasta que se terminara una capilla que se estaba construyendo. 43 En 1684 el licenciado don Pedro de Montalbo comenzó a trabajar en la construcción del templo, mientras que la fama de hacedora de milagros de la imagen continuó expandiéndose.

A pesar de toda la atención que le brindara a la imagen de la Virgen en su advocación de Luján, Ana de Matos en su primer testamento pidió ser ente-

rrada junto a su esposo<sup>44</sup> y "en la Iglesia del Seráfico Patriarca San Francisco con el hábito y mortaja de su Orden, y mi sepultura sea en la capilla Mayor".<sup>45</sup> Ana era una vecina devota de la Virgen del Carmen, de la ciudad porteña. Pero tal vez otros motivos habrían incidido también en su preferencia por la sepultura en la ciudad. Tanto Sequeira como Ana de Matos eran miembros de la Tercera Orden Franciscana, en la ciudad de Buenos Aires.

Consideramos que intereses complementarios a las convicciones religiosas de Ana de Matos, vinculados a la obtención de prestigio, habrían podido sumarse a actitudes religiosas: la visión respecto de los negocios. aunque bien distinta de la actual, no sería ajena a una persona relacionada con el mundo comercial porteño, con las actividades ganaderas de las vaquerías en la campaña v el abasto de la ciudad. Las tierras de Ana de Matos eran ricas en ganado, estaban sobre el Camino Real, es decir, la ruta nueva y oficial, paso obligado a Perú y Chile, y a unas doce leguas del puerto: un lugar ideal para convertirlo en un espacio de poder local, que sirviera de apoyo a la acción de una vecina con participación económica y a la vez polí-

Ana de Matos figuró entre los principales licitadores para el abasto a la ciudad. 46 Rivalizó y acabó superando a uno de los más importantes hacendados: don Miguel de Riglos. En aquel momento, la hacienda de doña Ana de Matos alcanzaba entre las cuatro mil y cinco mil cabezas. Ella se hizo cargo del abasto de la ciudad. 47

Esto nos provee algunas pistas referidas a la situación de Ana de Matos respecto al poder porteño, pero podemos

preguntarnos acerca del porqué del traslado de la imagen a Luján. Probablemente porque, en primer lugar, Ana de Matos poseía tierras allí. No habría sido conveniente lle-



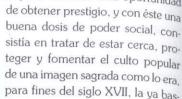
var la imagen a la ciudad, donde los espacios religiosos estaban ocupados por anti-

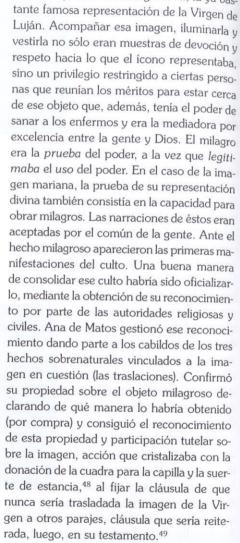
guas imágenes que, si bien no eran famosas por hacer milagros, concentraban, desde tiempo atrás, la devoción de vecinos y habitantes y eran auspiciadas directamente por distintas órdenes religiosas. Era

corta la distancia que mediaba entre la estancia de Rosendo sobre el Camino Viejo (en la actual localidad de Pilar) hasta la estancia de Matos sobre el Camino Nuevo (en la actual localidad de Luján). El cambio en la oficialidad de esa antigua ruta habría incidido en la decadencia de las estancias sobre ella asentadas y que pertenecían a vecinos porteños hacendados en la campaña circundante a la ciudad. Por cierto, entre aquellos hacendados del Camino Nuevo se habría dado lugar a una nueva etapa de promoción del culto, de lo que ahora denominamos Luján.

En general, la presencia de laicos como agentes promotores de la religión católica adquirió diversas manifestaciones como cuerpo. Tanto en España como en las Indias las hermandades, cofradías y terceras órdenes constituían un ámbito donde los personajes más destacados de la sociedad reforzaban su encumbramiento, su imagen, aumentando su prestigio mediante la difusión de sus acciones en la beneficencia y la colaboración con la religión oficial y con la Iglesia. También la institución de capellanías implicaba una enorme dosis de prestigio para quien las otorgaba. La persona que elegía constituirse en patrón de una capellanía lo hacía, muchas veces, con el propósito de construir o ampliar un templo, o dar educación religiosa a un futuro sacerdote de su familia.

La participación en actividades religiosas constituyó una estrategia clave para la construcción y reforzamiento de una imagen social prestigiosa, sumamente efectiva en la sociedad hispano-colonial. Una oportunidad





Así como Rosendo Trigueros, Oramás Filiano, Ana de Matos, el capellán Montalbo y el negro Manuel, entre otros, fueron quienes dieron empuje al culto a la Virgen durante el siglo XVII, el siglo siguiente encontraría a otros gestores y promotores de la imagen milagrosa y de su templo.

### Lezica y Torrezuri y la consolidación del santuario

El siglo XVIII fue la época de consolidación del santuario de la Virgen de Luján. Para entonces la imagen va era bastante famosa, pero fue durante ese período que se difundió notablemente y la organización en la recolección de limosnas (en las regiones, por ejemplo, de Cuyo y Tucumán, tanto como en la campaña de Buenos Aires) así lo comprueba. Hemos detectado la presencia de limosneros registrados en los libros de cuentas de la fábrica del santuario que partían en sus empresas hacia el interior portando insignias que acreditaban su condición para pedir v recibir limosnas. 50 Ellos estaban habilitados para percibir, en compensación por su colaboración, un tercio de los bienes y dineros recogidos.51

El más destacado de los actores que resalta en la tradición sobre el culto mariano y el santuario de Luján durante el siglo XVIII fue, sin lugar a dudas, don Juan de Lezica y Torrezuri, quien aparece largamente mencionado en la segunda de las versiones presentadas, porque su accionar en Luján les permitió a los vecinos no sólo consolidar su santuario sino obtener, también, el título de real villa para su pequeño poblado.

Lezica ingresó a América y se estableció en Perú, hacia donde llevaba mulas desde Buenos Aires. Tenía experiencia en la construcción de fortificaciones y como síndico construyó varios templos. El primero lo levantó en Coripata (valle de Yungas), donde tuvo una hacienda y plantación de coca. En

uno de sus viajes a Buenos Aires pasó por Luján y sanó de una enfermedad. Luego enfermó gravemente en Yungas y decidió volverse a España, previo asiento temporal en Buenos Aires. También se ocupó de representar a dos conventos de monjas de Córdoba en la ciudad de Buenos Aires. En uno de sus viajes pasó, enfermo, nuevamente por Luján; allí volvió a curarse y prometió agradecerle a la Virgen. En 1748 se radicó en Buenos Aires, una vez allí fue regidor del Cabildo de la ciudad (1750), regidor y defensor



de pobres (1751-1752); en 1753 fue nombrado patrón y prefecto de la obra del Templo de Luján; luego fue alcalde de Primer Voto en la ciudad (1754);<sup>53</sup> por su eficiente y rápida gestión ante la Corona se lo nombró mayordomo y podatario de la villa de Luján e hizo levantar un puen-

te sobre el río Luján (1755).54 Como alférez real perpetuo por el Cabildo de la villa de Luján se hizo cargo de las fiestas por la proclamación de Carlos III (1760);55 terminada la obra del templo de Luján pasó a desempeñarse como síndico en la fábrica del convento de San Pedro Thelmo, de los padres dominicos en la Ciudad de Buenos Aires (1763-1779); fue alcalde de Segundo Voto en la Ciudad (1766) y capitán de la compañía de Milicias (1766);56 regidor decano y alférez real de la Ciudad de Buenos Aires (1774),57 también fue encargado por el Cabildo porteño para custodiar el real pendón (1775) aunque no formaba parte del cabildo en ese tiempo. También fue juez comisionario de la Real Audiencia (1776).58

Lezica y Torrezuri participaba en la práctica religiosa a través de la Tercera Orden de Santo Domingo, en cuyo templo había lugar reservado para su tumba y las de su familia, al igual que en el templo de Luján. Ingresó como terciario en 1759<sup>59</sup> y fue subprior en el mismo año y prior en el año siguiente. <sup>60</sup> También fue prior de la Cofradía del Rosario en Buenos Aires (1757)<sup>61</sup> y asimismo actuó en la Hermandad de la Santa Caridad de Jesús, en la ciudad, hacia el último cuarto del siglo XVIII. <sup>62</sup> Fue tesorero del Real Seminario hacia 1772, en dicho cargo recibía dinero por diezmos de granos desde Montevideo y Buenos Aires que luego giraba al seminario. <sup>63</sup>

En los cuatro retratos que se le realizaron aparece vestido con galas y los atributos de los caballeros (en alguno de ellos con el escudo familiar) y de los regidores. En tres de ellos figuraba la frase "tria templa edificavit". En dos de dichos cuadros aparecen. detrás de su persona, la reproducción de una o dos de las iglesias que ayudó a construir (la de Luján y la de Santo Domingo; se omite la de Coripata, Alto Perú).64 Evidentemente, la imagen elegida por Lezica para pasar a la posteridad tuvo que ver con su rango social, con su catolicismo, con el esfuerzo y el celo que puso en la grandeza material de la Iglesia. Y ésa fue la imagen social que perduró en el tiempo.65

#### Consideraciones sobre la Virgen de Luján y la matriz del modelo mariano

Si retomamos ordenadamente la narración correspondiente a las dos fuentes principales, advertimos algunos elementos que consideramos de una importancia clave.

El hallazgo de la imagen fue precedido por anormalidades (señales) de índole sobrenatural, advertidas en primer lugar por los bueyes que alteraron su comportamiento (se detuvieron), y luego por los hombres (que interpretaron que era el contenido del cajón lo que paralizaba a los bueyes) que atestiguaron, por decirlo de alguna manera, el primer milagro que atribuyeron a un ícono que aún no había sido consagrado. Ahora bien, fue muy frecuente, al menos en el Occidente medieval, que

...las imágenes santas no estuviesen ritualmente consagradas [...], ni siquiera, benditas [...]. Éstas lograban su legitimidad y venerabilidad de una leyenda, de un primer milagro...<sup>66</sup>

En general, en los hallazgos de imágenes marianas en España solían participar pastores; ellos advertían una presencia y descubrían una imagen de la Virgen tras la alteración de las conductas de sus bueyes. Sus animales solían "indicar" con bufadas, patadas al suelo o detenimientos repentinos, el lugar exacto donde se hallaba la representación de la Virgen. Esos lugares eran frecuentemente cuevas o grutas, o sitios protegidos por ramas o troncos de árboles (generalmente encinas) muy próximos a algún camino.

El suceso que da origen a la tradición lujanense se produjo en 1630, cerca de un camino (el Camino Viejo) en propiedad privada sita en zona de frontera, entre peones, esclavos y traficantes (gente simple y de status para nada notable). El negro Manuel aparece en la más antigua de las versiones sólo con posterioridad al milagro y como esclavo dedicado, según la voluntad de su amo, al cuidado de la imagen. En la segunda versión toma un lugar más importante:

se le asigna participación como testigo en el momento mismo del milagro, constituyéndose en el intermediario, con la consiguiente transformación de su status. Luego se



le atribuye el trato más estrecho con la Virgen (el segundo cronista dice que probablemente la imagen no quería ser trasladada a Luján sin su esclavo); la segunda versión escrita señala que Manuel la reprendía por sus "escapadas nocturnas"; 68 y era quien preparaba las infusiones para sanar a los enfermos en nombre de la Virgen. Acerca del litigio seguido por la propiedad de dicho esclavo, en ambas versiones se destaca que él era propiedad de la Virgen. Esa disputa aparece apenas mencionada en la primera versión, mientras que en la segunda se destaca que el problema se resolvió mediante la paga de 200 pesos por el esclavo.

A la muerte de Manuel se le encontraron 14 mil pesos de limosnas de la Virgen en su poder. En la actualidad, forma parte destacada dentro del folclore lujanense: una calle recuerda su nombre, se comercializan libros y videos sobre su vida, los sacerdotes escriben sobre su devoción, su fervor mariano y especulan sobre la santidad de su matrimonio.

Según los estudios de diferentes antropólogos españoles, la simplicidad y rudeza del intermediario que realiza el hallazgo del objeto milagroso, o es testigo de un milagro, colabora en la recepción del suceso como algo legítimo. El intermediario que realiza el hallazgo, o que es elegido (según las narraciones posteriores) para la aparición, suele ser un individuo de status social bajo. Ante la aceptación del milagro, el descubridor deja de ser sólo testigo y comienza a cambiar de rol: se constituye en mensajero de lo sagrado con el acuerdo de la comunidad y la sanción que el tiempo impone con



la leyenda.<sup>69</sup> En este sentido, la presencia del esclavo Manuel ha sido desplazada temporalmente en las diferentes versiones tradicionales, es decir, se ha ido reforzando su cualidad de testigo fundamental hasta llevarlo tiempo atrás pretendiendo dotar al relato de mayor "verosimilitud". En la primera versión del fraile Santa María el esclavo Manuel aparece con posterioridad al milagro inicial y además el mismo sacerdote manifiesta haberlo conocido personalmente. To En la segunda versión, la del capellán Maqueda, To se amplifica el papel desempeñado por Manuel en el relato, se destaca su "rara candidez y simplicidad" y además se lo menciona como testigo ocular del milagro inicial, con poco más de ocho años hacia 1630.

En cuanto a la erección de la primera v modesta ermita de la Virgen de Luján, ésta fue levantada en la misma casa del contrabandista porteño que era hacendado en la zona. Los transeúntes del Camino Viejo se detuvieron a darle culto a la imagen y llevaron la noticia al interior, junto con la otra representación (que era de Nuestra Señora de la Consolación, posteriormente conocida como la Virgen de Sumampa) que acompañó a la imagen. Se modificó el mapa cultual agregando la presencia del objeto milagroso y concentrando flujos de personas y limosnas. Así se daría inicio al proceso de extensión social de la creencia. Para muchos otros casos sabemos que ciertas comunidades, aldeas o villas se transformaron en centros de importancia clave en una región. produciéndose un crecimiento relativo de su influencia o su poder político, especialmente en coyunturas de crisis ecológicas, sociales, etc.73 Aun en la actualidad quienes están a la sombra del santuario se sienten amparados por el halo de divinidad que suponen emana la imagen y su lugar sagrado. En ese sentido, la creación de santuarios cercanos a los caminos ha influido en los circuitos de peregrinación y en la difusión del culto, puesto que aquellas personas que pasaban por las ermitas y los santuarios se

encomendaban a la Virgen (o al santo patrono) para su travesía y su empresa, llevando consigo estampas o, al menos, el compromiso con su "protectora" de rezar o volver con un ex voto, si todo culminaba con éxito. De esta manera los santuarios florecían mejor a orillas de los caminos, gracias a la eficacia de la difusión de la información dada entre la población en movimiento, y las representaciones asociaban a su título original el nombre del lugar, a veces un poblado, en el que se iniciaba su culto.

La decadencia del Camino Viejo y la consiguiente oficialidad del Nuevo que pasaba por Luján habrían incidido en que las estancias –sobre todo, las vinculadas al contrabando– decayesen. Esto habría implicado el abandono o descuido de la primera ermita por parte del propietario de la imagen; paralelamente aquellas estancias posicionadas sobre la nueva ruta oficial se habrían visto favorecidas.

En una segunda fase que se advierte en ambas narraciones, a fines del siglo XVII, apareció una vecina porteña (devota de la Virgen del Carmen, en la ciudad de Buenos Aires), hacendada en la actual zona de Luján, que compró la imagen de la Virgen y la llevó a su estancia, sobre el Camino Nuevo. Allí se produjeron las tres típicas desapariciones de la imagen y su regreso al sitio original. Estas traslaciones recurrentes son habituales en las tradiciones españolas, como pruebas del poder que representan las imágenes. La propietaria de la imagen milagrosa se lanzó a gestionar el reconocimiento oficial de la comprobación del carácter sagrado de la representación de la Virgen y a refrendar su propiedad sobre la misma. La aceptación oficial, laica y clerical, de ese carácter habría incidido para que las celebraciones del culto aumentasen en brillo y atrayesen la atención de un público mayor: otra similitud con las romerías hispánicas.

En el caso de la realización del traslado de las imágenes marianas tanto en España como en América colonial, éstas suelen regresar en tres ocasiones al sitio donde se produjo el hallazgo.<sup>74</sup> Pero muchas veces el ritual sacralizado de la peregrinación (con



presencia de las autoridades laicas, del clero, romeros y público en general) acaba sancionando la nueva morada de la Virgen v dando, a la vez, un aspecto sagrado y una nueva funcionalidad social a un sitio en particular.75 Los santuarios se constituven así en lugares de contacto entre los hombres v la divinidad: espacios privilegiados para el intercambio producido en la dialéctica de pedir un don, o una mediación, y devolver el favor mediante un ex voto, pacto sellado, a su vez, por una promesa. Cada santuario se transforma en un eje en el mapa cultual, concentrando y atrayendo periódicamente corrientes de devoción popular, cristalizadas en romerías, peregrinaciones y fiestas. En este proceso, el centro del culto mariano -el santuario o la ermita- y, en particular, la imagen mariana, se convierten en objetos sagrados pasibles de una cierta apropiación comunitaria o individual. La imagen transmite su halo de sacralidad y poder a un ámbito más amplio o a un objeto mayor, como lo es el lugar sagrado, es decir, el templo o el monasterio.76 Este espacio envuelve en su interior y expande a su alrededor, sobre los actores sociales, una cierta bendición por el contacto indirecto con la divinidad.

Sabemos que la Virgen de Luján es una de las más tempranas advocaciones marianas del Río de la Plata y la Gobernación del Tucumán.<sup>77</sup> El hecho de haber sido uno de los primeros íconos considerados milagrosos pudo haber favorecido su culto por una rápida difusión en un ámbito aún casi vacío de imágenes consideradas milagrosas. Toda la gente que entraba a la ciudad de Buenos Aires desde el interior, o salía hacia el norte y al oeste, debía pasar necesariamente por Luján. La receptividad en el interior habría estado condicionada por las creencias populares en la Santa Madre Iglesia y su posición cada vez más firme respecto a la Inmaculada Concepción, confirmada mediante la intervención del rey español y la bula papal que hemos mencionado.

Si pasamos del nivel local al contexto americano colonial, vemos que la fama de los milagros, hallazgos y apariciones también constituyó una piedra fundamental para la erección de los tempranos santuarios. 78 Las tradiciones relacionadas a ellos reprodujeron patrones semejantes a las apariciones marianas peninsulares, con las lógicas adaptaciones al escenario americano, vinculadas a la presencia de diversos grupos étnicos, y sincretismos, inseguridad generada por cercanía de la frontera con indios infieles. Según las tradiciones que rodean a los santuarios marianos en la Hispanoamérica colonial, la Virgen solía aparecer ante pastores, indios o gente simple, señalando el lugar elegido por ella para la erección de la ermita o del santuario. Los obispos actua-

> ban reconociendo y legitimando la aparición y los subsiguientes milagros. El culto se consolidaba dando cierto carácter especial a la localidad en la que se fundó el santuario, normalmente en postas o cerca de caminos, y alrededor de aquél se conformaba un cre

ciente poblado. Las cofradías, muchas veces compuestas especialmente por aborígenes, dieron brillo al culto y fomentaron prácticas religiosas integrando las influencias occidentalizantes en un complejo cultural que incluía elementos de raíz precolombina. El ejemplo por excelencia del vigoroso desarrollo del culto mariano en Hispanoamérica es el de Nuestra Señora de Guadalupe de Tepeyac, en México.<sup>79</sup>

A partir de los trabajos de William Christian (quien inauguró la interpretación de las apariciones marianas desde una perspectiva global, advirtiendo la presencia de un modelo),80 numerosos investigadores españoles, historiadores y antropólogos, se han dedicado al estudio del culto a la Virgen.81 Un análisis de las apariciones y santuarios marianos en la Baja Extremadura ha demostrado la existencia de esquemas generales de un modelo de origen de un santuario mariano: la denominación que tomará el santuario viene, en general, de la toponimia del sitio en que se produce el hallazgo o la aparición.82 Para el caso granadino se suman la propiciación mariana a la victoria cristiana sobre los moros. Las imágenes veneradas son de origen "celeste" (apariciones a pastores) o bien descubiertas tras un largo ocultamiento durante la ocupación. Otorgaron un sentido "fundacional" a la villa (es el caso de Soterraño y Loreto). Aunque el poder de las imágenes sea de carácter general, se le va adjudicando con el tiempo una cierta especialización o funcionalidad para obrar sobre crisis como las seguías. pestes, hambrunas e inundaciones, o enfermedades en particular; esto se verifica a través del estudio de los ex voto, especialmente los narrativos y los que representan sanaciones. La presencia de la frontera con los invasores suele influir en la confianza de los habitantes en que la Virgen mediaría en favor de la redención de los cautivos. Mu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.comar

chos grilletes, u otros hierros dejados como ex voto, señalan los agradecimientos a la Virgen tras haber conseguido la libertad.

Si enfocamos sobre el ámbito americano colonial, vemos que las imágenes eran expuestas ante una sociedad culturalmente muy heterogénea. La función del milagro habría jugado un papel clave. Y en ese sentido creemos que la mecánica de apariciones y milagros de la Virgen, entre las cuales la de Luján fue una de las primeras en el Río de la Plata, respondió coherentemente a dichos patrones españoles, por ejemplo: la presencia de anormalidades en la conducta de los bueyes (indicando la presencia sobrenatural), las tres traslaciones de la imagen. la cualidad de sanar a los enfermos que se le atribuía, tanto como la revelación de sucesos futuros, contribuyeron a fijar en el imaginario su carácter sagrado.83

Sabemos que la aparición de la imagen de la Virgen de San Fernando del Valle de Catamarca es, apenas, anterior a la de Luján: allí tenemos un icono recuperado de una gruta por manos de un español hacendado, que se convirtió en su propietario y "protector", quien trasladó la imagen a sus tierras dando origen allí a un nuevo poblado. Una historia bastante parecida a la de Ana de Matos.

En otras palabras, los conquistadores peninsulares y sus descendientes que eran portadores de las tradiciones católicas españolas, se constituyeron en los agentes promotores del culto mariano en la colonia, contenidos, además, en el clima de ideas sensible a la Contrarreforma y a la posición de las autoridades religiosas y políticas frente a la difusión del catolicismo y la mediación de la Virgen. Lorandi y Schaposchnick, para el caso catamarqueño, 84 suponen que un clima de crisis influyó favoreciendo el arraigo y la difusión del culto maria-

no, en un contexto de tensión en la relación social del ciertos grupos étnicos frente al traumatismo de la conquista, sumado el temor social producido por la inestabilidad de vivir en zonas fronterizas y de reciente ocupación, expuestos los pobladores a posibles enfrentamientos. Este marco de desprotección social fertilizó el campo, como se advierte también en España durante las acechanzas de los moros, para el arraigo del culto a la mediadora ante Dios.

En las regiones americanas de reciente conquista, la religiosidad hispánica se encontró frente a una nueva experiencia, una diversidad étnica desconocida y el enfrentamiento con las religiones y prácticas devotas de los nativos. Frente a esta nueva situación, lo más próximo en la memoria de los españoles fue la experiencia de la Reconquista que acababan de culminar mediante la expulsión de los musulmanes y judíos, de donde el culto mariano había salido fortalecido. 85

...los primeros observadores se apresuraron a comparar a los indios de México con los moros y los judíos [...] de hecho, el apego de los cristianos viejos a las imágenes había salido reforzado de la Reconquista, y ha contribuido a fijar la identidad de los cristianos en España y sus prácticas religiosas en un tiempo en que la Iglesia favorecía el culto a las imágenes a condición de que no se cayera en la idolatría [...] la Virgen de Guadalupe, venerada en las montañas de Extremadura, era la más querida por los conquistadores.86

Entre los indígenas y mestizos la imagen de la Virgen María, o Madre Celestial, Reina de los Cielos, Madre de Dios, o Esposa

de Dios, pese a las confusiones que va se evidencian en los títulos que acabamos de mencionar, aparecía como más fácil de asimilar a la Madre Tierra, a la Luna, a las divinidades asociadas con la fertilidad, los ciclos agrícolas y naturales, y ciertas devociones de imágenes femeninas vinculadas a estas cuestiones.87 Como afirmación de la identidad v poder local, muchos pueblos aborígenes tendieron a levantar una capilla y organizar una fiesta en honor de una imagen. Paralelamente, tanto la Virgen como los santos fueron absorbidos y descodificados en una clave en la que se habrían vuelto "personas" que aparecen, caminan, sangran y sudan.88 El vínculo establecido entre la comunidad, la imagen, su historia y los milagros, el establecimiento de las tumbas de los cofrades dentro de una capilla expresaba una relación profunda con la imagen como representación y un intento de apropiación de las bondades que proveía la misma. Las diferentes sociedades de Hispanoamérica, y dentro de ellas especialmente los grupos aborigenes, se aferraron fuertemente a esta nueva imagen de culto que les resultaba, en cierta forma, familiar, y congregados, por ejemplo, en cofradías colaboraron en este proceso.89

Los hombres han tendido a atribuir a las imágenes de culto deseos, elecciones y sentimientos, humanizándolas en cierto sentido<sup>90</sup> (paralelamente a la "condensación simbólica", entendiendo por tal la concentración en

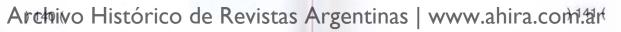
el ícono de la virtud, la gracia, el favor divino, los efluvios benignos, etc.). Nos referimos a que, en el caso de las traslaciones, los íconos parecen elegir el sitio para la erección de su santuario, o bien manifiestan dolor, congoja y alegría (por ejemplo, las vírgenes que lloran, sudan, sangran o sonríen). Este proceso no estaría desvincu-

lado a la costumbre de vestirlas, cambiarlas v enjoyarlas como a las personas,92 muy común durante el siglo XVIII, frente al hieratismo de las imágenes de los anteriores santuarios. 93 Los hombres vinculados al ícono absorberían un poco de ese halo de prodigio que lo rodea, modificando su status en la sociedad, legitimando su imagen social con un creciente prestigio. Es el caso del intermediario a partir del hallazgo, de los sacerdotes del santuario, los sacristanes, capellanes, patronos, de los vecinos del santuario, "quienes pretenden apropiarse del poder que como símbolo-talismán ancestral el ícono posee por sí mismo"94 junto a los beneficios de orden económico que se generan en relación a la administración del culto.

En cuanto a la historia del culto a la Virgen en Luján pensamos que, de modo similar, se habría ido consolidando esta devoción a través de una serie de ritualizaciones como el traslado oficial, las peregrinaciones, la exhibición de los ex voto, los rezos y pedidos colectivos con participación del Cabildo relacionados con las crisis ecológicas, ademas de las sucesivas mejoras del santuario para albergar más gente y "adecentar" el culto, en una oleada expansiva de ceremonial y religiosidad.

Como se ha enunciado más arriba, se advierten varias etapas en la consolidación del culto a la Virgen de Luján en las que diferentes actores participaron como promotores. Las fuentes consultadas nos muestran

la dominante presencia de miembros de la elite en la consolidación del culto, pero ello no significa que los sectores sociales subalternos estuvieran ausentes en este proceso. Cuando los cronistas refieren a la expansión del culto hacia el interior y a la presencia de romeros y promesantes están aludiendo también a aquellos sectores so-



ciales que no han sido registrados con tanto esmero. La documentación analizada ha recogido, principalmente, los datos de aquellos individuos más destacados y cuya capacidad de operación estaba vinculada a su poder social: es el caso de Ana de Matos, del capellán Montalvo y de Lezica y Torrezuri. Pero un creciente número de personas (los habitantes de esa zona fronteriza y étnicamente heterogénea) habrían aportado no sólo su devoción, sino también sus ex voto, limosnas y dinero por el pago por los servicios religiosos que brindaba el santuario de la Virgen. El negro Manuel, en principio, podría ser un actor social vinculado a este am-



plio sector social subalterno que practicó la devoción a la imagen local. Pero, por cierto, su papel se fue transfigurando en la medida en que el culto lo recogió como el intermediario y lo dotó de cierta cuota de prestigio. En cuanto a los sectores sociales subalternos que se involucraron en el proceso de consolidación de culto, es muy difícil apre-

ciarlos adecuadamente en la documentación que analizamos. Los ex voto podrían haber dado cuenta de cierta información sobre ellos, pero se han perdido. La lista de milagros atribuidos a la Virgen refleja cierta presencia que no alcanzamos, al menos por ahora, a percibir con claridad. Sí podemos afirmar que la creciente devoción a la Virgen se nutrió de un número cada vez mayor de personas que se fueron asentando en el poblado gestado en torno al santuario. Recordemos que la difusión del culto fue favorecida por la posición del templo en relación a las rutas que iban desde la ciudad hacia el inte-

rior y que la zona en cuestión era eminentemente productora de ganados y, en cierta medida, de cereales, por lo que la población estable estaría vinculada a las actividades productivas de la campaña, principalmente peones y jornaleros, entre los cuales había españoles, negros, pardos y mestizos. Los estudios demográficos de Luján para el siglo XVIII señalan una importante presencia de esclavos cuya mayoría parece estar asentada en la planta de la Villa. 95 Lamentablemente no contamos con registros parroquiales y padrones para Luján durante el siglo XVII dada la escasa población estable en la campaña.

De hecho, la presencia del santuario parece haber sido clave en la creación de la villa de Luján que era, aún en 1755, un pequeño poblado. Fue en torno al santuario que se establecieron muchas casas, muy cerca se tendió un puente y se fueron asentando un número cada vez mayor de personas, al punto que a fines del siglo XIX se llegó a considerar que Luján habría crecido al influjo de la voluntad fundadora de la Virgen: Ella habría elegido a Luján como su hogar, y los habitantes apoyaron (y en buena medida, aún apoyan) esta creencia.

Cuando la primera generación de descendientes, hijos naturales de Ana de Matos (segunda propietaria del ícono y su patrocinadora), se hubieren insertado convenientemente en lugares destacados del ambiente social y político porteño, se daría comienzo a una nueva fase de reactivación del culto. Otro nuevo protector laico, don Juan de Lezica y Torrezuri, se hizo cargo de darle una morada más digna a la imagen milagrosa en gratitud por una promesa hecha en procura del restablecimiento de su salud. Cumplida la promesa y más acrecentada la fama del lugar sagrado repleto de ex voto. centro de atracción de peregrinos, el santuario dio sombra de protectora religiosidad

al flamante Cabildo de la villa de Luján.

Consideramos que la lógica de los actores implicados en la historia de los orígenes del culto mariano de Luján respondía a una mentalidad común a la tradición hispánica, a un imaginario colectivo trasplantado o, mejor, refractado al Río de la Plata. Dentro de este sistema habría una manifestación de religiosidad popular clásica, una inserción y manipulación por determinados agentes de ese culto que se fue consolidando, una apropiación y posterior sacralización del objeto, de su poder v prestigio concentrados simbólicamente. Esta absorción social de prestigio habría favorecido la legitimación de acciones y pretensiones dentro de redes de poder locales y más amplias.

Finalmente sería conveniente extendernos sobre la relación de los sucesos estudiados y la aplicación de un "modelo narrativo" de culto mariano de origen peninsular.
Consideramos que las semejanzas entre las
tradiciones escritas del culto a la Virgen de
Luján y el modelo narrativo se explican por
la funcionalidad de este último, su aplicabilidad, por su capacidad para presentar los
sucesos y dar contención y legitimidad a un
proceso de expansión de las creencias y de
un cierto orden social al que era necesario
dotar de un sistema de referencias.

En cuanto a los hechos concretos que aparecen mencionados en las dos versiones, y los que han sido rastreados en otro tipo de documentación, forman parte de un conjunto de prácticas y de opciones de los actores intervinientes; eso hace que sean percibidos en otra escala que parece amplificar las particularidades respecto del modelo presentado. Se trata de dos niveles de análisis muy distintos. En el primer nivel, el que refiere al modelo narrativo, nos hemos propuesto dar cuenta de la explicitación de la historia narrada y las congruencias entre ésta y un esquema general a nivel discursivo. En el se-

gundo nivel de análisis presentamos la trama de sucesos relacionados con el surgimiento del culto de Luján según la investigación
empírica. Aquí es donde aparecen la heterogeneidad social de la campaña bonaerense colonial, los espacios rurales apenas habitados y sus modestos poblados, los actores sociales diferenciados, los contrabandistas y las rutas comerciales, los traslados de
la imagen desde la ermita original hacia el
incipiente núcleo, los itinerarios de Ana de
Matos (una cordobesa entre Buenos Aires y
Luján) y de Lezica y Torrezuri (quien vino

bajando desde Yungas, hizo pie en Luján v se asentó en Buenos Aires). Esta serie de particularidades específicas de la historia del santuario de la Virgen de Luján se observan nítidamente por la escala de análisis aplicada; si se hiciera lo mismo con otras tradiciones marianas (dentro de la misma España incluso) cada una nos mostraría una configuración particular.



Es innegable que existen lógicas diferencias entre el surgimiento de los santuarios y éstas son inmanentes a la historicidad de los fenómenos que los hace irrepetibles en su totalidad. Naturalmente esas diferencias muestran un color local, y es precisamente aquello que las comunidades que comparten ciertas devociones tratan de resaltar en una operación por promover una identidad propia. No obstante, en el conjunto de tradiciones que recogen y tratan de sintetizar la historia de las diferentes advocaciones, el color local se difumina, a nuestros ojos, en un matiz más general del cuadro.

Las circunstancias de los santuarios es-

pañoles y aquellos de las regiones de frontera colonial presentan, desde la base, importantes diferencias: en el primer caso, los santuarios rurales surgen al calor de la devoción a los santos, sus reliquias, o las apariciones y hallazgos marianos en lugares cercanos a poblados antiguamente establecidos (v que muchas veces fueron absorbidos por las iglesias parroquiales del núcleo urbano). cuando no se trata de santuarios desarrollados directamente en el seno de las ciudades: España, pese a la diversidad étnica y en la época de la reconquista, se presenta como un espacio de antigua ocupación y de tradiciones religiosas más consolidadas que en el caso de Luján y otras regiones fronterizas coloniales donde el orden social estaba construyéndose vertiginosamente y los miembros de la Iglesia (sacerdotes y laicos) actuaban como una pieza clave. En conclusión, es posible pensar el origen del culto mariano de Luján desde dos niveles de análisis diferenciados (los enunciados y las prácticas). desde dos perspectivas complementarias, lo que favorece la comprensión de una en relación a la otra.

## Notas

- ¹ Archivo Basílica Nacional de Luján (ABNL), "Declaración hecha por los años de 1737, ante el juez comisionado, Fr. Nicolás, Provincial de la Orden de Predicadores, por el R. P. Fr. Pedro Nolasco de Santa María, de la real y militar orden de Nuestra Señora de las Mercedes, persona de mucha autoridad y Maestro de su Orden, sobre el origen y Milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Lujan"; también en Jorge María Salvaire (sacerdote de la orden de San Vicente de Paul), Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto, t. I y II, Buenos Aires, 1885, Apéndice Documental B, pp. 13-15.
- <sup>2</sup> ABNL, "Noticias sobre el origen de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Lujan, su San-

- tuario y su culto, sacadas del Libro que en 1737 mandó formar el Comisionado del Cabildo Eclesiástico, Sede Vacante, Dr. D. Francisco de los Ríos y Gutiérrez, y dadas á la estampa en 1812 con aumento de noticias posteriores, por el devoto Capellán de Nuestra Señora de Lujan. D Felipe José de Maqueda", en J.M. Salvaire, Historia de Nuestra Señora de Luján..., Apéndice Documental A. pp. 3-12. También se la puede ver en el Archivo Histórico de Luján como Historia Verídica del origen, fundación, y progreso del Santuario de la Purísima Concepción de N Sa. de la villa de Luxan; con Novena á la Ssma Virgen. Dispuesta por el R. P. Fr, Antonio de Oliver, Misionero Apostólico del orden de San Francisco y dada á luz por el Presbítero D. Felipe José Maqueda, tierno devoto de María Ssma, en su sagrada imagen de Luxan. Buenos Ayres, Imprenta de los Niños Expósitos, 1812.
- <sup>3</sup> Maqueda fue, además de capellán del santuario, el mayordomo de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario en Luján. Cfr. ABNL, "Libro de Constituciones y Elecciones de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario en Luján". Ver, por ejemplo, registros de 1792.
- <sup>4</sup> ABNL, "Declaración hecha por los años de 1737...", J.M. Salvaire, Apéndice Documental B. p.14.
- <sup>5</sup> ABNL, "Declaración hecha por los años de 1737...", J.M. Salvaire, Apéndice Documental B. p.15.
- <sup>6</sup> Cfr. Archivo General de la Nación (AGN), Sala IX 48-9-4, t. 65, p. 77.
- <sup>7</sup> ABNL, "Noticias sobre el origen de la Santa Imagen... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. pp. 5 y 8.
- $^{\rm 8}$  ABNL, "Noticias sobre el origen de la Santa Imagen... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. p. 5.
- <sup>9</sup> La capilla de Oramás (sucesor de Rosendo) estaba ubicada sobre el Camino Viejo, sabemos que a la altura de la actual localidad de Pilar.
- $^{\rm 10}$  ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. p. 5.
- <sup>11</sup> ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. pp. 5-6.
- <sup>12</sup> Maqueda apunta que ya en la ermita de Rosendo se había elegido a un negrito esclavo

- para que atendiese la imagen de la Virgen. "... se destinó un negrito de poco más de ocho años, llamado Manuel, natural de Angola, de rara candidez y simplicidad, para que cuidara el culto de la Santa Imagen. Había venido con el conductor que fué de las Sagradas Imágenes."
- <sup>13</sup> ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. p. 7.
- <sup>14</sup> ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. pp. 7-8.
- <sup>15</sup> ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. p. 9.
- <sup>16</sup> ABNL, "Noticias... 1812", , Apéndice Documental A. p. 11.
- <sup>17</sup> Jean-Claude Schmitt, "La noción de lo sagrado y su aplicación a la historia del cristianismo medieval", en *Temas Medievales*, № 3, Buenos Aires, 1993, pp. 73-74.
- <sup>18</sup> J.-C. Schmitt, "La noción de lo sagrado...", p. 75.
- <sup>19</sup> Luisa Accati, "El padre natural, entre símbolos dominantes y categorías científicas", en Anuario del IHES, V. Tandil, 1990. p. 92.
  - <sup>20</sup> Ídem, pp. 92-95.
- <sup>21</sup> Cayetano Bruno, Historia de la Iglesia en la Argentina, t. V, Buenos Aires, 1968, pp. 130-133.
- <sup>22</sup> AGN, D. D. L. 39. Bulla Sollicitudo omnium ecclesiarum XDCLXI. O también véase Bullarium Romanum, t. XVI, Augustae Taurinorum, 1869, pp 739-742, cit. en C. Bruno, Historia de la Iglesia... p. 132.
- <sup>23</sup> C. Bruno, *Historia de la Iglesia...*, pp. 131-133.
- <sup>24</sup> AGN, D. D. Sección Colonial, L. 39. También se puede consultar en C. Bruno, *Historia de la Iglesia...*, p. 133.
- <sup>25</sup> Las imágenes acheiropoiéticas son aquellas cuyo origen es atribuido totalmente a la divinidad, o bien fueron iniciadas por artesanos y terminadas por intervención sobrenatural.
- <sup>26</sup> Esta afirmación data del siglo VII y fue esgrimida por San Ildefonso, obispo de Toledo, quien defendió la virginidad mariana frente a las blasfemias y herejías judaizantes. Cfr. José S.I. Madoz, San Ildefonso de Toledo a través de la

- pluma del Arcipreste de Talavera. Estudio y edición crítica de la Vida de San Ildefonso y de la traducción del tratado "De perpetua virginitate sanctae Mariae contra tres infideles", por el Arcipreste de Talavera, Madrid, 1943.
- <sup>27</sup> J.-C. Schmitt ha destacado que el término imago designa también una operación lingüística (como la metáfora), y paralelamente una realidad física (los sueños también producen imagines), pero que también las imágenes materiales y su relación con las imágenes oníricas tendrían lugar en este concepto. Véase J.-C. Schmitt, "L'historien et les imagens aujourd'hui", s/f.
- <sup>28</sup> J.-C. Schmitt, "La culture de l'imago", en Annales. Histoire, Sciences Sociales, año LI, Nº 1, enero-febrero de 1996.
  - <sup>29</sup> Ídem, pp. 5 y 34.
- <sup>30</sup> Roger Chartier, El mundo como representación. Estudio sobre historia cultural, Barcelona, Gedisa, 1994. p. 58.
  - 31 Ídem, p. 57.
- <sup>32</sup> Una copia del documento referido al descubrimiento de dicho camino se puede ver en la Colección García Viñas, en la Biblioteca Nacional. Buenos Aires, tomo CXLIX.
- <sup>33</sup> AGN, Sucesiones. Leg. 7.145. "Sucesión de Lázaro Matos y Encinas".
- <sup>34</sup> Según el expediente matrimonial de 1630, cuya copia existe en el ABNL.
- $^{35}$  AGN, Sala IX 48-4-4; fs. 27 y 293, "Testamento de Marcos Sequeira".
- $^{36}$  AGN, Sala IX 48-4-4; fs. 27 y 293. "Testamento de Marcos Sequeira".
- <sup>37</sup> Estos hijos de Matos no fueron reconocidos como legítimos por parte de Rojas. Ellos aparecen en la sucesión de Matos. AGN, Sucesiones. Leg. 8.121.
- <sup>38</sup> El poder firmado por Diego Rosendo al maestro Juan de Oramas Filiano (su medio hermano), consta en el AGN, Sala IX 48-5-7, f. 69.
- <sup>39</sup> Para más datos acerca de esta compra de la imagen, véase Antonio Presas, Dona Ana de Matos (la dama que con la Virgen fundó Luján) (1615-1698), Morón, 1990, p. 32, y Nuestra Señora de Luján, estudio crítico-histórico (1630-1730), Buenos Aires, 1980, p. 131.

- <sup>40</sup> Don Diego de Vega estuvo vinculado a Juan de Vergara en las "arribadas forzosas" de esclavos y otras mercaderías durante el primer cuarto del siglo XVII. R. de la Fuente Machain, Los portugueses en Buenos Aires. Siglo XVII, Madrid, 1921, p. 173.
- 41 Contrabandistas como, por ejemplo, el hacendado Rosendo y González Filiano.
- $^{42}$  Sobre Vergara y sus redes políticas ver: Jorge Gelman, "Cabildo y local. El caso de Buenos Aires en el siglo XVII", en *HISLA*, VI, Nº 6, 2º semestre, Lima, 1985.
- <sup>43</sup> Respecto de la procesión en la que se trasladó a la imagen a la casa de Ana de Matos véase A. Presas, Nuestra Señora de Luján..., pp. 96-97, y Doña Ana de Matos..., pp. 33-36.
- <sup>44</sup> Por disposición testamentaria de su esposo a Ana de Matos se le imponía no contraer segundas nupcias como condición para preservar la fortuna heredada de éste, además debía ser enterrada junto a él. A. Presas, *Doña Ana de Matos...*, pp. 26 y 52. Testamento de 1643. AGN, Protocolos notariales, IX 48-4-4, fs. 55 y 289.
- $^{\rm 45}$  AGN, Protocolos notariales, IX 48-8-4 f. 109.
- <sup>46</sup> AGN, "Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires", t. XIV, 321; t. XV, 191, 196, 201, 276, 278, 290 y 406.
- <sup>47</sup> AGN, "Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires", t. XIV, 321 (en abril y mayo de 1678).
- <sup>48</sup> AGN, Protocolos notariales, IX 49-2-9, fs. 25-25v.
- $^{\rm 49}$  AGN, IX 48-8-4; f. 109 y ss.; IX 49-2-9, fs. 24 y ss.
- <sup>50</sup> ABNL, "Libro en el que corren las cuentas de la Fábrica del Templo de la Virgen de Luján y su Estancia".
  - 51 Ídem.
- <sup>52</sup> AGN, Sala IX 31-3-8. L. 11; e. 224. Allí se puede ver a Juan de Lezica y Torrezuri, en 1781, como apoderado de las monjas catalinas de Córdoba.
- <sup>53</sup> AGN, "Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires", s. III. t. III. p. 334.

- Lezica y Torrezuri siguió ocupándose de dicho puente incluso a fines siglo. Archivo Estanislao Zeballos, Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires, "Acuerdos del Extinguido Cabildo de la Villa de Luján".
- <sup>55</sup> Archivo Estanislao Zeballos, Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires, "Acuerdos del Extinguido Cabildo de la Villa de Luján".
- <sup>56</sup> AGN, IX 31-2-7-. Justicia (1764-1767), e. 26; fs. 33v-34v.
- $^{57}$  AGN, "Acuerdos del Entinguido Cabildo de Buenos Aires", s. III. t. IV. p. 8.
- Lezica y Torrezuri, estudio biográfico, Buenos Aires, 1914, y Jorge Cortabarría, "Don Juan de Lezica y Torrezuri. Actividades económicas y sociales de un gran comerciante del Buenos Aires de fines del siglo XVIII", en Res Gesta, Buenos Aires, 1987, y "La actuación lujanense de don Juan de Lezica y Torrezuri", en Actas de las Jornadas sobre Historia Rioplatense en el Período Hispánico, Buenos Aires-Colonia, Universidad del Museo Social Argentino, 1993.
- <sup>59</sup> Venerable Orden Tercera Dominicana, Documentos Antiguos. Libro de Asientos y entradas de los hermanos profesos de la Tercera Orden.
- <sup>60</sup> J. Cortabarría, Don Juan de Lezica y Torrezuri..., pp. 89-90.
- $^{61}$  Archivo del Convento de los Dominicos, Buenos Aires. Libro  $1^{\circ}$  de la Cofradía. Agradecimiento a Fray Tomás.
- <sup>62</sup> E. Udaondo, *Don Juan de Lezica y Torre*zuri..., pp. 62 y 87.
  - 63 AGN, Biblioteca Nacional, L. 62.
- <sup>64</sup> E. Udaondo, *Don Juan de Lezica y Torrezuri...*, pp. 74-76.
- <sup>65</sup> Para más datos biográficos de don Juan de Lezica y Torrezuri, véase E. Udaondo, *Don Juan de Lezica y Torrezuri...*, y J. Cortabarría, "Don Juan de Lezica y Torrezuri...." y "La actuación..."
- $^{66}$  J.-C. Schmitt, "La noción de lo sagrado...", p. 76.
- <sup>67</sup> Recordemos la recurrencia de este adjetivo en las leyendas de apariciones y hallazgos espa-

- ñoles. Véase Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. I, II y III, Barcelona, 1989.
- 68 Sobre una faceta de la relación entre los hombres y las imágenes, se puede ver David Freedberg, El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta (1ª ed. 1989), Madrid, 1992. Alli el autor enfoca el provocativo tema de las respuestas humanas frente a las imágenes, sobre todo aquellas respuestas sometidas a la represión, extendiendo incluso el análisis desde lo religioso hacia el plano de lo sexual.
- <sup>69</sup> Honorario M. Velazco, "Las leyendas de hallazgos y de apariciones de imágenes. Un replanteamiento de la religiosidad popular como religiosidad local", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad..., p. 408.
- <sup>70</sup> Fray Santa María escribió sobre Manuel: "...y le conocí viejo, vestido con un saco a raíz de las carnes y con la barba muy crecida", ABNL, "Declaración hecha por los años de 1737...", J.M. Salvaire. Apéndice Documental B. p. 14.
- <sup>71</sup> Esta segunda versión corresponde a la edición ampliada de 1812.
- <sup>72</sup> ABNL, "Noticias... 1812", J.M. Salvaire, Apéndice Documental A. p. 4
- <sup>73</sup> En la región sevillana durante el siglo XVII, en momentos de crisis (pestes, crisis agrarias y hambrunas) hubo un pico en el crecimiento del número de milagros atribuidos a Nuestra Señora de la Gracia. José García Rodríguez, "Coyunturas mental y económica: posibles relaciones", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad..., pp. 472-486.
  - 74 H.M. Velazco, ob. cit., p. 407.
  - 75 Ídem, p. 404.
- <sup>76</sup> En relación con la sacralidad de los espacios se puede ver la distinción, realizada a fines del siglo XII, entre "lugares religiosos, lugares sagrados y los lugares santos" señalada por J.-C. Schmitt, "La noción de lo sagrado...", p. 76.
- <sup>77</sup> Patricia Fogelman, "Alrededor de una imagen. Los vecinos y el santuario de Luján (1630-1822)", tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Luján, marzo de 1996. Allí se puede consultar una revisión que hemos realizado de la bibliografía existente sobre el tema de las advoca-

- ciones y santuarios marianos más importantes en el Río de la Plata colonial.
- <sup>78</sup> Los santuarios marianos más famosos surgieron tempranamente y fueron el de Nuestra Señora de Copacabana (Alto Perú, 1583), Guadalupe (Tepeyac, México, 1531), Luján (Rio de la Plata, 1630), Nuestra Señora del Rosario de Lima (Perú, 1560) y Nuestra Señora de las Mercedes (Perú, 1615, patrona desde 1730), Nuestra Señora de Guadalupe (Perú, 1560), Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá (Nueva Granada, 1586). Para un panorama general del culto mariano en Hispanoamérica se puede consultar una obra clásica: Rubén Vargas Ugarte (s.j.). Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados, t. I y II, Madrid, 1956 (1931).
- 79 La obra de los intelectuales en México (Miquel Sánchez y su Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe que data de 1648. la Primavera indiana de Sigüenza y Góngora. en 1662 y sus Glorias de Querétaro, 1680; Felicidad de México en el principio y milagroso origen que tuvo el santuario de la Virgen María N. Sra. de Guadalupe, de Luis Becerra Tanco. 1675), incluyendo el gran impacto provocado por Sor Juana Inés de la Cruz, Fénix Mexicano, consagrada a Dios v respetada como una jova mexicana, reflejaron el fervor mariano y contribuyeron a su expansión y arraigo en la conciencia criolla. David Brading, Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla (1492-1867). México, 1991, pp. 375-394. También se pueden consultar Serge Gruzinski, La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner" (1492-2019), México, 1994, pp. 112-113; Evelyn P. Stevens, "Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America", en Ann Pescatello (comp.), Female and Male in Latin America: Essays, Pittsburgh, 1973; Silvia M. Arrom, The woman of Mexico City (1790-1857), California. 1985, passim; Jeanette Rodríguez, Our Lady of Guadalupe. Faith and Empowerment among Mexican-American Women, 1994, passim. Stafford Poole, Our Lady of Guadalupe: Origins and Sources of a Mexican National Symbol (1531-1797), 1996.
- 80 William Christian, "De los santos a María: un panorama de las devociones a santuarios españoles desde el principio de la Edad Media has-

ta nuestros dias", en Temas de Antropología Española, Madrid, 1976; Religiosidad popular. Estudio antropológico en un valle español, Madrid, 1978; Apparitions in Late Medieval and Renaissance Spain, New Jersey, 1981; Local Religion in Sixteenth-Century Spain, New Jersey, 1981.

- <sup>81</sup> Cfr. José Sánchez Herrero, "Algunos elementos de la religiosidad cristiana popular andaluza durante la Edad Media", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. I. Cristina Segura Graiño y Juan Ramón Romero, "El diccionario geográfico de Tomás López: una fuente para el estudio de la espiritualidad popular. Santuarios y ermitas en las provincias de Córdoba, Sevilla y Huelva en el siglo XVIII", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. I. Máximo García Fernández, "Vida y muerte en Valladolid. Un estudio de la religiosidad popular y la mentalidad colectiva: los testamentos", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. II.
- <sup>82</sup> Francisco Tejada Vizuete, "Apariciones y santuarios marianos en la Baja Extremadura", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. I, pp. 308-323.
- 83 El milagro constituye la evidencia de la sacralidad de la imagen, de la legitimidad de su representación divina; satisface, en cierta medida, la necesidad de la creencia con su carácter de prueba, por un lado material y por el otro, inmaterial. Schmitt ha señalado que muchos milagros recurren a las revelaciones durante el sueño, a las predicciones. La revelación de la voluntad de la Virgen de Luján acerca de quien sería su primer capellán y sobre el día de la muerte de su primer sacristán, ambas comunicadas a su esclavo, parecen corroborar esta tendencia que acompaña a los otros tipos de milagros (sanaciones, traslaciones, etc.) que se mencionan a lo largo de las narraciones analizadas. Para ampliar el tema de las pruebas dentro de la creencia cristiana, véase J.-C. Schmitt, "La croyance au Moyen Âge", en Raison Présente, 113, Nouvelles Éditions Rationalistes.
- 84 Ana María Lorandi y Ana Edith Schaposchnik, "Los milagros de la Virgen del Valle y la colonización de la ciudad de Catamarca", en Journal Société des Américanistes, vol. 76, 1990.
- <sup>85</sup> Richard Nebel, Santa María Tonantzin Virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa en México, 1995, pp. 74-81.

- Serge Gruzinski, La guerra de las imágenes..., p. 43.
- <sup>87</sup> Daniel J. Santamaría, La religiosidad popular argentina, Buenos Aires, 1991, pp. 157-158.
- Serge Gruzinksi, La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII, 1993, p. 246.
- $^{89}$  Serge Gruzinksi, La guerra de las imágenes... , pp. 186.
- 90 David Freedberg, El poder de las imágenes..., passim.
- <sup>91</sup> Joan Prat i Carós, "Los santuarios marianos en Catalunya: una aproximación desde la etnografía", en Santaló et al. (comps.), La religiosidad popular, vol. I, p. 242.
- $^{92}$  David Freedberg,  $\it El$  poder de las imágenes..., p. 117.
- 93 Para una sintética relación de algunas de las transformaciones en las representaciones iconográficas de la Virgen en los primeros tiempos del cristianismo, véase Ofelia Manzi, "La Virgen María en los origenes de la iconografía cristiana", en Argos, 11-12, 1987-1988. En los primeros tiempos de la iconografía mariana se habría enfatizado en la condición de madre, derivada de las influencias de los repertorios paganos en la representación de la vida cotidiana. Luego se habría dado un alejamiento de la gestualidad sensible hacia la aparición de las representaciones con atributos imperiales. Ofelia Manzi, "La Virgen María...", p. 86. También son muy sugerentes las apreciaciones de Alphonse Durpont. "La religión: antropología religiosa", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, Hacer la historia, Barcelona, 1974. Allí se refiere, él también, a las mutaciones de la representación mariana, y resalta el poder de diálogo extrovertido entre la "Virgen de hoy" y los hombres, frente a las modalidades del culto románico, pp. 133-136.
- <sup>94</sup> Joan Prat i Carós, "Los santuarios marianos en Catalunya...", p. 243.
- 95 Patricia Fogelman, La población de color en una villa en la frontera bonaerense colonial: Luján (1771-1815), Il Encuentro Chileno-Argentino de Estudios Históricos. Santiago de Chile, 1997.

# El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)<sup>1</sup>

Hilda Sabato\*

¿Qué son políticamente las revoluciones desde el punto de vista principista?... Las revoluciones políticas reivindicativas son la resultante de un despotismo político; teniendo, por consecuencia, en su calidad de hecho social reaccionario, una conciencia principista: el derecho de sufragio; una razón principista: el derecho de insurrección; una causa y un fin principistas: la libertad política y el progreso social.

Ignacio Ortiz, Revolución de julio, Buenos Aires, 1892, pp. 2 y 6

urante buena parte del siglo XIX, América Latina experimentó frecuentes manifestaciones de violencia política. La Argentina no fue una excepción. Sellada la unión política con la Constitución de 1853, en las décadas que siguieron cientos de sublevaciones y rebeliones tuvieron lugar en distintas regiones del territorio. 2 La poderosa Buenos Aires no fue ajena a esta tendencia. Como cabeza del Estado de Buenos Aires separado de la Confederación Argentina entre 1852 y 1861, como sede del gobierno nacional entre 1862 v 1880 v finalmente como capital de la república a partir del 80, la principal ciudad del país fue testigo de distintas formas de violencia política. Se podría incluso hablar de un ciclo revolucionario inaugurado en 1852, con la Revolución de septiembre y concluido con la derrotada revolución del 90.

Con frecuencia, la historiografía ha interpretado las revoluciones como erupciones anacrónicas que interrumpían el camino hacia la modernización de la vida política y la consolidación del Estado. La primera implicaba el desarrollo del sistema electoral y de la opinión pública como aspectos fundamentales para acceder y conservar el poder político, en reemplazo de la fuerza. La segunda, la concentración de los medios

coercitivos y el monopolio de la violencia por parte del Estado, de la autoridad central. La violencia debía quedar fuera del territorio pacífico de la sociedad civil. Desde esta perspectiva, la recurrencia de levantamientos armados así como la persistencia de otras formas de violencia política se han entendido como pervivencias arcaicas que obstaculizaban el camino progresivo desde



<sup>\*</sup> Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (PEHESA-Instituto Ravignani) y Conicet.

una sociedad tradicional a una moderna.
Esta visión se funda no solamente en concepciones teóricas sobre el poder y la política en la modernidad muy arraigadas en la historiografía argentina del siglo XX,³ sino también en las propias visiones de los contemporáneos para quienes la violencia representaba la contracara de la civilización y el progreso. En efecto, como señala John Keane en su reciente trabajo Reflections on Violence, ya desde el siglo XVIII:

La amenaza (y el miedo) de la violencia parece haber estado siempre acechando detrás de la preocupación en torno de la civilidad. [...] En este sentido la civilización normalmente se entendió como un proyecto encargado de resolver el problema permanente de descargar, disipar y sublimar la violencia.<sup>4</sup>

Sin embargo, y paradójicamente, los contemporáneos también entendían que en algunas circunstancias recurrir a la violencia no estaba reñido con la civilidad sino todo lo contrario. Como decía un diario en la Buenos Aires 1890: "La Revolución es un derecho de todo pueblo libre... Cuando todas las libertades se suprimen y todas las puertas de la legalidad se cierran, no queda al pueblo más recurso que la reivindicación de sus derechos desconocidos por los únicos medios a su alcance".5 Usar la fuerza contra un gobierno considerado despótico era no sólo un derecho sino también un deber cívico. Si bien se aceptaba que el Estado debía monopolizar los instrumentos de coerción, correspondía a los ciudadanos controlar que ese poder se usara legitimamente y

no se tornara despótico.

En ese marco la ciudadanía política se asociaba estrechamente con la participación en las milicias. De acuerdo al artículo 21 de la Constitución Nacional de 1853, "Todo cius dadano está obligado a armarse en defensa de la Patria y de esta Constitución". Desde entonces, esa cláusula sustentó la formación de la Guardia Nacional como milicia ciudadana. Todos los ciudadanos debían participar de ella y, hasta 1877, estar inscripto era un requisito para ejercer el derecho a voto Aunque se suponía que la ciudadanía armada como Guardia funcionaba bajo jurisdicción del Estado y de la autoridad del gobierno de turno, se consideraba legítima la recuperación y el uso de la fuerza por parte de esa ciudadanía cuando un gobierno actuaba violando el pacto constitucional.

Ese derecho a armarse fundamentó varias de las revoluciones porteñas y constituye un elemento sustantivo de la política de la segunda mitad del siglo XIX. La figura del ciudadano en armas no se contraponía al ciudadano elector. Por el contrario, era su complemento. Y funcionaba así en la práctica. Fue precisamente durante las décadas que siguieron a Caseros, cuando se afianzaba el sistema republicano, se afirmaban las organizaciones y los mecanismos electorales, y se desarrollaba una opinión pública vigorosa, que la ciudadanía armada desempeñó un papel importante en la vida política de la ciudad.

La violencia civil no fue, entonces, sólo un relicto del pasado. Por el contrario, el propio proceso de modernización abrió el camino para la introducción de nuevas formas de violencia política no estatal en la Argentina. En Buenos Aires, algunas de esas formas se asociaron a la cultura cívica porteña de la segunda mitad del siglo XIX. La figura del ciudadano en armas y de la representación de la revolución como derecho y

deber del pueblo frente a la opresión constituirían elementos centrales de un imaginario político liberal-republicano de gran arraigo. Hacia fines de siglo, el Estado finalmente logró imponer su monopolio de la fuerza, disolver a las milicias y terminar con las revoluciones, pero algunos motivos de esa vieja identidad republicana siguieron vigentes durante mucho tiempo.

En lo que sigue, me propongo explorar el lugar de la violencia no estatal en la vida política de la ciudad y en la constitución de un conjunto de representaciones que fundarían una cultura política local arraigada. Se trata de una primera aproximación a una cuestión que es polifacética y muy compleja. Para este acercamiento inicial, he elegido concentrarme en las revoluciones de 1852, 1874, 1880 y 1890, para explorar en qué condiciones tuvieron lugar, cuáles fueron las razones de los revolucionarios, quiénes aparecían como sus protagonistas y actores, y qué representaciones circulaban de la violencia revolucionaria.

## Un ciclo revolucionario porteño

La ciudad de Buenos Aires fue el epicentro de cuatro levantamientos armados contra el poder central de turno. Todos ellos fueron designados como "revoluciones" por los protagonistas, aunque no siempre esa denominación fue aceptada por aquéllos contra quienes estaba dirigida la acción. La primera de estas revoluciones, la de 1852, fue por cierto bastante diferente de las restantes, entre otras cosas porque fue la única que triunfó. Tuvo, sin embargo, un impacto muy fuerte en las siguientes pues constituyó una referencia mítica, una cantera de consignas, símbolos y representaciones para los revolucionarios del resto del siglo. Por ello la tomamos como el inicio de la serie cuya terminación ubicamos en la revolución de 1890. Aunque hubo otras revoluciones posteriores a esa fecha,
éstas no tuvieron ya por epicentro a la ciudad ni evocaban a las anteriores –con la excepción de la del 90–
como antecedentes.

## Una revolución fundadora

La revolución del 11 de setiembre de 1852 fue, según Tulio Halperín Donghi, "una de las no muchas revoluciones argentinas que significaron un importante punto de inflexión en el desarrollo político del país".6 Esa revolución marcó la secesión de Buenos Aires de la Confederación y el origen de un experimento político que trascendería el ámbito local. En efecto, cuando las fuerzas de la provincia rebelde triunfaron sobre las de la Confederación en 1861, la dirigencia mitrista porteña forjada en la década anterior se propuso liderar la construcción de un Estado y un orden político nacionales, a la vez que consolidar su poder a escala nacional. Para esa dirigencia la revolución de 1852 fue, pues, el origen, y ocupó un lugar clave en su mito fundacional. Tres hechos concatenados forman parte de su historia: las jornadas de junio de 1852, la revolución del 11 de setiembre y la defensa del sitio a la ciudad, ocurrido entre diciembre de 1852 y junio de 1853. Repasemos brevemente cómo sucedieron estos episodios.

En primer lugar, Caseros. En febrero de 1852 un ejército comandado por el general Justo José de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, y que reunía a fuerzas heterogéneas, incluyendo a grupos de

porteños antirrosistas, derrotaba a Juan Manuel de Rosas en Caseros y entraba en Buenos Aires. En los agitados meses que siguieron al triunfo armado, se abrieron espacios para la acción política que generaron novedades importantes en ese terreno. En el marco de violencia impuesto por la ocupación del ejército urquicista, surgieron nuevas figuras políticas y se forjaron alineamientos también nuevos. Muy pronto, anti-

guos partidarios de Rosas y algunos de quienes habian sido perseguidos por él borraron sus diferencias y se unieron frente al que pasó a ser un enemigo co-

mún, el general Urquiza. La historiografía ha analizado bien estas transformaciones. Lo que interesa aquí es subrayar que en los meses que siguieron a Caseros se comenzó a definir ese nuevo experimento político porteño del que hablábamos más arriba.

Así se llega a las jornadas de junio. Frente a las decisiones alcanzadas por una reunión de gobernadores convocada por Urquiza para iniciar el camino hacia la organización constitucional del país, los porteños se dispusieron a rechazar el acuerdo. Una nueva prensa militante se lanzaba al ruedo en nombre de la opinión pública, mientras la Legislatura reunía a los representantes y a un público más amplio en tumultuosa sesión de impugnación. Escuchemos sus razones:

Esa agitación revela la salud y la robustez del pueblo. Sólo los pueblos esclavos y enfermizos no se agitan en el círculo mágico de la vida pública que traza la mano gigantesca de la democracia. Buenos Aires se agita hoy como si todo él fuese movido por un resorte poderoso, irresistible, que lanzase a todos los ciudadanos en torno de las tribunas de las arengas, o como en otro

tiempo los romanos invadieron el espacio inmenso del forum en que se dictaban las leyes al mundo. Nadie piensa en sí: todos piensan en todos.

Éstas fueron las palabras escritas en el diario Los Debates por un joven dirigente que venía del exilio y muy pronto se convertiría en líder de la política porteña, Bartolomé Mitre.<sup>8</sup> La respuesta de Urquiza consis-

tió en reprimir. Clausuró diarios, cerró la Legislatura, desterró a los principales dirigentes de la movida y finalmente, asumió él mismo el cargo de gober-

nador.

Tres meses más tarde, el 11 de septiembre, cuando el general se ausentó de la provincia, se produjo un levantamiento contra su poder. La acción había sido preparada con antelación por grupos políticos porteños que volvían a la carga luego de la derrota de junio y, esta vez, se aseguraron el triunfo en manos de sectores militares adictos. El golpe se hizo de noche y fue rápido e incruento. Una vez asegurado el control, las dirigencias convocaron a la Guardia Nacional y llamaron a la gente a reunirse en la Plaza de la Victoria. El triunfo estaba asegurado.

Finalmente, vino el sitio de la ciudad encabezado por Hilario Lagos, que se inició a fines de 1852 y sólo se levantó en junio de 1853. En esos meses de estrecheces y dificultades, Buenos Aires se organizó para defenderse. La Guardia Nacional ocupó un lugar central en las operaciones de defensa. Bajo el liderazgo de Bartolomé Mitre, contó con el apoyo de sectores cada vez más amplios de la población. Mientras tropas de Lagos apretaban el sitio, ocupando incluso algunos barrios de la ciudad, los porteños se organizaban para rechazarlas. El fin del ase-

dio llegó por otras vías, pero cuando ocurrió, en Buenos Aires se había gestado "la republica de la opinión".<sup>9</sup>

En efecto, en ese año que incluye las jornadas de junio, la revolución de septiembre u el sitio, se fundaron no solamente las bases del poder de una nueva dirigencia política sino también un imaginario social que tendria gran arraigo y largo aliento. Buenos Aires era republicana, autónoma y libre. Su revolución había sido en defensa de la causa de la libertad, una causa que se hacía remontar a 1810, cuando otra revolución, tamhién en Buenos Aires, había inaugurado la historia. 10 Al mismo tiempo, en palabras de Lettieri: "La victoria sobre Urquiza y la fundación de la autonomía provincial serían presentadas como el producto de la acción colectiva de Buenos Aires". Y agrega:

La agresión externa permitió dar vida a una nueva mística guerrera... El nuevo imaginario se articulaba en derredor de la imagen del ciudadano armado –y ya no del soldado como en el pasado– guardián de la integridad territorial y, sobre todo, de la libertad y el honor provincial.<sup>11</sup>

De esta manera, la revolución de 1852 dio lugar a la creación de un conjunto de motivos que fundaron una tradición política porteña. Ellos estaban asociados a ese momento fundacional que fue, por definición, violento. De ahí en más y por varias décadas, la vida política de Buenos Aires estuvo

atravesada por esos motivos y, también, por la violencia de origen. Y volvería a ella cada vez que entendía que "la sagrada causa de la libertad" estaba en peligro.

## Las revoluciones derrotadas

En 1874, 1880 y 1890, a diferencia de lo que ocurrió en 1852, las revoluciones fueron derrotadas por las fuerzas del gobierno nacional. Las tres fueron iniciadas por grupos políticos que impugnaban al poder central el haber realizado actos despóticos que violaban el pacto constitucional. Ante esa situación, la revolución era un derecho y un deber de los ciudadanos. De lo que se trataba, entonces, era de levantarse en armas para restaurar las libertades perdidas.

Así, en septiembre de 1874, el partido que lideraba Bartolomé Mitre tomó las armas como consecuencia del fraude que se había cometido en los comicios de ese año para diputados nacionales. Aparentemente se habían cambiado los resultados iniciales en las parroquias de la ciudad y los partidos de la campaña para favorecer a los candidatos del oficialismo autonomista. Hasta entonces, la manipulación electoral había sido en general aceptada por todos los contendientes como parte del juego electoral entre las facciones porteñas. Pero en 1874 el mitrismo se veía cada vez más marginado del poder como consecuencia de la alianza establecida entre sus tradicionales rivales autonomistas y una nueva fuerza política con base en algunas provincias. Y probó el camino de las armas, que no aparecía como contrapuesto a sus ideales republicanos. 12

Por el contrario, para sus protagonistas, el levantamiento se justificaba en motivos caros a esos ideales. Frente al despotis-

> mo, el pueblo no podía sino rebelarse. Y el mitrismo *era* el pueblo:

El partido Nacionalista que era antes la mayoría del pueblo, es el pueblo todo...



Todos los partidos disidentes, todos los hombres que trabajan desinteresadamente por el bien del país, se han reconcentrado en torno del partido nacionalista, que constituye hoy el núcleo indisoluble de la opinión pública.<sup>13</sup>

En la proclama que Mitre dio a conocer en vísperas del levantamiento decía que

...la revolución era un derecho, un deber y una necesidad y que no ejecutarla, con pocos o con muchos, aunque no fuese más que para protestar varonilmente con las armas en la mano, sería un oprobio que probaría que éramos incapaces e indignos de guardar y merecer las libertades perdidas.<sup>14</sup>

La prensa opositora compartía la idea acerca de la legitimidad de la revolución, pero le negaba al levantamiento mitrista tal carácter. A propósito decía *La Tribuna*: "Eso no es una revolución, ni lo ha sido nunca. En español se llama una rebelión, un robo y un asesinato. En moral se llama «un crimen»". 15

Esta vez las acciones no tuvieron lugar en la ciudad, aunque fue allí donde se gestó el levantamiento. La campaña de Buenos Aires y otras zonas rurales del país fueron los escenarios del enfrentamiento entre las fuerzas rebeldes y las gubernamentales. Unas y otras estaban integradas sobre todo por tropas de línea, aunque el gobierno movilizó a la Guardia y la revolución convocó a ciudadanos que formaron batallones de milicias. Según cifras de Adolfo Saldías, Mitre contaba con trece mil ochocientos hombres para enfrentar a los treinta y cinco mil del ejército nacional. 16 En nueve semanas, luego de varios encuentros en el campo de batalla, el gobierno venció a los sublevados y les impuso castigos, que luego fueron mitigados por el perdón presidencial.

La revolución de 1880 tuvo un trámite más largo y costoso. Ya desde el último tercio del año anterior las relaciones entre el gobierno de la provincia de Buenos Aires, encabezado por Carlos Tejedor, y el de la nación, a cargo del presidente Nicolás Avellaneda, se habían ido tensando. Se aproxi-

maba la elección presidencial v la pugna por las candidaturas agitaba los ánimos y las voluntades. Pronto se perfilarían dos figuras, la oficialista del general Julio A. Roca, v la opositora del gobernador de Buenos Aires. Al mismo tiempo, la cuestión capital -la decisión acerca de la capitalización de la ciudad de Buenos Aires- se hacía presente una vez más para agudizar las tensiones.



La provincia se armaba: para sortear las restricciones impuestas a fines de 1879 por el gobierno nacional a la reunión de la Guardia en tiempos electorales, las autoridades porteñas convocaron directamente a los ciudadanos. Se organizaron cuerpos de voluntarios que se entrenaban militarmente, desfilaban por las calles de la ciudad y juntaban fondos para la compra de material bélico. Hasta los bomberos voluntarios participaban de los ejercicios que se realizaban en la Sociedad de Tiro y Gimnasia. La ciudad vivió en constante agitación durante los primeros meses del año a medida que la Liga de Go-

bernadores se imponía en todas las elecciones y Roca se aseguraba la sucesión. Hubo manifestaciones callejeras, algunos choques parciales, muchas declaraciones de uno y otro lado y ningún acuerdo. Finalmente, en junio se produjo el abierto enfrentamiento entre las fuerzas que rodeaban a Buenos Aires y aquellas que "la defendían", desde dentro y desde fuera del ámbito urbano. Hubo en-

cuentros sangrientos en las calles de la ciudad y, al cabo de pocos días, el ejército nacional terminó una vez más imponiéndose sobre los rebeldes. La elite política porteña nacida de la revolución de 1852 quedó definitivamente derrotada, mientras se inauguraba un nuevo orden sostenido por una alianza entre las dirigencias de varias provincias del interior y algunos grupos de la provincia de Buenos Aires.<sup>17</sup>

El cruce de fuegos fue en ésta, como en otras ocasiones, el natural corolario de un conflicto político que no parecía poder resolverse por otras vías, a pesar de los intentos que se realizaron en ese sentido. Así lo veían sus protagonistas:

La política de imposición no retrocede y fatalmente nos arrastra a la guerra... Desde que el Dr. Avellaneda la inició y empezó a revelar que estaba resuelto a no desistir de sus temerarios propósitos de imponer un sucesor, comprendimos que la cuestión electoral se convertía en una cuestión de hecho y de fuerza.

Elección libre ó pelea, tal era la fórmula con que concretamos los estremos del problema. 18



Buenos Aires sostendrá sus derechos electorales amenazados, antes de dejarse reducir a la humillante condición a que han sido reducidas las demás provincias dominadas por la Liga.<sup>19</sup>

Y su población, siempre lista:

Se ha visto de cuántos medios... se han valido los ciudadanos para cumplir el deber de que cada elector fuese un brazo armado para defender su derecho, y llegó un día en que el pueblo se encontró armado con el fusil en una mano y la boleta de elector en la otra.<sup>20</sup>

Diez años más tarde, luego de un período de hegemonía de Roca v su coalición política v de eclipse de la vieja dirigencia porteña, una nueva revolución sacudió a la Argentina.21 Por entonces, gobernaba Miquel Juárez Celman, heredero y pariente de Roca, que en 1886 había ganado las elecciones con todo el apoyo del partido oficial y del aparato del régimen. Después de cuatro años en el poder, sin embargo, su hegemonía se hallaba cuestionada tanto dentro del propio partido como por las fuerzas opositoras que criticaban las prácticas políticas del gobierno a la vez que lo acusaban de corrupción y soberbia. Al mismo tiempo, una crisis económica se cernía sobre la Argentina v ponía fin a un período de crecimiento sostenido y prosperidad. En ese marco, se formó un movimiento de impugnación al régimen liderado por dirigentes políticos que provenían de los viejos partidos de Buenos Aires -el mitrismo, sectores del autonomismo- y de grupos católicos, todos ellos marginados del poder. La Unión Cívica, que así



se llamó, celebraba reuniones, producía declaraciones y convocaba al pueblo a "organizarse y luchar por el ejercicio de

los derechos electorales". <sup>22</sup> En abril se realizó un mitin multitudinario que sus partidarios describían en estos términos:

No fue un meeting, fue una manifestación popular, unánime, consciente, decidida cual nunca se ha visto entre nosotros... Nacionales, extranjeros, niños, mujeres. Los primeros hombres del país, todas las clases sociales sin distinción alguna han acudido...<sup>23</sup>

Consideraban que "aún no era tarde para inaugurar una política salvadora". Pero esa política no llegó, por lo que, convencidos de la justeza de su causa, los cívicos organizaron un levantamiento para derrocar al gobierno.

Los fundamentos están claramente expuestos en el "Manifiesto revolucionario":

No derrocamos al gobierno para separar hombres y sustituirlos en el mando; lo derrocamos porque no existe en la forma constitucional; lo derrocamos para devolverlo al pueblo a fin de que el pueblo lo reconstituya sobre la base de la voluntad nacional y con la dignidad de otros tiempos, destruyendo esa ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado ante propios y extraños las instituciones de la república. El único autor de esta revolución es... el pueblo de Buenos Aires que fiel a sus tradiciones reproduce en la historia una nueva evolución regeneradora.<sup>24</sup>

Como se ve, el fundamento revolucionario remitía a la Constitución, evocaba a un pasado en que la república tenía vigencia, y proponía la regeneración, es decir, se trataba de una revolución restauradora. <sup>25</sup> El recurso a las armas era, nuevamente, un acto impregnado de civismo al que se llegaba como última instancia luego de haber ensayado la movilización pacífica.

Esta revolución tuvo un desenlace rápido. Su escenario fue el centro de la ciudad; sus protagonistas, militantes de la Unión Cívica, civiles y militares, que fueron derrotados por las fuerzas del gobierno nacional

## Los protagonistas

En la retórica revolucionaria "el pueblo de Buenos Aires" aparece como el protagonista en primer plano de los episodios que estamos analizando. Se trata del mismo pueblo de Mayo, que demostró su amor a la libertad y su espíritu cívico una y otra vez y resistía a cualquier embate del despotismo... Tal la imagen que transmitían los diarios y los discursos de los simpatizantes de las rebeliones y que pasaba a formar parte de la tradición revolucionaria porteña. La siguiente frase de Eduardo Gutiérrez, porteñista acérrimo, en su libro sobre el levantamiento de 1880, sintetiza muy bien esa imagen:

Buenos Aires, unido y compacto, uno e indivisible, con el semblante de sus hijos irradiando entusiasmo, santo amor a la patria y a sus instituciones; se presentaba resuelto a morir o a vencer por sus libertades y sus leyes amenazadas de muerte. 26

La ciudad había sufrido transformaciones muy profundas en todos los planos. La población era, en todo sentido, otra. ¿Cómo

equiparar la pequeña ciudad de 40 mil habitantes que era Buenos Aires en 1810 con la de 1880, que contaba con 400 mil? Sin embargo, los revolucionarios identificaban al pueblo porteño en su continuidad, constituido como actor central, único, indivisible, de los levantamientos.

Una segunda aproximación a las fuentes nos permite distinguir otros actores que se despliegan en las convocatorias y narraciones de los revolucionarios. Hay, siempre, una dirigencia. Hay, también, un protagonismo institucional, el de la Guardia Nacional y de sectores del ejército. Finalmente, está la gente, los hombres y mujeres de la ciudad que aparecen siempre en el fondo de las escenas y descripciones. Acerquémonos a esas imágenes según la óptica de sus partidarios, para avanzar en la observación de los actores en acción.

## Los líderes

La dirigencia revolucionaria siempre era presentada como la voz de la opinión pública, la representante del pueblo de Buenos Aires. Ya desde 1852, se trataba de contrastar la figura de los hombres que servían a la causa de la libertad, que aparecían como primus inter pares y expresión del conjunto, con la de quienes encarnaban el despotismo y eran, por lo tanto, caudillos personalistas. Primero fue Rosas, luego Urquiza, más tarde Avellaneda,

Roca y Juárez Celman.

Así, por ejemplo, en la proclama de 1874 Mitre se presentaba:

> Como hombre público de antecedentes conocidos, como candidato a la presidencia de la República en la última elección, y como ciudadano que tie

ne y acepta la responsabilidad moral para ante el pueblo...<sup>27</sup>

Terminaba el mismo documento renunciando, en caso de triunfo, a cualquier candidatura y declaraba el fin de su vida pública. Sus adversarios pensaban diferente y *La Tribuna* se preguntaba: "¿Acaso puede llamarse reinvindicación de derechos lo que el General Mitre busca, cuando no busca otra cosa que la posesión del poder?". <sup>28</sup>

En 1890, El Quijote pintaba así la figura de Juárez:

Imaginaba un déspota cretino Ser único, cual Dios, sobre la tierra Y por mayor mancilla Que el valiente argentino Hincase ante sus plantas la rodilla.<sup>29</sup>

En cambio, en el manifiesto de los rebeldes se decía:

El movimiento revolucionario de este día no es obra de un partido político. Esencialmente popular e impersonal, no obedece ni responde a las ambiciones de círculo ú hombre público alguno.<sup>30</sup>

Lo que no quitaba que los diarios hablaran todo el tiempo de sus dirigentes: Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, otra vez Mitre... Ellos encabezaban la Unión Cívica y

lideraron también la revolución.<sup>31</sup>

Más allá de las imágenes que propios y ajenos dibujaban de los dirigentes, algunos datos son recu-

rrentes. En primer lugar, las cabezas rebeldes eran en general figuras pertenecientes a los círculos políticos de Buenos Aires, de conspicua presencia en la vida pública y ac-

tiva participación en las luchas electorales. En 1852 el grupo revolucionario reunía a jóvenes antirrosistas retornados del exilio, con ambiciones políticas, como Bartolomé Mitre, y a miembros de la elite provincial, antiguos simpatizantes del derrotado Rosas. Como dijimos, el levantamiento constituyó un paso fundamental en el diseño de un nuevo orden político y en la consolidación de una dirigencia también renovada. Las otras tres revoluciones se originaron en el seno de fuerzas políticas importantes pero marginadas del poder: en 1874, fue el Partido Nacionalista de Mitre; en 1880, una coalición de grupos vinculados al mitrismo y al autonomismo; en 1890, la flamante Unión Cívica. La figura de Bartolomé Mitre atraviesa todo el ciclo, mientras que otros personajes compartieron el lugar principal en distintas ocasiones.

El protagonismo de Mitre en el campo rebelde puede vincularse no solamente con su declinación electoral luego de una exitosa trayectoria que lo había llevado de revolucionario de 1852 a presidente de la República entre 1862 y 1868, sino también con sus convicciones políticas. Una combinación original de liberalismo y republicanismo constituía el basamento ideológico que fundaba esas convicciones. En lo que respecta a su acción política, Elías Palti ha postulado que Mitre tenía "un determinado concepto de la acción política republicana y del lugar de la opinión pública" al que denomina modelo proselitista.32 En ese modelo, la prensa ocupaba un lugar decisivo como instancia constitutiva de la opinión y su prédica se entendía como "fundamental en la definición de las identidades colectivas permitiendo a los sujetos identificarse como miembros de una determinada comunidad de intereses y valores". En ese marco las disputas retóricas adquirían valor "como una forma ritualizada de la guerra". Pero esa misma concepción habría hecho "porosa e inestable la frontera entre la política y la guerra (lo que le permitiría a Mitre oscilar entre uno y otro dominio sin generarle demasiadas contradicciones)". <sup>33</sup> De acuerdo con esta hipótesis, la revolución tenía un lugar genuino en el lenguaje político mitrista.

No todas las figuras que tomaron parte en las revoluciones adoptaron el mismo lenguaje. Entre ellos, quizá quien más se acercaba a las formulaciones de Mitre era Leandro Alem, su opositor político durante largo tiempo, que sin embargo compartía muchos de sus principios republicanos.

Si políticos como Mitre y Alem, entre muchos otros, fueron los dirigentes máximos de las revoluciones, otras figuras ocuparon lugares destacados en esos episodios. Entre ellas, encontramos algunos personajes que eran reconocidos como "militares". La distinción entre "civil" y "militar" merece una comentario. En la época, el ejército estaba en construcción, la mayoría de sus integrantes no tenían formación profesional y en buena medida los grados se ganaban en el campo de batalla. Figuras de clara pertenencia civil como Mitre o Sarmiento fueron designados generales. Al mismo tiempo, la existencia de la milicia convertía a muchos civiles en comandantes de la Guardia. Por lo tanto. no podemos asimilar las categorías "civil" v "militar" a las que utilizamos en nuestros días. Aunque el tema merece un estudio específico, una primera aproximación indica que cuando en las revoluciones se hablaba de involucramiento militar, se estaba haciendo referencia en general a la participación de oficiales del ejército de línea. En todos los casos se contó con la colaboración de algunos oficiales y sus respectivos cuerpos que resultaba decisiva para enfrentar a las fuerzas gubernamentales. Los nombres de esos jefes militares aparecen reiteradamente en las crónicas de los levantamientos como parte de la dirigencia y sus figuras eran exaltadas en tanto protagonistas heroicos de las acciones bélicas. Al mismo tiempo, y en la medida en que la retórica revolucionaria entronizaba al pueblo como autor principal, los guerreros, al igual que los políticos, ocupaban siempre un lugar visible pero subordinado; eran los representantes de la opinión, la expresión de la ciudadanía.

## Las instituciones militares

Las revoluciones implicaron violencia y confrontación armada. Por lo tanto, las instituciones militares tuvieron un papel importante tanto en su producción como en su represión, así como en el imaginario social que se forjaría en torno a aquéllas. Milicias y ejército de línea fueron las dos formas predominantes que adoptó la fuerza militar en la Argentina del siglo XIX. No se trató, sin embargo, de instituciones que operaran con continuidad y sólo después del dictado de la Constitución de 1853 se intentó reglamentar la organización militar a escala nacional. No fue hasta 1880, sin embargo, que el Estado central logró el monopolio del poder militar, con la consolidación del ejército como su instrumento principal y la eliminación de las milicias. Estas últimas no solamente constituían fuerzas con gran arraigo provincial y por lo tanto con escasa subordinación al poder central, sino que además habían tenido una actuación muy visible en la vida política del país. Su disolución fue dictada precisamente en momentos en que la rebelde provincia de Buenos Aires volvía a convocar a sus milicias para enfrentar al poder central. El triunfo de este último produjo el eclipse definitivo de la Guardia Nacional.

toria de las milicias de Buenos Aires se remonta a principios del siglo XIX cuando en ocasión de las invasiones inglesas de 1806 y 1807 se creó la primera fuerza de esa índole formada por todos los vecinos de dieciséis a cincuenta años. Desde entonces, las milicias fueron una presencia recurrente en el panorama de la ciudad y la campaña de Buenos Aires, así como también en otras regiones del Río de la Plata. Tulio Halperín Donghi ha llamado la atención sobre el papel político de esas fuerzas durante la Revolución de Mayo y en las décadas que siguieron. Su actuación fue. además, decisiva en las luchas entre federales y unitarios que desembocaron la derrota de estos últimos en manos de las fuerzas que comandaba Juan Manuel de Rosas. En su gobernación, Rosas las transformó en baluarte de su organización militar y política.34 A su caída en 1852, el gobernador interino designado por Urguiza, don Vicente López y Planes, disolvió esa fuerza rosista pero no renunció a la tradición miliciana de la provincia y organizó la ahora llamada Guardia Nacional, un nombre que evocaba la Francia de la revolución.35 En ella debían enrolarse todos los varones adultos nativos, que recibirían entrenamiento militar periódico ("ejercicios doctrinales") y podían ser convocados por el gobierno en cualquier momento para cumplir funciones de defensa, incluyendo la protección de las fronteras. El propio Urquiza, sin embargo, intentó poner freno a esa creación y revertir la medida dictada por López. No tuvo éxito v. con la revolución del 11 de setiembre de 1852, la Guardia se consolidó y pasó a ocupar un importante lugar en la vida política de la pro-

La his-

En todas estas circunstancias la Guardia



no era solamente una fuerza militar. Era la ciudadanía en armas. Y tenía una honrosa prosapia. El derecho de los ciudadanos a portar armas, consagrado en la segunda enmienda de la Constitución, fue uno de los pilares del modelo norteamericano de república y de Estado soberano. <sup>36</sup> En Francia, por su parte, en su origen la Guardia Nacional estaba emparentada con las antiguas milicias

burguesas cuyo objetivo central era mantener el orden público. Pero su sentido cambió con la Revolución. A partir de entonces fue "la soberanía de la nación en acto, la manifestación visible y armada de la nueva potencia que se opone al absolutismo real". Se estableció una asociación estrecha entre ciudadanía activa y guardia nacional, en la medida en que, según Pierre Rosanvallon, "derecho a voto y deber de defensa eran dos caras de un mismo tipo de implicación social". Correspondía a los ciudadanos a la vez votar y pertenecer a la milicia. Al mismo tiempo, estar inscripto en la Guardia se convirtió en requisito para poder ejercer el derecho de sufragio.37

En Buenos Aires, esta tradición arraigó con fuerza. En 1853, el primer comandante de la nueva Guardia Bartolomé Mitre sostenía que ella era

...un principio orgánico que nació y se desenvolvió a la par de todos los elementos que constituyen nuestra vitalidad [manifestando] el doble carácter civil y militar que distingue a la Guardia Nacional en todos los pueblos libres.<sup>38</sup>

Recién creada, la Guardia tuvo que de-

fender la ciudad del sitio impuesto por las tropas de Hilario Lagos, leal a Urquiza va la Confederación. Muy pronto, la defensa generó un clima de movilización entre la población que, como ha señalado en un trabajo reciente Alberto Lettieri, construyó una representación de la Buenos Aires como "ciudad sitiada". La milicia se convirtió en protagonista. Los jóvenes de la elite se sumaban a sus filas. Los diarios contribuían a dar relieve a su imagen heroica. Y aunque el triunfo sobre los sitiadores no se debió estrictamente a la resistencia ejercida por las milicias, pronto ocuparon el lugar simbólico de artífices decisivos de la derrota enemiga.39

Se creó así una mística miliciana. La ciudad celebraba a "los leones" de la Guardia que encarnaban el espíritu de libertad de Buenos Aires. También aplaudía la integración social que estaba en su base. La Tribuna afirmaba en 1853: "Todo ciudadano debe ser Guardia Nacional, no debe haber diferencias; que el estudiante sea lo mismo que el dependiente, que el comerciante sea lo mismo que el abogado; que todos puedan decir, he contribuido a salvar a mi Patria". 40

Esta organización muy pronto pasó a jugar en la vida política de la provincia. Los batallones de la Guardia fueron un elemento fundamental en el desarrollo del Partido de la Libertad, bajo el liderazgo de Mitre. Como redes estructuradas de ciudadanos activos, los batallones constituyeron lugares de formación de cuadros políticos y de creación de lazos de lealtad y de intercambios entre dirigentes y militantes de distinto nivel. Fueron, además, mecanismos electorales por excelencia. Se crearon clubes políticos y periódicos con el nombre de Guardia Nacional, y muchos de los más importantes líderes liberales de la época fueron comandantes. La milicia podía ser, además, un camino de ascenso para quienes, como los

"morenos" comandante Rosendo Mendizábal y el famoso coronel Domingo Sosa, aunque no pertenecían a la clases acomodadas de la ciudad, llegaron a formar parte de su dirigencia política. 41

Estos desarrollos no pasaron desapercibidos para los sectores más tradicionales de la elite política porteña, que buscaron desarmar a la Guardia y restar así bases de poder a sus rivales. A poco de finalizado el sitio, el gobernador Obligado los exhortaba a volver a sus hogares, decretando su disolución:

Guardia Nacional, habéis peleado valientemente día a día y sin ceder una línea a los rebeldes. El Gobierno Provisorio os da las más fervientes gracias. Retiráos, pues, a gozar de la paz que habéis sellado.<sup>42</sup>

Pero luego la Guardia fue vuelta a convocar y tuvo una actuación decisiva en las lides electorales de toda la década.

Después de la derrota de las fuerzas de la Confederación en 1861, Bartolomé Mitre quedó como dirigente indiscutido del proceso de reorganización institucional. Una vez a cargo del Poder Ejecutivo Nacional, organizó el flamante ejército en base a los cuadros de la Guardia de Buenos Aires y lo puso bajo el mando del nuevo Ministerio de Guerra. Con esas fuerzas -unos diez mil hombres- realizó la conquista del interior y sólo dos años más tarde, terminada la campaña contra los caudillos, procedió al reordenamiento militar. En 1864 decretó la creación de un ejército permanente (de línea) de seis mil hombres y el licenciamiento de los efectivos de la Guardia Nacional.43

Esta última medida, sin embargo, fue resistida por el gobierno de la provincia de Buenos Aires, no controlado ya por el presidente Mitre sino por un sector de su partido que estaba en camino de separarse pará formar una fuerza rival. El gobierno bonaerense reorganizó su propia Guardia, que seguiría jugando un papel importante en la vida política de la provincia.44 La mística del sitio fue, sin embargo, dejando lugar a otras representaciones más prosaicas. En la campaña, la utilización de la Guardia para la actividad militar en la frontera contra el indio fue denunciada muchas veces como contraria a los fines que debía tener la milicia. El llamado "contingente" constituyó un motivo recurrente de la literatura de la época v una causa política agitada reiteradamente. En la ciudad, por su parte, la Guardia se consolidó sobre todo como apovatura de las máquinas electorales, papel que también cumplía en la campaña. Era un mecanismo de captación, organización y control de la gente y el territorio. En su seno se gestaban y consolidaban firmes liderazgos que se ejercían más allá del ámbito de la fuerza. Personajes como Adolfo Alsina y Leandro Alem, entre otros, quienes llegaron a ser importantes figuras políticas nacionales, construyeron inicialmente su base de apoyo como comandantes de la Guardia. La ley electoral de 1877 buscó disminuir ese papel de las milicias. Eliminó el requisito de estar inscripto en la Guardia para poder ejercer el derecho a voto y prohibió la convocatoria de esas fuerzas en períodos cercanos a las eleccines. Mientras el ejército de línea se consolidaba, se trataba de debilitar a las milicias para limitar el poderío armado de las provincias.

Ese movimiento culminó en 1880 cuando el gobierno nacional, después de que la Guardia de Buenos Aires gozara de un último momento de protagonismo revoluciona-

rio, dictara su definitiva disolución. Luego de algunos años de decli-



nación, las milicias habían renacido en el marco del conflicto entre los gobiernos nacional y provincial que se agudizó hacia el último tercio de 1879. En vista de las tensiones existentes entonces, el gobernador Carlos Tejedor convocó a la Guardia, medida que fue inmediatamente respondida por el gobierno nacional: se prohibió a los gobernadores la organización de las milicias sin aprobación del Poder Ejecutivo. Las fuerzas porteñas desconocieron esa circular y comenzaron los ejercicios militares. De allí en más, v hasta la derrota en junio de 1880, Buenos Aires fue testigo de una fuerte movilización ciudadana organizada en torno de los cuadros de la vieja Guardia. Formalmente, se trataba de fuerzas de voluntarios, reunidos en torno de la asociación de Tiro Nacional, pero cuando estaban a punto de estallar las hostilidades, el gobierno provincial convocó por fin a las milicias. Junto con la policía, los bomberos y algunos integrantes del ejército de línea formaban las fuerzas que la ciudad celebraba. Se retomó así parte de la mística del sitio y se reavivó el fervor de la causa de Buenos Aires. Pero, como dijimos, la derrota de la revolución marcó también el fin de las Guardias Nacionales que va no estarían presentes en el levantamiento de 1890.

En esa ocasión el protagonismo militar correspondió a los cuerpos de línea que adhirieron a la causa de la Unión Cívica, a los que se sumaron nuevamente cuerpos de voluntarios civiles que se unían a la acción.



En el propio manifiesto revolucionario se hacía referencia a esa presencia militar:

El ejército nacional comparte con el pueblo las glorias de este día; sus armas se alzan para garantir el ejercicio de las instituciones. El soldado argentino es hoy día como siempre el defensor del pueblo, la columna más firme de la constitución, la garantía sólida de la paz y de la libertad de la república. 45

Aunque aquí se menciona al "ejército nacional", en realidad el alto mando y la mayor parte de los cuerpos se mantuvieron leales al poder central y sólo algunos sectores de plegaron a la revolución. Este tipo de participación había sido, como dijimos, un rasgo común a los levantamientos anteriores y, salvo en 1852, el desenlace había sido también el mismo: el triunfo de las fuerzas oficiales.

La intervención de oficiales y tropa en las revoluciones es un indicador de que la disputa política atravesaba las filas de un ejército que tenía todavía poco de "nacional". La lealtad hacia el partido o hacia la causa provincial era para algunos más fuerte que la fidelidad al Estado. Al mismo tiempo, cada uno de estos episodios contribuyó a consolidar a las fuerzas armadas estatales, en la medida en que la derrota de los rebeldes fortalecía el poder de la institución.

## El público

En la retórica revolucionaria el público de Buenos Aires ocupaba un lugar central. Se trataba de demostrar que había una adhesión importante y espontánea de la gente de la ciudad a la causa rebelde, que "la opinión" estaba de su lado. 46 La prensa tenía

en ese sentido un papel fundamental. En las semanas previas los diarios que simpatizaban con la revolución contribuían a crear un clima propicio y a despertar adhesiones entre la población. Por un lado, se presentaban como expresión de la opinión ciudadana que denunciaba y exigía; por el otro, actuaban como constituyentes de esa opinión. 47 Esta prensa gozaba en general de libertades establecidas por ley, aunque los oficialismos de turno buscaron siempre ejercer su control sobre ese medio v, frente a las covunturas revolucionarias, aplicaron la censura y la clausura a los diarios opositores. De todas maneras, en algunas ocasiones. como 1874 o 1880, la prensa tuvo una actuación decisiva en la preparación de las respectivas revoluciones

Las crónicas producidas por simpatizantes de los levantamientos se preocupaban por destacar la presencia material de un público fervoroso en conexión con ellas. Esa participación asumía tres formas principales. En primer lugar, en todos los casos hubo meetings y manifestaciones que aparecen en los relatos como la expresión visible de la adhesión de la población en general a la causa. Se destacaba la asistencia masiva de gente de toda edad y condición, que se reforzaba con la descripción de las muestras de apoyo que los grupos más activos habrían recibido de hombres, mujeres y hasta niños estacionados en veredas y terrazas de la ciudad.

Así, por ejemplo, a lo largo de todo 1874 hubo reuniones en teatros y plazas y manifestaciones que recorrían las calles del centro en favor de la causa mitrista. Las fuerzas contrarias usaban también la misma táctica y contraponían sus propias movilizaciones a las de quienes reclamaban por el fraude electoral de febrero. Y la prensa de uno y otro lado se encargaba de producir las imágenes de cada una de estos actos para de-

mostrar la popularidad de sus respectivas causas.48

En 1880, según Eduardo Gutiérrez, el fervor popular porteño estuvo presente desde el principio, desde la jornada de movilización del 15 de febrero:

Fue en ese día memorable que todos sus hijos, sin distinción de edades ni sexos, ofrecieron el espectáculo más grandioso y la manifestación más imponente que haya presenciado jamás pueblo libre. [...] Aquella juventud, con-

tra la que se había tramado la traición más negra, recorría las calles de la gran ciudad, bajo la aclamación eléctrica de sus mujeres y en pos de la pa-



labra de aliento de sus ancianos, mezclados a ellos para compartir la gloria o el martirio. 49

Otras manifestaciones siguieron, no siempre con el mismo signo. La más impactante de ese año no fue en favor de la revolución sino por la paz. Decenas de miles marcharon por las calles de Buenos Aires en mayo para evitar el enfrentamiento, aunque sin éxito. La lógica era, sin embargo, la misma para todos: poner gente en la calle, mostrar con presencia física el apoyo a una causa era una forma de hacer visible su popularidad de una causa, su arraigo en la opinión.

La adhesión del público a un levantamiento se demostraba, en segundo lugar, a través de la integración de voluntarios a la fuerza militar revolucionaria. Los diarios partidarios se hacían eco de la presentación de civiles a los cuarteles de la Guardia y de la formación de batallones. Especial atención se prestaba a la incorporación a las fi-



las de inmigrantes extranjeros y en las revoluciones de 1874, 1880 y 1890 se crearon cuerpos de voluntarios italianos y españoles. Aunque la información de la prensa es sesgada, de todas maneras da cuenta de un fenómeno recurrente: el de la disposición de muchos hombres de Buenos Aires, nativos y extranjeros, a sumarse a las revoluciones. <sup>50</sup>

Una tercera forma de intervención popular era destacada por los periódicos: la que se daba para atender a los combatientes en lucha y a los heridos durante los enfrentamientos. Nuevamente.

los diarios publicaban largas listas de personas que se organizaban para ese fin. Médicos, enfermeros, estudiantes de medicina y farmacéuticos tenían, por supuesto, un lugar importante en esos casos, pero eran sobre todo las mujeres, las "damas", que ocupaban el centro de las crónicas.<sup>51</sup>

En suma, y dado el lugar fundamental que ocupaba la opinión pública en la retórica revolucionaria desde los míticos sucesos de 1852, en cada uno de los levantamientos sucesivos sus impulsores buscaban demostrar el apoyo del público porteño a su causa. Seguramente ese apoyo no tuvo la dimensión que los revolucionarios insistían en darle, pero es indudable que en todos los casos hubo movilización de sectores más amplios que los estrictamente partidarios y que una parte no desdeñable de la población de la ciudad simpatizó con las revoluciones. En todo caso, éstas no fue-

ron nunca hechos aislados y puntuales, protagonizados por grupos marginales. Explorar quiénes adherían y cómo se daba esa adhesión está fuera de los alcances de este trabajo y queda como pregunta para una investigación futura.

## Las representaciones de la violencia revolucionaria

Las revoluciones implicaban, por definición, el ejercicio de la violencia. En lo que sigue, más que preguntarme sobre las características de esa violencia y por las formas que adoptó, me propongo indagar de manera todavía tentativa en las representaciones que de ella tenían los contemporáneos.

¿Cómo entendían la violencia revolucionaria los propios actores? En un primer acercamiento a las crónicas y narraciones llaman la atención ciertos tópicos y ciertas maneras de abordar el problema que contrastan con las que resultan familiares hoy en día.52 Las imágenes son sorprendentes: se habla de batallas en las que participaban los cuerpos de ejército y las milicias, de cantones y barricadas en plazas y calles de la ciudad. hasta de bombardeos por parte de buques de la armada, pero los efectos humanos v materiales de esos choques sólo aparecen de manera estilizada. La retórica es encendida pero carece, paradójicamente, de pathos. A veces se utiliza, incluso, un tono algo burlón, con toques de ironía y hasta de comicidad, para describir las escenas de los enfrentamientos. Al mismo tiempo, la muerte se presenta limpia, honorable. El terror y la venganza, tan típicos de las revoluciones modernas, están ausentes en estos relatos. 53

En este aspecto, como en tantos otros, la Revolución de 1852 marcó un hito fundacional. Según la versión porteña, mien-

tras Urquiza mataba y colgaba a sus persequidos de los postes de la avenida que llevaha a Palermo, la revolución se hizo "sin sangre ni desgracias de ningún género".54 Los levantamientos sucesivos no pudieron reclamar el mismo carácter de incruentos, pero retuvieron un rasgo importante: a partir de entonces, el contendiente se presentaba siempre como tal, no como un "otro" enteramente diferente y, por lo tanto, eliminable. 55 El reconocimiento de la calidad humana del adversario se convirtió en un gesto reiterado tanto por los revolucionarios porteños como por los oficialistas, que encontraba su traducción empírica en el momento del desenlace. Los revolucionarios eran castigados con el destierro y la prisión, pero nunca con la muerte.

En suma, se trataba de una violencia que se presentaba como "civilizada". Como vimos, empuñar las armas aparecía como el camino obligado en la defensa de los derechos y libertades frente a un gobierno que se consideraba despótico o abusivo. Aunque se entendía como el último paso luego de haber ensayado otros menos costosos, no se presentaba como un acción ajena al campo de la política. For y como tal, era un paso honorable. Las consecuencias no parecían preocupar demasiado ni a los protagonistas ni al resto de la población.

Sin embargo, los daños humanos y materiales podían ser considerables. En la revolución del 80, por ejemplo, los enfrentamientos principales tuvieron lugar en la propia ciudad y algunos de ellos fueron encarnizados. Hubo destrozos de todo tipo y muchas bajas. Aunque las cifras no son demasiado seguras, los muertos y heridos se estiman entre dos mil quinientos y tres mil.<sup>57</sup>

En 1890, en cambio, el número de víctimas fatales fue menor pero de todas maneras los daños fueron considerables. El diario de la comunidad británica *The Standard* 

incluía el siguiente relato del segundo día de los enfrentamientos:

En el amanecer del domingo las tropas nacionales... lanzaron otro ataque desesperado a las posiciones revolucionarias en la Plaza Lavalle. Los cañones Krupp, las ametralladoras y los Gatlings se disparaban a un ritmo terrible y se sucedían ráfagas... desde las cinco de la mañana hasta las nueve y media. El trabajo de la muerte era aterrador y cientos de espectadores fueron bajados mientras observaban desde sus balcones o terrazas. Balas de cañón afectaron todas las casas cerca de las Cinco Esquinas y en el circuito entre Lavalle, Retiro, y Esmeralda y Paraná.

Pero la actitud de la población dejaba perplejo al observador:

El rasgo más notable de todo era la total ausencia de miedo demostrada por la gente; los hombres estaban reunidos en pequeños grupos discutiendo la situación las mujeres charlaban en la puerta; los chicos jugaban en la calle como siempre... No sé si es que su excitación era tan grande que eran incapaces de demostrarla, pero el comportamiento de la gente era más el de una muchedumbre esperando una procesión que el de una nación atravesada por la angustia de una revolución.58



A pesar de la violencia desplegada, la gente de la ciudad no parecía percibir el peligro que según el relator la acechaba de cerca. La representación que los porteños tenían de la revolución sin duda difería de la del observador extranjero. Para ellos, el episodio se enlazaba con las otras experiencias similares de su propio pasado y de la tradición de la ciudad, lo que lo convertía en familiar v poco amenazante. El porqué de esa percepción sique siendo una cuestión a dilucidar pues, sin ir mas lejos, sólo diez años antes los porteños habían sufrido los sucesos del 80 que dejaron muchas víctimas. Lo cierto es, sin embargo, que esa actitud que llamó la atención del relator de The Standard puede conectarse con una especie de naturalidad con que otros testimonios de época se refieren a esa y a otras revoluciones.

Esta "naturalidad" con que se percibía la violencia revolucionaria no implicaba que en algunos círculos no se la condenara duramente y se buscara eliminarla del panorama político. Mientras que en 1852 desde el propio gobierno del Estado de Buenos Aires se fomentaba el mito revolucionario y se exaltaba la figura del ciudadano en armas, dos y tres décadas más tarde el gobierno nacional condenaba las revoluciones, pretendía desarmar al ciudadano y buscaba consolidar la fuerza del Estado y sus instituciones. La recurrencia de los levantamientos por un lado muestra la pervivencia de una tradición y un imaginario en Buenos Aires, pero las sucesivas derrotas marcan también hacia dónde terminaría marchando la historia.

## Revolución y civilización

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Buenos Aires experimentó un profundo proceso de transformación social, económica y cultural. Su población se multiplicó varias veces hasta alcanzar casi medio millón de habitantes en 1895, más de la mitad de los cuales eran inmigrantes de distintos lugares de Europa.

El crecimiento económico y la modernización material fueron vertiginosos. Cambiaron las relaciones sociales, los hábi-



tos y las costumbres. La vida política se complejizó; la ciudad se convirtió primero en sede del gobierno nacional y más tarde en capital de la República, mientras se afianzaba el Estado y se iba perfilando una sociedad civil con creciente autonomía.

En este escenario de cambio acelerado, algunos motivos ideológico-políticos y representaciones colectivas tuvieron fuerte arraigo entre los porteños y alimentaron una cultura política que mantuvo singular continuidad. Ella se articuló fuertemente en torno a a las dos bases fundantes de la legitimidad política en el período: el sufragio y la opinión pública. En ese marco, el topos de la revolución como derecho y la figura del ciudadano en armas formaron parte de una concepción de la política fuertemente republicana en la que la violencia tenía reservado un lugar legítimo.

El ciclo revolucionario de Buenos Aires ofrece un punto de partida para aproximarse a esa dimensión de la cultura política. La revolución de 1852 constituyó un episodio clave de esta historia, en la medida en que se convirtió en cantera de valores, símbolos y representaciones que constituirían un núcleo duro fundante de la tradición política porteña. En ese y los sucesivos levantamientos los protagonistas actuaban en nombre de la libertad y los derechos del pueblo, conculcados por un gobierno despótico. Según la retórica de los revolucionarios era "el pueblo de Buenos Aires" el que se levantaba

por legítimo derecho, más aún, cumpliendo su deber cívico.

En ese contexto, la figura del ciudadano en armas emblematizada en la Guardia
Nacional tuvo un lugar central. Aunque en
los enfrentamientos la intervención del ejército de línea, en uno y otro bando, resultaría el dato fundamental, en las imágenes
colectivas sobresalía el papel de las milicias, exaltadas por su heroísmo y compromiso cívico. La participación más amplia
de la población –el público simpatizante,
los voluntarios, los que se ofrecían para
atender a los heridos y enfermos– constituía un leit motiv de las representaciones
de la prensa.

La violencia que resultaba de la acción revolucionaria se presentaba "limpia", natural, abstracta; la muerte, solemne y honorable. No figuraban la crueldad ni la venganza. Los enemigos eran pares, dignos de respeto y consideración, de ninguna manera "otros". Se pretendía una violencia compatible con la civilidad y la civilización.

Estas imágenes reiteradas en los diarios y en los discursos eran sin duda construcciones destinadas tanto a justificar las revoluciones ante la población y la historia como a constituir a nuevos y viejos seguidores. Tenían una circulación amplia en la ciudad y contribuyeron a alímentar un imaginario político que tuvo cierto arraigo entre la población porteña y formó parte de una identidad republicana propia de la ciudad. Cuán profundo y extendido fue ese arraigo o cómo cambiaron imaginario e identidades a lo largo del tiempo son preguntas que no podemos responder en este estadio de la investigación. Tampoco podemos avanzar en la relación entre estas representaciones y la realidad material de las revoluciones. Pero el panorama trazado muestra la violencia política como condición más que como antítesis de la civilización en el marco de una

cultura política que se quería moderna, progresista, a la altura de los tiempos.

### Notas

- <sup>1</sup> Este artículo ha sido incluido en el libro colectivo editado por Michael Riekenberg, Stefan Rinke y Peer Schmidt (hsg.), Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika im 19. Und 20. Jahrhundert (Stuttgart, Verlag Hanz-Dieter Heinz, 2001). El trabajo se realizó en el marco del proyecto sobre "Ciudadanía política en Buenos Aires, 1850-1890" que cuenta con el apoyo del programa UBACyT de la Universidad de Buenos Aires. En la recolección de materiales de prensa conté con la colaboración de la profesora Graciela Bonet.
- <sup>2</sup> Carlos Malamud, "The Origins of Revolution in Nineteenth-Century Argentina", en Rebecca Earle (ed.), Rumours of Wars: Civil Conflict in Nineteenth-Century Latin America. Londres, 2000.
- <sup>3</sup> Tulio Halperín Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina, 1960-1985", en *Desarrollo Económico*, N° 100, 1986; Hilda Sabato, "Historia política, historia intelectual: viejos temas, nuevas ópticas", en Marco Palacios (comp.), *Siete ensayos de historiografía*, Bogotá, 1995.
- <sup>4</sup> John Keane, Reflections on Violence, Londres, 1996, p. 19 [traducción de H.S.].
  - <sup>5</sup> La Nación, 6 de febrero de 1890.
- <sup>6</sup> Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina (1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. XLV.
- <sup>7</sup> Véase, entre otros, T. Halperín Donghi, Proyecto y construcción, María Saénz Quesada, El Estado rebelde. Buenos Aires entre 1850-1860, Buenos Aires, 1982; James Scobie, La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina (1852-1862), Buenos Aires, 1964; Carlos Martínez, Alsina y Alem. Porteñismo y milicias, Buenos Aires, 1990; Alberto Lettieri, La república de la opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862. Buenos Aires, 1999 y "«La república de la opinión». Poder

político y sociedad civil de Buenos Aires entre 1852 y 1861", en *Revista de Indias*, vol. LVII,  $N^{\circ}$  210, 1997

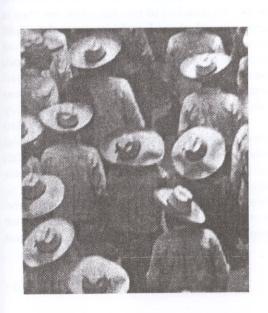
- <sup>8</sup> Los Debates, 12 de junio de 1852, cit. por A. Lettieri, La república de la opinión, p. 39.
  - 9 A. Lettieri, La república de la opinión.
- $^{\rm 10}$  T. Halperín Donghi, Proyecto y construcción.
- <sup>11</sup> A. Lettieri, La república de la opinión, pp. 61 y 62.
- <sup>12</sup> Sobre la revolución de 1874, véase Félix Armesto, Mitristas y alsinistas, Buenos Aires, 1969; José C. Campobassi, Mitre y su época. Buenos Aires, 1980; A. Lettieri. La República de las instituciones, Buenos Aires, 2000; Julio A. Noble, Cien años, dos vidas, Buenos Aires, 1960; Exequiel Ortega, ¿Quiera el pueblo votar?, Bahía Blanca, 1963; Adolfo Saldías, Buenos Aires, 1988, vol. III; Miguel Ángel Scenna, "1874: Mitre contra Avellaneda", en Todo es Historia, N° 167, 1981.
  - 13 La Nación, 2 de septiembre de 1874.
- <sup>14</sup> Bartolomé Mitre, *Arengas*. Buenos Aires, 1889, p. 490.
  - 15 La Tribuna, 27 de septiembre de 1874.
- <sup>16</sup> A. Saldías, Buenos Aires en el Centenario, t. III, p. 119.
- 17 Sobre la revolución de 1880, véase, entre otros, T. Halperín Donghi, Provecto v construcción, A. Lettieri, La república de las instituciones, J.A. Noble, Cien años, dos vidas: A. Saldías, Buenos Aires en el Centenario, t. III: Natalio Botana, "1880: la federalización de Buenos Aires", en Gustavo Ferrari y Ezeguiel Gallo (coords.), La Argentina del 80 al Centenario, Buenos Aires, 1980; N. Botana y E. Gallo, De la república posible a la república verdadera (1880-1910). Buenos Aires, 1997; Carlos Heras, "Presidencia de Avellaneda", en Academia Nacional de la Historia, Historia argentina contemporánea, vol. 1, Buenos Aires, 1965: Isidoro Ruiz Moreno. La federalización de Buenos Aires, Buenos Aires, 1986.
  - 18 La Nación, 12 de junio de 1880.
  - 19 La Nación, 3 de junio de 1880.

- <sup>20</sup> La Nación, 3 de junio 1880.
- <sup>21</sup> Existe una amplia bibliografía sobre la revolución de 1890. Menciono aquí los que me han resultado más útiles para este trabajo: Paula Alonso. Entre la revolución y las urnas. Los origenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90, Buenos Aires, 2000. N Botana, El orden conservador, Buenos Aires 1977; N. Botana y E. Gallo, De la república posible: Roberto Etchepareborda, Tres revoluciones: 1890-1893-1905, Buenos Aires, 1968: C Malamud, "La restauración del orden. Represión v amnistía en las revoluciones argentinas de 1890 y 1893", en Eduardo Posada Carbó (ed.), In Segr. ch of a New Order: Essays on the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America Buenos Aires, 1998; J.A. Noble, Cien años, dos vidas; Luis Sommi, La revolución del 90, Buenos Aires, 1958; Álvaro Yunque, Leandro N Alem. El hombre de la multitud, Buenos Aires 1953. Para bibliografía adicional, véase Carlos Giacobone, Manual bibliográfico sobre la Unión Cívica Radical, Buenos Aires, 1989.
- <sup>22</sup> Francisco Barroetaveña, "Tu quoque juventud!!", en *La Nación*, 20 de agosto de 1889.
  - <sup>23</sup> La Nación, 15 de abril de 1890
- <sup>24</sup> "Manifiesto revolucionario", *La Nación*, 1 de agosto de 1890.
- <sup>25</sup> Esta hipótesis ha sido desarrollada por P. Alonso, Entre la revolución y las urnas. Véase, también, N. Botana y E. Gallo, De la república posible; C. Malamud: "La restauración del orden", e Hilda Sabato, "La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?", en Punto de Vista, N° 39, 1990.
- <sup>26</sup> Eduardo Gutiérrez, La muerte de Buenos Aires, Buenos Aires, 1959.
  - <sup>27</sup> B. Mitre, Arengas, p. 490.
- <sup>28</sup> La Tribuna, citado por M.Á. Scenna, 1874, p. 25.
  - <sup>29</sup> Don Quijote, 27 de agosto de 1890.
  - 30 La Nación, 1 de agosto 1890.
- <sup>31</sup> Aunque Mitre había viajado en vísperas de la Revolución, su figura apareció desde el comienzo asociado a ella.
- <sup>32</sup> Elías Palti, "La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado

- nacional", en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Doctor Emilio Ravignani", 3a. serie, N° 21, 2000, pp. 86-87.
  - <sup>33</sup> Ídem, p. 91.
- <sup>34</sup> Tulio Halperín Donghi, Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla, México, 1972, e Historia argentina. De la revolución de independencia a la confederación rosista, Buenos Aires, 1972; Orestes Carlos Cansanello, "Las milicias rurales bonaerenses entre 1820 y 1830", en Cuadernos de Historia Regional, № 19, 1998; A. Lettieri, La república de la opinión, pp. 58 y ss.
- <sup>35</sup> Le Mercier de la Rivière fue el primero en usar, en 1775, la expresión "garde nationale" para referirse a una fuerza armada ciudadana. Véase Pierre Rosanvallon, Le sacré du citoyen. Histoire du suffrage universel en France, París, 1992, p. 92.
- <sup>36</sup> J. Keane, *Reflections*, pp. 45-48, y Daniel Deudney, "The Philadelphian system: sovereignty, arms control, and balance of power in the American states-union, circa 1787-1861", en *International Organization*, 49, 2, 1995, pp. 191-228.
- <sup>37</sup> P. Rosanvallon, *Le sacré du citoyen*, pp. 91-94. La cita es de la p. 92.
- <sup>38</sup> A. Lettieri. La república de la opinión, p.62, nota 46.
- <sup>39</sup> Véase, entre otros, M. Sáenz Quesada, *El Estado rebelde*, C. Martínez, *Alsina y Alem*; A. Lettieri, *La república de la opinión*.
- <sup>40</sup> La Tribuna, 9 de noviembre de 1853, cit. por C. Martínez, Alsina y Alem, p. 20.
  - <sup>41</sup> C. Martínez, Alsina y Alem, p. 32.
- <sup>42</sup> La Tribuna, 28 de julio de 1853, cit. por C. Martínez, Alsina y Alem, p. 21.
- <sup>43</sup> Augusto Rodríguez, Reseña histórica del ejército argentino (1862-1930), Buenos Aires, 1864; Julio Núñez, La Guardia Nacional de Buenos Aires. Datos para su historia, Buenos Aires, 1892.
- <sup>44</sup> Hilda Sabato, La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires (1862-1890), Buenos Aires, 1998, p. 133.

- 45 La Nación, 1 de agosto de 1890.
- <sup>46</sup> Sobre la importancia de la opinión pública en esas décadas, véase A. Lettieri. La república de la opinión; H. Sabato, La política en las calles; E. Palti, "La Historia de Belgrano".
- <sup>47</sup> Lo opuesto ocurría, por supuesto, con la prensa oficialista, que denunciaba el carácter provocador de los diarios y proclamaba el rechazo de la opinión y del público a cualquier acción armada.
- <sup>48</sup> H. Sabato, La política en las calles, cap. 5.
- <sup>49</sup> E. Gutiérrez, La muerte de Buenos Aires, pp. 64-65.
- 50 Los diarios publicaban mucha información sobre el particular. Por ejemplo, para 1880 ver el mitrista La Nactón de junio.
- <sup>51</sup> Esta situación se dio sobre todo en las revoluciones de 1880 y 1890 en que los hechos de armas tuvieron lugar en la propia ciudad dando por resultados cientos sino miles de víctimas.
- <sup>52</sup> Al respecto, véase los recientes libros de J. Keane, Reflecions on Violence, y Arno Mayer, The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions, Princeton, 2000.
  - 53 A. Mayer, The Furies.
- <sup>54</sup> Jose Luis Bustamante, Memorias sobre la Revolución del 11 de septiembre de 1852, Buenos Aires, 1853, p. 180.
- <sup>55</sup> En un intento por definir la violencia, Keane la caracteriza como "a relational act in which the object of violence is treated, involuntarily, not as a subject whose «otherness» is recognized and respected, but rather as a mere object potentially worthy of bodily harm, or even annihilation", J. Keane, Reflections on Violence, p. 67.
- <sup>56</sup> En el mismo sentido ver las reflexiones de Rebecca Earle en la introducción al libro compilado por ella: *Rumours of War*, p. 3.
  - <sup>57</sup> N. Botana, "1880", p. 116.
- <sup>58</sup> The Standard, 31 de julio de 1890 [traducción de H.S.].

# **Entrevistas**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

## Historia y teoría: una historia inglesa. El testimonio de Gareth Stedman Jones\*

o podría decir cuando decidí por primera vez que quería ser historiador. Hasta donde recuerdo, me gustaban las cosas antiguas: libros, muebles, casas, calles antiguas, la vida de la gente en el pasado. Un poco después -ya adolescente- tenía la ambición poco específica de convertirme en escritor. Fue más tarde que decidí, en un sentido más explícito, ser historiador. Pero la gravitación hacia la historia siempre había estado presente y, en este sentido, la elección no fue difícil: la historia se eligió a sí misma. Nunca imaginé que poseía las aptitudes o el temperamento de un poeta o de un novelista. En el caso de la poesía, recién cuando era adulto descubrí su poderosa capacidad de transmitir ideas. Las novelas suponen demasiada intervención, de uno mismo y de otros, demasiada transgresión de la frontera entre lo público y lo privado. El proceso de reunir información y construir la historia era una forma de escritura creativa, pero sin esas desventajas y, además, desde mi niñez la historia -todas las formas de historia- me ha fascinado. De manera más prosaica, descubrí que se trataba de una materia académica y que eso era positivo. También hubo razones negativas y, con el paso del tiempo, las alternativas se volvieron menos atractivas. En 1960, yo aspiraba a con-

vertirme en periodista e involucrarme en la redacción de un semanario de izquierda de calidad. Nuestro modelo era en esos tiempos el France Observateur. Pero nuestros esfuerzos por sacar un periódico como ése en 1971 se orientaron en la práctica a un periodismo convencional e incluso encontraron poco atrayente la política partidaria. Otra posibilidad era encarar una carrera como autor independiente, pero estaba mal preparado para ello. Mi falta de habilidad para abandonar una pregunta hasta que no hubiera explorado exhaustiva y satisfactoria-

mente su significado no resultaba una coincidencia feliz con la observancia profesional de fechas de entrega o con la obtención de un ingreso razonable.

Por cierto estas consideraciones tuvieron su peso a la hora de asumir la historia como vocación. Pero hay también otra razón menos relacionada



<sup>\*</sup> Tomado de Historein, vol. 3, 2001

con mi trayectoria personal que con la sociedad y la cultura en la que crecí. Si, como suele decirse, los grandes generales no se hacen en tiempos de paz, también puede decirse que los grandes políticos no se hacen generalmente cuando la actividad principal es resistir o manejar el declive. En una cultura a la defensiva, las ideas novedosas eran una nueva fuente de amenaza. Para los progresistas, la política británica posimperial había sido la mayor parte del tiempo sino desastrosa, en el mejor de los casos poco inspiradora, desmoralizadora y desagradable Ser un historiador era un modo de tener una perspectiva más amplia, o de preservar un tipo de libertad espiritual y de aferrarse a algo que usualmente se pierde después de la juventud -la curiosidad sobre otros países. otras culturas, otros tiempos más allá de las demandas inmediatas-. Durante los días más oscuros de la señora Thatcher compartía una broma recurrente con Raphael Samuels, mi viejo amigo y colega historiador: decíamos que si no podíamos cambiar el mundo, al menos podíamos aspirar a entenderlo.

Nací el 17 de diciembre de 1942 y el mundo en el que fui criado -la Gran Bretaña de los años 40 y 50- era profundamente diferente de la Gran Bretaña que podría visitarse hoy en día o, al menos, la de las grandes ciudades y de los importantes centros culturales más accesibles a los visitantes extranjeros. Ese mundo estaba a punto de sumergirse (pero no obliterarse) por los cambios de los años 60. Como proclamara una vez el poeta Philip Larkin, el "intercambio sexual" comenzó en 1963 -un modo gnómico y hasta cierto punto malhumorado de trazar la línea entre un mundo viejo y uno nuevo-. Esta exposición confirma el aserto de Larkin. Desde entonces los cambios ocurridos en la concepción que Gran Bretaña tiene de sí misma y de su relación con el resto del mundo han continuado siendo un

problema mayúsculo e irresuelto de la política británica. La neurosis nacional sobre la relación de Gran Bretaña con Europa es sólo su manifestación más obvia. Vivir a través de estos cambios y en cierta forma tratando de encarnarlos, pero siempre con la sensación de nadar contra la corriente de un pasado todavía potente, era estimulante pues siempre una suerte de impaciencia y a vestica de su pasado todavía potente, era estimulante pues siempre una suerte de impaciencia y a vestica de su positivo de la política de la polític



ces de ansiedad ha impulsado la imaginación histórica. La buena historia es en sí misma el producto de una coyuntura histórica particular. La derrota de la rebelión



La derrota de la rebelión jacobita en 1745 y el sombrío contraste entre la sociedad escocesa de las tierras bajas y de las tierras altas durante el siglo XVIII

fueron dos de los catalizadores de las grandes historias conjeturales del Iluminismo escocés, desde Hume y Smith hasta Ferguson y Millar. La Gran Bretaña contemporánea provee un sentido menos épico y más cómico de la yuxtaposición de pasado y presente. Como Austria-Hungría antes de la Primera Guerra Mundial, el Reino Unido contemporáneo es una de las dos monarquías imperiales -la otra es Japón- que han sobrevivido hasta el nuevo milenio. Provee un suelo siempre fértil para reflexionar sobre el "presente histórico". Puesto que resulta dificil evitar el extraño contraste entre la alegre, aunque nerviosa, proclamación de una nueva Gran Bretaña sin historia, en medio de la amenazadora presencia de un pasado imperial todavía vivo, severo y a veces vengativo.

Permítaseme ser más específico sobre los cambios que tengo en mente. La divisoria realmente importante en la historia británica moderna no es, como podría esperarse, la muerte de la reina Victoria en 1901, 1911 (la primera exhibición posimpresionista en Gran Bretaña, el inicio para Roger Fry del comienzo del mundo moderno) o las guerras mundiales de 1914-1918 y 1939-1945. Esos cambios ocurrieron precisamente en la época de la que estoy hablando, en los comienzos de los años 60.¹ Para ponerlo de otro modo, había mayor similitud entre las décadas de 1870 y 1950 de la que hay entre la década de 1950 y la actualidad.

La Primera Guerra Mundial produjo la inclusión política de las mujeres, la emergencia del laborismo y el final del patrón oro. Pero las líneas principales en la sociedad británica continuaron siendo aquellas establecidas firmemente alrededor de la década de 1870. El patrón demográfico predominante y los valores familiares que lo acompañaban, que involucraban roles generacionales y sexuales claramente demarcados y bajas tasas de ilegitimidad y divorcio, se consolidaron en esos años. Desde entonces y hasta la década de 1960 hubo un continuo declive de las tasas de criminalidad. Los observadores europeos estaban impresionados por la "paz social" que reinaba en el corazón de las zonas industriales inglesas y fuera de los barrios bajos. Solía decirse que el policía era considerado más una figura graciosa que amenazante: piénsese en los torpes policías de Agatha Christie o de Doroty Savers o la decencia pedestre de Jack Warner, el primer policía de televisión británico, en la serie "Dixon of Dock Green". Las tendencias dominantes en Gran Bretaña fueron el crecimiento de un mercado global de alimentos que abarató la canasta familiar, la crisis y el declive de las viejas industrias básicas (pero bien lejos del sudeste), el despoblamiento del campo y el retroceso de las clases terratenientes. Estos procesos fueron acompañados por la continua expansión de las poblaciones urbanas y suburbanas, el crecimiento de las grandes cadenas de venta al por menor, de villas turísticas, de las casas sin sirvientes y de patrones crecientemente homogéneos de cultura y ocio de masas. Dos guerras mundiales reforzaron pero no afectaron la dirección del cambio. Gran Bretaña no experimentó el fascismo o la ocupación extraniera. Sus industrias no fue-

ron desmanteladas ni destruidas.

No hubo disrupción en el funcionamiento de las instituciones políticas británicas.

En algunos relatos, el período que termina en 1960 es descripto como una época de creciente individualismo y pluralismo. Mi propia memoria de los años 50 y en la fase final de esta época es menos

benigna. Cuando lo contrasto con el presente, mi recuerdo principal es cuán represiva v conformista era esa cultura. A pesar de que existían instancias de creciente libertad e individualidad, particularmente cuando se mira esta época desde la perspectiva de la historia de las mujeres, no fue ésa mi experiencia. En mi memoria, los años 50 fueron, sino el apogeo, el final del verano de varias formas de colectivismo conservador e imperial: la escuela privada, clubes de campo, el de "Season and Debs", la proliferación de clubes de viejos amigos, un culto renovado a la monarquía y de algo que los historiadores han llamado "tradiciones inventadas". Era un período en el que todavía era cierto, como Joseph Schumpeter había enfatizado medio siglo antes, que el imperio proveía continuamente fuentes de poder, riqueza y prestigio a la aristocracia.2 Asimismo el imperio reforzaba el culto a la masculinidad y a formas viriles de la virtud. Ofrecía un espacio en el que pudieron florecer nuevas formas de autoritarismo, tanto en la escuela como en la familia, el lugar de trabajo, el regimiento o el campo de deporte.

Después del juicio a Oscar Wilde en 1895 y hasta los años 50, la homosexualidad fue encerrada en el placard. Más aún, en 1953, en el momento de la coronación, el comienzo de otra edad isabelina se caracterizó por una renovada persecución a los homosexuales. El asunto del divorcio forzó la abdicación de Eduardo VIII en 1938, como había arruinado una vez el movimiento de autodeterminación irlandés durante el caso del divorcio de Parnell; e incluso en los años 50 no se le permitió a la hermana de la reina casarse con un hom-



bre divorciado. Una serie de horrendos ajusticiamientos reivindicados con entusiasmo por el sádico jefe de Justicia, lord Goddard, y

completamente respaldados por una sucesión de secretarios del Interior conservadores, enfatizó la centralidad de la pena capital en el sistema de justicia británico. El castigo corporal se permitía tanto en las cortes como en las escuelas. Las madres adolescentes o solteras todavía podían ser encerradas. Los "niños problemáticos" de los barrios pobres eran todavía enviados a los dominios blancos de ultramar sin compensación; los "deficientes mentales", una acuñación de la época, carecían de derechos constitucionales. Una mezcla entre imperialismo e ideas darwinistas sobre la evolución produjeron esquemas brutales y autoritarios en nombre de la higiene de la raza y la adecuación al imperio.

Muchos de esos esquemas no llegaron a perdurar y no quiero exagerar su impacto. Simplemente estoy tratando de describir un mundo en el que las campañas a favor de diferentes formas de modernización tenían sentido real. Por modernización no me refiero a su sentido presente, desgastado y degradado -la retórica intimidante del gerenciamiento de línea, transmitido incesantemente de arriba hacia abajo-. Modernización se refería entonces al desafío al mundo de religión compulsiva y de cuerpos de cadetes obligatorios en las escuelas. al castigo corporal y a la pena capital, al conjunto de códigos represivos de gobierno de la moral, la etiqueta y el vestido. Ésta es la atmósfera en la que 1956 marcó algún tipo de cambio.

Como comenté al comienzo, no puedo pensar realmente en los inicios de mi propio interés por la historia, pero sé que a los diez años podría haber recitado la lista completa de reyes y reinas de Inglaterra, Francia y el Sacro Imperio Romano, y podría haber llegado al menos a la mitad de la lista de faraones y emperadores romanos. Tenía una obsesión por los nombres, las fechas y los linajes (por supuesto no era ésta una base suficiente para el oficio de historiador, pero tal vez, a pesar de todo, una de sus precondiciones más descuidada y rudimentaria.)

No estoy seguro de dónde provenía esta preocupación. Pero yo la conecto con los estudios de mi padre. Mis dos padres vivían en un mundo de libros. Mi madre era –y todavía es– una voraz lectora de novelas. Mi padre era profesor de literatura inglesa y un aspirante a escritor. Era un entusiasta del siglo XVIII y el doctor Johnson era su héroe. Pero incluso bastante antes de que me diera cuenta de sus intereses específicos, la amplia colección de libros de su estudio se volvió un objeto de fascinación para mí. Además de diccionarios y enciclopedias, edicio-

nes del club del libro, clásicos estándar de la literatura inglesa y libros para niños que sobrevivieron a la infancia de mis padres, hahía también una colección de libros viejos, la mayoría de ellos del siglo XVIII. En particular estaba la colección completa de la revista London, entre las décadas de 1720 y 1790. Aunque suene extraño, disfrutaba enormemente levendo esos volúmenes, o al menos secciones de ellos que de un número a otro seguian la historia de diferentes países. Se conectaba con mi fascinación por los linajes y era reforzada por otras series viejas, del tardío período victoriano, llamadas Stories of the Nations, que hallé en la biblioteca de mi escuela. Me intrigaban particularmente los Estados balcánicos, Serbia, Bulgaria y Rumania, y su emergencia a la vida como naciones a través de su lucha con los turcos.

Mi padre nació y creció en el sur de Gales. Por tradición y por reputación, los galeses, como los escoceses (y a diferencia de los ingleses), reverencian el aprendizaje y la educación; y eso me fue transmitido. Recuerdo a mi padre, cuando yo tendría doce o trece años, incentivando mi curiosidad con un pasaje de David Copperfield de Charles Dickens. Era un pasaje relativo al tiempo en que el joven David se alojaba con un desagradable padre adoptivo llamado míster Murdstone que era un evangelista frío y sombrío. El único solaz de David era un estante de libros en su dormitorio, con volúmenes de Fielding, Smollett, Sterne y otros novelistas del siglo XVIII. Mi padre me asignó la tarea de leer esas novelas, lo que hice -en su mayoría al menos-. Pero mi real entusiasmo, a partir de ese encuentro, fue por el

> propio Dickens. Así, si no puedo responder

la pregunta sobre por qué me convertí en historiador, puedo ciertamente explicar por qué me convertí en un historiador del siglo XIX. Dickens me inspiró, tanto por su sentido visual de la historia, de paisajes urbanos abigarrados, poblados con una extraordinaria variedad de individuos, cada uno con sus diferentes pasiones y preocupaciones privadas e idiosincráticas; como de un sentido de la historia como drama moral -más aún. como melodrama- en la que los hilos secretos unían en un destino común y no anticipado las vidas de los más bajos y los más elevados. Después de Dickens, nunca perdí el hábito de preguntarme por la ciudad moderna como un artefacto inmenso, aparentemente privado y anónimo, cuvos ritmos subterráneos, interconexiones y significados. el historiador, como el novelista o el detective, podía traer gradualmente a la luz.

A los trece años, asistí a la escuela St. Paul, que era –y todavía es– una escuela privada diaria londinense de excelencia académica; había sido una vez la escuela Catedral, refundada por Dean Colet, un amigo de Erasmo, y desde entonces una escuela de renombre en clásicos. A pesar de que estudié latín y griego, lo más importante acerca de la escuela fue el impacto que tuvieron sobre mí dos destacados profesores, de historia y de francés.

El profesor de historia, Phillip Whitting, poseía un sorprendente conocimiento histórico que iba desde Bizancio hasta Federico el Grande. Sus "notas" eran legendarias, nunca algo que pudiera hallarse en un libro de texto, y con una concepción de la historia alimentada con historias poco familiares y hechos intrigantes. Todavía no puedo, por ejemplo, pensar en el arzobispo Laud sin recordar su pasión por "Cyprian Cats". Tampoco puedo mirar los retratos de Richelieu sin recordar su constante incomodidad y el espantoso hedor de su presencia física. No

sé cuáles eran las orientaciones políticas de Phillip Whitting. Ciertamente no pertenecía a la izquierda, pero disfrutaba en la escuela de una reputación de subversivo en parte porque no ocultaba su falta de creencias religiosas, y en parte por su escepticismo acerca de los esfuerzos por continuar con el imperio británico en África: "el autogobierno", insistía cuando el tema surgía, "es siempre mejor que el buen gobierno". Otra críptica clave que nunca seguí. Lo recuerdo alentándome para que leyera la edición en cuatro volúmenes de Mente y sociedad de Vilfredo Pareto, que estaba guardada en la biblioteca de la escuela.

El profesor de francés, F.S. Parker, también era ácido acerca del presente. Pero no solamente encendió mi entusiasmo por la literatura francesa desde Molière hasta Proust. También me mostró un panorama del modernismo literario como un cuerpo de literatura que cualquiera con alguna intención de decirse educado debía esforzarse por dominar. Ambos profesores y uno o dos de mis compañeros de escuela fueron importantes en mi desarrollo personal, particularmente después de 1956.



1956 marcó un punto de inflexión. La expedición a Suez y el levantamiento en contra de la Unión Soviética en Hungría hicieron que me interesara seriamente en política. Me uní a la re-

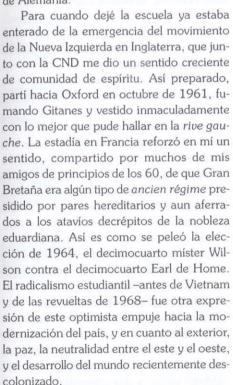
cién fundada Campaña por el Desarme Nuclear; en los tiempos que siguieron a Suez, modernismo y protesta parecían ir juntos. Cada semana, disfrutaba del criticismo teatral de Kenneth Tynan en el Observer, comencé a seguir el nuevo drama en la corte real y leí Psicopatología de la vida cotidiana de Freud. 1956 también fue testigo de los primeros portentos de la cultura juvenil

que florecería en los años 1960. Todavía recuerdo el sentido de libertad cuando por primera vez cambié mi chaqueta sport, pantalones de montar de sarga y pañuelo al cuello por un par de jeans americanos; también cuán agradecido me sentí cuando pude abandonar la lucha desigual por tratar de dominar el vals y el fox-trot, y me incliné en cambio por "Zapatos de gamuza azul" y otros nuevos y sorprendentes números del rock and roll de Estados Unidos, que por ese tiempo sólo podía escucharse en las rocolas de los cafés.

Pero era Francia, y no Estados Unidos el país que capturaba mis intereses intelectuales. Inicialmente inspirado por mi profesor de francés, comencé a leer novelas francesas -Stendhal, Balzac, Flaubert, Proust. Gide- y me interesé por el París del impresionismo y del art noveau. Yo no era muy original en esta identificación con lo francés. Era una expresión de una división totalmente existente entre "atletas" v "estetas" que se había originado en el desdén de una minoría por los valores que resaltaban los aspectos viriles, militares y cristianos practicados en las escuelas públicas entre las décadas de 1870 y 1960. Para mí representaba un tipo de distanciamiento de la cultura inglesa que traté de describir al principio de este ensayo. Una manera de escapar al abrazo de esa cultura era, como lo expresara alguna vez Richard Cobb,3 encontrar una segunda identidad: si no pretender ser francés, al menos identificarme con la tradición cultural francesa. En mi caso, incluso antes de transformar mis reacciones en una posición estética consciente, las vacaciones en el continente me habían llevado va a identificar a Francia con un cierto estilo y sofisticación ausente en los británicos. El cine de la nouvelle vague unos años más tarde no hizo más que confirmar este sentido de superioridad continental en el arte de vivir y

en el arte de crecer. Leer historia v literatura francesas profundizó esta identificación, y tal era mi entusiasmo que cuando dejé la escuela me fui a vivir seis meses a París. Un amigo de la familia me consiguió un trabajo en Agence France Press. Trabaiaba entre las seis de la tarde v la media noche. Durante el día, comencé a leer a Sartre y Les Temps Modernes, y frecuentaba Chez Maurice, un café asociado con la batalla del FLN por la indepen-

dencia de Argelia, junto con otros jóvenes bohemios de izquierda de Estados Unidos y de Alemania.<sup>4</sup>



Mis intereses se centraban primariamen-



te en este orden posimperial emergente v mis primeros escritos sistemáticos fueron sobre lo que pronto sería llamado el Tercer Mundo. Fui absorbido por la economía del desarrollo y elegí todos los temas de economía que pude para mis finales de historia. Según creía entonces, la historia ofrecía visiones infinitamente variadas del desarrollo y del subdesarrollo y de las interconexiones entre economía v cultura. También segui estas cuestiones en las más estimu-

lantes revistas históricas del momento: Annales y Past and Present. Estas preocupaciones no me predisponían a interesarme en la cultura filosófica local durante mis años de estudiante en Oxford, con la excepción de un breve entusiasmo por la filosofía del tardío Ludwig Wittgenstein inspirada por el libro de Peter Winch, The Idea of a Social Science.<sup>5</sup>

Investigando como estudiante, mi fascinación por el crecimiento de las ciudades del Tercer Mundo me llevó a interesarme en el desarrollo económico y social de Londres y París en el siglo XVIII. Visualmente, me inspiraba en las miradas románticas de la vida en las calles parisinas de la década de 1840 que encontré en Les Enfants du paradis de Marcel Carne, regularmente exhibido en el cine La Scala de Oxford. Siguiendo la sugestión de Edward Thompson o de Richard Cobb, recordé leer el estudio pionero de Louis Chevalier, Classes laborieuses et classes dangereuses. 6 Fue una de mis más tempranas inspiraciones en mi aproximación al Londres victoriano. Como los historiadores de Annales, y como algunos de los historiadores económicos en Inglaterra, me entusiasmaban las ocultas regularidades

del clima, las cosechas y los ciclos comerciales como invisibles constreñimientos del mundo de la política y de la cultura. Por estas razones busqué como supervisor al luego profesor de economía Hrothgar Habakkuk, que había escrito sobre las relaciones entre vivienda y ciclos de migración en la economía atlántica del siglo XIX.7 Por razones similares, me fascinó el estudio de Robin Matthews del ciclo de comercio en la década de 1830 y por el temprano trabajo de Simon Kuznets sobre mercados de trabaio.8 Esto avuda a explicar la concentración en mi disertación doctoral sobre el funcionamiento del mercado de trabajo ocasional victoriano, publicado como Outcast London en 1971.

Otra razón que tuve para embarcarme en este tema de investigación fue responder la pregunta sobre la historia política del siglo XIX. ¿Por qué había votado el electorado británico tan abrumadoramente a favor del libre comercio en 1906, cuando sesenta años antes, durante el período cartista, el



radicalismo popular había considerado el liberalismo económico aparentemente con tanta hostilidad? En otras palabras ¿por qué y cómo el liberalismo se transformó en una causa popular? ¿Qué elementos daban cuenta de este cambio político y cultural que ocurrió

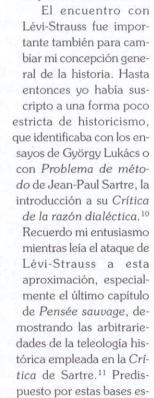
después de 1850? Fue para responder esta pregunta que comencé originalmente a planear mi tesis en torno al éxito del best-seller de Samuel Smiles Self Help.

Pero una vez embarcado en la investigación, el propio material primario me persuadió de que una indagación sobre el éxito de Self Help sería menos interesante, que una exploración de aquellas regiones y ocupaciones de la economía de mediados de la era victoriana en la cual sus prescripciones no pudieron echar raíces. Más precisamente. el Londres victoriano y, sobre todo, las enormes concentraciones de subempleo, trabajo domiciliario, trabajo eventual, mendicidad y desorden potencial, a los que los observadores y panfletistas de mediados de la era victoriana se referían como el "outcast London". Mi libro se organizaba alrededor de este contraste entre las realidades económicas de la vida en el Londres pobre y las esperanzas y temores de los políticos y reformadores sociales.

Un tema como éste me dio asimismo la excusa para vivir la mayor parte del tiempo no en Oxford, sino en Londres, que a mediados de los 60 era un lugar mucho más estimulante para vivir. Después de mi graduación, me uní al comité editorial de la Neur Left Review, que en esos tiempos era un cerrado círculo de amigos que contenía un extraordinario ensamblaje de talentos. La reputación intimidatoria de la Review, por su inteligencia y seriedad académica, era parte de su atractivo puesto que, como el resto de mi generación, yo asumía que ser inteligente y pertenecer a la izquierda eran sinónimos. (Fue un verdadero shock para mí en los 80 y 90 encontrarme con que aparentemente la inteligencia se había vuelto uno de los atributos de la derecha.) Pero más importante fue el hecho de que la fama de la Review como publicación políticamente de vanguardia la transformó en un punto de atracción para las nuevas ideas que florecían en Europa y en América del Norte.

De igual significación para mi desarrollo como historiador fue el Nuffield College de Oxford, donde preparé mi doctorado. En Nuffield, conocí a dos antropólogos franceses, Dan Sperber y Pierre Smith, ambos estudiantes de Claude Lévi-Strauss. A través de ellos, me familiaricé no sólo con el trabajo de Lévi-Strauss sino también con el trabajo pionero de Marcel Mauss sobre el intercambio de dones. Este interés en la antropología estructuralista proveería un complemento importante a mi interés por la economía, pues significaba que junto a una aproximación económica a la cuestión del trabajo eventual, podría elaborar una concepción antropológica de la ruptura que se percibía en las relaciones de caridad en el Londres de la media-

na y tardía era victoriana.



tructuralistas fui atrapado por el entusiasmo generado por el trabajo de Louis Althusser, que apareció poco después. <sup>12</sup> Como Lévi-Strauss, Althusser construyó su concepción de la historia en un ensayo sobre las diferentes temporalidades escrito por Fernand

Braudel, el preeminente historiador de Annales (La longue durée). El tiempo histórico no era una corriente única; en lugar de eso existían diferentes temporalidades históricas. Lo estimulante de este trabajo francés era su intento de ir más allá del lenguaie, intelectualmente agotado, del determinismo económico y redescribir una concepción materialista de la historia, utilizando el lenquaje del psicoanálisis, la lingüística, la antropología estructural, la historia de las ciencias y los Annales. Durante esos años -mediados y fines de la década del 60- el entusiasmo por conocer los nuevos desarrollos teóricos franceses -Lévi-Strauss, Braudel, Althusser, Barthes, Foucault, el psicoanálisis y Lacan- eclipsó en parte la oferta local. Yo pensaba que estábamos presenciando un período de extraordinario desarrollo en las ciencias humanas; el desafío era elaborar una concepción de la historia que diera cuenta de esta transformación.

Mi interés por Francia era probablemente excepcional entre los historiadores ingleses, pero mis amigos de Oxford y yo creíamos estar empujando las fronteras de la historia. Si yo tenía la fantasía de que era posible construir alguna versión estructuralista de l'histoire totale, otros se inspiraban en las ideas de la "historia desde abajo", en la aproximación cuantitativa a la historia demográfica o a la historia de las estructuras sociales, en el uso histórico de la sociología o de la antropología social, o en las formas pioneras de la historia oral. Todas estas preocupaciones diversas se englobaban bajo la vaga pero conveniente denominación de "historia social" –un espectro de métodos y aproximaciones unidas principalmente por la común ambición de romper los estrechos límites de la historia política y constitucional-. Alrededor de 1966, Raphael Samuel, Tim Mason y yo creamos el Seminario de Historia Social en el que se expresaron es-



tas ambiciones. Nos reunimos intermitentemente por espacio de unos cuatro años en el St. Anthony's College.

Nuestras ambiciones no estaban confinadas a la esfera de la más elevada investigación. Éstos fueron también los años de los primeros talleres de historia, organizados por Raphael Samuel y los estudiantes de historia del Ruskin College de Oxford, Ruskin era una institución a cuyo mantenimiento contribuían ampliamente los sindicatos, y que se pretendía dirigida a estudiantes maduros que hubieran dejado la escuela a los quince años sin una calificación educacional formal. Los talleres eran innovadores en dos sentidos. En primer lugar, por su forma: historiadores profesionales de Oxford y de otras instituciones compartían el estrado con historiadores de Ruskin que presentaban trabajos de investigación -algunos de los cuales resultaban tan convincentes como los de los académicos establecidos-. En segundo lugar, por su contenido: antes que en cualquier otro lugar en Gran Bretaña se discutieron interrogantes históricos sobre el movimiento de las mujeres, la discriminación y las tensiones raciales, así como sobre la infancia y los deseos de los niños, e incluso aquellas cuestiones supuestamente más predecibles como las de la historia del trabajo asumieron formas poco familiares cuando se las enmarcó en la más amplia problemática de la cultura popular o se las sometió al cuestionamiento antiautoritario de los años 60

Algunos de los componentes de mi renovada concepción de la historia eran ya visibles en un ensayo publicado en 1967 en la New Left Review. <sup>13</sup> Hoy me resulta un ensayo dificil de releer, no sólo por su estilo arrogante sino también por la sustancia de su ar-

gumento, que había olvidado por completo. El tema dominante del ensayo derivaba claramente de lo que era entonces una postura compartida en la Review: que el defecto de la escritura histórica inglesa había sido su falta de contacto con una tradición sociológica clásica comparable a aquella representada en Alemania por Max Weber. Este argumen. to había formado parte del agresivo diagnóstico hecho por la Review sobre el malestar de la cultura inglesa. Las letras inglesas no tenían a Karl Marx o a Max Weber; estaban todavía atadas a un linaje intelectual empirista e intelectualmente pobre que había comenzado con John Locke y terminado en la complacencia política e intelectual de la filosofía de Oxford en los años 50.

La parte más fuerte y distintiva de este ensayo contenía una discusión de las famosas conferencias de E.H. Carr, What is History?14 El argumento de Carr giraba en torno a dos puntos: el primero que, para entender la historia, era necesario entender al historiador –una posición que sancionaba el relativismo extremo-; y segundo que, cuanto más sociológica se volviera la historia, tanto mejor. Argumenté en primer término que había que superar el debate inglés estándar acerca de hechos y valores; y utilicé ejemplos de Bloch, Braudel, Lévi-Strauss y Althusser para argumentar que lo que realmente importaba era la construcción de nuevos conceptos históricos.

Mi calificado respaldo del segundo punto de Carr requiere alguna explicación, ya que en Gran Bretaña es difícil hoy en día recordar las esperanzas depositadas en una sociología histórica teóricamente actualizada, puesto que ninguna tradición comparable a la generada por Barrington Moore y Theda Skocpol en los Estados Unidos, Pierre Bourdieu en Francia, o Jürgen Habermas y Reinhardt Koselleck en Alemania se desarrolló subsecuentemente. 15 En años re-

cientes, se produjeron algunos trabajos de sociología histórica entre los que se destacan los de Robin Blackburn sobre esclavismo y de Garry Runciman sobre la Gran Bretaña del siglo XX. 16 Pero lo que se ha logrado en Gran Bretaña fue conseguido por un nequeño número de individuos aislados que han trabajado fuera del cualquier contexto institucional. Retrospectivamente, no es difícil notar que hay cierto desequilibrio en los juicios que presenté en ese ensayo. En Gran Bretaña ha habido una destacada producción de investigación social empírica que comenzó en el siglo XIX (los "libros azules" narlamentarios, las investigaciones de las sociedades de estadística, Henry Mayhew. Charles Booth, Sydney y Beatrice Webb) y vo hice uso de esa tradición para escribir Outcast London. En segundo lugar, a la luz de mis intereses más recientes en historia intelectual, me resulta sorprendente que el ensayo pasara por alto la historia coyuntural y la economía política desarrolladas en Escocia en el siglo XVIII -tradiciones de discurso constitutivas de todas las modernas historias de la sociedad-. También me resulta extraño que la ausencia de un Weber pudiera ser vinculada sin ninguna referencia a la inestable y autoritaria cultura guillermina de la cual era producto. Unos años más tarde, mi búsqueda de una forma teórica de involucrarme con la política y la historia de las ideas que resultara más iluminadora me llevó prácticamente a abandonar el terreno sociológico. Pero va antes, como argumenté en un ensavo de 1976, me había vuelto con-



trario a la idea de que las deficiencias teóricas de la historiografía británica pudieran ser remediadas recurriendo a la sociología.17

Me he detenido en este ensayo en parte porque recuerda cuál era mi concepción de la historia en 1967, pero también porque es indicativo de la profunda impresión que las batallas en torno a la relación entre historia y teoría, que alcanzaron su mayor intensidad entre mediados de los años 60 y fines de los 70, habían producido en mi pensamiento. Pero a fin de explicar mi propia posición durante esos años, es necesario en principio decir algo sobre el conflicto en el que tomé parte.

Se estableció una tensión básica entre dos formas de radicalismo: el nuevo de 1961 más viejo derivado de la estrategia del Frente Popular del Partido Comunista durante la década de 1930, pero inspirado sustancialmente por el surgimiento del populismo democrático de izquierda durante la Segunda Guerra Mundial. 18 Esta tradición más antigua, que he llamado "anglomarxismo", adquirió mayor identidad después de 1956, cuando la necesidad de romper con el pasado stalinista llevó a los historiadores a enfatizar aun más insistentemente la fuerza de una herencia radical autóctona. 19 Esto fue visible principalmente en los trabajos históricos de Rodney Hilton, Christopher Hill y Edward Thompson, y en el de crítica cultural de Raymond Williams. Estos autores construveron, basados en la reactualización de las tradiciones nativas de concepción puritana y disidente "del pueblo", un relato del progreso de Inglaterra desde la revuelta campesina, a través de la revolución del siglo XVII, hacia el despegue del capitalismo industrial en el siglo XIX y la "formación de la clase obrera inglesa". Al adoptar esta perspectiva y basarse elocuentemente en la variedad de documentos primarios desde John Ball y los debates Putney, hasta William Blake y Thomas Paine, y finalmente William Morris, no podían sino renovar el único y paradigmático status adscripto originalmente a la historia inglesa de pueblo protestante. Es esta perspectiva la que ayuda a explicar la aparente facilidad con la que esta idiosincrásica forma de marxismo ha sido injertada en el tronco principal de la historiografía radicalliberal inglesa desde la década de 1870, a partir de los escritos de J. R. Green, Thorold Rogers, Arnold Toynbee, Noel Brailsford, los Hammonds y R. H. Tawney.

Tanto la fortaleza como la debilidad de esta interpretación anglomarxista de la historia derivaban de la insularidad de su desarrollo. En el caso de Williams y Thompson. esta insularidad fue luego reforzada por el impacto del criticismo cultural de F. R. Leavis que abrevaba en la misma tradición puritana. El anglomarxismo, como la cultura política más amplia de la que formaba parte, no fue perturbado por la derrota en tiempos de guerra, ni por el colapso del Estado, ni por la realidad de la revolución, ni por la consolidación de un Estado de partido único. Éste es otro ejemplo a favor del argumento que he manifestado al comienzo de este ensayo: que el punto de crisis y desintegración de las actitudes culturales y políticas que habían caracterizado a la Inglaterra de las eras tardía victoriana y eduardiana -tanto en la derecha como en la izquierda- ocurrió a partir de los años 60.

Los miembros del grupo que controlaba desde 1964 la *Review*, y a quienes me uní en ese año, no eran producto de la lucha antifascista, del Frente Popular o de la Segunda Guerra Mundial, sino del radicalismo no comunista y posimperial de los años posteriores a 1956. Era un grupo interesado en las tradiciones filosóficas continentales, en el uso novedoso de los conceptos y en la ruptura con las verdades heredadas de la cultura anglosajona, tanto de la derecha como de la izquierda. El objetivo de la *Review*, como de buena parte del nuevo radicalismo de los 60, era romper abruptamente con el pasado. En

los primeros ensayos de Perry Anderson y de Tom Nairn, esto implicaba formular preguntas comparativas hasta entonces ausentes de la historiografía radical inglesa. También significaba presentar a una audiencia anglohablante



la filosofía europea desarrollada al calor de la crisis entre los años 20 y los 50 y a los que la New Left Review llamaría "marxismo occidental". Esta brutal aproximación comparativa exasperó a quienes escribían desde la perspectiva anglomarxista. Los preconceptos tácitos sobre el status de Inglaterra, revestidos de terminología marxista pero herederos de un pasado whig y protestante, fueron sometidos a un escrutinio poco sentimental. Edward Thompson condujo la respuesta anglomarxista en un famoso ensayo titulado "Las peculiaridades de los ingleses" y señalaba una creciente división entre la "vieja" y la "nueva" izquierda.

Durante los años 60 y 70, no me senti cómodo con ninguna de esas posiciones. Mi propio trabajo histórico durante los años 60 y 70 estuvo más cerca de la obra de Eric Hobsbawm, con quien desarrollamos una buena amistad. Aunque frecuentemente se lo agrupó junto a los anglomarxistas, sus intereses y su punto de partida eran bastante distintos. Su marxismo era el producto de sus experiencias de estudiante en Viena y Berlín. En Inglaterra expresó gran respecto por los fabianos y, como ellos, admiraba el constitucionalismo y la economía poco sofisticada y de cosecha sindical británica. Su interés en la historia económica le fue inspirado por Michael Postan y Maurice Dobb. Su ambición temprana, como comunista v como historiador, era dar respuesta a la

magistralmente "optimista" Economic History of Modern Britain escrita por el historiador de Cambridge sir John Clapham.<sup>20</sup> Pero sus intereses nunca estuvieron confinados a Gran Bretaña y ni siguiera a Europa. Su trabajo sobre Rebeldes primitivos abarcaba un espectro global desde Perú hasta Sicilia y los Balcanes y, al mismo tiempo, mientras se enfocaba principalmente en la historia moderna, estaba preparado para presentar evidencias sobre "la crisis general del siglo XVII", o escribir acerca de su entusiasmo por el desarrollo del jazz en el siglo XX.21 Se sentía cómodo tanto en la École des Hautes Études en París, en Bielefeld, en Buenos Aires o, años más tarde, en la New School of Social Research en Nueva York. Yo no estaba -ni estoy hoy- de acuerdo con todo lo que Eric ha escrito o dicho. Pero lo que ha sido verdaderamente destacable ha sido la consistencia y el profesionalismo de su inteligencia a lo largo de todo su trabajo. He ahí entonces el modelo de cómo debería ser un historiador comparativo conocido internacionalmente, un modelo que sólo podíamos aspirar a emular desde lejos.

Mi relación con el anglomarxismo era más complicada. Como historiador, admiraba la investigación histórica pionera de quienes trabajaban en el marco de esta tradición. En la escuela había sido gran admirador de los trabajos de Christopher Hill sobre la guerra civil inglesa. 22 A partir de 1963, me convertí en un amigo cercano de Edward y de Dorothy Thompson. Me entusiasmaron el nuevo trabajo de Edward sobre el siglo XVIII v los de Dorothy sobre el cartismo. Mientras trabajaba en Outcast London, me beneficié ampliamente del enorme conocimiento de Edward acerca del socialismo y del utopismo de la tardía época victoriana, adquirido durante sus investigaciones sobre William Morris, así como más tarde construí mi trabajo sobre la base del trabajo pionero de Dorothy sobre el cartismo. 23 Aunque los desacuerdos fueran agudos, acerca de la *Review* 

o de las "ventas de esposas" del siglo XVIII como el divorcio de los hombres pobres, era siempre un placer visitar a los Thompson en Halifax o Snowdonia, Leamington Spa o



Worcester. Las bases de nuestros desacuerdos permanecieron bastante constantes, aun cuando no eran explícitas. Nunca me entusiasmó la "historia desde abajo" de Thompson o sus ataques a la "condescendencia" de los historiadores, e hice lo posible por contrarrestar sus suspicacias respecto de la teoría del continente.

También sentía una antipatía instintiva respecto de una forma peculiarmente inglesa de moralismo, presente en el anglomarxismo y especialmente asociado a Leavis y a sus seguidores. Puritano visceral y heredero de una tradición de crítica cultural romántica, Leavis había seguido a Matthew Arnold en su creencia de que la gran literatura poseía una función civilizadora v educativa, v poblaba el corazón y la mente con las discriminaciones culturales y morales que antes podían encontrarse en la religión. Sus políticas habían sido una cruzada contra el grupo de Bloomsbury que dominaba la cultura oficial y que, para él, era una clique literaria metropolitana y autorreferencial. D.H. Lawrence había sido su héroe en crítica literaría. Desestimaba a Dickens por ser moralmente frívolo, y porque no encajaba en un lugar con su propia "gran tradición".24

Mi propia visión chocaba con la de Leavis casi punto por punto, tanto en estilo como en sustancia. A mi temprano amor por Dickens, la escuela le había añadido la identificación con la literatura francesa y el art nouveau. En Oxford, como sostuve en el periódico estudiantil Cherwell, mi socia-

lismo era el de Oscar Wilde en Soul of Man Under Socialism. Mis simpatías estaban por lo tanto con Bloomsbury, que había nutrido a una vanguardia, había sido pionero en el arte moderno, había traducido a Freud, había sido campeón del feminismo y había vivido y defendido la libertad sexual. Fueran cuales fuesen sus deficiencias, su visión era preferible al militante y al carácter provinciano y estricto de Frank R. Leavis y sus discípulos.

A esta herencia debo agregar el impacto que me causó el movimiento de liberación de la mujer. No sólo cambió el modo en que yo pensaba que debía vivir, sino que puso además bajo escrutinio crítico todos los preconceptos radicales y socialistas que había heredado, tanto las verdades de la práctica política como la forma en que debía concebirse la materia de la historia –especialmente relevante para mis más cercanos compañeros y amigos– y la cuestión de las clases.

Esta nueva forma de feminismo me separaba tanto de la posición predominante en la Review como de las concepciones de la antigua Nueva Izquierda. También ponía en una perspectiva diferente las fantasías revolucionarias de izquierda que emergieron alrededor de 1968. Por lo tanto, aunque yo apoyaba fuertemente el modernismo de la Review, estaba de acuerdo con su criticismo y empirismo y compartía su curiosidad por las tradiciones del marxismo occidental. me di cuenta de que no estaba completamente conforme con su política implícita. Como muchos otros en los 60, leí los trabajos de Isaac Deutscher y revestí las tormentas del Palacio de Invierno en 1917 con un halo romántico. 25 Pero a diferencia de algunos en la Review, nunca había creído que el bolcheviquismo o la Revolución Rusa tenían relevancia respecto de la cuestión del socialismo en Gran Bretaña o en Europa occidental. Luego, no podía tomar seriamente

la política de las sectas revolucionarias, o el leninismo furtivamente mandarín que informaba las perspectivas de la *Review*. A mediados de los 60, estas diferencias tenían poca importancia, pero en los años posteriores a 1968 produjeron una creciente división.

Desde el principio, yo había tratado de tender puentes entre la antigua y la nueva "nueva izquierda". Pero fue recién a principios de los 70 que esta ambición comenzó a manifestarse en mi trabajo. Extrañamente,

no había leído The Making of the English Working Class cuando recién apareció. Recién estudié el libro de Edward seriamente a principios de los 70. Durante esos cinco o seis años que siguieron a la publicación de Outcast London en 1971, también estudié por



primera vez a Marx. Mi ambición era replantear la "concepción materialista de la historia" en términos del posestructuralismo francés. Sobre la base de los nuevos trabajos en historia social y de mis propias investigaciones sobre Londres, intenté producir una alternativa a las concepciones de la historia laboral inglesa heredera de Engels y de los Webbs. En una serie de ensayos escritos en los tempranos años 70 traté de desarrollar una nueva aproximación a la cuestión del declive del radicalismo y de la confrontación social en el período poscartista.<sup>27</sup> Mi objetivo era reemplazar la antigua teoría de la aristocracia laboral por una interpretación que enfatizara la estabilización de las relaciones entre asalariados, empleadores y gobierno. Sumé además una dimensión cultural a mi argumento. Partí del aparente contraste entre la cultura radical popular de comienzos del siglo XIX, descripta por Edward Thompson en The Making of the English Working Class, y la cultura conservadora y defensiva descripta en The Uses of Literacy. el relato clásico sobre la vida obrera en el Leeds de los años 30 de Richard Hoggart. 28 ¿Por qué la "clase trabajadora", cuya formación retrataba el libro de Thompson, se parecia tan poco a aquella que resultaba familiar a historiadores y sociólogos en el siglo XX? Intenté responder esta pregunta explorando lo que yo creía había sido un giro conservador en el desarrollo de la cultura popular londinense durante el período victoriano. En un tributo irónico al libro de Edward Thompson, describí el proceso como una "reformación de la clase obrera".29

En 1978, la polémica de Thompson con Althusser en The Poverty of Theory, la última de las batallas culturales y políticas que acompañaron mi aprendizaje como historiador, me pareció una polémica anclada en los años anteriores a 1956.30 Para mí, el interés de leer a Althusser o a otros teóricos franceses tenía poco que ver con la política. Había sido un camino hacia la filosofía. Me había presentado todo un abanico de teorías y conceptos escasamente conocidos y un espectro de pensadores poco familiares, desde Baruch Spinoza hasta Gastón Bachelard. Si Edward P. Thompson deseaba (nuevamente) arreglar cuentas con el stalinismo, Althusser no era el blanco apropiado. De manera similar, la aprobación que ganó Thompson por esta polémica no era estrictamente política. Venía de aquellos que temían a cualquier forma de filosofía sistemática. En mi caso las preguntas provocadas por los trabajos de Lévi-Strauss, Barthes, Althusser y Lacan, me empujaron hacia un compromiso teórico más explícito con el status del lenguaje y del discurso en la historia, v finalmente -a fines de los 70- más allá de

un paradigma marxiano.

También para otros, a fines de los 70, el tiempo de esas batallas entre historia y teoría no habían terminado. Los eventos de mayo de 1968 habían creado una verdadera bifurcación de los caminos. Desde entonces, los teóricos franceses se volvieron crecientemente desquiciados en términos políticos: Michel Foucault llamó a una revuelta de prisioneros; André Glucksmann, que pronto se convertiría en uno de los "nuevos filósofos" franceses, convocó a una nueva Resistencia contra la ocupación de Francia: los escritos de Althusser zigzaqueaban entre un leninismo crudo y un liberalismo sin rumbo. También en Gran Bretaña, los eventos de 1968 habían producido un recrudecimiento de los agrupamientos marxistas, que pretendían dirigir la acción o la organización revolucionaria.

Yo disentía fuertemente con estas consideraciones y formas políticas de la época. Ciertamente 1968 me produjo una mayor curiosidad sobre los fundamentos de las teorías marxianas de la historia y la política. Pero políticamente, lo que más me impresionaba de la Gran Bretaña de fines de los 60 no era la política de las revueltas estudiantiles (un asunto bastante moderado) o la de los movimientos de protesta contra la acción norteamericana en Vietnam (aunque era impresionante). Era más bien el racismo no apologético de los transportadores de carne de Smithfield que marchaban en 1967 en apoyo a Enoch Powell; el engañoso Estado pro-

testante de Irlanda del norte; la degradación de las limpiadoras nocturnas de Londres y la dura bata-



lla para ayudarlas a formar un sindicato y el pío voyeurismo de la coronación de Miss Mundo solemnizado anualmente. Mi compromiso, entonces, era con la política de la iluminación y el proselitismo, y por ese motivo me uní a otros en el intento de establecer un semanario radical no alineado.

En medio de esta actividad, a principios de los 70, partí hacia Francfort para comenzar a investigar sobre la vida de Friedrich Engels. Había decidido llevar adelante este proyecto, en parte porque ansiaba no especializarme excesivamente en la historia inglesa, y en parte porque la vida y los escritos de Engels planteaban cuestiones centrales para la comprensión del siglo XIX. Probó ser una buena elección, ya que trabajar sobre o en torno a Engels resultó más fructífero de lo que había imaginado. Era, por esos tiempos, una forma apta de colocar mi experiencia de la política de los años 60 en un marco histórico más amplio. Pero probó también ser un excelente punto de partida para reevaluar el desarrollo político de los siglos XIX y XX. La investigación detallada del desarrollo político y filosófico de Engels me sugirió la necesidad de repensar, en primer lugar, la interpretación del radicalismo y del cartismo y, finalmente, la significación histórica del socialismo como un todo.

Vivir en Francfort al mismo tiempo que la facción del Ejército Rojo ejercía una considerable influencia sobre la izquierda local, fortaleció mi disgusto por la política de los grupúsculos revolucionarios. Su presencia implicaba que incluso aquellos que estaban en desacuerdo con la política del terror revolucionario se volvieron renuentes a condenarlo y poco dispuestos a defender la constitución democrática de la República Federal. Más que nunca me convencí de que la política revolucionaria y extraparlamentaria de Europa occidental era intelectualmente frívola y políticamente contraproducente.

Cuando retorné a Inglaterra, decidí concentrar mis energías prácticas en la esfera de la historia. El aspecto más positivo del radicalismo estudiantil de 1968 había sido su crítica de las concepciones convencionales que informaban disciplinas académicas particulares, y su ambición de abrir nuevas áreas y formas de investigación, frecuente-

mente por fuera y más allá de la academia. Fue con esta intención de romper con las distinciones entre historia de legos y profesionales que junto a Raphael Samuels, Sally



Alexander, Anna Davin y Tim Mason, fundamos el History Workshop Journal en 1975, que todavía florece hoy en día. Tal vez su más importante característica sea el pluralismo con el que fue construido desde el comienzo. Como insistió desde el principio Raphael Samuels, el Journal debía hablar a través de múltiples voces. Esta flexibilidad, en la que el radicalismo del Journal se identificaba con su carácter experimental, resultaría una salvación a la hora de hacerse cargo de los cambios en el clima político, las concepciones de la historia y el ethos cultural ocurridos en los veinticinco años siguientes a su fundación.

En los primeros años del History Workshop Journal, la batalla acerca de la teoría todavía continuaba y culminó en un largo y malhumorado Taller de Historia que tuvo lugar en Oxford en 1979. Aunque nada concluye de manera muy definida, esta conferencia condujo los debates más o menos a una conclusión. De ahí en más, la presión de los eventos externos empujó crecientemente esos debates hacia los márgenes. 1979 fue el primer año del gobierno de la señora Thatcher, seguido muy pronto por el triunfo de Ronald Reagan en Estados Unidos y la renovación de los antagonismos de

la Guerra Fría. En Gran Bretaña, el gobierno de Thatcher lanzó una contraofensiva sin compromisos contra las conquistas logradas por los trabajadores organizados en los años 60 y 70. Esto provocó la desastrosa huelga minera de 1984 y la desintegración de la política sindical desarrollada desde la Guerra Mundial.

Pero en los 70 había razones más positivas para redefinir el contenido y la dirección del debate historiográfico. El crecimiento del movimiento de la mujer, acompañado nor la emergencia de una perspectiva feminista de la historia, incrementó el interés por formas de la experiencia de las que las categorías del anglomarxismo o de la teoría de la Nueva Izquierda no podían dar cuenta. Generó crecientes dudas acerca del valor explicativo de la categoría de clases y de la narrativa histórica construida sobre la base de ella Más aún, mientras el feminismo planteaba interrogantes incómodos acerca de quiénes estaban incluidos en las narrativas históricas particulares y en qué términos teóricos y literarios, comenzando por Hayden White, comenzaron a plantear preguntas sobre los tropos que subvacían en la construcción de la narrativa histórica y a caracterizar la historia como una forma de artificio literario.31 Los hallazgos locales de la historia social y laboral subravaron la inutilidad de este cuestionamiento; sin ninguna clara intención de hacerlo, despejaron o quitaron importancia, uno después del otro, a los apreciados moiones de una historia del pueblo heroica y del Frente Popular.

Me nutrí de todos estos desarrollos para los nuevos ensayos orientados hacia la lingüística que escribí para Languages of Class. Mi libro atacaba las concepciones que conformaban la historia social de los anglomarxistas. Pero no continué peleando en nombre de una nueva doctrina teórica del continente. Languages of Class no se enfocaba

solamente en la crítica teórica; tampoco renunciaba al valor explicativo de la historia. En lugar de eso, el libro desafiaba las interpretaciones históricas existentes al comenzar a contar un relato diferente y más verosímil acerca del siglo XIX y de la constitución del mundo moderno.

He intentado describir mi aprendizaje como historiador remitiéndolo a los conflictos políticos y teóricos generados por el arribo a Gran Bretaña de filosofías nuevas v radicales en los 60 y 70. Mirando hacia atrás, no resulta difícil ver que esas nuevas teorías, de las que hice extenuantes esfuerzos por dominar, eran por lo menos tan unidimensionales como aquellas que me esforzaba en rechazar. No es necesario hoy enumerar las fallas del estructuralismo. Sólo diría que fue a través de estos encuentros teóricos preliminares (y de la pedantería tan frecuente en los intentos iniciales por dominar formas sistemáticas de teoría) que pude, eventualmente, encontrar mi propia voz.

Más específicamente, trabajar con esas posiciones teóricas me proveyó de una invalorable preparación para mi trabajo subsecuente. Me permitió superar la timidez de los historiadores ingleses con los conceptos y las formas sistemáticas del pensamiento, que pueden ser tediosas, pero también ir más allá de la fetichización de la teoría hecha por el devoto, que puede ser aún peor. Una vez que hube abandonado el paradigma marxiano y me convencí de la importancia central del lenguaje y del discurso en la construcción de la política, mi siguiente paso fue emplear esas intuiciones en una investigación de la genealogía de los esquemas explicativos que buscaron definir el mundo moderno. Mi interés gene-



terior al siglo XVIII y mi investigación particular sobre Engels me llevó a centrarme en dos de estos esquemas, que tuvieron un rol crucial como marcos de la comprensión política y social del mundo moderno. El primero era la noción de sociedad comercial, más tarde economía política. La segunda fue aquella que dentro de la tradición marxista ha aparecido como su antagonista, socialismo. Si el paradigma marxiano ya no explicaba el mundo, ¿qué explicaba la formación de este paradigma y su extraordinario impacto en el mundo?

Sobre la cuestión del origen y el desarrollo de la noción de "sociedad comercial", me fue posible inaugurar un proyecto de investigación sobre la historia de la economía política en el Centro de Investigaciones del King's College, en Cambridge. Buscaba iniciar una aproximación diferente a la historia de las ideas económicas. Su objetivo era crear una historia que evitara las teleologías competitivas, marxista o positivista, elaboradas clásicamente en Theories of Surplus Value de Marx y en History of Economic Analysis de Schumpeter. 32 Los primeros frutos de esta investigación se publicaron en 1982, en un volumen colectivo editado por Istvan Hont y Michael Ignatieff, Wealth and Virtue.

En la investigación, encontré muchos puntos de convergencia entre mi propia aproximación y aquella sobre el estudio de la historia intelectual y de la historia del pensamiento político, tal como se había desarrollado en Inglaterra y especialmente en Cambridge a partir de los años 60. Pero este trabajo se había enfocado casi exclusivamente en el pensamiento liberal y republicano, y se había concentrado de manera desproporcionada en un período temprano que iba de Maquiavelo a Locke. El crecimiento de la economía moderna, la transición de un estado confesional a uno laico, la movilización

de una nación política ampliada a finales del siglo XVIII y la génesis del socialismo, no habían recibido prácticamente atención. Estos temas tampoco parecían encajar muy confortablemente en una agenda diseñada para períodos tempranos y que prestaba comparativamente poca atención al pensamiento religioso o económico.<sup>33</sup>

En contraste, mi propio trabajo se preocupaba cada vez más por los hilos que unían la crítica religiosa y la

la critica religiosa y la económica. Difícilmente podía pasarse por alto la centralidad de esas interconexiones si se estudia-



ban los primeros escritos de Hegel o de Marx. Ellas también tuvieron una parte significativa en las teorías políticas lanzadas por la disidencia racional o en los desacuerdos acerca del milenio entre los economistas políticos y los socialistas en Gran Bretaña, o en las discusiones sobre Industrie o la "nueva cristiandad" en la Francia posrevolucionaria. El trabajo de Miri Rubin sobre la importancia creciente de la eucaristía y del rol intercesor del sacerdote en los dos siglos previos a la Reforma provevó no solamente de un marco histórico más preciso para examinar la longue durée de la interconexión entre creencias políticas v religiosas,34 además, subrayó -desde los primeros padres de la Iglesia en adelanteel entretejido de fuentes cristianas y clásicas en la cristalización de las filosofías políticas que caracterizaron el mundo posterior a la Revolución Francesa.

En 1992 volvió a surgir una oportunidad de unir la historia intelectual, política y económica, cuando Emma Rotschild y yo establecimos en Cambridge el Centro de Historia y Economía. Nuestro objetivo era intervenir tanto en el debate histórico como en el contemporáneo. Metodológicamente

buscábamos evitar las usuales connotaciones de la palabra "interdisciplinario". Deseábamos alentar no una superposición entre lo que era marginal a la historia y lo que era marginal a la economía, sino más bien una tensión creativa entre los núcleos intelectuales de ambas disciplinas. Pero más importante aún era nuestro proyecto sustantivo: alentar a historiadores y economistas para que se volvieran hacia la ilustración inglesa y se colocaran detrás de las distinciones entre colectivismo y postura libertaria, socialismo y liberalismo, que han dominado la historia intelectual y política de los últimos doscientos cincuenta años. El trabajo de Emma había centrado su trabajo en la complejidad de la motivación evidente en el estudio de los comportamientos "económicos" y de otras formas de comportamiento en el trabajo de Adam Smith, v en las revolucionarias propuestas de reforma de Condorcet.35

Mi propio trabajo se enfocó en el período que comenzó alrededor del final de la Guerra de los Siete Años. Estaba dirigido a construir una historia alternativa de la emergencia de nuevos sistemas de pensamiento a finales del siglo XVIII, que más tarde serían llamados "socialistas". Las interpretaciones estándar de G.D.H. Cole, Jacques Droz y Georges Lichtheim adscribían la emergencia del socialismo al efecto combinado de la revolución industrial, la emergencia del proletariado industrial y el legado igualitario de la Revolución Francesa. Una aproximación de este tipo aceptaba ampliamente las interpretaciones puestas en juego inicialmente por Marx y Engels en el Manifiesto comunista, en Socialismo: utópico v científico v en otros escritos.

Si como he argumentado en Languages of Class la aproximación discursiva restaba importancia a la validez de la interpretación social del cartismo y del movimiento desde el socialismo "utópico" al "científico", el problema de proveer una explicación histórica alternativa de la emergencia y el crecimiento de un movimiento de magnitud global como el socialismo permanecía. Mi trabajo elaboraba una explicación de este tipo que aparecerá en próximas publicaciones. Especialmente en Before God Died, The Rise and Fall of the Socialist Utopia (todavia no publicado, pero va difundido en la forma preliminar de las conferencias sobre Carlyle en Oxford en 1997); y The Communist Manifesto (una nueva edición críticamente anotada, con una introducción con extensión de libro, que será publicada por Penguin Classic en 2002). En Before God Died, me concentré en la crisis de la cristiandad ocasionada por la última fase de la Ilustración v por la Revolución Francesa en Francia, Alemania y Gran Bretaña. En Gran Bretaña, dirigí mi atención hacia la proximidad entre los planteos milenaristas y científicos del owenismo y hacia la identificación entre los términos "socialismo" y "ciencia social". Sobre todo, centré mi interpretación sobre el impacto de la Revolución Francesa. En contraste con la vieja interpretación marxista y la interpretación política alternativa planteada por François Furet, enfaticé la centralidad del intento de la Revolución, primero, de reformar la Iglesia, y luego, de reemplazar al cristianismo. Lo que se volvió "socialismo", argumenté, data del período de Termidor (1795-1802), y comenzó su vida como

una búsqueda de una nueva forma "científica" del pouvoir spirituel que había poseído la Iglesia Católica. Mi examen de los trabajos y de las preocupaciones de los "socialistas utópicos" sitúa la génesis del "so-





cialismo" tanto en Francia como en Gran Bretaña en los planteos de una nueva. "científica", religión poscristiana. De modo inverso, la crítica económica fundamental de la forma emergente de una sociedad comercial global y de las nuevas formas

mecanizadas de producción, fue obra de liberales y radicales en su mayor parte.

En mi trabajo sobre el comunismo del Manifiesto comunista, enfaticé la importancia del debate histórico y legal sobre las formas de propiedad en los cincuenta años que siguieron a la Revolución Francesa. Examiné la relevancia que las historias coyunturales de la propiedad encontraban en la lev natural y en la economía política, y destaqué la importancia central del trabajo de la escuela histórica del derecho alemana, al descifrar y revelar la ubicuidad de las formas comunales de posesión en las sociedades antiguas y la vulnerabilidad de los presupuestos transhistóricos (enunciados en el código napoleónico) acerca de la naturalidad de la propiedad privada. El prospecto de una sociedad sin escasez era crucial para el comunismo marxista, como también lo había sido para el socialismo owenista. Ésta era una posibilidad nueva, esbozada por primera vez en la década de 1790, en la confrontación entre Godwin, Condorcet y Malthus. En las manos de Marx, este prospecto tomó la forma de una sociedad basada en la satisfacción de las necesidades, más que en la relocalización de recursos escasos; y por lo tanto, de una sociedad que no requería propiedad privada, religión, ética, justicia o autoridad política. Al revelar los diferentes componentes intelectuales, puestos juntos breve y precariamente en el *Manifiesto*, esperaba situar el comunismo de Marx en la historia del pensamiento occidental.

Estudiando la historia intelectual europea durante y después de la Revolución Francesa -el nacimiento de la "ciencia social", del idealismo alemán y de la escuela histórica de derecho, de Hegel, de los jóvenes hegelianos y de Marx, del romanticismo británico desde Coleridge a Carlyle, del radicalismo filosófico y del temprano socialismo. entre otros- tiene un enorme interés intrinseco. Pero este trabajo también es relevante respecto del conflicto político actual. No solamente revela las bases poco visibles de muchas de las posiciones políticas con las que tan inocentemente busqué comprometerme en los 60 y 70, sino que sugiere además alternativas posibles para el futuro. Si, por ejemplo, las críticas más duraderas a una sociedad comercial global o del mercado mundial fueron primeramente verbalizadas por aquellos que luego serían clasificados como "liberales" o "republicanos", v si la contribución más distintiva del socialismo ha sido la suma de dimensiones cosmopolitas, providenciales y cuasirreligiosas a la crítica económica proveniente de otros ámbitos. esto hace posible una evaluación más constructiva del declive del socialismo. Sugiere nuevos puntos de partida en la crítica a la sociedad comercial global, sin la carga de fantasías sobre la abolición total de los mercados, alucinaciones acerca de clases, aversión utópica al pluralismo o predilecciones socialistas por el Estado autoritario. Como el trabajo de Emma Rotschild sobre los sentimientos económicos, un punto de partida

tal puede permitir a los amantes del progreso alejarse del actual vituperio indiscriminado de la izquierda al lluminismo, y en su lugar construir una vez más sobre las bases sentadas por el lluminismo para formar nuevos tipos de alianzas contra las mismas y antiguas fuentes de codicia, explotación y miseria. Creo que es en esta forma que, comparándolo con la situación hace treinta años, el historiador puede hoy hacer contribuciones quizá menos grandiosas pero más útiles a las batallas del presente.

(Traducción de Melina Piglia)

#### Notas

- <sup>1</sup> Una fuerte evidencia a favor de pensar los años 60 como un punto de inflexión es la presentada por Joseph Harris, *Private Lives, Public Spirit. A Social History of Britain (1870-1914)*, Oxford University Press, 1993.
- <sup>2</sup> Joseph A. Schumpeter, *Imperialism*. Social Classes, Nueva York, Meridian, 1955.
- <sup>3</sup> Véase Richard C. Cobb, A Second Identity. Essays on France and French History, Londres, Oxford University Press, 1969.
- <sup>4</sup> Lei el ensayo de Sartre en Les Temps modernes. Más tarde fue traducido al inglés como The Problem Of Method, Londres, Methuen, 1964.
- <sup>5</sup> Peter Winch, *The Idea of a Social Science* and its Relation to Philosophy, Londres, Routledge, 1958.
- <sup>6</sup> Louis Chevalier, Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle, Paris, Plon, 1958.
- <sup>7</sup> Hrothgar Hohn Habakkuk, "Fluctuations in House Building in Britain and the United States in the Nineteenth Century", en Journal of Economic History, 22 (1962), pp. 198-230, y American and British Technology in the Nineteenth Century. The Search of Labour-Saving Inventions, Cambridge University Press, 1962.

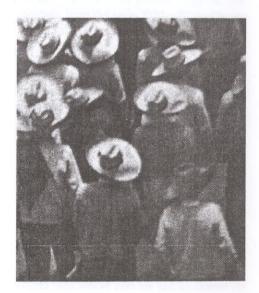
- <sup>8</sup> R. C. O. Matthews, A Study in Trade Cycle History. Economic Fluctuations in Great Britain (1833-1842), Cambridge University Press, 1954; Simon Smith Kuznets, Seasonal Variations in Industry and Trade, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 1933,
- <sup>9</sup> Marcel Mauss, *The Gift*, Londres, Cohen and West, 1954.
- Jean-Paul Sartre, Problem of Method; Georg Lukács, History and Class Consciousness, Londres, Verso, 1970.
- <sup>11</sup> Claude Lévi-Strauss, *Pensée sauvage*, París, Plon, 1962, cap. IX.
- <sup>12</sup> Véase Louis Althusser, Pour Marx, París, La Découverte, 1966.
- <sup>13</sup> Gareth Stedman Jones, "History: The Poverty of Empirism", en *New Left Review*, 46 (1967), pp. 29-43.
- <sup>14</sup> Edward Hallet Carr, What is History?, Londres, Macmillan, 1961.
- 15 Véase Barrington Moore, Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World, Boston, Beacon press, 1967; Theda Skocpol, States and Social Revolution. A comparative Analysis of France, Russia and China, Cambridge University Press, 1979; Pierre Bourdieu, Homo academicus, París, Minuit, 1984, y La Noblesse d'état. Grandes écoles et espirit de corps, París, Minuit, 1989; Jürgen Habermas, The Structural Transformation of the Public Sphere, An Inquiry into a Category of Burgeois Society [1962], Cambridge, Polity Press, 1989; Reinhardt Koselleck, Critique and Crisis. Enlightment and the Pathogenesis of Modern Society, Cambridge, The MIT Press, 1988; Otto Brunner, Werner Conze y Reinhardt Koselleck (eds.), Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, 8 vols., Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-
- <sup>16</sup> Robin Blackburn, The Overthrown of Colonial Slavery (1776-1848), Londres, Verso, 1988; W. G. Runciman, A Treatise on Social History, vol. 3, Applied Social Theory, Cambridge University Press, 1997.
  - <sup>17</sup> Gareth Stedman Jones, "From Historical

Sociology to Theoretic History", *British Journal of Sociology*, 27 (1976), pp. 295-306.

- <sup>18</sup> Véase George Orwell, "The Lion and the Unicorn", en *Penguin Essays of Georges Orwell*, Londres, Penguin, 1968, pp. 144-94; George D. H. Cole y Raimond Postgate, *The Common People (1746-1946)*, Londres, Methuen, 1964 (1ª ed. 1938).
- <sup>19</sup> Véase Gareth Stedman Jones, "Anglo-Marxism, Neo-Marxism and the Discursive Approach to History", en Alf Lüdtke (ed.), Was Bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1996, pp. 149-209.
- <sup>20</sup> Véase John Clapham, An Economic History of Modern Britain, 3 vols., Cambridge University Press, 1926-1938. Para la réplica de Hobsbawm a Clapham véase "The British Standard of Living 1790-1850", Economic History Review, 10 (1957-1958), pp. 46-68.
- <sup>21</sup> La producción historiográfica de Hobsbawm ha sido inmensa. Pero los dos trabajos que más me han impresionado fueron *Primitive Rebels* (Manchester University Press, 1959) y Labouring Men. Studies in the History of Labour (Londres, Weidenfield and Nicolson, 1964).
- <sup>22</sup> En particular una colección de estos ensayos, que leí en la escuela. Véase Christopher Hill, Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century, Londres, Secker and Warburg, 1958.
- <sup>23</sup> Véase E. P. Thompson, Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act, Londres, Lane, 1975, y Customs in Common, Londres, Merlin Press, 1991; Dorothy Thompson (ed.), The Early Chartists, Londres, Macmillan, 1971, y The Chartists. Popular Politics in the Industrial Revolution, Londres, Temple Smith, 1984.
- <sup>24</sup> Véase Frank R. Leavis, The Great Tradition, George Eliot, Henry James, Joseph Conrad, Londres, Chatto and Windus, 1948.
  - 25 Véase Isaac Deutscher, The Prophet Ar-

- med. Trotsky (1879-1921), Oxford University Press, 1954, y The Unfinished Revolution: Russia (1917-1967), Londres, Oxford University Press, 1967.
- <sup>26</sup> E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1963.
- <sup>27</sup> Véanse los caps. 1, 2 y 4 de Gareth Stedman Jones, Languages of Class, Cambridge University Press, 1982.
- <sup>28</sup> Richard Hoggart, The Uses of Literary, Londres, Chatto and Windus, 1957.
  - <sup>29</sup> Véase Languages of Class, cap. 4.
- <sup>30</sup> E.P. Thompson, *The Poverty of Theory* and other Essays, Londres, Merlin Press, 1978.
- <sup>31</sup> Hayden White, Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism, Baltimore, John Hopkins University Press, 1978; Metahistory. Six Critiques, Middletown, Wesleyan University Press, 1980.
- <sup>32</sup> Véase Karl Marx, "Theories of Surplus Value", en Karl Marx y Friedrich Engels, Collected Works, vols. 32-34, Londres, Lawrence and Wishart, 1975; Joseph A. Schumpeter, History of Economic Analysis, Nueva York, Oxford University Press, 1954.
- <sup>33</sup> Esto resultó particularmente sorprendente ya que el punto principal de uno de los más importantes trabajos sobre la historia del pensamiento político proveniente de Cambridge era que el pensamiento político de Locke tenía poco sentido fuera de un marco teísta, John Dunn, The Political Thought of John Locke, Cambridge University Press, 1969.
- <sup>34</sup> Miri Rubin, Corpus Christi. The Eucharist in Late Medieval Culture, Cambridge University Press, 1991.
- <sup>35</sup> Véase Emma Rothschild, Economic Sentiments. Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment, Cambridge, Harvard University Press, 2001.

# Reseñas



# Crime and Punishment in Latin America. Law and Society since Late Colonial Times

Durham-Londres, Duke University Press, 2001, 448 pp. Ricardo D. Salvatore, Carlos Aguirre y Gilbert M. Joseph (editores)

os conferencias internacionales llevadas a cabo a mediados de la década del 90 fueron trascendentales para la producción historiográfica de los estudios sobre ley y sociedad en América Latina. En ambos encuentros (complementados por reuniones adicionales en Buenos Aires y San Juan de Puerto Rico) se pusieron en común los caminos recorridos hasta entonces y se debatieron posibilidades y alternativas para los trabajos en progreso que allí se presentaron. Uno de estos encuentros, realizado en Londres en mayo de 1996, dio como resultado la antología editada por Eduardo Zimmerman titulada Law, Justice, and State Building. Essays in the History of Judicial Institutions in Nineteenth Century Latin America (Londres, Institute of Latin American Studies and University of London Press, 1999).

La segunda conferencia, titulada "Contested Terrains of Law, Justice, and Repression in Latin American History", tuvo lugar en la Universidad de Yale (New Haven, Estados Unidos) en abril de 1997. Con una participación más amplia que el workshop de Londres del año anterior, este encuentro dio lugar a dos compilados en los que se publicaron muchos de los trabajos allí presentados. Uno de ellos, editado por Carlos Aguirre y Robert Buffington, se tituló Reconstructing Criminality in Latin America (Wilmington, Del: Scholarly Resources, 2000). La otra colección de trabajos es la que se reseña aquí.

Crime and Punishment in Latin America es una antología dividida en tres partes

antecedidas por un prefacio de Gilbert Joseph y la introducción de Carlos Aguirre y Ricardo Salvatore. La primera parte se concentra en el tema de la ley como mediadora del conflicto social e instrumento del proceso de construcción estatal, poniendo de relieve la significancia de los estrados judiciales como escenario de acuerdos y conflictos que ayudan a modelar y direccionar tal devenir. Contiene trabajos de Charles Walker (Perú. 1780-1820), Arlene Díaz (Venezuela, 1870-1888), Juan Manuel Palacio (provincia de Buenos Aires, Argentina, 1900-1940) y Luis González (Campos, Brasil, 1930-1950). La segunda sección se refiere a la construcción social y cultural del crimen en los trabajos de Cristina Rivera-Garza (ciudad de México, 1867-1930), Dain Borges (Brasil, 1890-1922), Kristin Ruggiero (Argentina, fines del siglo XIX) y Pablo Piccato (ciudad de México, fines del siglo XIX). La tercera y última sección presenta un aspecto de la justicia criminal en los diversos significados y realidades del castigo penal. Cuenta con artículos de Diana Paton (Jamaica, primera mitad del siglo XIX), Ricardo Salvatore (provincia y ciudad de Buenos Aires después de la caída de Rosas), Carlos Aguirre (Lima, Perú, 1890-1930), Donna Guy (ciudad de Buenos Aires, 1890-1940) y Lila Caimari (provincia de Buenos Aires, 1930-1950).

Esta variada antología es representativa de la renovación historiográfica producida desde finales de la década de 1980 en el campo de los estudios legales y que se ha hecho más visible con las publicaciones de los últimos siete años. Los artículos toman el tema de la lev y lo sumergen en la historia social, intelectual, política y cultural de América Latina. Y a pesar de las inevitables ausencias que cualquier antología debe padecer. Crime and Punishment in Latin America es uno de los primeros ejemplos de una saludable tendencia entre los investigadores de las Américas, pues integra en un adecuado balance los trabajos de historiadores latinoamericanos y de Estados Unidos beneficiando al lector con un panorama más rico sobre la cuestión. La ley es vista aquí no como un inmóvil entramado normativo sino como un área de conflicto. Así gueda confirmado en muchos de los artículos: la lev es otro de los agentes (y uno muy importante, sin duda) que producen y reformulan la cultura. Tal como lo destacan los editores, la contribución más importante de esta historiografía es haber separado (o también podríamos decir liberado) la ley del exclusivo y reducido terreno legal.

Todas las contribuciones en este volumen, cada una a su manera, abren el panorama a la complejidad y las dimensiones múltiples de la ley. En el terreno teórico, muchos de los artículos son tributarios de las ideas de Antonio Gramsci v Michel Foucault. quizá los dos intelectuales más influyentes en esta reciente historiografía. Siguiendo las formulaciones del italiano y del francés, los artículos exploran y desmenuzan los aspectos operativos de las construcciones legales analizando varias de sus múltiples percepciones, significados, atajos, contradicciones, consecuencias. Por estas mismas razones, v por la característica particular de las fuentes judiciales utilizadas, la antología está profundamente anclada en el tema de la emergencia de culturas legales estatales en distintas regiones de América Latina. Y es tanto en esta limitación temática como en los citados aportes que se puede ver a Crime and Punishment in Latin America como un ejemplo central de tal historiografía. Así también lo apunta Douglas Hay en el ensayo ("Afterword") que cierra el libro: los estudios sobre justicia popular, aquella que ocupa espacios legales donde no está el Estado pero que al mismo tiempo toma y adopta elementos del sistema legal, resultan la mayor asignatura pendiente en esta corriente.

Tal limitación se evidencia en los artículos que componen la primera parte. Alli se aprecia la coexistencia de múltiples y contradictorias tradiciones legales, la estrategia de los sectores populares de litigar en varios frentes, los agentes judiciales representando la continuidad del sistema estatal. Pero es precisamente en estos escenarios donde también se pueden poner de relieve a los ausentes, aquellos que no concurren a los estrados judiciales o cuyas demandas y cuestionamientos son contenidos quizá por otros agentes estatales que no forman parte del aparato judicial formal. Seguramente en ellos estaban pensando los funcionarios, juristas e intelectuales cuyas opiniones e ideas constituyen las fuentes principales de los trabajos sobre construcción cultural del crimen de la segunda parte. Porque si de lo que se trata es de extender la hegemonía de la ley para maquillar el carácter arbitrario y desigual de los sistemas legales en distintas regiones de América Latina, ésta debe tender a abarcar a aquellos que aún no han sido seducidos por los supuestos beneficios del arte de litigar, ésos que no quieren ni oír hablar de pisar los tribunales o los despachos judiciales. Y la impresión es que son realmente muchos. Sin duda que no son los sujetos históricos de la tercera parte, aquellos que están detrás de las rejas o cuya conducta supuestamente antijurídica está siendo evaluada por magistrados y tribunales.

Sin embargo, no es menos cierto que esas ausencias sólo se nos hacen tan paten-

tes gracias a que los trabajos en esta antología amplían, una y otra vez, nuestro conocimiento sobre la ley y los sistemas legales latinoamericanos, no en la teoría sino en el terreno. Y ésta es también una significativa contribución porque muchos resultados de investigaciones históricas son puntos de llegada pero no todos, como en este caso. marcan también y claramente puntos de partida. De hecho, aún queda mucho por investigar dentro del marco legal estatal, tal como destacan los editores, incluvendo el declinar de los fueros y su relación con la centralización del poder, el rol de los agentes intermedios en los sistemas judiciales, el propio acceso a la administración de justicia por parte de los sectores sociales más bajos, las relaciones de género en la justicia (especialmente durante la primera mitad del siglo XIX), etc. Tal agenda de futuras investigaciones hace que la lectura de Crime and Punishment in Latin America sea recomendable también para aquellos que les interesan estos temas pero que temen que lo principal ya se haya dicho. Estos lectores se podrán poner al día en muchas cuestiones relacionadas con la ley en América Latina al tiempo que, si ponen atención, recibirán continuas invitaciones a explorar nuevas facetas de un tema inagotable.

Por lo pronto, el marco temporal del libro empuja a ver mejor lo que pasó antes y después. La gran mayoría de los artículos tratan temas entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es cierto que aquí se incluyen el trabajo de Charles Walker sobre el periodo colonial tardío e independiente temprano y el de Diana Paton sobre la primera mitad del siglo XIX, pero esto no es suficiente para sustentar la afirmación de Gilbert Joseph en el prólogo, en el sentido de que la antología refleja también una perspectiva de largo plazo al abordar la cuestión de los cambios y continuida-

des desde 1810 y sus repercusiones históricas. Quizá esto se logró en la conferencia de la Universidad de Yale pero la selección temática de los editores lo alienó del libro. Es que este turbulento período de transición puede complicar la cohesión que ya de por sí resulta difícil mantener en una compilación de estas características.

Pero puede ser también el caso que este mismo período es donde la tradición historiográfica de los historiadores del derecho sea más fuerte y, por ende, donde resulte más complicado establecer esa distinción tajante entre la historia del derecho y la historia social de la ley que Crime and Punishment in Latin America establece. A los historiadores de este período no les resulta tan sencillo instalarse en uno de los lados de tal división sin correr el riesgo de perder valiosa información y guía para la investigación que sigue, aun cuando ésta resulte luego en la crítica de lo previamente hecho. Pero si lo nuevo justamente implica estudiar las múltiples y contradictorias nociones y aplicaciones de la ley, entonces nada mejor que un período como el de la transición de la colonia a la independencia en Latinoamérica, a medida de tal desafío historiográfico, para que enriquezca y no esté tan poco representado en compilaciones como la que

Por otra parte, el otro extremo del arco temporal (la segunda mitad del siglo XX) demanda con urgencia dejar de ser territorio propio de otras ciencias sociales. En este sentido, la misma conferencia de donde se escogieron los trabajos para esta antología no contaba con una gran variedad de trabajos sobre ese período. Una vez más, si se trata de estudiar las complejidades, contradicciones y conflictos generados por la ley, se está dejando de lado un período donde tales características fueron llevadas a nuevos niveles de sofisticación, con directas con-

secuencias en el presente. En este sentido. no se le puede pedir todo a una antología que ya nos ha aportado mucho, pero sí que sirva para reforzar la idea de expandir los horizontes temporales en un tema que así lo exige.

Crime and Punishment in Latin America marca un momento importante en la historiografía sobre la ley en la región. Muchas de sus contribuciones pasaron a ser capítulos y partes de libros que se han estado publicando hasta ahora. Esto indica el compromiso y la profundidad de todos los

autores con uno de los temas cuya producción ha sido de las más prolíficas y renovadoras en los últimos años. Tendencias insinuadas en sus páginas, como una mayor apertura a perspectivas interdisciplinarias, se han materializado desde entonces, incluyendo la publicación de nuevas colecciones de ensayos en distintos países. Por eso su lectura es imperdible entre los historiadores y especialistas en un tema que todavía tiene muchos aportes por hacer y talentos por descubrir

Osvaldo Barreneche



Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, 306 pp. Fernando Devoto

os complejos orígenes, historia y características del nacionalismo argentino han constituido un campo propicio para el debate historiográfico. Fernando Devoto retoma esa discusión, ofreciendo un valioso estímulo para pensar no sólo las limitaciones de este nacionalismo sino también sus raíces profundas y sus vínculos con matrices intelectuales precedentes. Aunque Devoto postula como principal objeto de interés el temprano nacionalismo político en la Argentina de los años 20, su objetivo es más ambicioso puesto que lo enmarca en el contexto del nacionalismo cultural e identitario que lo antecede. Sin embargo, la explicación que comienza buscando las raíces del nacionalismo político en un clima de ideas hegemónico termina hallando buena parte de la explicación en afinidades sociales compartidas.

El análisis descansa en la idea de que el primer nacionalismo político argentino era débil, contradictorio, ambiguo y minoritario debido a la fortaleza de la tradición liberal decimonónica con la cual se entroncaba y a los fuertes lazos de sociabilidad que lo vinculaban al mundo conservador. Esto le impone una serie de limitaciones en la construcción de sus opciones ideológicas, políticas e institucionales. Limitaciones que se reflejan en la ambigüedad y la moderación de sus modelos políticos, de su ideario y de sus formas de acción. En verdad, para Devoto, este primer nacionalismo político puede catalogarse como una vertiente del conservadurismo.

Un proyecto de tal envergadura demanda, como es lógico suponer, un recorte temporal congruente. Al postular que la tradición autoritaria argentina emerge en el seno

del imaginario liberal y del nacionalismo cultural, el punto de partida se mueve hacia el siglo XIX: es a la generación del 37 a la que nos remiten, en definitiva, los relatos identitarios. El punto de llegada será, a su vez, la culminación del nacionalismo argentino que enraíza con dicha tradición: 1932, es decir, el fin del gobierno de Uriburu, que señala el ocaso del temprano nacionalismo politico argentino, tradicionalista, moderado y conservador. La otra fecha clave para el análisis de Devoto es 1916, dado que afirma que el nacionalismo político, de derecha, autoritario, surge, en el país, como respuesta a la experiencia de democratización política abierta por el triunfo de Hipólito Yrigoven.

En este sentido, dado que Devoto anuncia que va a estudiar el nacionalismo político en el contexto del nacionalismo cultural. se hace necesario explicitar qué entiende por cada uno de ellos. El nacionalismo político (en sentido restringido) refiere a movimientos políticos antiliberales, habitualmente autoritarios, que suelen apelar a la especificidad histórica, racial o cultural de una comunidad politica. El nacionalismo cultural, identitario (en sentido amplio), refiere a los proyectos e instrumentos destinados a la homogeneización de poblaciones heterogéneas dentro de ciertos límites nacionales. Nacionalismo que es compatible, y hasta cierto punto inherente, a la tradición liberal v democrática.

... ¿Cómo procede Devoto? Principalmente, se preocupa por analizar modelos y elecciones políticas, itinerarios políticos e ideológicos, formas de acción y afinidades sociales de los nacionalistas por atribución y por adscripción (en sentido político y en sentido cultural). Es decir, se va a ocupar del nacionalismo de los nacionalistas, de los que se perciben como tales y son percibidos como tales por los demás; con el objetivo de vincular a estos nacionalistas (figuras in-

dividuales, agrupaciones y publicaciones) con el imaginario liberal decimonónico y con el orden político conservador. Se trata de un proyecto muy abarcador, que se concreta, desde lo metodológico, de forma muy inteligente.

Aunque Devoto se preocupa por destacar que el nacionalismo político argentino se alimentó de diversas corrientes ideológicas y matrices intelectuales, que sirven como marco de referencia para las posiciones que adoptan, esto queda subordinado a la particular realidad argentina, a la hegemonía de la tradición liberal y a la sociabilidad compartida con los conservadores. Estos condicionamientos explican las características (v limitaciones) del nacionalismo político en la Argentina durante la década del 20. Se trataba de un movimiento político reaccionario, débil tanto cuantitativa como ideológicamente (debilidad que derivaba no sólo de sus opciones políticas sino también de sus afinidades sociales). La principal característica de su ideario era, para Devoto, la lectura antidemocrática, conservadora y restrictiva de la tradición liberal decimonónica (aunque respetaban la Constitución republicana). De modo que las fronteras entre nacionalistas y conservadores eran precarias y permeables. En ello juega un papel clave la homogeneidad social, entendida en términos de sociabilidad y no de clases sociales. En este sentido, podemos preguntarnos si es legitimo sostener que los ámbitos de sociabilidad compartidos superan realmente, como propone Devoto, las adscripciones partidarias. los credos ideológicos y el oportunismo político. Devoto pareciera colocar en un lugar secundario a distintos factores, tales como las discrepancias ideológicas, los intereses políticos o las luchas por el poder, para ubicar en un primer plano las afinidades sociales. De todos modos, para Devoto, estos primeros nacionalistas argentinos eran parte de un tradicionalismo conservador (en el que todavía no participan, a diferencia de lo que ocurrirá en los años 30, el catolicismo integral y el fascismo, y en el que aún no son relevantes el antisemitismo, el antiliberalismo y el populismo). Dada esta caracterización del nacionalismo de los años 20 (como maurrasiano pero demasiado moderado, como tradicionalista y reaccionario pero esencialmente conservador), ¿hasta qué punto es válido hablar de nacionalismo de derecha en dicho período (teniendo en cuenta, sobre todo, que el antiliberalismo no desempeña un papel relevante)?

El análisis de Devoto parte, entonces, de un clima de ideas ambiguo, complejo y ecléctico. Aunque Alberdi, Sarmiento y Mitre serán considerados los primeros promotores intelectuales de la nueva Argentina, la existencia de una cuestión nacional recién aparecerá como problema en los años 80, con el aluvión inmigratorio (al que más tarde se sumará la cuestión social). Así empiezan a definirse con más precisión los argumentos de un temprano nacionalismo cultural, de amplio consenso entre las elites conservadores (positivistas, católicas tradicionalistas o espiritualistas). En el seno de este fondo común de ideas, dominado por la cuestión nacional, comenzaba a abrirse paso, hacia 1910, una nueva sensibilidad. Es decir. el Centenario es un momento de cristalización de debates, temas e ideas que están todavía, en gran medida, ligados a la tradición liberal precedente (lo que se crea es, en todo caso, un espacio de debate intelectual, que no es, aún, predominantemente ideológico y político). De aquí surge una nueva generación, tributaria tanto de la tradición liberal como del orden político conservador. Es la generación de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, cuyas propuestas y lecturas de la realidad argentina se encuentran, para Devoto, en relación con la

tradición republicana y democrática decimonónica y con los ideales del mundo conservador. Ahora bien, ¿es válido desentenderse de si creían o no en dicha tradición e ideales, no atender a si sus declaraciones eran hechas por convicción o por obligación? Aparentemente, para Devoto es posible, ya que se preocupará, principalmente, por la compatibilidad de sus discursos con el orden conservador y con la tradición liberal. Y aun cuando aparezcan nuevas propuestas, todavía están enraizadas con la tradición decimonónica precedente.

De acuerdo con Devoto, será la Argentina democrática la que genere, finalmente el reflejo autoritario. La democratización de la política y el plebevismo radical abren el campo para discutir el sistema político liberal y democrático. Aun cuando completan el cuadro el contexto internacional y los conflictos sociales, Devoto considera, tajantemente, que el nacionalismo político es hijo del clima posterior a 1916 y respuesta al advenimiento de la democracia, Aquí, Devoto es deudor de la idea de que es necesario un clima de conflictividad política para que se produzca el advenimiento del nacionalismo autoritario. Este nacionalismo político va a estar condicionado por el período en el que surge y por el movimiento contra el que reacciona. De allí su aire de familia con los conservadores y las limitaciones que condicionaron su suerte política (las características del enemigo radical, un clima cultural dominado por ideas de cuño liberal, fuertes lazos de sociabilidad con las antiguas elites, ahora desplazadas), limitaciones, sobre todo, para construir una alternativa política e institucional definida. Todo esto se hace evidente, por ejemplo, en la Liga Patriótica, organización nacionalista pero emparentada con las formas del nacionalismo cultural precedente y ligada a la tradición liberal decimonónica, en su vertiente más

conservadora. Aqui deberia aclararse que Devoto se ocupa poco de la vertiente nacionalista autoritaria que, encarnada por Lugones, combinaba militarismo, fascismo y cierta estética cercana a la del futurismo y proponía un régimen antiliberal basado en una dictadura militar. Le interesa más, en verdad, la otra línea, mucho más tradicionalista y reaccionaria (inspirada en el movimiento de L'Action Française y en la reacción neotomista católica), que se organizó en torno a La Nueva República. Estos jóvenes nacionalistas pertenecían a una nueva generación, pero participaban de los círculos sociales de las clases altas. De modo tal que estaban permeados de climas conservadores.

En su primera etapa, La Nueva República reunía a un conjunto heterogéneo que compartía los mismos ámbitos de sociabilidad y una misma sensibilidad. Se caracterizaban por la lectura conservadora y restrictiva de la tradición liberal, la oposición a la democracia y la defensa de la república y de la Constitución Nacional. Opiniones que reflejan bien su mundo social, es decir, las interacciones y lazos con el orden conservador y con la tradición decimonónica. Mientras el catolicismo les brindaba una cosmovisión, el maurrasianismo les ofrecía una guía para la acción práctica y para el posicionamiento respecto de distintos temas. Pero estos jóvenes eran, en la perspectiva de Devoto, demasiado moderados para constituir un movimiento contrarrevolucionario antisistema. Su postura, aunque inspirada en Charles Maurras, se hallaba atemperada por la particular situación argentina y, sobre todo, por sus clivajes sociales. De modo que, desde la sociabilidad eran, claramente, la última expresión del conservadurismo del siglo XIX. Esto lo muestran, también, las polémicas que estos jóvenes instalaron, cuyo propósito era rivalizar con grupos del mismo espectro ideológico (con el nacionalismo de Lugones, entroncado en el fascismo; y con el nacionalismo democrático) y no con el conservadurismo. No obstante, en estas polémicas al interior del campo nacionalista, Devoto pareciera minimizar la utilidad política que entrañaba presentar al adversario en ruptura radical con las tradiciones políticas argentinas (lo que podría explicar el carácter conservador que exhiben los nacionalistas en dichas polémicas). Esta lucha para representar al verdadero nacionalismo indica, asimismo, para Devoto, que el nacionalismo no era todavía un campo consolidado. En su segunda etapa (posterior al retorno de Yrigoven y a la radicalización de la política y paralela a su pérdida de influencia), La Nueva República será. en cambio, claramente antipartidocrática. antiliberal y tendencialmente corporativista. Pero antes, estos jóvenes nacionalistas participarán en Criterio, con un interés netamente político: ganar influencia en la opinión. La revista, de orientación católica, reflejaba una enorme pluralidad y hasta contradicciones ideológicas; pero no llegó a ser, durante el período de Dell'Oro Maini, autoritaria y antiliberal. Aunque durante un tiempo los conflictos con los nacionalistas republicanos pudieron soslayarse, eventualmente, con la radicalización de los actores políticos contra la democracia existente, los nacionalistas reaccionarios dejaron la revista, que quedará en manos de los católicos (aunque esto no elimine los conflictos ideológicos, dada la aparición de una nueva generación católica más integrista y antiliberal). Los jóvenes nacionalistas, por su parte, se volcarán hacia la única opción política disponible: apoyar a Uriburu.

Desprovisto de base social, el nacionalismo tendió a suplir esta falencia apelando al ejército. En Uriburu hallaron un general disponible. Los jóvenes nacionalistas contribuyeron con una acción agitadora en los periódicos más que en las calles, creando un clima de inestabilidad y de desgaste, propicio para

la revolución. El 6 de septiembre de 1930. se producía el golpe. Ya como presidente. Uriburu mostró pronto su escaso poder y sus ambigüedades. La dualidad de sus ideas y de sus acciones reflejaba bien sus afinidades sociales: fuertemente vinculado al mundo conservador, utilizó a los nacionalistas para agitar a la opinión pública. Su estrategia bifronte derivaba del accionar en dos campos: mientras en el frente militar defendía un proyecto corporativo y antiliberal, en el campo político se defendía el proyecto conservador y la continuidad constitucional. La opción conservadora presentaba como ventaja un sólido anclaie político y social y el apoyo de diversas instituciones (que condicionaban a Uribury a mantener las instituciones liberales y restaurarlas en breve). En cambio, la opción corporativa gozaba de escaso consenso (lo que era importante teniendo en cuenta, sobre todo, que debía concretarse mediante mecanismos institucionales) pero, además, padecía de una debilidad teórica: la falta de precisión del modelo institucional, la ausencia de un corporativismo teórico disponible. De modo que la debilidad de Uriburu no es sólo política, sino también teórica. No obstante, no se trataba sólo de la correlación de fuerzas, sino también, y fundamentalmente. de lazos de sociabilidad. Debilitado políticamente, finalmente Uriburu debió convocar a elecciones. Así se desintegraban las ilusiones del primer nacionalismo argentino, después de medirse con la realidad política argentina. Su fracaso lo muestra mejor no el desinterés manifestado por Uriburu sino su propia necesidad de apoyar a Justo.

De modo que, en la perspectiva de Devoto, este temprano nacionalismo político es la expresión de la lenta desintegración de la Argentina conservadora. Lo que puede parecer paradójico es que en un libro cuvo título pone en relación nacionalismo, fascismo y tradicionalismo, el nacionalismo del que se ocupa termina siendo una vertiente del conservadurismo. Las influencias fascistas y tradicionalistas (cuando existieron) estaban atemperadas. Los nacionalistas de los años 20 no tendrán, después, ninguna gravitación política, aunque se convertirán, por defecto, en un lugar de memoria de la derecha autoritaria. En este sentido, Devoto discute con quienes defienden una línea histórica de continuidad entre ellos y la última dictadura militar. Para Devoto, esto implica caer en la teleología y en el anacronismo, en la linealidad y en la inevitabilidad. Lo que sí perduraba era el otro nacionalismo, en sentido amplio, cultural, apoyado en la tradición republicana, de la que no logrará librarse ni siquiera la derecha autoritaria. Y esto argumenta en favor de la persistencia de la tradición liberal en la Argentina, lo cual se opone a una imagen canónica que sostiene la debilidad de dicha tradición en el país (a partir de las dificultades enfrentadas en la construcción de la democracia y demostrada por las continuas interrupciones institucionales). En realidad, de acuerdo con Devoto, esta tradición liberal mostrará una hegemonía constante, a la que se contrapone un autoritarismo que nunca logró consolidarse en el país. De esta forma, Devoto parece no motivado por explicar la última dictadura militar de la historia argentina sino interesado en explicar por qué el nacionalismo de derecha nunca se consolidó en el país. En verdad, su libro es un ambicioso e inteligente intento de explicar los obstáculos v limitaciones del nacionalismo político argentino a través de una particular combinación de historia de las ideas con historia política.

Carla S. d'Avila

La mort lente des disparus au Chili sous la négociation civils-militaires 1973-2002

París, Maisonneuve & Larose, 2002, 280 pp. Antonia García Castro

Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002, 264 pp. Cristina Godoy (compiladora)

■ I tema de "la memoria" por un lado, y de la memoria y sus disputas con la historia, por el otro, ha generado en los últimos años un auténtico boom editorial, en la misma medida que una creciente saturación del público consumidor especializado. Por ambas razones, se hace cada vez más necesario una cierta selectividad en la búsqueda de "lo nuevo", tanto a nivel teórico como empírico. A continuación, se revisan brevemente dos novedades bibliográficas, con el objetivo de orientar sobre nuevos aportes y plantear, a través de su lectura crítica, algunas encrucijadas internas y externas a las que se enfrenta hoy este subcampo de la investigación cuyos contornos parecen cada vez más difusos e indefinidos.

La compilación Historiografía y memoria colectiva es un buen ejemplo de esta dinámica de la novedad bibliográfica que señalabamos. Escritos mayormente por especialistas de diversas disciplinas de la Universidad de Rosario, el volumen presenta una variedad de artículos tan amplia que termina rompiendo los marcos del tema propuesto, sean los del campo de estudios sobre la memoria, sean los de la historiografía.

El libro se abre con una presentación de Hayden White, sugerente aunque algo ya discutida en sus ideas, sobre el lugar de la historiografía y sobre el grado en el que ésta "sirve al sistema de domesticación y disciplinamiento de la sociedad" (p. 13) y sobre el rol de los historiadores como hacedores de la realidad histórica, dotadores de sentido y no sus meros intérpretes. Reafirmando nuevamente el carácter ficcional de toda narrativa historiográfica, esta posibilidad de discutir el lugar de la historiografía en las sociedades actuales es la potencialidad que el autor de *Metahistoria* adjudica a la compilación de Cristina Godoy.

Los textos reunidos se organizan en tres secciones. La primera de ellas, "La subversión del recuerdo", agrupa una serie de artículos directamente vinculados a la reflexión sobre la memoria y los pasados traumáticos, algunos en forma genérica y otros directamente referidos al pasado dictatorial en la Argentina. De carácter algo general por la amplitud de problema planteado, el artículo de Godoy, "El no-olvido o la redención de la memoria", se sumerge -a partir del campo de discusión de la memoria- en una serie de reflexiones sobre el rol del historiador en diálogo con un espacio más amplio que el simplemente corporativo: el historiador en relación con las formas históricas -e historiográficas- de los usos y abusos de la memoria, el historiador como juez, el historiador y la comunicación mediática. En la misma línea de análisis sobre la historiografía v

las ciencias sociales. Daniel Feierstein repasa las teorías sobre genocidio -la uniqueness y la comparabilidad en particular- para pensar sus efectos políticos. Ello le permite postular -siguiendo a Tzvetan Todorov-los riesgos de discursos hegemónicos -entendiendo por ello estas historiografías y ciertas interpretaciones del pasado que se construven a partir de ellas- cuyas consecuencias político-sociales son tan tranquilizadoras como anestesiantes. Siendo éstos los dos únicos textos referidos específicamente a historiografía y memoria, el resto de la sección contiene indagaciones vinculadas al tópico más recurrente de los estudios actuales de la memoria: las luchas y conflictos por la memoria en el seno de las sociedades actuales. Sea enfocado a partir de la reflexión sobre los archivos de la represión en Brasil -por el trabajo minucioso y a la vez rico de Ludmila da Silva Catela-, o a través de los Juicios de la Verdad en Argentina -por Matilde Bruera e Isabel Fernández Acevedo-. o a partir de la narrativa sobre el exilio -por Beatriz Andrés-, estos textos proponen desde distintos campos analíticos una variedad de recorridos sobre la tensión entre memoria individual, colectiva, lo público y lo privado. Por último, a partir de algunos estudios filosóficos clásicos sobre la Shoá, Diana Wang vuelve sobre el problema de la Maldad y su potencial para el surgimiento de sociedades totalitarias.

A partir de la segunda y la tercera sección, el volumen se hace algo más ecléctico en su contenido, y es bastante fácil para el lector perder el hilo temático que propone la compilación. Así, la segunda sección, titulada "Enigmas de la representación", incluye estudios sobre el museo como espacio de memoria y olvido (Silvia Pampinella); las fotografías de los desaparecidos en la prensa como construcción de memoria y restitución de identidades y de un universo políti-

co (Elizabeth Martínez de Aguirre); reflexiones sobre la fotografía erótica y sus tensiones como representación y espectáculo (Pablo Montini): una inmersión en la arquitectura monástica bizantina y sus lenguajes poéticos (Claudio Conenna). Más allá de la unidad que les otorga el concepto hoy tan amplio de "representación" y sin poner en duda sus valores específicos, los artículos ofrecen un territorio de problemas tan diverso que obligaría a preguntarse nuevamente a qué se llama "memoria" y cuál es el campo de estudios que define, ya que la tendencia a su uso indiscriminado trasciende un supuesto campo de problemas -que de por sí se define con demasiadas dificultades- para transformarse en un simple concepto de moda. legitimante de prácticas y discursos diversos, historiográficos o no.

Corroborando estas mismas dudas, la tercera sección del volumen se sumerge en otro campo definido como el de la "El poder de la palabra". Allí, Silvia Saítta analiza en un muy sólido e interesante estudio los discursos de prensa y el imaginario sobre la revolución de 1930 en la Argentina, para dejar planteado el problema mayor de la relación entre el poder de las mitologías políticas y sus efectos sobre actores y acontecimientos. Gabriela Águila y Cristina Viano repasan sin novedades el estatuto de la historia oral como herramienta legítima de la investigación profesional. Por su parte, una cierta unidad de lectura se podría establecer a partir del trabajo sobre los manuales argentinos de buenas maneras de las décadas del 30 y el 40 -escrito por Cristina Godov v Roxana C. Mauri Nicastro- y el de los manuales de Formación Moral y Cívica durante la última dictadura militar en Argentina -de Carolina Kaufman-, pues permiten pensar diacrónicamente algunos mecanismos de control social a partir de los discursos de la moralidad y la urbanidad en diálogo con sus contextos sociohistóricos respectivos. Finalmente, y volviendo sobre las mecanismos y luchas de la memoria, cierra el volumen un atractivo ensayo del español Pablo Francescutti, sobre los mecanismos de prensa que generaron el olvido sobre lo que en algún momento fue la "inminente" Tercera Guerra Mundial.

Entre el estudio de casos, el ensayo filosófico y la reflexión historiográfica, marcado por un cierto eclecticismo, por la escasa discusión de ciertos supuestos conceptuales y por una explosión del objeto que no se corresponde con la propuesta inicial, Historiografía y memoria colectiva confirma la tendencia de un campo de estudios cuya irrupción y riqueza inicial requiere hoy de cierta renovación para mantener su dinamicao.

En este contexto saturado. La mort lente des disparus au Chili, de Antonia García Castro, propone otra puerta de entrada para pensar la actualidad de los pasados dictatoriales en el Cono Sur. En esta obra la autora estudia el desarrollo v evolución del conflicto en torno a los "desaparecidos" en la sociedad chilena desde el golpe de Estado de Pinochet hasta la actualidad, y para ello parte de la constatación de la especificidad del crimen de desaparición forzada de personas -1.198 víctimas relevadas para Chile-, diferenciándolo de otras prácticas represivas como las ejecuciones y los asesinatos. Para García Castro, la falta de pruebas sobre el destino, las circunstancias de la muerte y el cuerpo de los desaparecidos representa más que una simple variación de método represivo y del asesinato político; se trata de un mecanismo de disuasión y control que actúa a través de la duda, el miedo y la desesperación, generando dos víctimas diferentes para un mismo crimen: primero los desaparecidos, pero luego sus familiares y las luchas que llevaron adelante como nuevos actores

afectados por la desaparición de sus seres queridos.

La tesis fundamental de La mort lente...
es que este crimen irresuelto –específico por
sus características propias, pero también por
la falta de respuestas a las que se ha enfrentado– se ha colocado a lo largo de los últimos treinta años en el centro de las negociaciones entre civiles y militares. Por eso
mismo, su irresolución se habría transformado en la llave que explica los condicionamientos de la democracia chilena como régimen tutelado por Pinochet y sus herederos desde 1989.

En esta línea de trabajo, una de las virtudes del enfoque propuesto es el intento de articular las características específicas del crimen de desaparición forzada de personas con el desarrollo de las instancias políticoinstitucionales de la historia reciente chilena, ya que en general la "desaparición" suele ser abordada desde una reflexión sociológica o filosófica en el marco de los trabajos sobre la memoria de los terrorismos de Estado y sus tensiones en el espacio público. Si bien es cierto que esta línea de indagación es posible porque en Chile el problema de los desaparecidos conserva una actualidad que no posee en otros países del Cono Sur, es el cambio de perspectiva en sí mismo, hacia la índole política de las preguntas que se hace García Castro, lo que aporta algunas miradas nuevas sobre el tema.

La autora –socióloga chilena, investigadora del Centre d'Études sur les Conflicts, de París– propone así un abordaje histórico y sociológico a la vez en el que revisa cronológicamene el surgimiento de las organizaciones de familiares de desaparecidos como nuevos actores políticos a partir de mediados de los años 70. De este modo, las reivindicaciones y demandas por los derechos humanos se integrarán a la vida política chilena como parte central de la acción contra Pinochet, y luego se mantendrán vigentes al precio del desplazamiento progresivo de estos organismos de la escena política, pero no así del tema de los derechos humanos.

Desde 1989 -señala García Castro-, el pasaje a la etapa civil en Chile estuvo signado por una política de "hacer aparecer" (faire apparaître), ya que es innegable que los gobiernos de la Concertación intentaron dar alguna forma de respuesta a las demandas de los "familiares", en oposición a la política militar previa de "hacer desaparecer" (faire dispparaître). Sin embargo, la lógica final de los gobiernos civiles fue la necesidad de asegurar la estabilidad de un sistema político controlado u garantizado por los militares salientes. De esta manera, impedidos y a la vez amparados en un contexto jurídico de total clausura de las acciones jurídicas por la lev de amnistía decretada por Pinochet en 1978, los presidentes civiles respondieron al problema abierto de los derechos humanos disociando las demandas originales de "verdad y justicia" v ofreciendo respuestas parciales sólo a la primera de ellas. Así, sin una "verdad" completa v sin una "justicia" que harían imposibles toda aceptación de convivencia política con los culpables, la construcción y aceptación del discurso de la "reconciliación nacional" se transformó en la condición esencial del juego político entre partidos en el poder, oposición y militares. De este modo, a través del estudio de las iniciativas gubernamentales v de diversos sectores la sociedad civil, de proyectos jurídicos y de entrevistas a los más diversos actores políticos, García Castro muestra que en esa etapa los interlocutores de la discusión sobre las violaciones a los derechos humanos pasaron a ser las fuerzas armadas - y ya no los "familiares" -. Y esto se debe, justamente, a la capacidad de veto que la corporación militar conservaría, a través de la amenaza de nuevo golpe de Estado, frente a cualquier política que los amenace.

"¿Este régimen es una democracia?" ("Ce régime est-il une démocratie?", p. 240), se pregunta y pregunta a sus entrevistados la autora. Mientras la respuesta de los gobiernos civiles al problema de los derechos humanos sea el resultado de la negociación y las concesiones al sector militar y su autoconvencimiento de que ésa es la única alternativa de gobernabilidad para Chile, la respuesta será negativa, responde García Castro; y en este punto pone en cuestión la idea de que efectivamente se haya producido en la historia chilena la ruptura significativa con el pasado dictatorial que representaría una auténtica transición a la democracia.

Propuesto como un estudio de "las tensiones durables entre razón de Estado y razones privadas" (p. 245), el análisis de Castro se presenta más bien como un análisis de las razones públicas que en torno a los desaparecidos se han cristalizado en "los conflictos no resueltos entre dos actores en lucha por el ejercicio del poder" (p. 263): civiles y militares. En este punto, debe señalarse que a lo largo de todo el libro y por la misma lógica del proceso histórico que la autora compone, el actor "familiares" se desdibuja -justamente cuando pierde relevancia en la escena pública- para dejar paso al abordaje del actor "políticos" (en el gobierno y la oposición). A partir de este cambio, aparece en el texto una tensión interna resultante de una cierta oscilación en el rol adjudicado a los políticos: ¿víctimas de un juego impuesto por los militares en el cual no manejan las reglas o jugadores en igualdad de condiciones? Hacia el final, la autora parece querer resolver esta tensión en favor de la segunda alternativa, al mismo tiempo que su escritura se hace más taxativa y algo inquisidora frente a una sociedad chilena que acepta seguir conviviendo con el pasado de horror.

En este punto, La mort lente... exhibe otro de los problemas frecuentes de quienes

trabajan en el campo de la historia reciente y su memoria: el posicionamiento del investigador frente a su objeto en la construcción de su narrativa profesional, ¿qué distancia construir desde la escritura cuando el posicionamiento político-ético no admite ambivalencias? ¿Es preferible explicitar el campo de conflictos en que se inscribe el narrador y no ocultarlo en una engañosa cientificidad?, o en sus extremos: ¿la cientificidad es tal cuando se asumen como conceptos analíticos dados la "memoria de las violaciones a los derechos humanos" para referirse a las experiencias de "familiares" y sobrevivientes? ¿Qué alcance tienen los resultados cuando los sujetos entrevistados saben al investigador naturalmente involucrado en uno de los campos de esas luchas? Supuestos no discutidos en una buena parte de los trabajos sobre la historia reciente que se asumen como análisis no "militantes", el problema permanece allí. En el caso de García Castro, tampoco hay una mayor discusión sobre el asunto, pero sí parece haber una cierta preocupación y desde la introducción la autora asume la posición de heredera de esa historia trágica en Chile. Esto se traduce en una narrativa consciente de que la distancia es imposible y en donde no se intenta ocultarla. Sin embargo, no siempre se resuelve bien a lo largo del libro y eso genera registros de escritura diferentes, en los que la autora oscila entre su posición "profesional" v su posición como investigadora "comprometida", especialmente cuando su evocación se refiere a la situación de las asociaciones de "familiares".

Por otra parte, desde la Argentina, el libro de García Castro invita permanentemente a una reflexión comparativa con el caso argentino donde una salida militar mucho menos negociada y una sanción jurídica inmediata luego se trocaron en las leyes de impunidad que aseguraron el retiro de los militares de la escena política. A pesar de la diferencia inicial de ambos procesos, la comparación propone un mismo orden de problemas vigentes: el rol de las estructuras y actores militares en las democracias latinoamericanas hoy.

Por último, vale la pena señalar que sin ser -en términos estrictos- un trabajo sobre la historia de la memoria en Chile, el abordaje realizado es -a la vez- indisociable de ese campo de estudios, pues logra articular la memoria de la dictadura y su evolución con una parte central de la historia presente de Chile -mérito que no resulta sólo de las particularidades del caso chileno sino del tipo de abordaje propuesto-. Y con ello aporta algunos soplos de aire a un campo de estudios que hoy empieza a girar un poco sobre sí mismo. En este último sentido, esta obra abre una posibilidad de sustraer el tema de los desaparecidos de la esfera estricta de la "memoria" (que así formulada no es sino una forma presente del pasado, pero pasado al fin) en la que hoy suele situárselo -sea por el cierre de una gran parte de las opciones jurídicas, sea por el tipo de estudios que se le destinan-. Por el contrario, colocado como una de las condiciones mismas de la democracia en Chile, el tema de la memoria y la justicia recupera así otra urgencia, la misma que en la Argentina están generando hov las causas por la apropiación ilegal de niños y los juicios por la Verdad.

Marina Franco



Los trabajos de la memoria Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, 146 pp. Elizabeth Jelin

Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices" Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, 254 pp. Elizabeth Jelin (compiladora)

Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, 154 pp. Claudia Feld

an transcurrido ya varios años desde que los países del Cono Sur han comenzado un dificultoso proceso de restablecimiento de sus respectivas democracias. De esos años a esta parte, el pasado dictatorial de esos países está comenzando a ser tematizado, analizado y discutido en diversos ámbitos. Junto con el boom de la literatura periodística y testimonial, los trabajos sobre la memoria social del pasado reciente, ese pasado tan incómodo para los historiadores, son sin duda los que más avances han realizado en el ámbito académico.

Siglo Veintiuno ha publicado recientemente los primeros tomos de una colección que, bajo el título de "Memorias de la represión", pone a disposición de un público amplio un conjunto de investigaciones sobre la memoria colectiva de la represión en el Cono Sur realizadas en el marco del Programa del Panel Regional de América Latina (RAP) del Social Science Research Council (SSRC) bajo la dirección de Elizabet Jelin y Carlos Iván Degregori. <sup>1</sup>

En la concepción de esta colección se halla no sólo el interés de contribuir a desarrollar el conocimiento académico sobre la problemática de la memoria social de la represión política en la región, sino también la voluntad de estimular debates y discusiones en ámbitos más amplios.

Los trabajos de la memoria, de Elizabeth Jelin, es el tomo que encabeza la colección. Y este ordenamiento no es casual. En este libro, Jelin se propone brindar un amplio conjunto de herramientas conceptuales y metodológicas para analizar las presencias y sentidos del pasado dictatorial de (y en) la región. Estas herramientas constituyen, asimismo, el marco conceptual que orientó las investigaciones desarrolladas en el mencionado programa, por lo que el libro articula y unifica el conjunto de volúmenes publicados y a publicar por Siglo Veintiuno.

En esta obra, Jelin aborda un amplio conjunto de problemáticas relacionadas con la memoria que comprende desde el rol de la memoria social en el mundo contemporáneo, hasta las vinculaciones entre memoria y trauma, memoria y testimonio, memoria e historia, memoria y género, memoria

y transmisión intergeneracional, memoria y política, memoria y derechos humanos.

El libro podría considerarse una síntesis y una profundización de los principales aportes que Jelin viene realizando sobre el tema. Al mismo tiempo, constituye una fuente de actualización bibliográfica sobre la profusa producción que, a partir de la experiencia de Auschwitz, existe sobre los dilemas de la memoria social.

La noción de memoria le permite a Jelin interrogar las maneras como la gente construye un sentido del pasado a partir de inquietudes y problemáticas del presente y las expectativas de futuro. Para ello, utiliza el concepto de memoria narrativa, entendida como un trabajo activo y subjetivo de construcción de sentidos del pasado, ligado a emociones y afectos y expresado en relatos comunicables en forma narrativa.

Tal como lo anticipa el título, la memoria es concebida entonces como un *trabajo* o proceso de transformación simbólica y de elaboración de los sentidos del pasado. Mediante este concepto, Jelin pretende marcar la diferencia entre elaboración y *trauma*, es decir, entre aquellos procesos que permiten asimilar, interpretar y elaborar, y la repetición sintomática, las compulsiones, huecos y silencios.

Tomadas del universo conceptual del psicoanálisis y aplicadas para analizar procesos colectivos ligados a la memoria social, las nociones de *trabajo* y *trauma* constituyen un contrapunto que recorre la obra de Jelin y articula las dimensiones conceptual, ética y política. El desafío del trabajo de la memoria en el plano colectivo, dice Jelin, es "superar las repeticiones, superar los olvidos y los abusos políticos, tomar distancia y al mismo tiempo promover el debate y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente-futuro" (p. 16).

Si la memoria es entendida como un tra-

bajo activo, entonces los actores que la promueven e impulsan adquieren una gran relevancia. En efecto, en el libro se resalta el rol que diversos actores que participan en la escena pública tienen en los trabajos de significación del pasado, acuñando, para referirse a ellos, la expresión de emprendedores de la memoria. En la escena pública, las memorias aparecen entonces como objeto de disputas y luchas enmarcadas en relaciones de poder, a través de las cuales diversos actores intentan imponer "su" sentido de ese pasado.

Está claro que el mismo concepto de memoria para analizar procesos sociales de construcción de sentidos del pasado presenta una serie de ambigüedades y un conjunto de dificultades analíticas, y es la propia Jelin quien reconoce "la eterna tensión y el eterno dilema de la relación entre individuo y sociedad" (p. 19). Tratando de resolver estos dilemas, Jelin propone, a partir del concepto de marco social de Maurice Halbwachs, que "las memorias son simultáneamente individuales y sociales, ya que en la medida en que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas, la experiencia también lo es" (p. 37). De esta forma, el concepto gueda en la frontera entre lo colectivo y lo individual, lo social v lo subjetivo.

Si de esta forma la autora intenta superar las tensiones entre lo individual y lo colectivo, se presentan ciertas ambigüedades conceptuales a la hora de considerar los contenidos de las memorias, ya que estos contenidos abarcan tanto las experiencias personales, vividas en primera persona, como las transmitidas por otros. Sin embargo, más allá de las implicancias conceptuales de esta tensión, esta proposición está al servicio de un planteo político que es claro en la obra. En efecto, Jelin denuncia los riesgos de que la legitimidad de las memorias se base en el sufrimiento personal de los que

protagonizaron en carne propia el pasado evocado. En este sentido, resalta la importancia de ampliar el nosotros de la memoria de forma horizontal y dialogada, asumiendo que todo trabajo de memoria implica un proceso de elaboración y significación subjetiva, en el que los sentidos se van resignificando y transformando de un individuo a otro, de una generación a otra.

A partir de su preocupación por la consolidación de las transiciones democráticas en la región, Jelin sugiere que rearticular democráticamente las diversas memorias de la dictadura y la represión no supone ni imponer una única visión del pasado ni construir un consenso social en torno al mismo sino más bien legitimar los espacios de disputas por la memoria. "El orden democrático implicaría, entonces, el reconocimiento del conflicto y la pluralidad, más que buscar reconciliaciones, silencios o borraduras" (p. 137)

Si el mérito del libro no reside tanto en su originalidad (se trata, más que nada, de la reelaboración de un conjunto de aspectos y conceptos que Jelin viene trabajando hace ya algún tiempo), no cabe duda de que Los trabajos de la memoria brinda un amplio u al mismo tiempo sintético marco conceptual y analítico que articula los principales lineamientos del programa del SSRC y que sirve, asimismo, como compendio de problemáticas, ideas y discusiones para llevar las cuestiones de la memoria a distintas esferas de la sociedad. Casi podríamos decir que el libro de Jelin es, de alguna forma, una suerte de memoria sobre los trabajos de la memoria y esto en una doble acepción: tanto de los trabajos de la memoria como de los trabajos sobre la memoria.

## Los cumpleaños (malditos) de la memoria

La memoria social, tal como es concebida en este conjunto de investigaciones, necesita no sólo del trabajo activo de los emprendedores de la memoria sino también de rituales y de marcas materiales y simbólicas. En este sentido, los rituales en torno a aniversarios y fechas de conmemoración constituyen momentos privilegiados para la elaboración y reconstrucción de los sentidos del pasado y por lo tanto son interesantes vías de entrada para analizar las problemáticas de la memoria del pasado dictatorial en los distintos países de la región. Precisamente, a analizar los cambios y continuidades en esos rituales y esos sentidos se destina otro de los volúmenes de la colección: Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices".

Compilado por Elizabeth Jelin, quien prologa y concluye la obra, este tomo reúne un conjunto de estudios de caso que entretejen la historia de conmemoraciones de fechas significativas para distintos países de la región con importantes capítulos de sus respectivas historias institucionales y políticas, así como también con el análisis de los sentidos diversos (pasados y presentes) de cada una de las memorias en pugna. Este recorrido permite a los autores, asimismo, realizar una evaluación sobre las condiciones actuales, políticas e institucionales, de la memoria social sobre ese pasado.

Azun Candina Polomer encabeza la serie de estudios de caso que ofrece el tomo con un trabajo sobre las disputas por la conmemoración del 11 de septiembre de 1973 en Chile, día en que las Fuerzas Armadas y del Orden derrocaron al gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende. Jugando con la metáfora del 11 de septiembre como día interminable. Candina

Polomer concluye su análisis afirmando que el problema es que el 11 de septiembre es todavía un duelo pendiente, que sigue dividiendo y enfrenta a los chilenos en bandos donde el odio, la agresión y la euforia amenazan la paz social y la convivencia.

Federico Guillermo Lorenz ofrece un interesante análisis sobre las memorias del 24 de marzo en Argentina. En su estudio, Lorenz logra articular con gran destreza la dimensión cronológico-fáctica con pertinentes reflexiones acerca del sentido de las memorias y sus disputas y concluye, alentadoramente, constatando que en los últimos años el proceso evocado en las conmemoraciones ha ganado en profundidad y extensión va que ha comenzado a convocar no sólo memorias sobre el régimen militar iniciado el 24 de marzo sino también sobre la movilización social y política precedente. En ese sentido, apunta Lorenz, a partir del vigésimo aniversario del golpe se está instalando en la sociedad la discusión difícil pero necesaria acerca de la identidad política de los desaparecidos.

Aldo Marchesi centra su análisis en el contrapunto entre dos conmemoraciones que, por ser los puntos de referencia de visiones antagónicas sobre el pasado reciente uruguavo, le permiten articular los dilemas de la memoria y sus luchas. Se trata del 14 de abril de 1972, "día de los caídos en la lucha contra la sedición", y del 20 de mayo de 1976, fecha en que dos legisladores y dos militantes del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros fueron secuestrados y asesinados en Buenos Aires por las fuerzas coordinadas de las dictaduras de la Argentina y Uruguay. Esta bipolaridad, dice Marchesi, refleja una lucha por los significados de la memoria en la que en cada una de las fechas algunos grupos recuerdan lo que otros se proponen olvidar. Así, mientras unos significan el pasado dictatorial en términos de guerra, otros lo significan en términos de terrorismo de Estado señalando, cada una de las opciones, distintos responsables por ese pasado.

Por su parte, Myrian González Vera eligió trabajar una fecha privada, el cumpleaños de Alfredo Stroessner (3 de septiembre) para analizar cómo se transforma en objeto de conmemoración pública. Asociada originalmente con el culto personal al dictador (3 de septiembre como "fecha feliz"), el 3 de septiembre va a convocar, a partir de fines de los años 80, voces disonantes que conmemorarán ese aniversario como la "Fecha de la Infamia Nacional". Sin embargo, apunta González Vera que ese aniversario sigue siendo fundamentalmente una fecha de homenaje a Stroessner v concluve afirmando que "el Paraguay está retrocediendo a pasos agigantados en su proceso de democratización, la cultura autoritaria se fortalece día a día v la adhesión ciudadana a propuestas mesiánicas y populistas gana terreno en el espacio político" (p. 190).

Por último, Alessandra Carvalho y Ludmila da Silva Catela abordan en un interesante trabajo las memorias "deshilachadas" del golpe militar del 31 de marzo de 1964 en Brasil a partir del análisis de diversas narrativas de diarios y revistas -que incluye interesantes comentarios sobre la dimensión política del humor- así como de los rituales y conmemoraciones tanto de grupos de derechos humanos como de los militares y de las lecturas que sobre esa fecha construyen los manuales escolares. Se trata, dicen las autoras, de memorias "deshilachadas" que, movilizadas fundamentalmente por los medios de comunicación, "no consiguen tejer formas de unidad simbólica donde puedan expresarse las luchas, las rupturas, las continuidades a lo largo del tiempo" (p. 240). Como fecha de recuerdo, agregan, el 31 de marzo sólo adquiere interés y densidad en conexión con otras fechas, y concluyen afirmando que las disputas por la memoria en Brasil son más explícitas en torno a las palabras revolución, movimiento, golpe y dictadura que en torno a las fechas.

Del conjunto de estos trabajos surge un rico y variado panorama tanto del pasado de represión de los distintos países como de los presentes signados por las dificultades en la consolidación de sus respectivas democracias. La obra resalta la importancia del estudio comparativo y de la puesta en perspectiva de los procesos de la región y sus relaciones. Parte de este trabajo comparativo se encuentra en el interior mismo de los artículos, mientras que Elizabeth Jelin ofrece, en las conclusiones, una sintética mirada de conjunto.

Queda claro que el universo que ofrece este tipo de abordaje se destaca por la riqueza v la variedad de dimensiones de análisis que permite articular, así como también por la posibilidad de poner en perspectiva procesos políticos y simbólicos que afectan a los países del llamado Cono Sur. Sin embargo, el difícil equilibrio entre la cronología y el análisis crítico presenta algunas disonancias en el conjunto de los artículos y de a momentos algunos trabajos se tornan excesivamente descriptivos. Finalmente, otro riesgo que presenta este tipo de análisis, resuelto mejor en algunos trabajos que en otros, es que al tomarse las fechas conmemorativas como punto de partida y los golpes como un dato, la no problematización de sus respectivas génesis puede terminar empobreciendo el estudio de los avatares de sus memorias.

## Cuando las imágenes son las protagonistas

En Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en

Argentina, Claudia Feld, que viene trabajando hace unos años sobre los relatos televisivos que evocan la última dictadura militar, propone una interesante indagación sobre las vinculaciones entre espacio audiovisual y memoria colectiva a partir de las imágenes del juicio a las juntas de ex comandantes llevado a cabo por la Cámara Federal en 1985.

Feld parte de la idea de que la memoria necesita de escenarios o espacios en los que "se hace ver y oír a un público determinado un relato verosímil sobre el pasado" (p. 5). Es el concepto de escenario el que le permite articular la memoria social con el espacio audiovisual al proponer que las imágenes del juicio constituyen escenarios para la memoria.

Feld propone que las imágenes del juicio han seguido un camino paralelo al de la historia institucional del país y a los avatares de la memoria colectiva de la represión. Es por eso que la periodización que construye sobre las peripecias de las imágenes –la construcción de un "juicio histórico" (1985), la circulación subterránea y las políticas de resguardo (1986-1994) y el juicio como espectáculo masivo (1995-1998)– articula y relaciona ambas dimensiones.

Prologado con agudeza por Héctor Schmucler, el libro de Feld logra entretejer diversos y variados temas que van adquiriendo un sentido original en su articulación. El protagonismo del recorrido corresponde, sin duda, a las imágenes sobre el juicio. Y ese protagonismo se ejerce en una doble dimensión. Por un lado, Feld va narrando las peripecias sufridas por esas imágenes, desde que fueron grabadas en 1985 hasta su llegada (fragmentada y transformada) a la pantalla televisiva en 1998; por otro, va ofreciendo un interesante estudio analítico y comparado de los diversos sentidos que esas imágenes construyen tanto sobre la represión dictatorial como sobre el juicio mismo

Finalmente, Feld se detiene a analizar qué tipo de representaciones del pasado propone cada uno de los audiovisuales que analiza, así como a evaluar cuáles son sus límites y sus ventajas en función de los trabajos sobre la memoria. En su balance concluye que, mientras que la puesta en escena del juicio construyó un relato que tuvo la función de revelar una verdad a costa de borrarle su dimensión política, los audiovisuales comerciales, al hacer "abarcable" el horror, perdieron contacto con lo excesivo de esa realidad, tornando soportable lo insoportable.

Si las imágenes son las protagonistas de este estudio, el interés de tomarlas como objeto de análisis deviene de la inteligente articulación que Feld propone entre las mismas y la historia política e institucional de la transición democrática así como también con los sentidos y trabajos de la memoria social.

Por la variedad de problemáticas y temáticas que ofrece, la amplitud del marco conceptual que brinda y el lenguaje en el que está escrita, la colección de Siglo Veintiuno constituye un vasto y rico punto de referencia para todos aquellos que deseen acercarse a la problemática de la memoria colectiva de los pasados dictatoriales de la región, tanto dentro como fuera del mundo académico.

Florencia Paula Levín

### Notas

<sup>1</sup> Con fondos de las Fundaciones Ford, Rockefeller y Hewlett, el proyecto ha apoyado financieramente el trabajo de cerca de sesenta jóvenes investigadores de la Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú, Uruguay y Estados Unidos.

<sup>2</sup> Tomando el concepto de *moral entrepreneurs* de Howard Becker. <sup>3</sup> Se trata de "Señores, ¡de pie!" (documental de Monteverde y Somigliana concluido a finales de 1986), "El juicio" (realizado por Laferla y Groisman en 1987 a pedido de la APDH), "El juicio que cambió al país" (realizado por la Editorial Perfil en 1995) y "ESMA: el día del juicio" (de Magdalena Ruiz Guiñazú, televisado en 1998).

# Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna

Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2002, 454 pp. Diego Armus (editor)

n el capítulo introductorio destinado a presentar esta colección de trabajos Diego Armus se propone una tarea que es a la vez indispensable y sumamente compleja: iniciar una sistematización de los diferentes abordajes y recortes que se evidencian en el área de investigación en la

que el libro se inscribe, identificada como una historia sociocultural de la enfermedad. Su aporte tiene el mérito de ofrecer un ordenamiento del campo apto para comenzar a desbrozar la maraña de identificaciones y referentes que se vinculan a las experiencias de salud / enfermedad / atención o

cura. En paralelo, y esto también es un aporte, esa sistematización es lo suficientemente abierta para provocar otras lecturas, otras interpretaciones, otros intentos de construir una tipología.

No estoy dispuesta a caer en esa tentación en esta nota. Quiero solamente subrayar las posibilidades que este libro y, en particular, la perspectiva que su autor nos propone sobre cuestiones que hasta cierto punto siguen siendo marginales a la preocupación de los historiadores, abre para una adecuada identificación de los aportes de la historia –en general articulada a otras disciplinas– en este territorio específico de las representaciones y prácticas sociales.

El mismo Armus reconoce el carácter provisorio de su lectura. Mi intención en esta nota no es reemplazarla con otra igualmente aquejada de provisoriedad, sino construir sobre sus enunciados, procurando fortalecerlos antes que cuestionarlos.

Me gustaría comenzar hablando de filiaciones, divergencias y convergencias. En la lectura de Armus, el movimiento que en los últimos veinte años ha fortalecido la producción historiográfica en temas de salud se expresa en primer lugar en una coincidencia en torno a que "una enfermedad es algo más que un virus y una bacteria" (p. 11). Esa constatación -al menos en mi experiencia- ha sido estimulada y apuntalada por múltiples antecedentes desarrollados en un campo de investigación que se identifica en América Latina a partir de la articulación entre ciencias sociales y salud.1 Si bien sus primeros desarrollos se generaron en el interior de la sociología y la antropología médicas, la historia se coló inadvertidamente cuando se verificó que las concepciones sobre salud, enfermedad, atención o cura tenían raíces sociales y estaban temporal y localmente situadas, es decir, eran históricas. A partir del interés por demostrar diferencias entre sociedades y entre conjuntos sociales en el interior de una misma sociedad, se multiplicaron estudios comparativos que procuraban identificar las determinaciones asociadas con la emergencia y distribución de las condiciones patógenas por un lado, por el otro con las representaciones de los conjuntos sociales sobre el riesgo para su bienestar que tales condiciones implicaban y el diferente valor adjudicado a las opciones de cura.

En los años 70 y buena parte de los 80 esa preocupación estuvo orientada en gran medida por los enfoques estructuralistas particularmente el marxista. En la Argentina de la última dictadura militar nos acostumbramos a hablar de una perspectiva histórico-estructural, como código de comunicación con otros investigadores que, dentro y fuera del país, compartían el mismo interés. En paralelo, sin embargo, se generó una convivencia pacífica con enfoques alternativos, en una dinámica conducente a una asimilación, controvertida pero sin rupturas, de las nuevas orientaciones que en otras áreas del pensamiento social reflejaron y profundizaron la crisis de los enfoques es ructurales

Esa misma crisis -conforme a mi perspectiva- operó en los últimos veinte años como estímulo para la emergencia de los nuevos abordajes que marcaron la expansión de la historia de las ideas, de la cultura, los enfoques de género, la recuperación de la vida cotidiana, de las instituciones, de las representaciones y las prácticas en múltiples arenas de la vida social y política. En ese mismo movimiento se encuadraría lo que Armus identifica como historia sociocultural de la enfermedad, independientemente de que sus autores se identifiquen, por ejemplo, con antecedentes notables como el libro de Susan Sontag, orientado a recuperar la utilización de la enfermedad como metáfora en

diferentes épocas, o la tesis doctoral de Georges Canguilhem, defendida en 1943, que realiza un recorrido histórico sobre las concepciones en torno a lo normal y lo patológico.<sup>2</sup>

Es también la crisis de los enfoques estructurales la que estimula a pensar la sociedad como una construcción, articulando una trama de agentes y estrategias en la anterior perspectiva de estructuras y determinaciones. A este enfoque de construcción social de instituciones a través de una dinámica de representaciones y prácticas entiendo que hace referencia Armus cuando señala la presencia de un segundo factor aglutinante en el área de la historia sociocultural de la enfermedad: en sus trabajos se partiría del supuesto de que "una enfermedad existe luego de haberse arribado a una suerte de acuerdo que revela que se la ha denominado de una cierta manera, que se la ha percibido como una patología y que en tanto evento a la vez biológico y social ha motivado acciones en materia de salud pública y privada más o menos específicas" (p. 11).

Si lo dicho hasta aquí contiene muy sumariamente algunas cuestiones de filiación y divergencias, el abordaje de las convergencias resume hasta cierto punto lo que a mi criterio abre las más importantes perspectivas de crecimiento futuro. Me refiero en este caso a algunos desarrollos más o menos recientes de las ciencias sociales y humanas que apuntan a incorporar en sus análisis la perspectiva histórica, en función de su reconocida capacidad explicativa. La verificación de una tendencia de este tipo ha conducido a algunos analistas a postular la existencia de lo que caracterizan como un giro histórico.

En palabras de un reconocido exponente de esa orientación, Terrence McDonald, "uno de los aspectos diferenciadores de las actuales corrientes intelectuales es un giro hacia la «historia», que avanza en las humanidades y ciencias sociales contemporáneas". Para este analista:

Los signos de una transformación significativa de las agendas intelectuales en las ciencias humanas serían evidentes en la aparición, ente otras innovaciones, del nuevo historicismo en literatura y teoría legal, un interés recuperado por la historia en filosofía, un nuevo institucionalismo históricamente orientado en ciencia política, una vertiente etnohistórica en antropología, de la sociología histórica en el respectivo campo e incluso una discusión metodológica más reflexiva e historicista en el interior de la misma historia <sup>3</sup>

Hay una frase muy simple que resume este tipo de esfuerzos basados en el potencial hermenéutico de la reconstrucción histórica: la historia importa porque la historia explica. En esa lectura, la sociedad es abordada como una construcción, producto de la interacción entre sus miembros. Los procesos históricos son constitutivos, en su desenvolvimiento pueden por lo tanto encontrarse explicaciones y delimitarse influencias sobre las relaciones e identidades sociales resultantes.

En el campo específico que nos ocupa, ese esfuerzo ha estimulado la aparición de estudios orientados a identificar procesos de mediana y larga duración en la construcción de instituciones de salud. En los abordajes más elaborados, la identificación se opera a través del análisis de las relaciones que unen a diferentes actores o agentes operando en un determinado sistema institucional, a los diferentes subsistemas entre sí y a cada uno de ellos con otros actores en la sociedad civil y con las agencias del Estado. La recons-

trucción histórica, con su minuciosa preocupación por los hechos en su encadenamiento temporal, constituye un insumo estratégico en este tipo de lecturas. Por esa vía el trabajo historiográfico sirve de apoyo y a la vez se fortalece con las nuevas preocupaciones y perspectivas teóricas emergentes en la sociología de las profesiones, en la economía institucional, en la ciencia política, en la teoría de las organizaciones.

Volviendo al provocativo ensayo de Armus, sería útil recuperar aquí la diferenciación que introduce en los abordajes históricos socioculturales a partir de la identificación de tres diferentes estilos narrativos:

- Una historia biomédica que se propone como el resultado del diálogo entre la historia natural de la enfermedad y su impacto social.
- Una historia de la salud pública que mira al poder, al Estado, a la política y a los profesionales de salud.
- 3) Una historia sociocultural de la enfermedad que discute la medicina como un terreno incierto donde lo biomédico está penetrado tanto por la subjetividad humana como por los hechos objetivos y estudia los procesos de profesionalización, medicalización y disciplinamiento, las dimensiones culturales y sociales de la enfermedad en sentido amplio, las condiciones de vida y sus efectos en la morbilidad y mortalidad, el rol del Estado en la construcción de la infraestructura sanitaria, las influencias externas en el desarrollo médico local, en las políticas de salud pública y en los procesos más amplios de construcción de los Estados nacionales.

Puede decirse que los trabajo reunidos en *Entre médicos y curanderos* se inscriben en esta última categoría, poniendo en evidencia la multiplicidad de objetos y abordajes que se reconocen compartiendo un campo de indagación común. La colección se sostiene en un buen nivel de trabajo historiográfico que unifica temáticas relativamente dispares. Esa sumatoria probablemente demandaría análisis individuales que rescataran los aportes teóricos, metodológicos y de procesamiento de la información presentes en cada artículo. No me siento en condiciones de abordar esa tarea sobre localizaciones y problemáticas que me resultan parcialmente ajenas.

Prefiero en cambio señalar algunos elementos que en mi opinión abren nuevas opciones de trabajo futuro. En primer lugar. la posibilidad de comenzar a integrar en un enfoque comparativo análisis que hasta este momento se han centrado en realidades nacionales o locales. Una posibilidad concreta radica en el estudio de los procesos de urbanización, los discursos y prácticas sobre higiene y saneamiento, y el lugar que se les reconoce en la emergencia de la cuestión social en diferentes realidades latinoamericanas. El estudio de Parker dedicado a Lima y el de Illanes sobre Chile apuntan, desde diferentes enfoques, algunas similitudes significativas con concepciones de política y límites en su aplicación registradas en la Argentina para la misma época. Las complejas relaciones entre curadores ortodoxos v heterodoxos y sus respectivas clientelas, abordadas en el trabajo de Sowell sobre Colombia y en el de Palmer dedicado a Costa Rica, reproducen a su vez aspectos del conflicto entre médicos y curanderos registrado por algunos estudios en la Argentina.

En segundo término, no puedo dejar de identificar algunas convergencias interdisciplinarias. La influencia de la antropología, particularmente a través de la descripción etnográfica, se evidencia en algunos trabajos. A veces tangencialmente, enriquecien-

do los relatos sobre representaciones y prácticas de los sectores populares: de manera más directa en el estudio de Farmer sobre Haití a partir de la identificación del propio autor sobre el registro elegido para su estudio. A la inversa, en el trabajo que Sowell dedica al conflicto entablado en Bogotá entre los seguidores de Perdomo y los médicos que representaban a la medicina oficial no es posible afirmar la influencia de la sociología médica. La convergencia se orienta aguí en dirección inversa: ese estudio constituve un aporte valioso al mejor conocimiento de las condiciones de emergencia y fortalecimiento del poder profesional médico en las últimas décadas del siglo XIX. De Ípola, por su parte, reconoce la necesidad de acudir a un enfoque multidisciplinario para recuperar en todos sus matices el caso de la crotoxina en Buenos Aires. En particular, el recurso a la filosofía política y la teoría política en el análisis del papel jugado por la amenaza en la definición de las identidades políticas le permitirá profundizar el análisis de las estrategias de enfrentamiento y negociación desarrolladas por los defensores de la libre utilización de esa droga, y los mecanismos de cohesión que operaron en el interior de ese colectivo.

Por último, aunque ya he mencionado el buen nivel de los trabajos reunidos en este volumen, cuatro artículos merecen una valoración especial. El primero de ellos es el trabajo que María Silvia Di Liscia dedica a historizar las representaciones sobre la viruela y los métodos de prevención disponibles en el siglo XIX argentino; a través de esa lectura ilustra dos perspectivas antagónicas en la clase dirigente sobre las relacio-

nes con la población indígena y las alternativas de incorporación/exclusión. También caracterizado por la originalidad de su enfoque, el va mencionado artículo de David Sowell construye una excelente historia de nivel micro, con capacidad de iluminar un proceso histórico con consecuencias trascendentes en el futuro desarrollo de los servicios de salud a partir de lo que Freidson ha caracterizado como dominancia de la profesión médica organizada.4 En un registro diferente y a partir de una construcción más compleja de su objeto de trabajo, Emilio de Ípola diseña con maestría el abordaje de un proceso contemporáneo de movilización y organización política, protagonizado por un grupo de personas afectadas por lo que consideran una amenaza a sus posibilidades de cura ante una patología con capacidad de afectar seriamente sus posibilidades de supervivencia. Un punto a destacar es la mención explícita de la intención de elaborar un relato histórico que incluya "una explicación razonablemente fundada" (p. 377). Por último es necesario destacar la ágil y colorida pintura que nos ofrece Diego Armus de los vínculos entre centro y periferia en la Buenos Aires de las primeras décadas del siglo a través de la experiencia de tísicas, costureritas y milonquitas. Pese a focalizar el estudio en la experiencia de personajes femeninos, el artículo se aleja de los tradicionales enfoques de género y, a partir de la utilización de una estrategia narrativa original, una escritura fluida y una inteligente caracterización de tipos humanos y su inscripción en determinados escenarios, construye un relato atrapante.

Susana Belmartino

## Notas

Un intento de síntesis sobre el desarrollo de esta corriente puede encontrarse en E. Duarte Nunes (ed.), Ciencias sociales y salud en la América Latina, Montevideo, OPS-CIESU,1986. En la presentación al volumen Juan César García ubica los comienzos de la preocupación de la OPS por el tema en los años 50; Duarte Nunes, por su parte, recupera también a partir de los 50 trabajos de investigación que se inscribirían en ese campo, a la vez que señala que la gran contribución crítica y analítica se remonta al inicio de los 70.

<sup>2</sup> Cf. S. Sontag, La enfermedad y sus metá-

foras, Barcelona, Muchnik, 1980 (la edición original en inglés es de 1977); G. Canguilhem, Lo normal o lo patológico. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971.

<sup>3</sup> T. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999, p. 1.

<sup>4</sup> E. Freidson, *Profession of Medicine*, Nueva York, Dodd Mead and Company, 1970. Existe versión en español: *La profesión médica*, Barcelona, Ediciones 62, 1978.



## Solicitud de Suscripción

Deseo adquirir los siguientes números:
Nombre:
Domicilio:
Código:
Ciudad:País:
Tel.:Fax:
e-mail:
Envío: Giro postal  Cheque Bancario
Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano - Cuenca 1949 (1417), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al (54-11) 4582-2925 o vía e-mail: entrepasados@websail.com.ar

Suscripción:

En Argentina: \$ 30.-

En el exterior, vía superficie: u\$s 30.-

En el exterior, vía aérea: u\$s 40.-



Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires

Nº 8 / Diciembre 2002

Una crítica feminista a la supuesta deuda del sur. Alison Jaggar / Disparar contra el canon, Griselda Pollock / Reivindicando las emociones: contribución a la ética feminista, Arleen L.F. Salles / No se nace feminista, se llega a serlo. Lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir en Argentina, 1950-1990, Marcela María Alejandra Nari † / Simone de Beauvoir: aproximaciones a la (auto)construcción del sujeto mujer, Mayra Leciñana Blanchard / Los relatos del feminismo en la obra de Angélica Gorodischer, Adrián Ferrero / Redistribución v reconocimiento en la sociedad postsocialista, Entrevista a Nancy Fraser / Mujeres latinoamericanas en la historia, diálogos con Asunción Laurin / 100 años de feminismo en la universidad: Homenaje a Elvira López / Elvira López y su tesis El movimiento feminista (1901): educación de las mujeres, camino hacia una sociedad más justa, María C. Spadaro / El movimiento feminista y la situación de las mujeres en las palabras de Elvira López, Selección documental de Mirta Zaida Lobato / Delito de silencio, Mabel Alicia Campagnoli / Aborto, sexualidad y subjetividad, Marta Rosenberg / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Puan 480, 4º piso, of. 417 (1406) Capital Federal, República Argentina

Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revmora@filo.uba.ar



## **PUNTO DE VISTA**

73 Revista de cultura Agosto 2002

Sobre la experiencia de la crisis argentina:
Terán / Sobre "Imperio", de Negri y Hardt:
Sarlo / Sobre "El vuelo de la reina", de
Tomás Eloy Martínez: Link / Sobre Godard,
Sokurov, Straub y Huillet y Costa, un cine
sin pactos: Filipelli \* Ouviña \* Hevia \*
Palavecino \* Beceyro / Sobre Richard Morse,
las ciudades y las ideas: Myers \* Gorelik
Ilustra: Nigro

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires Argentina